Paul Preston

El gran manipulador

La mentira cotidiana de Franco

Título original: *El gran manipulador*

Paul Preston, 2008

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Para Rafael Borrás

PRÓLOGO DEL AUTOR

En 2002, Rafael Borrás Betriu, uno de los editores más brillantes de España, decidió encargar una serie de libros sobre las principales figuras políticas españolas del siglo XX. La originalidad de la serie consistía en que los libros no estarían escritos por un autor sino por dos, y ambos no trabajarían juntos sino que ofrecerían argumentos contrapuestos. En otras palabras, y según lo manifestado por su creador, el objetivo de la serie, denominada *Cara y Cruz*, consistiría en «ofrecer una imagen contrastada que permita su mayor conocimiento, con sus luces y sus sombras». Rafael Borras me invitó a contribuir con la parte crítica del primer volumen de la serie, que versaba sobre Francisco Franco. Junto con todos los historiadores del período franquista, siento una gran gratitud hacia Rafael Borras porque fue él quien compró y publicó las memorias más importantes de los parientes y colaboradores de Franco en que se basa una parte tan importante de nuestros conocimientos sobre el dictador. En aquel momento hacía poco que había acabado una exhaustiva revisión de mi libro anterior acerca de Franco y estaba decidido a no limitarme a repetir esa obra. Por otra parte, quería aportar mi contribución tanto en forma de un modesto homenaje a su obra como también en homenaje a todos los años de nuestra amistad y colaboración. Llegado el momento, Rafael propuso una solución mediante la cual yo presentaría una serie de ensayos sobre diversos aspectos de la carrera de Franco.

Ello me permitió producir algo que se diferenciaba de las más de mil páginas de *Franco, Caudillo de España* y que resultaba más fácilmente accesible, aunque albergara escasas novedades importantes. En consecuencia, mi contribución al volumen de *Cara y Cruz* supuso un resumen del volumen más amplio, cuya estructura era más temática que cronológica. Dadas las circunstancias, en 2007, para mi sorpresa, se me propuso una nueva edición por separado. No quise hacerlo sin introducir cambios sustanciales. En consecuencia, lo ahora publicado no sólo contiene la mayor parte de lo que apareció en el volumen original sino que refleja, también, mi obra más reciente y mis ideas sobre Franco desde que fue publicada la obra original.

La mayor parte de los capítulos han sido considerablemente ampliados, sobre todo aquellos relacionados con el papel jugado por Franco durante la Segunda República, y el que desempeñó en la represión durante la Guerra Civil española y después, y acerca de la manipulación de su propia imagen. También hay tres capítulos completamente nuevos. Dos incluyen descripciones temáticas de las relaciones de Franco con la jerarquía militar y con la Falange. El tercer capítulo nuevo es una detallada narración de la agonía final del Caudillo a la luz del nuevo material.

Quiero agradecer a Ramón Artola y a Jaume y Santi Sobrequés por su apoyo personal y profesional para con este proyecto, que consiste en una ampliación y una revisión de la obra original encargada por Rafael Borras. Sin embargo, dado que la idea original provino de Rafael, y teniendo en cuenta hasta qué punto he aprendido cosas acerca de Franco y de la Falange a partir de los títulos que él ha publicado, de sus propios libros y de las numerosas conversaciones con él a lo largo de los años, le dedico este libro con gratitud y admiración.

ANATOMÍA DE UNA AMBICIÓN

Cuesta juzgar a Franco. Una de las mayores dificultades para comprenderle es la espesa cortina de propaganda que le oscureció en vida, e incluso después. En el poder fue comparado con Alejandro Magno, con Carlomagno, con Napoleón, con el arcángel san Gabriel y otros muchos seres reales e imaginarios. Hasta cierto punto, esta mitificación se puede superar al considerar que es normal que el aparato de propaganda de una dictadura afirme cosas así. Sin embargo, en el caso de Franco, la propaganda dificulta —y paradójicamente al mismo tiempo facilita— la comprensión del Caudillo, por una razón, por la medida en que el mismo Franco se la creía.

Hay un problema análogo procedente de todo lo que se ha dicho de Franco desde la izquierda. Aunque se trata de una literatura crítica, no deja tampoco de ser sospechosa de alguna forma. A mi entender, como desahogo de su propia impotencia durante la dictadura de Franco, la izquierda ha manifestado una tendencia a subvalorar la figura del Caudillo. Hay una literatura extensa, muy valiosa en muchos sentidos, pero una literatura en fin que pierde utilidad por despreciar las dotes políticas y militares de Franco tildándole de ser una mediocridad que había llegado al poder por suerte. Claro está que esta interpretación de Franco era un desahogo por parte de sus enemigos de la izquierda, un símbolo de una impotencia, y por tanto explica poco. No revela cómo es posible que esa persona llegase al poder absoluto ni cómo logró disfrutar de dicho poder absoluto durante treinta y ocho años. Los logros de Franco no acaecieron sólo gracias a la suerte; las cosas que le pasaban no sucedían por azar; sus triunfos fueron el fruto de una lucha abnegada, nacida de una feroz ambición.

La literatura antifranquista tiene en resumidas cuentas el defecto de no tomarse a Franco lo suficientemente en serio para entenderlo. Esto es perfectamente comprensible, por la enorme cantidad de información fidedigna que nos muestra a un Franco poco culto y poco sofisticado. Si intentamos, por ejemplo, comparar a Franco con Hitler o Mussolini, y ciertamente tiene mucho en común con ambos, ¿cómo es posible encajar en esa comparación el hecho de que Franco tuviera afición a jugar a las quinielas, en las que ganaba de vez en cuando? Resulta imposible imaginar a Hitler haciendo quinielas, pero con Franco no sucede lo mismo. Si intentamos tomárnoslo en serio, ¿qué hacemos con la creencia de Franco de que, por ejemplo, podría solucionar todos los problemas económicos de España con una especie de petróleo tipo Nescafé, es decir, un petróleo instantáneo en polvo que, mezclado con agua, haría de España uno de los países más ricos del mundo en petróleo? Eso no sólo lo creía, sino que pagó unas cantidades enormes al inventor, o mejor dicho, al timador que se inventó la idea[1].

A veces también sus ideas lindan con lo absurdo. Es muy conocida, por ejemplo, su obsesión por la masonería. Estaba convencido de que Pedro Sainz Rodríguez, el gran asesor de donjuán de Borbón y católico practicante, era masón. Cuando Alfonso de Borbón Dampierre le preguntó cómo estaba tan seguro de esto, le contestó en plan de cotilla pueblerina: «Recibí las confidencias de una mujer muy creyente, cuyo esposo era francmasón de alto grado, ya que había llegado al grado 33. Este matrimonio desaparejado vivía no obstante en armonía y el marido confiaba muchas cosas a su esposa. Por ella supe que Sainz Rodríguez pertenecía también a la masonería»[2]. De forma semejante, en 1960 le explica al comandante de aviación Emilio García Conde que el príncipe Juan Carlos no podía casarse con una princesa griega por ser su padre masón y se justifica con una anécdota, según la cual el rey Pablo le dijo a Alfonso XIII en 1931 que, si quería recuperar su trono, debía hacerse masón. Resulta que Franco se confundía: en este momento, Pablo no era rey, y quien visitaba a Alfonso XIII era su hermano el rey Jorge[3].

Las memorias de personas cercanas a él, como por ejemplo su cuñado Ramón Serrano Súñer, su primo Francisco Franco Salgado-Araujo, su ministro Pedro Sainz Rodríguez, sus médicos, Vicente Gil y Vicente Pozuelo, nos muestran, algunas veces quizá de forma inadvertida, a un Franco francamente mediocre. Sin embargo, nada en dicho material justifica que nos centremos en la mediocridad para enjuiciarle. Más bien al contrario, a veces estas fuentes son un fiel reflejo del enorme esfuerzo de Franco por ser impenetrable en ocultar lo que realmente le interesaba en cada momento. Su capellán, el padre José María Bulart, captaba muy bien esta dimensión de Franco cuando decía: «Quizás era frío como han dicho algunos, pero nunca lo aparentó. En realidad, nunca aparentó nada»[4]. Este afán de Franco por esquivar la definición revelaba un deseo de controlar su propia imagen. Para lograrlo, Franco escribía de forma prolífica: una novela, un diario de la guerra colonial, muchos artículos de prensa, discursos que ocupan muchos tomos. Y cientos de discursos, que en gran parte fueron redactados por funcionarios, directores generales y hasta ministros: se puede decir

que en los discursos del Caudillo la parte más estadística era la suministrada por los funcionarios y que, no obstante, siempre se puede encontrar otra parte en que resuena la auténtica voz de Franco. Ésta era la parte que él mismo escribía, y en ella hay una especie de diálogo consigo mismo. Por lo tanto, los discursos no sólo son una buena fuente para el biógrafo de Franco sino, es curioso, también una fuente fructífera que enlaza con la propaganda a la que ya hemos hecho referencia.

Tanto en sus discursos como en las múltiples entrevistas aparecidas en la prensa española y extranjera, así como en las conversaciones relatadas en las memorias de parientes y colaboradores que convivían con él, hay algo que es a la vez una verdadera pista y un gran obstáculo para la comprensión de su figura. Se trata de lo que se podría llamar la mentira cotidiana de Franco: la idea incesantemente cambiada y mejorada que él tenía de sí mismo. La que aparece en conversaciones, en entrevistas, en escritos y apuntes, en discursos… Lo cierto es que él mismo no dejaba de pulir su propia biografía. Apenas hay algún incidente de su vida que él mismo no reconstruyese, recontase o perfeccionase de alguna forma, para mostrarse bajo la luz más favorable. Como fuente empírica, este retrato constantemente versátil constituye un gran obstáculo para llegar a comprenderle. Sin embargo, al igual que la propaganda y sus propios discursos, lo que este aspecto nos indica sobre sus propias inseguridades nos proporciona una pista muy importante para la comprensión del Caudillo. El estudio de sus escritos, discursos y conversaciones nos ayuda a ver que, para hacer frente a una vida dura, él construye una serie de personajes falsos que le servirán de máscara y de cáscara: se los cree de forma tan férrea que termina convirtiéndose en ellos. Y el primer personaje que crea y se cree es el del «Héroe del Rif». Franco se propuso convertirse en el tipo de héroe galante de las películas de la Legión francesa, y se le dio de maravilla[f1].

Desde el momento en que va a Marruecos a finales de 1911 empieza ya una carrera espectacular, que no es fruto del azar sino de su dedicación exclusiva a su carrera. Mientras sus compañeros sobreviven a las durezas del norte de África, a una guerra colonial de lo más cruel, entregándose a diversiones nocturnas con bebida, mujeres y naipes, él en cambio se afana, con una dedicación que hasta cierto punto indica una especie de vacío interior, pues evidencia que no tiene otra vida, en distinguirse como militar. Y se va haciendo famoso. En breve, la prensa empieza a referirse a sus distintas hazañas y en los años veinte lo denominan el «As de la Legión». El mismo Franco muestra un interés y una capacidad para congraciarse con los periodistas.

Siempre se ha mostrado como una de las grandes contradicciones de la carrera del cauteloso Franco que en aquella época fuera un hombre en apariencia irresponsable que se exponía a las balas del enemigo. Lo que tienen en común el bravo y galante de entonces y el tipo cauteloso de después es la ambición. En ese momento se proponía ascender lo antes posible a general, propósito que de hecho cumpliría. Si para conseguirlo necesitaba exponerse a las balas del enemigo, pues lo hacía sin contemplaciones. Llegó a ser general con 33 años, y a partir de este momento, el 31 de enero de 1926, su vida cambió de forma radical. El soldado bravo, irresponsable quizá, pasa de un extremo al otro. Además, el año 26 cobra significación no sólo porque llega a general, sino por ser también el año en que nace su hija. Por tanto, es un tiempo en que asume otro tipo de ambiciones menos arriesgadas. Deja de ser el «Héroe del Rif» y ansia otra ambición: la de ser no uno más de los generales significados, sino el general más importante de España. Es un momento en el que empiezan a perfilarse grandes objetivos. Se le presenta la posibilidad de convertirse en capitán general de una región militar, aunque su gran ambición en esta época, previa a la Guerra Civil, era ser alto comisario en Marruecos.

Franco superaba las dificultades a base de crear personajes con los que él se identificaba, que canalizaban sus energías y detrás de los cuales actuaba libre de sus inseguridades. Si de joven su personaje-máscara fue el gran «Héroe del Rif», durante la guerra de España adoptó otro, el del «Salvador de España», una imagen que tiene mucho que ver con el Cid. Una vez en la península, Franco monta un aparato de propaganda y empieza de forma deliberada a identificar su propia personalidad con las de los grandes héroes guerreros de la historia medieval, un proyecto propagandístico para el que resulta muy útil que la Iglesia empiece a hablar de la Cruzada. Haciendo caso omiso de la realidad —traía mercenarios marroquíes a la península—, su aparato de prensa se nutre de la retórica de la Reconquista para crear a este nuevo personaje, una especie de Cid del siglo XX.

Al alcanzar la victoria en la Guerra Civil, había interpretado, tal como se había propuesto, el papel de «Salvador de España», presentándose como un héroe semejante a los paladines reales medievales, una comparación manifiesta en la repetición constante por su parte y la de sus propagandistas de la frase «los reyes-caudillos». De hecho, sólo había cumplido una parte de su ambición para la resurrección de la grandeza de España. Como caudillo del estilo del Cid, había repetido la gesta de la Reconquista, es decir, había limpiado (su) España de los tres siglos malditos. Aunque quedaba mucho por hacer. Para volver a la España de Felipe II era preciso crear un imperio. En el verano de 1940, en una visita al Archivo General de Indias en Sevilla, invitado a firmar en el libro de oro, escribió «Ante las reliquias de un imperio, con la promesa de otro»[5]. Por desgracia para Franco, si las divisiones internas de la República y el favorable contexto internacional le

permitieron hacer realidad hasta cierto punto el sueño de ser el Cid del siglo XX, la situación española de la inmediata posguerra no era ni económica ni militarmente propicia para que él pudiera convertirse en el Felipe II del siglo XX. Franco no iba a poder crear un nuevo imperio con el ejército que había ganado la Guerra Civil.

Franco sabía que la única forma de crear el imperio con el que soñaba era con la ayuda de Hitler. Sin embargo, la intoxicación de la victoria de 1939 fue tal que Franco, a pesar de la evidencia específica de lo contrario, ya se creía Felipe II. Existen unos despachos de representantes americanos, alemanes, británicos y portugueses a lo largo del año 39 en que los diplomáticos destinados en Madrid muestran su extrañeza frente al hecho de que alguien que siempre les ha parecido un hombre prudente, cuidadoso y lento haya enloquecido. Franco pierde su cautela de siempre a finales de la Guerra Civil, desde abril de 1939 hasta finales del año 40. Es comprensible que estuviera embriagado con la victoria: en su ebriedad, era ésta una victoria que posibilitaba la creación de un gran imperio. Tuvo la suerte de que su intoxicación no le llevara a la guerra, porque, aunque después se vanagloriaba de su astuta decisión de mantener la neutralidad española durante la Guerra Mundial, de lo que no cabe duda es de que Franco sí quería entrar en la Guerra Mundial, y al lado de Hitler.

La idea de que Franco burló a Hitler ha gozado de gran aceptación entre sus muchos admiradores. De ellos, quizás el más acérrimo fue el mismo Franco quien, durante sus últimos treinta años de vida, consideró que el regalo más precioso de los muchos que había dado a España fue la neutralidad en la guerra. Aunque, debe decirse de nuevo, España fue neutral a pesar de Franco, no gracias a él. Él quería participar, aunque por fortuna no le fue posible. Franco, que quiso entrar en la guerra, no pudo, por la postración económica de España en 1940 y por el hecho de que su participación no le importaba lo suficiente a Hitler. Fue una suerte irónica que la debilidad militar y económica del país hiciera que España no fuera el aliado propicio para Hitler. Hacia el final de la guerra, Franco muestra su increíble capacidad para reescribir su propia historia. La guerra termina, y al día siguiente *Arriba* proclama la derrota de Hitler como «La victoria de Franco». El *ABC* no andaba lejos cuando decía: «El Caudillo… parece elegido por la benevolencia de Dios. Cuando todo eran turbiedades, él vio claro… y sostuvo y defendió la neutralidad de España»[6].

Ahí también cambia su vida. Hasta la reunión con Hitler, Franco ha conquistado toda suerte de triunfos: el joven Héroe del Rif, durante la Guerra Civil, que logra sacar el Ejército de África del bloqueo republicano de Marruecos y llega rápidamente a Madrid, aquel al que nombran Generalísimo y hacen Caudillo, quien organiza su partido único y llega a ser Jefe Nacional. Termina la Guerra Civil con más poderes —en teoría— que el propio Felipe II. Pasa de una época en que fingía ser el Cid a otra en que intenta fingir ser Felipe II. La imposibilidad de entrar en la guerra como aliado de Hitler y la posterior derrota del *Führer* significan la ruptura de esta cadena de triunfos. Él, sin embargo, no se inmuta y hace gala otra vez de gran fuerza de voluntad adoptando, al final de la Guerra Mundial, otro tipo de personaje-máscara, la de Comandante de Numancia.

Quizás una persona normal, con sentimientos normales e imaginación, alguien capaz de sentir el miedo, al terminar la guerra hubiera hecho lo que muchos le aconsejaron: largarse a Suiza, a un retiro decoroso, para dar paso a la Monarquía. Franco decide aguantar la hostilidad de los aliados y es entonces cuando empieza a obrar su increíble astucia, que lo lleva a hacer una cosa que no permite que nadie dude de su inteligencia política. Es la llamada «larga noche negra del franquismo» en que, dentro de círculos franquistas, sus amigos le dicen que, derrotadas Italia y Alemania, no hay otra posibilidad que abrir camino a la Monarquía, y como mínimo pasar la Falange a la reserva. Es un consejo lógico, pero Franco tiene la astucia de ver que si hace esto será el primer paso hacia su propia retirada. Intuye que los monárquicos pueden contar con el apoyo de Inglaterra y de Estados Unidos, de forma que no le van a necesitar a él, Franco. Entonces hace todo lo contrario. En primer lugar, mantiene la Falange, porque es consciente de que los falangistas no tienen otro lugar adonde ir, y sabe instintivamente que tiene en la Falange una especie de guardia kamikaze, que estará con él hasta el final. Justo cuando hay presiones para democratizar el Régimen, Franco empieza a ser —con su retórica como mínimo— más falangista que nunca. Aunque sus sueños de recrear el imperio de Felipe II se han ido al traste, inventa la idea de que él es el Comandante de Numancia, rodeado de sus fieles numantinos falangistas. Se inventa la idea del cerco internacional. Claro, de cerco internacional había poco, porque de hecho el contexto le favorecía. En la Guerra Fría, a los intereses económicos y militares de las grandes potencias occidentales les convenía mucho más que en España ejerciera el poder un dictador autoritario que una República con participación de socialistas, comunistas y otros rojos peligrosos. Con lo cual el famoso ostracismo o aislamiento internacional no fue más que superficial. Sin embargo, Franco utilizará el cerco internacional a través de un montaje de propaganda en verdad inteligente, para crear e intensificar la idea de que él es el guardián indispensable de España[f2].

Esta época termina ya con su gran triunfo: el acuerdo con Estados Unidos en 1953. En la cima del poder, Franco muda otra vez de máscara: pasará ahora a ser el padre de su pueblo, duro pero justo, el padre que él mismo echaba siempre de menos. Es un papel que con el paso del tiempo se convertirá en el del abuelo

bondadoso de su pueblo. Sin embargo, Franco no sólo no cumple sus sueños de imperio sino que está rigiendo un país que padece un auténtico empobrecimiento gracias a sus políticas. A lo largo de los años cuarenta y a principios de los cincuenta, Franco aplica un modelo económico, la autarquía, que no sólo no funciona —en el sentido de no cumplir con lo que él promete en todos sus discursos, que España va a ser un país riquísimo dentro de poco—, sino que lleva a España a la bancarrota.

En 1957, cuando por fin es evidente que España se encuentra al borde de la quiebra, Franco tiene ya 65 años, está en una edad en la que la mayoría de la gente piensa ya en la jubilación. La envergadura y complejidad de los problemas económicos con los que se enfrenta España le llevará a aceptar que hacen falta cerebros más expertos que el suyo y, muy a regañadientes, aceptará lo que le cuente su ministro de Hacienda, Mariano Navarro Rubio, respecto a lo que opinan el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Aunque al principio Franco se niega, porque no quiere que los extranjeros se mezclen en la economía española: piensa que esto será un truco para acabar con su poder personal y está convencido de que los banqueros extranjeros son todos masones. Sólo cuando Navarro Rubio, en un episodio muy tenso, le amenaza con la vuelta de gasógenos a las calles de España, Franco, de muy mala gana, se encoge de hombros y dice, «Pues bien, usted haga lo que quiera»[7].

Ése es el momento en que Franco se jubila como jefe de Gobierno ejecutivo, para pasar a ser jefe de Estado simbólico. Porque es el momento que cede el poder político y económico a una serie de técnicos, que son realmente los que llevan cada vez más los asuntos complicados de la gobernación diaria. Franco dedica el resto de su vida a preparar el posfranquismo, un reinado civil, dentro del cual él puede elegir a su propio sucesor. En total, ha sido una vida impulsada no por un sencillo patriotismo, sino por unas motivaciones psicológicas reveladas por las sucesivas máscaras: Héroe del Rif, Salvador de España, nuevo Emperador, Comandante de Numancia y padre y abuelo del pueblo. Son unas máscaras que en cada momento encubren su ambición, brindan a sus pretensiones un barniz de patriotismo y posibilitan que él mismo no logre distinguir entre el bien de España y su propio bien.

EL TRAIDOR: FRANCO Y LA II REPÚBLICA, DE GENERAL MIMADO A GOLPISTA

A finales de diciembre de 1930, el general Franco, a la sazón director de la Academia General Militar de Zaragoza, escribió a su amigo y compañero africanista, el coronel José Varela Iglesias, una carta en la que le expresaba su indignación por la rebelión de la guarnición de la diminuta ciudad pirenaica de Jaca en la provincia de Huesca. Adelantándose a lo que supuestamente tenía que ser una acción coordinada de carácter nacional, la rebelión de Jaca tuvo lugar el 12 de diciembre. Sin embargo, lo que enfureció a Franco no fue que el Ejército interviniese en política, sino el hecho de que los políticos republicanos intentasen involucrar a algunos mandos progresistas en un complot para realizar un pronunciamiento contra la Monarquía. Imbuido de un nuevo carácter cosmopolita, tras un período de estudio en la escuela militar francesa de Saint Cyr, Franco comentaría que en Europa no «conciben estos pronunciamientos que tantas desdichas causan al país. Parece mentira también que los hombres públicos que se dicen amantes de la libertad y demócratas fomenten en el Ejército los pronunciamientos. Lo de Jaca es un asco. El Ejército está lleno de cucos y de cobardes… ¡Qué limpieza necesita nuestro Ejército!». Como es natural, los cucos y cobardes a los que se refería Franco no eran los africanistas, sino los elementos más republicanos que había dentro de los cuerpos de Artillería e Ingenieros. Como se pudo ver a través de su comportamiento a lo largo de los siguientes cinco años y medio, a Franco no le suponía ningún problema moral la intervención de los militares en política, siempre y cuando tal intervención fuese contra la izquierda[1].

Cuando empezaron a conocerse los resultados de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, Franco sintió una honda preocupación por la situación. Especial indignación le causó el regocijo por el triunfo republicano de los artilleros que formaban parte del personal en la Academia[2]. Llegó a considerar por un momento la posibilidad de marchar sobre Madrid con los cadetes de la Academia, pero desistió de ello después de una conversación telefónica con su amigo y antiguo jefe de la Legión, el general José Millán Astray[3]. Éste le preguntó si en su opinión el rey debía luchar para defender su trono. Franco contestó que todo dependía de la postura que adoptase la Guardia Civil. Durante los siguientes cinco años y medio, la postura de la Guardia Civil sería siempre la principal consideración de Franco al contemplar cualquier tipo de intervención militar en política. El Ejército español, a excepción de las fuerzas coloniales en Marruecos, estaba formado en su mayoría por reclutas sin experiencia. Franco siempre tuvo muy presentes los problemas que acarrearía utilizarlos para hacer frente a los aguerridos profesionales de la Guardia Civil. En esta ocasión, Millán Astray le comunicó a Franco que el general Sanjurjo le había confiado que no se podía contar con la Guardia Civil y que Alfonso XIII no tenía más opción que abandonar España. Franco respondió que, en vista de lo que había dicho Sanjurjo, estaba de acuerdo en que el Rey debía marcharse[4].

Durante la primera semana de la República, Franco utilizó distintos medios para expresar de forma inequívoca, aunque cautelosa, su aversión al nuevo régimen y persistente lealtad al viejo. Era ambicioso, pero se tomaba la disciplina y la jerarquía muy en serio. El 15 de abril dictó una orden a los cadetes en la que anunciaba la proclamación de la República y exigía una disciplina estricta: «Si en todos los momentos han reinado en este centro la disciplina y exacto cumplimiento del servicio, son aún más necesarios hoy, en que el Ejército necesita, sereno y unido, sacrificar todo pensamiento e ideología al bien de la nación y a la tranquilidad de la Patria»[5]. No era difícil desentrañar el sentido oculto de estas palabras: aunque les rechinasen los dientes, los oficiales del Ejército debían superar su natural aversión al nuevo régimen. Según la hermana de Franco, éste no sentía más que aborrecimiento por la República[6]. En cambio, Vicente Guarner, compañero africanista de Franco, recordaba un encuentro que tuvo con Ramón Franco en Barcelona. Le preguntó: «¿Qué piensa Paco del nuevo régimen republicano?», a lo cual Ramón contestó: «Mira, Guarner. Paco por ambición sería capaz de asesinar a nuestra madre y por presunción mataría a nuestro padre»[7] [f3].

Durante una semana, la bandera roja y gualda de la Monarquía continuó ondeando en la Academia. Cuando el gobernador militar, Agustín Gómez Morato, telefoneó a Franco y le ordenó izar la bandera de la República, éste le contestó que los cambios de insignia sólo podían decretarse por escrito. Franco no mandó arriar la bandera monárquica hasta después del 20 de abril, cuando Leopoldo Ruiz Trillo, el nuevo capitán general de la región, firmó la orden para que se izara la enseña republicana[8].

En 1962, Franco escribió en el borrador de sus memorias una interpretación parcial y confusa de la caída de la Monarquía, en la que culpaba a los guardianes de la fortaleza monárquica de abrir las puertas al enemigo. Se refería a una «conjura de republicanos históricos, masones, separatistas y socialistas… ateos, traidores en el exilio, delincuentes, defraudadores, infieles en el matrimonio»[9]. Además, el incidente de la bandera revela

que la caída de la Monarquía afectó tanto a Franco como para querer establecer cierta distancia entre su persona y la República. No se trataba de un caso de indisciplina manifiesta ni tampoco puede pensarse que Franco estuviese intentando hacer méritos por adelantado ante los círculos políticos conservadores. Más bien, al mantener izada la bandera de la Monarquía, Franco quería dejar claro que su reputación estaba limpia de toda mancha de deslealtad al Rey, a diferencia de lo que ocurría con ciertos oficiales que habían formado parte de la oposición republicana, o al menos habían tenido contacto con ella. Quizá Franco no se estuviese limitando a marcar distancias con los oficiales prorepublicanos a los que tanto despreciaba, sino también, e incluso más todavía, con su hermano Ramón, cuya traición al rey había sido una de las más notorias de los militares. Franco claramente consideraba que su propia postura era mucho más encomiable que la del general Sanjurjo, a quien no tardaría en culpar, al igual que a Berenguer, de la caída de la Monarquía[10]. Sin embargo, Franco no permitiría que su nostalgia por la Monarquía fuese un obstáculo en su carrera militar, pese a sentir un gran desprecio por aquellos oficiales que se habían opuesto a ésta y habían sido recompensados con puestos importantes bajo la República.

La hostilidad inicial de Franco hacia la República, aunque subyacente, no tardaría en recrudecerse. El nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña, quería reducir el tamaño del Ejército de acuerdo con el potencial económico de la nación para así incrementar su eficacia y erradicar la amenaza del militarismo de la política española. Esto implicaba acabar con las irregularidades vinculadas a la dictadura de Primo de Rivera. Franco admiraba la Dictadura, había medrado a su sombra, y le indignaba cualquier ataque a su legado. Le molestaba, además, que Azaña se dejase influir y tendiese a recompensar los esfuerzos de aquellos sectores del Ejército más leales a la República, entre los que se encontraban los militares opuestos a la Dictadura y afiliados a las Juntas Militares de Defensa, en su mayoría artilleros a los que Franco había acusado de «cucos y cobardes» en su carta a Valera[11].

En un intento generoso y costoso de reducir su número, el 25 de abril se anunció un decreto, conocido con el tiempo como «la Ley Azaña», en el que se ofrecía el retiro voluntario con paga íntegra a todos los cuerpos de oficiales. Tan pronto como el decreto se hizo público, comenzaron a correr rumores alarmistas acerca del despido, e incluso exilio, que esperaba a aquellos oficiales no adictos a la República[12]. Un alto número se acogió al retiro voluntario: más de un tercio del total, y dos tercios de los coroneles que no tenían opción alguna de ascender a general[13]. Como es lógico, Franco no fue uno de ellos. Un grupo de oficiales de la Academia le visitó para pedirle consejo sobre cómo reaccionar ante la nueva ley. La respuesta de Franco revela el concepto que tenía del Ejército como árbitro final del destino político de España. Les dijo que, como soldados, ellos servían a España y no a un régimen en particular y que, ahora más que nunca, España necesitaba que el Ejército tuviera oficiales que fuesen auténticos patriotas[14]. Como mínimo se puede decir que Franco no quería cerrarse ninguna puerta.

La hostilidad latente de Franco hacia la República casi aflora con las reformas militares de Azaña. Le indignó, en especial, la abolición de las ocho regiones militares históricas, que pasaron de llamarse Capitanías Generales a convertirse en «Divisiones Orgánicas» al mando de un general de división sin ningún poder legal sobre los civiles. También se eliminaron los poderes jurisdiccionales de carácter virreinal de los antiguos capitanes generales, y desapareció el grado de Teniente General, considerado innecesario[15]. Estas medidas rompieron con la tradición histórica, poniendo fin a la jurisdicción del Ejército sobre el orden público. Asimismo, dieron al traste con cualquier posibilidad de que Franco llegase al tope del escalafón alcanzando el rango de teniente general y el puesto de capitán general. En 1939, Franco aboliría ambas medidas. La misma sorpresa le produjo el decreto de Azaña del 3 de junio de 1931 que determinaba la revisión de los ascensos por méritos de guerra en Marruecos. El decreto reflejaba la intención del Gobierno de acabar con el legado de la Dictadura, revocando en este caso algunos ascensos arbitrarios concedidos por Primo de Rivera. La publicación de la medida hizo temer que todos los ascensos de la Dictadura se viesen afectados, en cuyo caso Goded, Orgaz y Franco volverían a ser coroneles, y otros oficiales africanistas de alto rango serían degradados. La comisión de revisión tardó más de año y medio en emitir sus conclusiones, una demora que en el mejor de los casos llenó de inquietud a los afectados y en el peor los atormentó. Cerca de mil oficiales temían verse afectados, aunque la comisión sólo había examinado la mitad de estos casos cuando un cambio de gobierno puso fin a sus actividades[16].

La aversión de Franco a la política cotidiana era de todos conocida. La rutina diaria de la Academia Militar consumía todo su tiempo y dedicación. Sin embargo, no tardó en distraerse debido a los cambios que estaban produciéndose. Los periódicos conservadores que leía, *ABC, La Época, La Correspondencia Militar*, presentaban a la República como responsable de los problemas económicos de España, la violencia callejera, el anticlericalismo y la falta de respeto al Ejército. La prensa y el material que recibía y devoraba de la *Entente Internationale contre la Troisième Internationale* retrataban al régimen como el caballo de Troya de los comunistas y masones, decididos a desencadenar las hordas impías de Moscú contra España y todas sus grandes tradiciones[17]. Sin duda, el desafío a las prácticas del Ejército que suponían las reformas militares de Azaña provocó, cuando menos, nostalgia de la Monarquía. Tampoco le fue indiferente la noticia del 11 de

mayo de la oleada de quemas de iglesias en Madrid, Málaga, Sevilla, Cádiz y Alicante. Los ataques habían sido llevados a cabo principalmente por anarquistas, convencidos de que la Iglesia estaba detrás de las actividades más reaccionarias de España. Probablemente, Franco no se enteró de las acusaciones de que la gasolina de aviación que se había utilizado para los primeros incendios la había sacado su hermano Ramón del aeródromo de Cuatro Vientos. De lo que no cabe duda, sin embargo, es de que estaba informado sobre la declaración publicada por su hermano en la que decía: «Contemplo con gozo aquellas llamas magníficas como la expresión de un pueblo que quiere liberarse del oscurantismo clerical»[18]. Treinta años después, Franco describiría en apuntes tomados para sus futuras memorias que los incendios de iglesias fueron el hecho que definió a la República[19]. Esto refleja su catolicismo subyacente, y también hasta qué punto la Iglesia y el Ejército se veían cada vez más como las principales víctimas de la persecución de la República.

Sin embargo, ningún suceso ocurrido a raíz del 14 de abril cimentó más el rencor de Franco hacia Azaña que la clausura de la Academia General Militar de Zaragoza, ordenada el 30 de junio de 1931. La noticia le llegó estando de maniobras en los Pirineos. En un primer momento reaccionó con incredulidad y quedó desolado una vez que se hizo a la idea. Le apasionaba su trabajo en la institución castrense y nunca perdonaría a Azaña ni al llamado «gabinete negro» que se lo hubiesen arrebatado. Al igual que otros africanistas, Franco creía que se había condenado a muerte a la Academia por el mero hecho de ser uno de los logros de Primo de Rivera. Asimismo, estaba convencido de que su espectacular carrera militar había provocado la envidia del «gabinete negro», que ahora quería hundirle. En realidad, la decisión de Azaña se había basado en sus dudas sobre la eficacia de la instrucción impartida en la Academia y también en la certeza de que su coste era desproporcionado en un momento en el que se trataban de reducir los gastos militares. A Franco le Costó contener su disgusto[20]. Escribió a Sanjurjo con la esperanza de que pudiese interceder ante Azaña, pero éste le contestó que tenía que resignarse a la clausura de la Academia. Unas pocas semanas más tarde, Sanjurjo le diría a Azaña que Franco había reaccionado como «un niño al que le han quitado un juguete»[21].

La ira de Franco se pudo percibir a través de la retórica formal de su discurso de despedida en la Plaza de Armas de la Academia el 14 de julio de 1931. Comenzó lamentando que no se fuese a celebrar la jura de bandera debido a que la República laica había suprimido el juramento. Asimismo, destacó la importancia de la lealtad y el cumplimiento del servicio de los cadetes para con la Patria y el Ejército, y añadió que la disciplina «reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción del mando». Finalmente, aludió con evidente amargura a aquellos que la República había premiado por su deslealtad hacia la Monarquía y que ocupaban ahora los puestos más importantes del Ministerio de la Guerra, «ejemplo pernicioso de inmoralidad e injusticia». Franco finalizó su discurso con el grito de «¡Viva España!»[22]. Treinta años más tarde comentaría orgulloso: «Yo jamás di un viva a la República»[23].

El discurso le supuso a Franco una amonestación en su hoja de servicios[24]. Dada la importancia que otorgaba a su intachable historial militar, es fácil imaginar el resentimiento que le invadió al ser informado al respecto ese 23 de julio. No obstante, temeroso por el futuro de su carrera, Franco se tragó su orgullo y escribió al día siguiente una ardiente, aunque poco convincente, carta de autodefensa al jefe del Estado Mayor de la V División, bajo cuya jurisdicción se encontraba la Academia. En ella le pedía que trasmitiese al ministro de la Guerra su «respetuosa queja y sentimiento, por la errónea interpretación dada a los conceptos contenidos en la alocución que, con motivo de la despedida de este centro, dediqué a los cadetes y que procuré sujetar a los más puros principios y esencias militares que fueron norma de toda mi vida militar»[25].

Parece que Azaña llegó entonces a la conclusión de que había que bajarle los humos al soldado antaño favorito de la Monarquía. Sus contactos con Franco, a través de la carta y de una reunión en el mes de agosto, le convencieron de que éste era suficientemente ambicioso y oportunista como para someterlo a sus propósitos con relativa facilidad. En su valoración básica, Azaña probablemente estuviese en lo cierto, pero calibró mal lo fácil que sería obrar en consecuencia. Si le hubiera proporcionado a Franco la misma facilidad para ascender de la que había gozado bajo la Monarquía, es muy posible que éste se hubiese convertido en el niño mimado de la República. En realidad, la actitud de Azaña respecto a Franco fue mucho más comedida, aunque el ministro de la Guerra pensase que era generosa. Después de perder la Academia, Franco permaneció en expectativa de destino, cobrando tan sólo el ochenta por ciento de su sueldo, durante casi ocho meses, tiempo que aprovechó para dedicarse a sus lecturas anticomunistas y antimasónicas. Sin fortuna personal, con su carrera aparentemente truncada, viviendo en la casa de su esposa, Franco acumuló contra el régimen republicano un considerable rencor que también se ocupó de azuzar doña Carmen[26].

Durante el verano de 1931, los oficiales del Ejército estaban que echaban humo por causa de las reformas militares y del espectáculo de anarquía y desorden que trajeron consigo en Sevilla y Barcelona las huelgas del sindicato anarquista CNT (Confederación Nacional del Trabajo)[27]. Dado el descontento ocasionado por las reformas de Azaña y la búsqueda por parte de los monárquicos de paladines pretorianos que derrocasen la República, no eran infundados los rumores sobre una posible conspiración militar. Se barajaban con

insistencia los nombres de los generales Emilio Barrera y Luis Orgaz, y ambos fueron puestos brevemente bajo arresto domiciliario a mediados de junio. Finalmente, en septiembre, tras la constatación de nuevas conspiraciones monárquicas, Azaña desterró a Orgaz a las islas Canarias. Los informes que llegaron al Ministerio le habían convencido de que Orgaz y Franco conspiraban juntos, y el ministro consideraba que el primero era «el más temible» de los dos. Sin embargo, a parte de los diarios de Azaña, hay pocas pruebas de que Franco estuviese envuelto en alguna actividad subversiva durante esta época[28]. A medida que pasaba el verano, las sospechas de que Franco estaba involucrado de alguna forma en una conspiración continuaron acechando a Azaña. En los informes sobre los contactos entre el coronel José Enrique Varela, activista derechista y amigo de Franco, y Ramón de Carranza, poderoso y extremista jefe monárquico, aparecían los nombres de Franco y Orgaz. El ministro ordenó que se vigilasen todos los movimientos de Franco[29].

Cuando la Comisión de Responsabilidades empezó a recabar pruebas para el inminente juicio de los implicados en las ejecuciones que se llevaron a cabo tras la sublevación de Jaca, Franco compareció como testigo. En el curso de su interrogatorio, el 17 de diciembre de 1931, Franco recordó al tribunal que el código de justicia militar permitía ejecuciones sumarias sin la aprobación previa de las autoridades civiles. Cuando se le preguntó si deseaba añadir algo a su declaración, procedió a defender, de manera reveladora, la justicia militar «como una necesidad jurídica y una necesidad militar de que los delitos militares, de esencia puramente militar y cometidos por militares, fuesen juzgados por personal preparado militarmente para esta misión». Por consiguiente, declaró Franco, los miembros de la Comisión, carentes de experiencia militar, no estaban capacitados para juzgar lo que había sucedido en el consejo de guerra de Jaca.

Cuando se reanudó el proceso al día siguiente, Franco básicamente puso en cuestión uno de los mitos más queridos de la República, al declarar que Galán y García Hernández habían cometido un delito militar, desechando así la premisa principal de la Comisión que consideraba la sublevación una rebelión política contra un régimen ilegítimo[30]. Aunque se protegió incluyendo en su discurso declaraciones de respeto a la soberanía parlamentaria, implícita estaba la observación de que la defensa de la Monarquía por parte del Ejército en diciembre de 1930 había sido legítima, contrariamente a lo sostenido por la mayoría de las autoridades de la República. Su declaración también puso de manifiesto su punto de vista acerca de la canonización de los rebeldes de Jaca. No obstante, en cuanto a la aceptación disciplinada de la República, su declaración encajaba con la orden que había emitido el día 15 de abril y con su discurso de despedida de la Academia. Por tanto, una vez más se puede observar que Franco, a diferencia de exaltados como Orgaz, estaba aún muy lejos de trocar su descontento en rebelión activa.

Las oscuras declaraciones de lealtad disciplinada que había hecho Franco distaban mucho de ser el compromiso entusiasta que le hubiera granjeado el favor oficial. Después de la pérdida de la Academia, la puesta en cuestión de su historial de ascensos y el descontento de la clase obrera acentuado por la prensa de derechas, la actitud de Franco hacia la República no podía estar más cargada de desconfianza y hostilidad. No es de extrañar que tuviera que esperar bastante tiempo antes de obtener destino, aunque es muestra tanto de sus méritos profesionales como del reconocimiento de éstos por parte de Azaña que el 5 de febrero de 1932 fuese nombrado jefe de la XV Brigada de Infantería de Galicia, con sede en La Coruña, adonde se trasladaría a final de mes[31].

Franco no quería poner en peligro su nuevo puesto. Cuando llegó el momento, se distanció precavidamente del intento de golpe del general Sanjurjo del 10 de agosto de 1932. Como era de esperar, sin embargo, dado el pasado común de ambos en África, Franco había estado al tanto de los preparativos. Sanjurjo visitó La Coruña el 13 de julio para inspeccionar el cuerpo local de Carabineros, cenó con Franco y habló con él acerca del inminente levantamiento. De acuerdo con la versión de su primo, Franco le dijo a Sanjurjo que no estaba dispuesto a participar en un golpe[32]. El conspirador monárquico Pedro Sainz Rodríguez organizó una nueva reunión, cuidando mucho su carácter clandestino, en un restaurante de las afueras de Madrid. Durante el encuentro Franco expresó sus dudas sobre el resultado del golpe y dijo no haber decidido aún cuál sería su postura cuando éste se produjera. Prometió a Sanjurjo, sin embargo, que decidiera lo que decidiese nunca tomaría parte en una acción del Gobierno contra él[33]. Sin duda, la vacilación y vaguedad de Franco mientras esperaba a que se aclarase el resultado dieron esperanzas a Sanjurjo y a sus compañeros golpistas de que acabaría participando. Cierto es que Franco no informó a sus superiores de lo que se estaba fraguando. A pesar de todo, sintiéndose abandonado por su compañero, Sanjurjo diría en el verano de 1933 durante su encarcelamiento tras el fracaso del golpe: «Franquito es un cuquito que va a lo suyito»[34].

La derecha conspiradora, civil y militar, llegó a la misma conclusión que Franco había sacado en un primer momento: no se podía volver a caer en el error de un golpe mal preparado. Miembros del grupo de extrema derecha Acción Española, junto con el capitán Jorge Vigón del Estado Mayor, crearon a finales del mes de septiembre de 1932 un comité de conspiración monárquico para poner en marcha los preparativos de un futuro levantamiento militar. *Acción Española*, la revista del grupo a la que Franco estuvo suscrito desde la publicación de su primer número en diciembre de 1931, defendía en sus páginas la legitimidad teológica,

moral y política de una sublevación contra la República[35].

En esta ocasión, Franco mostró cierto interés pero se mantuvo muy cauteloso. Cuando Sanjurjo le pidió que le defendiera en su juicio, se negó a hacerlo[36]. Tampoco se unió a la actividad conspiradora que llevó a la creación de la Unión Militar Española, organización clandestina de oficiales monárquicos[37].

El 28 de enero de 1933 se anunciaron los resultados de la revisión de ascensos. El ascenso de Franco a coronel fue impugnado, el ascenso a general validado. Más que degradarle se le congeló en la escala de antigüedad hasta que una combinación de vacantes y antigüedad le permitió alcanzar la posición a la que había llegado por méritos de guerra. Franco mantuvo su rango con efectos de la fecha de su promoción en 1926. Sin embargo, bajó del número uno en el escalafón de generales de brigada al veintiséis, de un total de treinta y cuatro. Al igual que la mayoría de sus camaradas, el resultado de la revisión le llenó de rencor ante lo que percibía como cerca de dos años de ansiedad innecesaria y una humillación gratuita[38]. Años más tarde, Franco seguiría escribiendo sobre «el despojo de ascensos» y la injusticia de todo el proceso[39].

En febrero de 1933 Azaña le otorgó la comandancia militar de las islas Baleares, «donde estaría alejado de cualquier tentación»[40]. Este destino normalmente hubiese correspondido a un general de división y bien pudo haber formado parte de los esfuerzos de Azaña para atraer a Franco a la órbita de la República, en recompensa por su pasividad durante la Sanjurjada. Sin embargo, su rápido ascenso en el escalafón militar facilitado por el Rey y Primo de Rivera hizo que Franco no percibiese el mando de Baleares como un premio. En el borrador de sus memorias lo calificaba como una postergación, lejos de lo que merecía por su antigüedad[41]. A continuación, en un acto de clara irreverencia cuidadosamente calculado, Franco retrasó, más de dos semanas tras su nombramiento, la visita reglamentaria al ministro de la Guerra para darle cuenta de su nuevo destino[42].

Como simpatizante de la CEDA, a Franco le agradó la victoria de la coalición entre ésta y los radicales de noviembre de 1933, que le acercaría considerablemente al centro de influencia política. Después de las vejaciones de los dos años precedentes, el período de gobierno del centro-derecha volvió a poner a Franco en medio de la acción. Detrás quedaba la cruel persecución de Franco y otros oficiales de ideas afines por parte de Azaña; a los cuarenta y dos años de edad, Franco se encontró con que los políticos volvían a agasajarle tanto como durante la Dictadura. El motivo era obvio: Franco era el general joven de ideas derechistas más famoso del Ejército, y nadie podía acusarle de haber colaborado con la República[f4]. La nueva fama y aceptación de Franco coincidió con la mordaz polarización de la política española durante ese período, y se alimentó de ella. La derecha vio su éxito en las elecciones de noviembre de 1933 como una oportunidad para dar marcha atrás a las reformas iniciadas durante los diecinueve meses precedentes por el Gobierno de coalición republicano-socialista. En un contexto de aguda crisis económica, con uno de cada ocho obreros sin empleo en el ámbito nacional y uno de cada cinco en el sur del país, una sucesión de gobiernos empeñados en desmontar el proceso de reforma sólo conseguiría causar desesperación y violencia entre las clases trabajadoras rurales y urbanas. Los dirigentes del movimiento socialista, ante la amargura de las bases por la derrota en las elecciones y la indignación por la despiadada ofensiva de los empresarios, adoptaron una táctica de retórica revolucionaria con la vana esperanza de amedrentar a la derecha para que contuviese su agresividad, y de forzar al presidente de la República, Niceto Alcalá-Zamora, a convocar nuevas elecciones. A largo plazo, esta táctica reafirmó la opinión de la derecha, y en especial de los altos mandos del Ejército, de que para hacer frente a la amenaza de la izquierda era necesario el uso de medidas autoritarias radicales.

El ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, diputado conservador radical por Badajoz, sabía más sobre el problema agrario que sobre cuestiones militares. Pese a todo, con encomiable humildad, admitió su falta de conocimientos militares y su necesidad de asesoramiento profesional[43]. Asimismo, se propuso cultivar las simpatías de los militares hacia su partido suavizando algunas de las medidas adoptadas por Azaña y revocando otras[44]. Franco conoció al nuevo ministro de la Guerra cuando éste llevaba en el cargo escasamente una semana, a principios de febrero. Hidalgo, claramente impresionado con el joven general, logró a finales de marzo de 1934 la aprobación por parte del Consejo de Ministros de su promoción a general de división, rango en el que Franco volvió a ser el más joven de España[45]. Su relación con Hidalgo se consolidó en junio durante una visita de cuatro días realizada por el ministro a las islas Baleares, donde Franco era comandante general. Al ministro le causó especial admiración su capacidad de trabajo, su meticulosidad y su frialdad para encarar y resolver problemas. Era tal su admiración por el general que, antes de marcharse de Palma de Mallorca y rompiendo con el protocolo militar, le propuso asistir como su asesor a unas maniobras militares en los montes de León ese septiembre[46].

Conforme avanzaba 1934, Franco se convirtió en el general favorito de los radicales, y cuando el clima político se volvió más hostil después de octubre, pasó a ser el general de la CEDA, cuya política de derechas era más agresiva. El favoritismo que le mostraba Hidalgo contrastaba fuertemente con el trato que Franco creía haber recibido de Azaña. Además, el Gobierno radical, respaldado en las Cortes por la CEDA, seguía una política social conservadora y estaba minando poco a poco el poder de los sindicatos, por lo que la República

comenzó a parecerle a Franco mucho más aceptable. Aunque procuró distanciarse de los generales que formaban parte de las conspiraciones monárquicas, compartía indudablemente algunas de sus preocupaciones.

En asuntos sociales, políticos y económicos, Franco se dejaba influir por los boletines de la Entente Internacional contra la Tercera Internacional, con sede en Ginebra, que recibía con regularidad desde 1928. En la primavera de 1934, adquirió una nueva suscripción con dinero de su propio bolsillo y mandó una carta a Ginebra el 16 de mayo expresando su admiración por el trabajo que llevaban a cabo[47]. La Entente era una organización ultraderechista que por entonces ya tenía contacto con la Antikomintern del doctor Goebbels, y que buscaba a personas influyentes convencidas de la necesidad de prepararse para la lucha contra el comunismo y contactaba con ellas. Asimismo, proporcionaba a sus suscriptores informes que pretendían desvelar inminentes ofensivas comunistas. Vistas desde el prisma de las publicaciones de la Entente, las numerosas huelgas de 1934 ayudaron a convencer a Franco de que en España se avecinaba un asalto comunista de importancia[48].

La política revanchista de los gobiernos radicales, jaleada por la CEDA, dividió a España. La izquierda veía el fascismo detrás de cada acción de la derecha; la derecha y muchos oficiales del Ejército presentían una revolución de inspiración comunista en cada manifestación y huelga. En septiembre, Franco abandonó las Baleares y viajó a la península para aceptar la invitación de Diego Hidalgo. Éste le había propuesto que fuese su asesor técnico personal durante las maniobras militares que iban a tener lugar en León a finales de mes bajo el mando del general Eduardo López Ochoa. No está claro por qué el ministro necesitaba un «consejero técnico personal» cuando López Ochoa y otros oficiales de más alta graduación, incluido el jefe del Estado Mayor, estaban a sus órdenes. Por otro lado, si lo que le preocupaba en realidad era la capacidad del Ejército para aplastar una acción de izquierdas, Franco sería un consejero más firme que López Ochoa o el general Carlos Masquelet, jefe del Estado Mayor. De esta forma, cuando estalló la revolución de Asturias, Franco estaba aún en Madrid. Diego Hidalgo decidió que permaneciera en el Ministerio como su asesor personal[49].

Aunque Alcalá-Zamora rechazó la propuesta de conceder formalmente a Franco el mando de las tropas en Asturias, Diego Hidalgo le colocó, de forma oficiosa, al frente de todas las operaciones. Así, Franco probaría por primera vez las mieles embriagadoras de un poder político-militar sin precedentes. El ministro utilizó a «su consejero» como jefe oficioso del Estado Mayor Central, marginando a su propio personal y firmando servilmente las órdenes que Franco redactaba[50]. De hecho, los poderes que Franco ejercía oficiosamente fueron más allá de lo que cabía imaginar entonces: la declaración del estado de guerra transfirió al Ministerio de la Guerra la responsabilidad del orden público que en principio correspondía al Ministerio de la Gobernación. En la práctica, la total dependencia de Hidalgo respecto a Franco le dio a éste el control de las funciones de ambos ministerios[51]. Debido a la especial dureza con que Franco dirigió la represión desde Madrid, los acontecimientos de Asturias adquirieron un cariz que posiblemente no hubiesen tomado si el personal permanente del Ministerio hubiese tenido el control de la situación.

Franco aceptó con naturalidad la idea de que un soldado tuviese tanto poder. En lo fundamental encajaba con la visión del papel de los militares en política que le habían inculcado en sus años como cadete en la Academia de Toledo. Era como dar marcha atrás hacia los años dorados de la dictadura de Primo de Rivera. Franco daba por hecho el reconocimiento implícito de su posición y su capacidad personal. En general, Asturias fue una experiencia intensamente formativa que reforzó su convencimiento mesiánico de que había nacido para gobernar. Intentaría repetirla sin éxito tras la victoria del Frente Popular en febrero de 1936, antes de conseguirlo de forma definitiva en el curso de la Guerra Civil. Franco, influenciado por el material que recibía de la Entente Anticomuniste de Ginebra, opinaba que la sublevación de los obreros había sido planeada por agentes del Komintern. Este razonamiento hacía más fácil la decisión de utilizar tropas contra civiles españoles como si fuesen enemigos extranjeros.

En la sala de telégrafos del Ministerio de la Guerra, Franco estableció un pequeño cuartel general junto con su primo Pacón y dos oficiales de la Armada, el capitán Francisco Moreno Fernández y el teniente coronel Pablo Ruiz Marset. Como no tenían nombramiento oficial, trabajaban vestidos de civil. Durante dos semanas controlaron los movimientos de las tropas, los barcos y los trenes que se iban a emplear para aplastar la revolución. Franco incluso dirigió los bombardeos de la costa por parte de la artillería naval, utilizando su teléfono de Madrid como enlace entre el crucero *Libertad* y las fuerzas de tierra en Gijón[52]. Mientras que algunos de los oficiales de alto rango de tendencias más liberales no se decidían a utilizar todo el peso de las fuerzas armadas debido a consideraciones humanitarias, Franco encaraba el problema que tenía ante sí con gélida crueldad.

Los valores derechistas a los que era fiel tenían como símbolo central la reconquista de España con la expulsión de los «moros». Sin embargo, ante la posibilidad de que los reclutas obreros se negasen a disparar contra civiles españoles de su misma clase, y con el propósito de evitar que una extensión del movimiento revolucionario debilitase otras guarniciones de la península, Franco no tuvo escrúpulos en embarcar mercenarios marroquíes para luchar en Asturias, única zona de España en la que no hubo dominación

musulmana[f5]. La presencia de estos mercenarios no implicaba ninguna contradicción por la sencilla razón de que Franco sentía por los obreros de izquierdas el mismo desprecio racista que despertaban en él las tribus del Rif. «Esta guerra es una guerra de fronteras —le diría Franco a un periodista—, y los frentes son el socialismo, el comunismo y todas cuantas formas atacan a la civilización para reemplazarla por la barbarie»[53]. Con inusitada velocidad y eficacia, se enviaron a Asturias dos banderas de la Legión y dos tabores de Regulares. Fue decisión de Franco recurrir al despiadado teniente coronel Juan Yagüe; también por consejo suyo Hidalgo encargó las operaciones policiales posteriores al comandante de la Guardia Civil Lisardo Doval, que tenía fama de violento. Franco y Doval habían coincidido en El Ferrol de niños, en la Academia de Infantería de Toledo y en Asturias en 1917.

La prensa de derechas presentó a Franco, más que a López Ochoa, como el auténtico vencedor contra los revolucionarios y el cerebro detrás de la fulminante victoria en Asturias. Diego Hidalgo se deshizo en halagos hacia el valor de Franco, su experiencia militar y su lealtad a la República, y la prensa de derechas empezó a describirle como el «Salvador de la República»[54]. En realidad, Franco había manejado la crisis con firmeza y eficacia, pero con escasa brillantez. Sus tácticas, no obstante, resultan interesantes como anticipo de los métodos que utilizaría durante la Guerra Civil. Básicamente, la idea era sofocar al enemigo obteniendo superioridad local y sembrando el terror en sus filas, tal y como indicaba la selección de Yagüe y Doval[55].

En 1934, Franco seguía siendo contrario a cualquier intervención de los militares en la política: su participación en la represión de la insurrección de Asturias le había dado la seguridad de que una República conservadora, dispuesta a utilizar sus servicios, podía mantener a raya a la izquierda. Pero no todos sus compañeros de armas compartían su optimismo. Fanjul y Goded estaban hablando con personajes importantes de la CEDA sobre la posibilidad de que se organizara un golpe militar para impedir la conmutación de las sentencias de muerte por los sucesos de Asturias. Gil Robles les informó a través de un intermediario de que la CEDA no se opondría al golpe. Se acordó consultar a otros generales y a los comandantes de las guarniciones más importantes. Tras sondear a Franco y a otros, llegaron a la conclusión de que no contaban con apoyo suficiente para el golpe[56]. Franco, recientemente nombrado comandante en jefe del Ejército de Marruecos, no tenía motivos para arriesgar su carrera en un golpe mal preparado. A raíz de la publicidad que recibió su actuación en la represión militar de la revolución de Asturias, la derecha empezó a considerarle un salvador potencial, y la izquierda un enemigo.

En mayo de 1935, cinco cedistas, entre ellos Gil Robles como ministro de la Guerra, entraron en el nuevo Gobierno de Lerroux. Gil Robles colocó en altos cargos a conocidos adversarios del régimen e hizo regresar a Franco de Marruecos para nombrarlo jefe del Estado Mayor. A mediados de 1935, a Franco aún le quedaba camino por recorrer para empezar a contemplar una intervención militar contra la República. Siempre que Franco tuviese un cargo que considerase acorde con sus méritos, estaría en principio contento de desempeñar su trabajo con profesionalidad. En cualquier caso, tampoco olvidaba el fracaso del golpe de Sanjurjo del 10 de agosto de 1932. Además, dada su buena relación con Gil Robles, su trabajo cotidiano le producía una enorme satisfacción[57].

Como jefe del Estado Mayor, Franco dedicó muchas horas a la que consideraba su principal tarea: corregir las reformas de Azaña[58]. Interrumpió la revisión de promociones que éste había iniciado y llevó a cabo una purga entre los oficiales leales a la República, que fueron relevados de sus cargos por su «indeseable ideología». A cambio, rehabilitó y ascendió a otros que eran conocidos por su hostilidad hacia la República. Emilio Mola fue nombrado comandante militar de Melilla y poco después jefe de las fuerzas militares de Marruecos. José Enrique Varela fue ascendido a general, y se distribuyeron medallas y promociones entre aquellos que habían tenido una participación destacada en la represión de Asturias[59]. Gil Robles y Franco trajeron a Mola a Madrid en secreto con objeto de preparar planes detallados para la intervención del Ejército colonial en la España peninsular en caso de que se produjesen nuevos disturbios[60]. Franco recordaría su etapa como jefe del Estado Mayor con gran satisfacción, pues sus logros durante este período facilitarían el posterior esfuerzo de guerra de los nacionales[61] [f6].

Cuando Alcalá-Zamora convocó nuevas elecciones a finales de 1935, Gil Robles se planteó la posibilidad de preparar otro golpe de Estado. El general Fanjul le dijo que el general Varela y él estaban dispuestos a utilizar las tropas de Madrid para impedir que el presidente llevara a cabo sus planes de disolver las Cortes. A Gil Robles le preocupaba que la iniciativa de Fanjul pudiera fracasar y por ello le sugirió que tanteara a Franco y a otros generales antes de tomar una decisión definitiva. La noche en que Fanjul, Varela, Goded y Franco sopesaban las posibilidades de éxito, Gil Robles no pegó ojo. Todos eran conscientes del problema que planteaba el hecho de que, casi con toda seguridad, la Guardia Civil y la policía se opondrían al golpe[62]. José Calvo Sotelo también envió a Juan Antonio Ansaldo a presionar a Franco, Goded y Fanjul para que dieran un golpe que frustrase los planes de Alcalá-Zamora. Pero Franco les convenció de que, a la luz de la feroz resistencia obrera durante los sucesos de Asturias, el Ejército todavía no estaba preparado para la acción[63]. El plan mucho más irresponsable de enviar a varios cientos de falangistas a unirse a los cadetes en el Alcázar

de Toledo para iniciar un golpe, también se abandonó cuando Franco le dijo al coronel José Moscardó, comandante militar de Toledo, que estaba condenado al fracaso[64].

Las elecciones se fijaron para el 16 de febrero de 1936. Durante todo el mes, la intensidad de los rumores sobre un golpe militar en el que participaría Franco hicieron que el presidente interino, Manuel Portela Valladares, enviara un día de madrugada al director general de Seguridad, Vicente Santiago, al Ministerio de la Guerra para ver a Franco y clarificar la situación. El jefe del Estado Mayor actuó con la misma cautela que había mostrado ante el general Moscardó pocos días antes. No obstante, sus palabras tenían un doble sentido: «Son noticias completamente falsas; yo no conspiro ni conspiraré mientras no exista el peligro comunista en España»[65].

La victoria obtenida por el Frente Popular el 16 de febrero sembró el pánico entre los círculos de derechas. Franco y Gil Robles, de forma coordinada, trabajaron sin respiro para que no se divulgara el resultado de las urnas, y su objetivo principal fue el presidente del Gobierno, Portela Valladares, que también era ministro de la Gobernación. Gil Robles le dijo a Portela que el éxito del Frente Popular traería consigo violencia y anarquía, y le pidió que decretara la ley marcial. Franco, por su parte, estaba convencido de que los resultados de las elecciones eran el primer paso en el plan de la Komintern para conquistar España. Por consiguiente, envió a Carrasco a que pusiese sobre aviso al coronel Valentín Galarza, de la conspiradora Unión Militar Española, para que pudiese alertar a los oficiales clave en las guarniciones provinciales. A continuación, Franco telefoneó al general Pozas, director general de la Guardia Civil, un viejo africanista que pese a todo era leal a la República, y le dijo que los resultados acarrearían el desorden y la revolución. Franco propuso, en un lenguaje tan cauteloso que casi resultaba incomprensible, que Pozas se uniera a una acción para imponer el orden. Pozas restó importancia a sus temores y le explicó con calma que la presencia de muchedumbres en las calles era únicamente la legítima expresión de alegría republicana.

Franco decidió presionar al ministro de la Guerra, el general Nicolás Molero. Le visitó en sus habitaciones e intentó en vano que tomara la iniciativa y declarase un estado de guerra. Finalmente, convencido por los argumentos de Franco acerca del peligro comunista, Molero instó a Portela a convocar un consejo de ministros para discutir la proclamación del estado de guerra[66]. Franco decidió que era esencial que Portela hiciese uso de su autoridad y obligase al general Pozas a utilizar la Guardia Civil contra la población. Antes de que pudiera hablar con Portela, el consejo se reunió y aprobó, con la firma del presidente, un decreto que declaraba el estado de guerra y que se mantendría en reserva mientras Portela lo juzgase necesario[67]. Franco marchó a su despacho y, con la llegada de informes sobre pequeños incidentes en el transcurso de la mañana, su inquietud no hizo más que aumentar. Decidió enviar entonces un emisario al general Pozas para pedirle, de forma más directa que horas antes, que usara a sus hombres para «reprimir a las fuerzas de la revolución». Pozas se volvió a negar. El general Molero se había mostrado totalmente incompetente, y en la práctica quien gobernaba el Ministerio era Franco. Éste habló a continuación con los generales Goded y Rodríguez del Barrio para averiguar si en caso necesario se podía contar con las unidades que tenían bajo su mando. Poco después de finalizar el consejo de ministros, Franco se propuso lograr que entrase en vigor el decreto que declaraba el estado de guerra, que Portela había obtenido del Gabinete y cuya existencia conocía a través de Molero[68].

Minutos después de recibir la llamada de Molero, Franco utilizó la información sobre el decreto como tenue velo de legalidad bajo el que convencer a los jefes militares locales de que declarasen el estado de guerra. Franco estaba intentando cumplir de nuevo el papel que había desempeñado durante la revolución de Asturias, y asumir los poderes *de facto* del Ministerio de la Guerra y del Ministerio de la Gobernación. Pero el jefe del Estado Mayor no tenía autoridad para usurpar el puesto del director de la Guardia Civil. Sin embargo, Franco hizo caso a su instinto y, en respuesta a las órdenes procedentes de su despacho en el Ministerio de la Guerra, se declaró el estado de guerra en Zaragoza, Valencia, Oviedo y Alicante. Lo mismo estuvo a punto de ocurrir en Huesca, Córdoba y Granada[69]. Sin embargo, el número de comandantes de provincia que respondieron no fue suficiente; la mayoría contestó que sus oficiales no secundarían un movimiento que tuviera en contra a la Guardia Civil y a la Guardia de Asalto. Cuando los jefes locales de la Guardia Civil telefonearon a Madrid para averiguar si se había declarado el estado de guerra, Pozas les aseguró que no era así[70]. La iniciativa de Franco había fracasado.

Por eso, cuando Franco vio al jefe del gobierno por la tarde, tuvo cuidado de no desvelar todas sus cartas. En términos muy corteses le dijo a Portela que, en vista del peligro que representaba un gobierno del Frente Popular, le ofrecía su apoyo y el del Ejército si decidía mantenerse en el poder, lo que suponía de hecho una invitación para que autorizase un golpe militar con el fin de anular el resultado de las elecciones. Franco dejó claro que necesitaba la aquiescencia de Portela para eliminar el principal obstáculo a su propuesta, la oposición de la Guardia Civil y de la policía[71].

Pese a que Portela se negó en rotundo a acceder a las pretensiones ilegales e inconstitucionales de Franco y Gil Robles, no cesaron los esfuerzos por organizar la intervención militar. La clave continuaba siendo la actitud de la Guardia Civil. Al anochecer del 17 de febrero, el general Goded intentó sacar a sus tropas del cuartel de la

Montaña en Madrid en una tentativa de complementar los pasos que Franco había dado unas horas antes. Sin embargo, los oficiales de este y otros cuarteles se negaron a rebelarse si no existían garantías de que la Guardia Civil no se opondría. En círculos gubernamentales se daba por sentada la total implicación de Franco en la iniciativa de Goded. Tal era la opinión de Pozas y del general Miguel Núñez del Prado, jefe de la policía, quienes, pese a todo, le aseguraron a Portela el 18 de febrero que la Guardia Civil se opondría a cualquier militarada. Asimismo, Pozas rodeó todos los cuarteles sospechosos con destacamentos de la Guardia Civil[72]. El día 18, a punto de dar la medianoche, José Calvo Sotelo y el militante carlista Joaquín Bau fueron a ver a Portela al Hotel Palace y le instaron a apelar a Franco, a los jefes de los cuarteles militares de Madrid y a la Guardia Civil para que impusieran el orden[73]. Toda esta actividad en torno a Portela y el fracaso de Goded confirmaban las sospechas de Franco de que el Ejército no estaba preparado para dar un golpe.

Los esfuerzos de Gil Robles, Calvo Sotelo y Franco no disuadieron a Portela ni al resto del Gabinete de su decisión de dimitir, y, de hecho, lo más probable es que al asustarlos sólo consiguieran hacerles tomar la decisión con mayor celeridad. A las diez y media de la mañana del 19 de febrero acordaron entregar el poder a Azaña con efecto inmediato, sin esperar a la apertura de las Cortes. Antes de que Portela pudiese informar a Alcalá-Zamora de su decisión, se le notificó que el general Franco llevaba una hora esperándole, desde las dos y media del mediodía, en el Ministerio de la Gobernación. Durante la espera, Franco le había comentado al secretario de Portela, José Martí de Veses, que las amenazas al orden público hacían necesario que entrase en vigor el decreto de declaración del estado de guerra que Portela tenía en el bolsillo. Martí dijo que eso dividiría al Ejército. Franco contestó con seguridad que el uso de la Legión y de los Regulares mantendría unido al Ejército, lo que confirma una vez más que no tenía reparo en utilizar el Ejército colonial en la España peninsular y que estaba convencido de que era esencial hacerlo si se quería lograr la derrota definitiva de la izquierda. Al pasar al despacho del presidente del Gobierno, Franco volvió a intentar convencerle sin éxito de que no dimitiera[74].

La tarde del 19 de febrero, Azaña se vio forzado a tomar el poder prematuramente para disgusto de la derecha y, de hecho, para su propia irritación. No cabe duda de que Franco, pese a cubrirse bien las espaldas, nunca había estado tan cerca de unirse a un golpe militar como durante la crisis del 17 al 19 de febrero. En última instancia, sólo le impidió hacerlo la actitud firme del general Pozas y Núñez del Prado. No es de sorprender, por tanto, que cuando Azaña volvió a ocupar la presidencia del Gobierno, Franco fuese reemplazado como jefe del Estado Mayor. Este hecho sería fundamental para que el resentimiento latente de Franco se convirtiese en hostilidad abierta hacia la República.

El 21 de febrero, el nuevo ministro de la Guerra, el general Carlos Masquelet, propuso al ejecutivo una serie de nombramientos: entre ellos figuraba Franco como comandante general de Canarias, Goded como comandante general de las islas Baleares y Emilio Mola como gobernador militar de Pamplona. Franco no estaba en modo alguno contento con el que, en términos absolutos, era un destino importante. Pensaba sinceramente que en calidad de jefe del Estado Mayor podía desempeñar un papel fundamental para frenar la amenaza de la izquierda. Como demostraron las actividades de Franco tras las elecciones, su experiencia de octubre de 1934 había desarrollado en él el gusto por el poder, razón de más para que el nuevo Gobierno le quisiese mantener lejos de la capital.

La comandancia militar de las islas Canarias estaba bajo el mando de un general de división y era sólo ligeramente menor en importancia a la de las ocho regiones militares de la península. Al fin y al cabo, Franco era sólo el número veintitrés en la lista de veinticuatro generales de división en activo[75]. Pese a que tuvo suerte de que el nuevo ministro de la Guerra le otorgase un puesto tan importante, Franco lo percibió como una degradación y como un nuevo desaire por parte de Azaña. Años más tarde calificaría ese destino de destierro. Por encima de todo, le preocupaba que se rehabilitase a los oficiales liberales que él había relevado de sus cargos.

Apartado otra vez de un trabajo que le apasionaba, Franco se volvió más peligroso de lo que nunca había sido. Mientras aguardaba su partida a las islas Canarias, se dedicó a hablar sobre la situación con el general José Enrique Varela, el coronel Antonio Aranda y otros oficiales de ideas afines[76]. El 8 de marzo, antes de salir para Cádiz, primera escala de su viaje, Franco se reunió con numerosos oficiales disidentes en la casa de José Delgado, importante corredor de bolsa y compinche de Gil Robles. Entre los presentes estaban Mola, Varela, Fanjul y Orgaz, así como el coronel Valentín Galarza. Debatieron la necesidad de un golpe y acordaron entre todos que el general Sanjurjo, en el exilio, debía encabezarlo.

Franco se limitó a sugerir astutamente que el levantamiento no llevase una etiqueta específica. No asumió ningún compromiso sólido. Al finalizar la reunión se había acordado iniciar los preparativos del golpe con Mola como director absoluto y Galarza como enlace principal[77]. Cuando Franco llegó a Las Palmas, le recibió una multitud de seguidores del Frente Popular. La izquierda local había decretado un día de huelga para que los trabajadores pudieran ir al puerto a abuchear al hombre que había sofocado el levantamiento de los mineros de Asturias[78]. Franco se puso enseguida a trabajar en un plan de defensa de las islas y sobre todo en

las medidas que habría que adoptar en caso de disturbios políticos. También aprovechó las oportunidades que le ofrecía su nuevo destino y empezó a aprender golf e inglés[79]. Durante este tiempo, no colaboraría activamente en los planes del golpe militar. Sí se presentó, sin embargo, como candidato al Parlamento en la repetición de las elecciones que se celebraron en Cuenca[80]. Sus admiradores han sugerido que Franco decidió participar en el sistema electoral de la República para hacer efectivo su traslado a la España peninsular, donde podría desempeñar un papel clave en la conspiración, o por razones más egoístas. Sin embargo, Gil Robles sugiere que el deseo de Franco de incorporarse a la política era prueba de sus dudas sobre el éxito de un levantamiento militar. No habiendo declarado aún su postura respecto a la conspiración, Franco quería tener una posición segura en la vida civil desde donde aguardar los acontecimientos[81]. Fanjul confiaría una opinión similar a Basilio Álvarez, diputado radical por Orense en 1931 y 1933: «Quizá Franco quiera ponerse, si piensa actuar en política, a recaudo de molestias gubernativas o disciplinarias, con la inmunidad de un acta»[82]. Llegado el momento, fue irrelevante, pues no pudieron presentarse más que los candidatos que habían estado incluidos en las listas de las elecciones originales.

Franco se mantuvo al corriente del progreso de la conspiración a través de Galarza. Como parte de la campaña propagandística posterior a 1939, cuyo fin era limpiar cualquier recuerdo sobre la escasa participación de Franco en los preparativos, se afirmó que dos veces a la semana mantenía correspondencia con Galarza, y que había llegado a escribir un total de treinta cartas en clave, que nunca se han encontrado[83]. De hecho, Franco, nada entusiasta, comentó a Orgaz, eterno optimista desterrado a Canarias a principios de la primavera, que el levantamiento sería «sumamente difícil y muy sangriento»[84]. A finales de mayo, Gil Robles se quejó al periodista americano H. Edward Knoblaugh de que Franco había rehusado encabezar el golpe, alegando supuestamente que «ni toda el agua del Manzanares borraría la mancha de semejante movimiento». Esta y otras observaciones indican que Franco seguía teniendo muy presente la experiencia de la Sanjurjada de 1932[85].

El rápido avance de los planes para la conspiración hizo que la cautela de Franco mermase la paciencia de sus amigos africanistas. Es evidente que su colaboración les hubiese supuesto una enorme ventaja. El 30 de mayo, Goded envió al capitán Bartolomé Barba a Canarias para comunicar a Franco que había llegado el momento de abandonar la prudencia y tomar una decisión. El coronel Yagüe comentó a Serrano Súñer que le resultaba desesperante la mezquina precaución de Franco y su negativa a asumir riesgos[86]. El propio Serrano Súñer quedó desconcertado cuando Franco le dijo que lo que de verdad le hubiese gustado habría sido fijar su residencia en el sur de Francia y dirigir la conspiración desde allí. Dada la posición de Mola, era del todo imposible que Franco organizara el levantamiento. Su actitud ponía claramente de manifiesto que su principal preocupación era cubrir su propia retirada en caso de que el golpe fallase[87]. Asimismo, se puede deducir que la motivación principal de la candidatura electoral de Franco en Cuenca no había sido su abnegada dedicación al golpe.

Los estériles esfuerzos de las autoridades republicanas por identificar y acabar con los conspiradores nos desvelan uno de los misterios de la época: una curiosa advertencia a Casares Quiroga de la pluma de Franco. El 23 de junio de 1936, Franco escribió una carta al presidente del Gobierno llena de ambigüedades, en la que insinuaba al mismo tiempo que el Ejército era hostil a la República y que sería leal si recibía un trato adecuado. Según el esquema de valores de Franco, el movimiento organizado por Mola, sobre el que estaba plenamente informado, reflejaba meramente las legítimas precauciones defensivas de unos soldados con pleno derecho a proteger su idea de la nación por encima de cualquier régimen político. Franco, preocupado al igual que otros de sus compañeros oficiales por los problemas de orden público, instó a Casares a buscar el consejo «de aquellos generales y jefes de Cuerpo que, exentos de pasiones políticas, vivan en contacto y se preocupen de los problemas y del sentir de sus subordinados». Franco no mencionó su nombre, pero su inclusión en este grupo quedaba implícita[88].

La carta era una obra maestra de la ambigüedad. En ella Franco insinuaba que Casares sólo tenía que ponerle a cargo para que se pusiese fin a las conspiraciones. A estas alturas, Franco hubiese preferido restaurar el orden, como a él le pareciese y con el respaldo legal del Gobierno, a arriesgarlo todo en un golpe. La carta tenía el mismo objetivo que sus apelaciones a Portela a mediados de febrero. Franco estaba listo para lidiar con el desorden revolucionario como lo había hecho en Asturias en 1934, y ofrecía sus servicios con discreción. Si Casares hubiese aceptado su oferta, no habría habido necesidad de un levantamiento. Ésa fue la visión retrospectiva de Franco[89]. Sin duda, la falta de respuesta por parte de Casares tuvo que ayudarle a optar finalmente por la rebelión. La carta de Franco representaba un ejemplo típico de su inefable amor propio, la convicción de que tenía derecho a hablar en nombre de todo el Ejército.

Franco seguía guardando las distancias con los conspiradores. Al empeñarse en estar siempre en el lado ganador sin asumir riesgos excesivos, le fue muy difícil sobresalir como líder carismático[f7]. Unos días después de que escribiese a Casares, se hizo el reparto de funciones entre los conspiradores. Franco debía estar al mando del levantamiento en Marruecos[90]. Por diversas razones, Mola y los demás conspiradores eran

reacios a actuar sin Franco: al haber sido tanto director de la Academia de Zaragoza como jefe del Estado Mayor, su influencia entre los cuerpos de oficiales era enorme. También contaba con la lealtad del ejército español de Marruecos, necesaria para el éxito del golpe. Franco era pues el hombre idóneo para desempeñar la posición que le habían asignado. Pese a todo, a principios del verano de 1936, Franco seguía esperando entre bastidores. A menudo, Calvo Sotelo abordaba a Serrano Súñer en los pasillos de las Cortes para preguntarle con impaciencia: «¿Qué le pasa a tu cuñado? ¿Qué hace? ¿No se da cuenta de lo que se está tramando?»[91].

Sus elusivas vacilaciones llevaron a sus frustrados camaradas a apodarle «*Miss* Islas Canarias 1936». Sanjurjo, que aún no había perdonado a Franco que no le hubiese apoyado en 1932, comentó: «Franco no hará nada que le comprometa; estará siempre en la sombra porque es un cuco». También se dijo que había afirmado que el levantamiento se llevaría a cabo «con o sin Franquito»[92]. Las dudas de Franco indignaban a Mola y Sanjurjo, no sólo por el peligro e inconveniente de tener que basar sus planes en un factor dudoso, sino también porque se daban cuenta, con mucho acierto, de que su decisión influiría en muchos indecisos.

Los preparativos para la participación de Franco en el golpe se trataron por primera vez en la instrucción de Mola sobre Marruecos. El coronel Yagüe dirigiría a las fuerzas rebeldes de Marruecos hasta la llegada de «un general de prestigio». Para asegurarse de que fuera Franco, Yagüe le escribió instándole a que se uniese al levantamiento. También había planeado con Francisco Herrera, diputado de la CEDA, presentar a Franco con un *fait accompli* enviándole un avión que le trasladase de Canarias a Marruecos, 1200 kilómetros de viaje. Francisco Herrera, amigo íntimo de Gil Robles, era el enlace entre los conspiradores de España y los de Marruecos. Yagüe, por su parte, era un incondicional de Franco. Como consecuencia de sus discrepancias con el general López Ochoa durante la campaña de Asturias, Yagüe fue transferido, pero una intervención personal de Franco le devolvió a Ceuta[93]. Tras recibir a Yagüe en Ceuta el 29 de julio, Herrera emprendió el largo viaje hacia Pamplona, adonde llegó agotado el 1 de julio para encargarse de que el avión que llevaría a Franco estuviese preparado. Aparte de las dificultades financieras y técnicas que implicaba conseguir un avión en tan corto plazo, Mola seguía albergando serias dudas sobre si Franco acabaría uniéndose al levantamiento.

Sin embargo, después de consultarlo con Kindelán, el día 3 de julio dio luz verde al plan. Herrera propuso ir a Biarritz para ver si los exiliados monárquicos que estaban descansando allí podían resolver el problema financiero. Así, el 4 de julio se entrevistó con Juan March, un hombre de negocios multimillonario que había conocido a Franco en las islas Baleares en 1933. March prometió poner el dinero. Herrera también tanteó al marqués de Luca de Tena, propietario del periódico *ABC*, para conseguir su ayuda. March le dio a Luca de Tena un cheque en blanco y éste se marchó a París para iniciar los preparativos[94]. Una vez allí, el 5 de julio, Luca de Tena telefoneó a Luis Bolín, corresponsal de *ABC* en Inglaterra, y le dio instrucciones para que alquilara un hidroavión capaz de volar directamente de las islas Canarias a Marruecos, y si no podía ser, que consiguiese el mejor avión convencional que encontrase. Bolín, a su vez, telefoneó al inventor aeronáutico español, el derechista Juan de la Cierva, que vivía en Londres. De la Cierva voló a París y le dijo a Luca de Tena que no había ningún hidroavión adecuado y le recomendó a cambio un Havilland Dragón Rapide. Como buen conocedor de la aviación privada inglesa, De la Cierva era partidario de utilizar el Olley Air Services de Croydon. Bolín fue a Croydon el 6 de julio y alquiló un Dragón Rapide[95].

El avión despegó de Croydon a primera hora de la mañana del día 11 de julio y llegó a Casablanca al día siguiente vía Espinho, en el norte de Portugal, y Lisboa[96]. Aunque la fecha de su viaje a Marruecos era inminente, Franco se mostraba casi más indeciso que antes respecto a su postura, acechado por la experiencia del 10 de agosto de 1932. Alfredo Kindelán logró mantener una breve conversación telefónica con Franco el 8 de julio, y se quedó horrorizado al enterarse de que seguía sin haber tomado una decisión sobre el golpe. Mola fue informado al respecto dos días más tarde[97]. El mismo día en que el Dragón Rapide llegó a Casablanca, Franco envió un mensaje en clave a Kindelán en Madrid para que éste a su vez se lo transmitiese a Mola. Decía «geografía poco extensa», lo que significaba que se negaba a unirse al levantamiento alegando que las circunstancias, en su opinión, no eran lo suficientemente favorables. Kindelán recibió el mensaje el 13 de julio, y Mola un día después, en Pamplona. Encolerizado, Mola mandó que se localizase al piloto Juan Antonio Ansaldo y que se le ordenase llevar a Sanjurjo a Marruecos para hacer el trabajo de Franco. También informó a los conspiradores de Madrid de que no contaban con su apoyo[98]. Sin embargo, dos días más tarde, llegó otro mensaje que decía que Franco estaba con ellos. El asesinato de Calvo Sotelo el 13 de julio le había hecho volver a cambiar de postura.

El asesinato ayudó a adoptar una posición a muchos indecisos, entre ellos Franco. Cuando conoció la noticia a última hora de la mañana del día 13 de julio, exclamó ante el mensajero, el coronel González Peral, «la Patria ya cuenta con otro mártir. No se puede esperar más. ¡Es la señal!»[99]. Poco después envió un telegrama a Mola. A última hora de la tarde, Franco encargó a Pacón que comprara dos pasajes para su esposa y su hija en el barco alemán *Waldi*, que zarparía de Las Palmas el 19 de julio en dirección a El Havre y Hamburgo[100]. La profesora de inglés de Franco escribiría más adelante: «La mañana después de que nos llegase la noticia sobre Calvo Sotelo, le encontré totalmente cambiado cuando vino a dar sus clases. Parecía diez años más viejo y era

obvio que no había dormido en toda la noche[f8]. Por primera vez, parecía estar a punto de perder su firme dominio de sí mismo y su serenidad inalterable… Se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo para seguir la lección»[101]. La embriagadora contundencia con la que Franco respondió a la noticia no es incompatible con el comentario de Dora Lennard sobre la noche en vela del general[102]. La decisión era lo bastante trascendental como para provocar en él dudas agonizantes, como atestiguan las precauciones que tomó para la seguridad de su mujer y de su hija. Sin embargo, Franco había tomado una determinación; el *Dragón Rapide* estaba de camino y él era ahora un golpista.

LA GUERRA DE ANIQUILACIÓN DE FRANCO

Durante toda su vida, y aun después de su muerte, el general Francisco Franco fue vilipendiado por sus enemigos de la izquierda y adulado hasta el absurdo por sus admiradores de la derecha. Tal hecho no resulta sorprendente, dada su condición de vencedor de una cruenta guerra civil que inflamó las pasiones en todo el mundo. Al margen del éxito político personal que supuso permanecer en el poder durante casi cuatro décadas, su victoria en la Guerra Civil española fue su mayor y más gloriosa hazaña, como reflejan los juicios de sus detractores y hagiógrafos por igual. Para la izquierda, Franco era un general mediocre y torpe, cuyos triunfos en el campo de batalla se debieron enteramente a la constante ayuda militar prestada por Hitler y Mussolini. Para la derecha, Franco era un general que encarnaba en el siglo XX el espíritu de figuras como Alejandro Magno, Napoleón y el Cid Campeador.

Sin embargo, dejando a un lado los excesos propagandísticos de los admiradores del Caudillo, no deja de sorprender que tanto sus aliados durante la guerra como sus jueces más sobrios dentro de su propio bando hayan coincidido en una visión generalmente crítica de su valor como estratega y líder militar. Así, por ejemplo, la opinión compartida del *Führer* alemán y del *Duce* italiano al respecto fue notoriamente adversa. En 1942, en el transcurso de una comida, Hitler declaró: «Franco y compañía pueden considerarse afortunados de haber recibido la ayuda de la Italia fascista y de la Alemania nazi durante su primera guerra civil… La intervención del general alemán Von Richtofen y las bombas que sus escuadrones descargaron desde el cielo decidieron el asunto»[1]. Durante la guerra, el primer representante diplomático de Hitler, el general Wilhelm Faupel, fue a menudo muy mordaz en sus despachos a propósito de la penosa lentitud de la dirección militar de Franco[2]. Los italianos también fueron bastante críticos. En diciembre de 1937, irritado por la aparente incapacidad de Franco para aprovechar su abrumadora superioridad de fuerzas, el conde Ciano, ministro de Asuntos Exteriores fascista, anotó en su diario: «Franco no tiene ni idea de lo que es la síntesis en la guerra»[3]. Durante la batalla del Ebro en 1938, el propio *Duce* se quejó de la «inconsistente dirección de la guerra» de Franco y confesó a Ciano: «Escribe en tu diario que hoy, 29 de agosto, profetizo la derrota de Franco. O el hombre no sabe cómo hacer la guerra o no quiere. Los rojos son combativos, Franco no»[4].

Los juicios adversos de los aliados alemanes e italianos de Franco podrían considerarse poco fundamentados, debido a la distancia y a la falta de familiaridad con las condiciones españolas. Sin embargo, las críticas, aunque más cautelosas en su formulación, también surgieron entre los propios asesores militares del Generalísimo. Dos opiniones críticas de Franco como estratega tuvieron como fuente a destacados miembros del alto mando militar nacional: el general Alfredo Kindelán Duany —jefe de las Fuerzas Aéreas de Franco— y el coronel, luego general, Jorge Vigón Suerodíaz, jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte y posteriormente del Estado Mayor del propio Franco. Durante las primeras etapas de la guerra, Vigón remitió varias cartas a Kindelán solicitando que utilizara su influencia sobre el Generalísimo para lograr un cambio en la estrategia y una aceleración de las operaciones militares. Kindelán escribió sus memorias poco después del final de la contienda y en ellas aludía a sus reservas y a las de Vigón sobre la dirección general de la guerra por parte de Franco. El permiso para su publicación fue denegado hasta 1945, y aún entonces las críticas a Franco como estratega fueron censuradas y el texto completo no fue editado hasta siete años después de la muerte del Caudillo.

Por ejemplo, Kindelán escribió a propósito del fallo de Franco para lanzar un rápido avance por todo el norte después de la caída de Bilbao en junio de 1937: «El enemigo fue derrotado, pero no perseguido; el éxito no se aprovechó, la retirada no se convirtió en desastre. Esto se debió al hecho de que, aunque la concepción táctica era magistral, como lo fue su ejecución, por otro lado, la concepción estratégica fue mucho más modesta». El pasaje citado fue suprimido por la censura junto con algunos otros[5]. En sus propios diarios, no publicados hasta 1970, se aprecia la frustración de Vigón respecto a las decisiones militares de Franco, que retrasaron grandes ofensivas[6]. Con posterioridad, los más distinguidos historiadores oficiales del Ejército franquista también fueron discretamente críticos respecto al que fuera su comandante en jefe[7].

El denominador común de todas estas críticas, tanto si son alemanas como italianas o españolas, reside en la creencia de que Franco hubiera podido acelerar el progreso de su esfuerzo bélico en varios momentos cruciales. Ante todo, critican la lentitud de Franco a la hora de tomar decisiones en general y su disposición (en Brunete y Teruel en 1937 y en el Ebro en 1938) a desviar gran número de tropas para la tarea (muy costosa y sin valor estratégico) de reconquistar el territorio capturado por las fuerzas republicanas en sus ataques de distracción. La aparente propensión del Generalísimo a perder de vista los objetivos estratégicos

supremos en esas ocasiones, así como su tendencia a dejar pasar varias oportunidades para atacar una Cataluña débilmente defendida, ha servido para concluir que carecía de capacidad de desarrollar una visión general. Ciertamente, no puede negarse que, como declaró en 1931 su entonces superior, el general José Sanjurjo, Franco «no es que sea un Napoleón»[8]. Sin embargo, probablemente también es errónea la opinión de que no poseía dotes de estratega militar, tal como sugieren Hitler y Mussolini, Kindelán y Vigón. A nuestro entender, juzgar a Franco por su capacidad para elaborar una estrategia elegante y astuta es quedarse en lo accesorio. Logró la victoria en la Guerra Civil del modo y en el tiempo que quiso y prefirió. Es más, obtuvo de esa victoria lo que más ansiaba: el poder político para rehacer España a su propia imagen, sin impedimento por parte de sus enemigos en la izquierda y de sus rivales en la derecha.

Tanto en la forma como en el fondo, la estrategia militar de Franco se atuvo a la persecución de unos objetivos políticos a largo plazo más que a objetivos inmediatos en el campo de batalla. Este hecho derivaba en parte de su propia personalidad, en la que la cautela instintiva coexistía con una ambición casi ilimitada. Igualmente cruciales al respecto fueron la educación militar que recibió entre 1907 y 1910 en la anticuada Academia de Infantería de Toledo y sus experiencias de campaña en la salvaje guerra colonial librada por España en Marruecos. De hecho, sus vivencias personales y la cosmovisión aprendida en la Academia de Toledo se entretejerían y acabarían por determinar el carácter principal del estilo militar de Franco durante la Guerra Civil.

Siendo niño, traumatizado por las infidelidades de un padre hedonista y librepensador, Franco se identificó con su piadosa y conservadora madre. A lo largo de toda su vida rechazaría todas las cosas que asociaba con su progenitor, desde las diversiones sexuales y el consumo de alcohol hasta las ideas de izquierda. Su infancia coincidió con el momento de mayor decadencia de la fortuna política de España y, con el tiempo, él llegaría a relacionar sus dificultades personales con las del país. En 1898 España sufrió una humillante derrota frente a Estados Unidos y perdió los restos de su imperio colonial en América y el Pacífico. En 1907, cuando Franco entró en la Academia Militar con catorce años, encontró una atmósfera de ciega hostilidad hacia los políticos liberales a los que se achacaba la responsabilidad del Desastre del 98. Durante toda su vida, Franco culparía de las tragedias nacionales a hombres que eran sorprendentemente similares a su propio padre[9]. En la Guerra Civil, su objetivo sería alcanzar no una rápida victoria, sino la erradicación definitiva de tales hombres e influencias de España.

La Academia de Infantería de Toledo enseñó a Franco pocas cosas sobre el pensamiento estratégico contemporáneo o sobre los avances en la tecnología bélica desde la guerra franco-prusiana de 1870. Tampoco se extrajeron lecciones de la guerra de guerrillas empleada en Cuba. El énfasis de la educación se volcaba en una disciplina rígida, una historia militar que idealizaba las glorias pretéritas de España y un conjunto de virtudes morales, entre las cuales destacaban la obediencia incondicional y el coraje temerario. Las dificultades internacionales de la España del momento se atribuían al veneno del liberalismo y del izquierdismo. A modo de compensación de los fracasos en el campo de batalla, se recalcaba la función del Ejército como guardián político y espiritual de la nación. Era un axioma indiscutido que el Ejército tenía el derecho a rebelarse contra cualquier gobierno civil que tolerase el desorden social o las actividades de movimientos regionalistas que ponían en peligro la unidad de la patria[f10]. Franco abandonó la Academia con pocos conocimientos sobre el arte de la guerra, pero plenamente imbuido de esas ideas y concepciones[10].

En Marruecos, aprendió el valor del terror y la brutalidad como armas contra las poblaciones civiles.

Cuando Franco regresó a la península en 1926, había desarrollado totalmente dos de los rasgos característicos de su esfuerzo bélico durante los tres años de la Guerra Civil: la implacable disposición a usar el terror contra la población y la férrea convicción del derecho del Ejército a imponer sus opiniones políticas. Para 1936, también había concluido que él era la persona más adecuada para definir esas opiniones castrenses. La creciente confianza en su propia misión patriótica quedó consolidada durante el período en que dirigió la Academia General Militar de Zaragoza (de diciembre de 1927 a junio de 1931). En ella, asistido por una plantilla de profesores elegida entre sus compañeros africanistas, Franco educó a una generación de oficiales que combatirían a su lado durante la Guerra Civil bajo el modelo de la arrogancia brutal de la Legión y convencidos del derecho del Ejército a determinar el destino político de la nación[11].

La proclamación de la Segunda República como régimen democrático en 1931 supuso un serio revés para Franco. La Academia de Zaragoza fue clausurada y él quedó sin destino durante ocho meses, hasta que en febrero de 1932 fue nombrado gobernador militar de La Coruña. Ni ese destino, ni el nombramiento un año después como comandante de las islas Baleares, mitigaron su resentida hostilidad hacia la democracia republicana. No obstante, su fortuna cambió con la llegada al poder del cada vez más conservador Partido Radical, apoyado por el partido autoritario católico, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). El ministro de la Guerra, el radical Diego Hidalgo, no sólo le ascendió a general de división sino que también le escogió como asesor personal para asuntos militares. En octubre de 1934 los mineros de Asturias se sublevaron contra la entrada de ministros de la CEDA en el Gobierno, creyendo que tal hecho significaría la

imposición del fascismo en España. Diego Hidalgo puso a Franco oficiosamente al cargo de todas las tareas de aplastamiento de la sublevación. La declaración del estado de guerra transfirió al Ministerio de la Guerra toda la responsabilidad de mantener el orden y la ley, normalmente competencia del Ministerio de Gobernación. De este modo, la delegación de poderes por parte del ministro dio a Franco *de facto* todo el control de ambos ministerios, control que él ejerció con notable dureza[12]. Fue para Franco la primera experiencia de poder real y omnímodo, que afianzó sus ideas sobre el papel del Ejército que había abrazado como cadete en Toledo. Además, acrecentó su mesiánica convicción de que estaba destinado a dirigir el Ejército español en su lucha contra las perniciosas ideologías del liberalismo y de la izquierda.

A pesar de esa pomposa concepción de su propia importancia, Franco fue muy prudente a la hora de implicarse en la conjura militar contra el nuevo gobierno del Frente Popular que fue extendiéndose durante la primavera y el verano de 1936. Cuando finalmente se comprometió (sólo cinco días antes del estallido de la Guerra Civil, el 17 de julio), tomó a su cargo la dirección de las tropas más eficaces del bando de los insurgentes: el Ejército de África radicado en Marruecos. Cuando llegó al protectorado procedente de las islas Canarias (de las que era comandante militar desde marzo de 1936), se encontró con una situación incierta y peligrosa. El ejército colonial estaba paralizado en Marruecos debido al bloqueo naval impuesto en el estrecho de Gibraltar por la flota española, cuya marinería se había declarado en favor del Gobierno republicano después de arrestar a los oficiales conjurados. En respuesta a ese grave problema, Franco desplegó lo que probablemente eran sus más valiosas cualidades como líder militar: una sangre fría notable, junto con una voluntad decidida y un optimismo contagioso. En discursos, arengas y proclamas radiofónicas, repitió su consigna de «fe ciega en la victoria», y su mera presencia entre los rebeldes levantó la moral[13].

Mientras tanto, Franco tuvo que afrontar el problema creado por el bloqueo naval republicano. Acarició la idea, entonces revolucionaria, de transportar sus tropas por aire al otro lado del estrecho y también examinó la posibilidad de enviar un convoy marítimo, rompiendo el bloqueo contra el parecer de su estado mayor[14]. Consideraba, despectivamente, que la marinería republicana, sin oficiales para navegar, vigilar las máquinas o dirigir los cañones, no representaría un gran peligro. La travesía del convoy, que finalmente se produjo el 5 de agosto, supuso un golpe audaz que cimentó el prestigio de Franco en el bando nacional. A la par, los pocos aviones disponibles se emplearon para establecer un puente aéreo a través del Estrecho. La envergadura de esa vía de comunicación creció enormemente una vez que Hitler y Mussolini decidieron, por separado, ayudar militarmente a los insurgentes españoles. Ambas decisiones estuvieron determinadas por motivos de interés propio de los germanos e italianos. Sin embargo, el hecho de que canalizaran su ayuda hacia Franco reflejaba no sólo la manifiesta eficacia de éste sino también la fuerza de convicción con la que persuadió a los representantes nazis y fascistas de que él era el líder rebelde que merecía su apoyo. Sus rivales, el general Emilio Mola, en el norte, y el general Gonzalo Queipo de Llano, en el sur, no pudieron competir con Franco en su habilidad para conseguir la decisiva ayuda extranjera[15].

Una vez que hubo transportado sus tropas al sur de España, las primeras operaciones militares de Franco reflejaron sus experiencias en Marruecos. La naturaleza del territorio (las áridas colinas de Andalucía) y el hecho de que sus oponentes fueran civiles pobremente armados recordaban el tipo de guerra colonial que había librado en África. Franco ya había demostrado su disposición a utilizar a las tropas marroquíes en España durante la represión de octubre de 1934 en Asturias. A primeros de agosto de 1936, sus columnas africanas emprendieron en Sevilla una marcha inicialmente muy veloz y dura en dirección a Madrid. Con el conocimiento y la autorización de Franco, la Legión y los mercenarios marroquíes del cuerpo de Regulares Indígenas demostraron una eficiencia terrible en dicho avance. Franco dirigió las primeras etapas de su campaña bélica contra la izquierda española como si fuera una guerra colonial contra un enemigo racialmente inferior[f11]. Los moros y los legionarios sembraban el terror allí donde llegaban, saqueando los pueblos capturados, violando a las mujeres, matando a sus prisioneros y mutilándolos sexualmente[16]. El uso del terror, como inversión tanto a corto plazo como a la larga, fue un elemento esencial en el repertorio de Franco en su condición de general y de dictador. Durante la guerra y mucho después de la misma, aquellos de sus enemigos que no habían sido eliminados físicamente quedarían paralizados por el miedo y forzados a buscar su supervivencia en la apatía.

Bajo la dirección de campaña efectiva del teniente coronel Juan Yagüe, las columnas de Franco avanzaron desde la provincia de Sevilla hacia Extremadura. Tomaron pueblo tras pueblo, recorriendo doscientos kilómetros en poco más de una semana. El terror desencadenado después de cada pequeña victoria, junto con la habilidad del Ejército de África en campo abierto, explica el éxito de las operaciones proyectadas por Franco. Las improvisadas milicias republicanas luchaban desesperadamente al abrigo de edificios o árboles. Pero el mero rumor de que los moros podrían estar avanzando por los flancos bastaba para hacerlas huir, abandonando todo su magro equipo en la espantada. Franco planificó sus ofensivas en consecuencia. La intimidación y el uso del terror, eufemísticamente denominados «castigo», estaban especificados en sus órdenes escritas[17]. La mayor carnicería tuvo lugar en los días posteriores a la toma de Badajoz el 14 de agosto de 1936, cuando en torno a dos mil prisioneros fueron masacrados. La decisión de Franco de enviar sus

tropas a Badajoz, lo que implicaba un desvío de sesenta kilómetros de la ruta a Madrid, ejemplificaba su obsesión con el aniquilamiento de toda oposición, con independencia del coste humano o temporal que ello requiriese. Si sus fuerzas hubieran continuado en dirección a Madrid, la guarnición asediada en Badajoz de ningún modo hubiera podido amenazarlas desde la retaguardia. Esa medida contribuyó a la dilación que hizo posible que la República preparara sus defensas en la capital.

Tres días antes de la toma de Badajoz, el 11 de agosto, Franco había escrito a Mola una carta en la que revelaba su voluntad obsesiva de purgar de enemigos todo el territorio capturado. Era una perspectiva estratégica que no cambiaría sustancialmente durante toda la guerra y que reflejaba profundamente una mentalidad bélica «colonial». En la misiva, Franco dejaba claro que, para él, la conquista gradual de territorio y la consecuente eliminación de toda resistencia en las «zonas ocupadas» eran más importantes que una victoria rápida. A pesar de ello, se mostraba de acuerdo en que el objetivo supremo habría de ser la conquista de Madrid. Refiriéndose al hecho de que el Alcázar de Toledo estaba sitiado por milicias republicanas, Franco afirmó de manera significativa que el avance de sus tropas hacia la capital «descongestionará y aliviará Toledo sin distraer fuerzas que puedan necesitarse»[18].

Tras la captura de Badajoz, las columnas africanas avanzaron rápidamente por las carreteras en dirección noreste hacia la capital española. El 27 de agosto habían llegado a la última ciudad de importancia en la ruta de Madrid, Talavera de la Reina, que cayó en su poder una semana más tarde[19]. La conquista fue seguida de otra masacre sistemática. Sin embargo, no sería descabellado afirmar que Franco no tenía interés especial en conseguir una toma rápida de Madrid, sobre todo en vista de una decisión clave subsiguiente de la que hablaremos más tarde. Con una resistencia miliciana cada vez más intensa, las tropas de Franco tardaron más de quince días en llegar a la villa de Maqueda, a partir de la cual la carretera se dividía en dos tramos: uno en dirección noreste, hacia Madrid, y otro en dirección sureste, hacia Toledo[20].

Yagüe tomó Maqueda el 21 de septiembre y, a partir de ese momento, el carácter de la dirección de las operaciones bélicas por parte de Franco experimentó un cambio sustancial. A principios de aquel mes, la República se había reorganizado mediante la formación de un Gobierno de coalición presidido por el socialista Francisco Largo Caballero. Ese esfuerzo de reafirmación de una autoridad central en el enemigo acentuó entre los dirigentes nacionales la convicción de que también en sus filas era necesario unificar y reforzar el mando central. Franco había expresado hacía tiempo sus ambiciones sobre el particular, declarando a sus interlocutores alemanes en Marruecos que deseaba ser visto «no sólo como el salvador de España, sino también como el salvador de Europa frente a la expansión del comunismo»[21]. Ese objetivo no podría lograrse mediante una rápida victoria militar sobre la República y la consiguiente desmovilización. Las ambiciones políticas de Franco y la necesidad de tomar decisiones militares clave se conjugaron críticamente después de la captura de Maqueda por Yagüe. Aquel mismo día, en una reunión de los generales nacionales celebrada en un aeródromo cercano a Salamanca, Franco fue elegido Generalísimo de los Ejércitos por sus compañeros de armas. Sin embargo, detrás de la elección casi por unanimidad y de la retórica de apoyo, había una resistencia discernible a dar ese paso. Tres días pasaron después de la reunión sin que se publicara o ejecutara la decisión de nombrar Generalísimo a Franco. En esas condiciones, el propio Franco buscó una fórmula para precipitar la medida.

Franco en persona lanzó una operación estratégica desconcertante: ordenó a sus tropas que se desviaran de la ruta hacia Madrid y se dirigiesen a Toledo. De ese modo, perdió una oportunidad única e irrepetible para llegar a la capital antes de que se hubieran terminado las obras de defensa y se hubiera levantado su moral de resistencia. Yagüe, Kindelán y el jefe de operaciones de Franco, el teniente coronel Antonio Barroso, le advirtieron que esa maniobra de diversión para liberar el Alcázar podría costarle la pérdida de Madrid. Con posterioridad, Franco reconoció a un periodista portugués que «cometimos un error militar y lo cometimos deliberadamente»[22]. Había optado por dar prioridad al encumbramiento político de su persona mediante la victoria simbólica y el golpe de efecto propagandístico que representó la liberación del Alcázar de Toledo el 27 de septiembre de 1936. Al día siguiente, el alto mando nacionalista volvió a reunirse en el aeródromo salmantino, confirmó a Franco en su condición de Generalísimo y le confirió el cargo de «jefe del Gobierno del Estado». Desde ese momento, Franco se arrogó simple y directamente la categoría y las atribuciones de Jefe del Estado[23]. Como resultado de su decisión, se produjo un retraso en la marcha de las operaciones bélicas desde el 21 de septiembre (caída de Maqueda) hasta el 7 de octubre (reinicio de la marcha sobre Madrid).

A partir de su encumbramiento político, el ritmo y estilo de la dirección estratégica de Franco sufrieron otro cambio perceptible. La guerra rápida practicada por las columnas dio paso a un esfuerzo bélico más moroso, en el que la destrucción gradual del enemigo tomó precedencia sobre los grandes objetivos estratégicos. A tono con sus grandiosos planes para erradicar permanentemente a la izquierda de España, Franco comenzó a dilatar la guerra para aplastar a sus enemigos republicanos y eliminar a sus rivales en la derecha. En una visita a las ruinas del Alcázar después del final de la guerra, Franco declaró a Manuel Aznar, el cronista oficial de sus triunfos militares: «Al entrar en el Alcázar tuve la convicción de que había ganado la guerra. A partir de

aquel momento era sólo cuestión de tiempo. No me interesaba ya una victoria fulminante, sino que la victoria total en todos los terrenos viniese por la consunción del enemigo»[24].

El 7 de octubre de 1936, las tropas nacionales habían reemprendido las operaciones de avance sobre Madrid. Después de consultar con Franco, Mola había diseñado una estrategia final en dos etapas para tomar la capital, que ya estaba siendo rodeada en el sector occidental de norte a sur. El plan consistía en que, primero, las tropas nacionales redujesen el semicírculo de asedio a la capital por todo el sector oeste y, en un segundo momento, el Ejército de África, bajo la dirección ahora del impetuoso general Varela, realizara un asalto frontal a través de los barrios noroccidentales. Las defensas exteriores de la ciudad se estaban viendo debilitadas por los bombardeos de la aviación nacional y barridas por los avances de columnas provistas de tanques ligeros italianos[25]. Sin embargo, no había una urgencia real para comenzar la operación prevista, y el propio Franco, de forma sorprendente, estuvo ausente del frente madrileño hasta el día 23 de noviembre, cuando se presentó para ordenar el cese del ataque. Por entonces estaba mucho más interesado en la mucho menos importante operación de liberar del cerco a Oviedo, capital asturiana, para lo cual envió tropas valiosas desde Madrid. Cuando Barroso le advirtió que las fuerzas nacionales no eran suficientes para justificar el riesgo de un ataque frontal a una ciudad que se defendería casa por casa, Franco le replicó: «Dejemos que Varela lo intente. Siempre ha tenido mucha suerte». Tal frivolidad parece indicar que Franco estaba distanciándose del asalto a Madrid. El plan de Varela de atacar por el noroeste, donde existe una especie de muralla natural formada por el río Manzanares, era casi suicida. Hubo debates intensos dentro del alto mando nacional sobre la conveniencia e idoneidad de lanzar un asalto desde posiciones inferiores y a través de calles estrechas. Sin embargo, Franco no hizo nada para evitar el ataque de Varela. El Generalísimo no iba a cancelarlo en un momento en que existía la convicción en círculos nacionales de que la capital iba a caer de un momento a otro. Pero una vez que Varela hubiera cosechado su fracaso, no habría oposición a su preferencia por una guerra larga[26].

El 22 de noviembre de 1936, el asalto nacional sobre Madrid había sido rechazado por una población que se defendía con uñas y dientes en el medio urbano y contaba con el apoyo de la primera de las Brigadas Internacionales[27]. Al día siguiente, Franco viajó desde Salamanca hasta Leganés (población cercana a Madrid) e informó a sus generales y oficiales que no cabía otra opción que abandonar el ataque frontal. Tuvo la fortuna de que las tropas republicanas de la capital también estuvieran agotadas y fueran incapaces de lanzar una contraofensiva. Si lo hubieran hecho, quizás habrían podido cambiar la suerte de las armas en su favor. Pero antes de que la República pudiera recuperar sus fuerzas, las exhaustas tropas de Franco recibirían masivos refuerzos enviados por la Italia fascista. Mussolini tenía crecientes dudas sobre la planificación estratégica del Generalísimo. Sin embargo, se había comprometido demasiado con la causa nacional como para permitir la derrota de Franco[28]. Los alemanes también se enfrentaban «con la decisión de salir de España o enviar más fuerzas allí»[29]. Era un dilema que Franco habría de explotar a su favor con habilidad.

El fracaso del asalto a Madrid dejó a Franco bastante indeciso frente a lo que empezaba a ser una compleja guerra de maniobras. A juicio del general Faupel por aquellas fechas, «su formación y experiencia militar no le hacen adecuado para la dirección de operaciones en la escala actual»[30]. Al final, tras considerable vacilación, Franco decidió adoptar una estrategia de cerco indirecto, utilizando como vía de ataque a la capital la carretera de La Coruña, en el noroeste[31]. En medio de unas condiciones meteorológicas adversas, se libraron sangrientas batallas en pequeñas poblaciones de la zona. El comandante italiano en España, el general Mario Roatta, también entonces se quejó a Roma de que el Estado Mayor del Generalísimo era incapaz de planificar una operación apropiada para una guerra a gran escala[32]. Para cuando el frente se estabilizó el 15 de enero de 1937, cada bando había perdido en torno a 15 000 hombres[33]. Los reiterados esfuerzos por tomar Madrid habían diezmado en gran medida las fuerzas de Franco. Los republicanos se habían atrincherado sólidamente en la zona. Franco tuvo la fortuna de que careciesen de fuerzas para pasar a la ofensiva contra unas líneas muy dilatadas y de que pronto llegaran los refuerzos italianos.

En parte por despreciar la dirección estratégica de Franco, y en parte por monopolizar el previsto triunfo del fascismo, Mussolini insistió en que las tropas italianas se usasen como fuerza independiente, bajo el mando de un general italiano y sólo nominalmente responsable ante Franco. El Caudillo, tras rechazar un ambicioso plan militar del *Duce* para dividir Cataluña del resto de la República, aceptó un ataque a Málaga con vistas a proseguir la ofensiva contra Valencia por el sureste[34]. Mussolini creía que podía enviar instrucciones a Franco como si de un subordinado se tratara, y todo indica que el ataque a Málaga fue una idea personal suya[35]. Franco no tenía mucho interés en la táctica italiana de la *guerra celere* (guerra relámpago), ni tampoco en la posibilidad de una victoria de Mussolini que acabara con la Guerra Civil antes de que él hubiera consolidado su propia posición política. Visitó el frente sureño sólo una vez y recibió con disgusto la noticia de que las tropas italianas habían entrado las primeras en Málaga, así como un telegrama de Roatta que decía: «Tropas bajo mi mando tienen el honor de entregar a Su Excelencia la ciudad de Málaga»[36]. De hecho, en vista de la masiva superioridad numérica y logística, la victoria obtenida era mucho menos impresionante de lo que pareció en aquel momento.

A la par que los italianos atacaban por el sur, y animado por la disponibilidad de la potente Legión Cóndor alemana, Franco había reanudado sus esfuerzos para tomar Madrid. El 6 de febrero de 1937 había lanzado una fuerte ofensiva a través del valle del Jarama, en el sur, con la intención de llegar a cortar la carretera que unía Madrid con Valencia. Todavía convencido de que era posible conquistar la capital, Franco manifestó un interés especial en esta batalla[37]. Sin embargo, cuando el coronel Emilio Faldella, jefe del Estado Mayor de Roatta, le ofreció la oportunidad de utilizar las tropas italianas para cerrar el cerco sobre Madrid, Franco respondió negativamente: «Éste es un tipo especial de guerra, que se tiene que luchar con métodos excepcionales, de modo que no se puede emplear de una vez una fuerza tan numerosa, sino que sería más útil dispersarla en varios frentes»[38]. Ese comentario revelaba no sólo el resentimiento de Franco por la victoria italiana en Málaga, sino también las limitaciones de su visión estratégica. Su preferencia por acciones graduales sobre una amplia zona era fruto tanto de sus propias experiencias militares en una guerra colonial a pequeña escala como de su deseo de conquistar España con lentitud y consolidar así su supremacía política[39]. Ante la insistencia de Faldella, Franco reiteró su voluntad de llevar a cabo una ocupación gradual y completa en todo el territorio de la República: «En una guerra civil, es preferible una ocupación sistemática de territorio, acompañada por una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país infestado de adversarios». [40]

Sin embargo, una vez que el ataque nacional sobre el Jarama quedó frenado por la firme resistencia de las tropas republicanas, reforzadas por las Brigadas Internacionales, Franco tuvo que retractarse y solicitar a Faldella que iniciara una ofensiva de diversión para aliviar a sus cansadas tropas. El Generalísimo creía que un ataque italiano sobre la ciudad de Guadalajara, situada pocos kilómetros al noreste de Madrid, representaría la ocasión ideal para forzar una retirada de tropas republicanas desde el frente del Jarama. Pero los italianos no estaban interesados en una operación diversiva secundaria, sino que deseaban tomar parte en una acción principal y decisiva. El modo en que Franco resolvió la contradicción entre sus propios planes estratégicos y los que habían trazado los italianos revelaría su implacable tenacidad política. Además, su actuación con ese motivo iba a demostrar su creciente autoconfianza y su firme convicción sobre el modo en que habría de librarse la guerra después del fracaso en Madrid, acremente criticado por Faupel y Roatta.

El 1 de marzo de 1937, ansioso por lograr que los italianos aliviaran la presión republicana sobre sus fuerzas en el Jarama, Franco aceptó el plan de campaña propuesto por Faldella. Se trataba de completar el cerco sobre Madrid mediante una maniobra envolvente con dos brazos de tenaza: un ataque italiano por el noreste, partiendo de Sigüenza sobre Guadalajara, combinado con un ataque simultáneo por el sur de tropas nacionales desde el Jarama hacia Alcalá de Henares. El 8 de marzo, las tropas italianas, comandadas por el general Amerigo Coppi, iniciaron la operación y rompieron las defensas republicanas. Sin embargo, aquella misma tarde se puso de manifiesto que las tropas de Franco no habían iniciado el movimiento previsto en el frente del Jarama. Ese hecho permitió a los republicanos retirar tropas del sector sureño para concentrar refuerzos en el frente situado al norte de Guadalajara. Los italianos tropezaron también con el inconveniente del mal tiempo. Equipados para operaciones en el África colonial, no estaban preparados para combatir en medio de la nieve y la ventisca. Sus aviones no pudieron despegar, mientras que la fuerza aérea republicana pudo operar desde sus bases en el sur sin impedimento. Por último, los tanques ligeros italianos, con torretas fijas, resultaron muy vulnerables ante los nuevos tanques republicanos, el modelo T26 soviético de torreta móvil. Roatta se volvió hacia Franco solicitando el inicio urgente de la ofensiva prometida en el sur, mientras éste aparentaba una patente impotencia para actuar. En esas condiciones, con Franco dando evasivas a un Roatta desesperado, las fuerzas italianas sufrieron una derrota abrumadora. El desastre de Guadalajara tuvo muchos componentes: el mal tiempo, la escasa moral y el inadecuado equipo de los italianos, así como la habilidad táctica de los republicanos. No obstante, si Franco hubiera desencadenado el ataque previsto por el sur, el resultado de la batalla habría podido ser muy diferente. La negativa del Generalísimo a poner en acción a sus propias tropas y su disposición a dejar que los italianos se enzarzaran en un baño de sangre contra los republicanos, hace difícil evitar la conclusión de que había decidido usar a los italianos como carne de cañón dentro de su estrategia de derrotar a la República en una guerra de desgaste gradual. Por eso permitió que las fuerzas italianas soportaran el peso del combate mientras sus propias tropas se reagrupaban y recuperaban[41].

Franco pudo, al menos, congratularse de que la República tuviera que pagar un alto precio por su costosa victoria en Guadalajara. Sin embargo, el resultado de la batalla le obligó a replantearse sus opciones estratégicas. La conclusión inevitable de la fácil victoria en Málaga y de los baños de sangre en el Jarama y Guadalajara era evidente: la República había concentrado sus mejores tropas y medios en torno a la capital, en perjuicio de otros frentes secundarios. Por tanto, aunque con bastante renuencia, Franco aceptó la posibilidad de destruir a la República en varios plazos y lejos del frente madrileño. A lo largo de marzo de 1937, Franco fue presionado por el coronel Vigón (jefe del Estado Mayor de Mola) a través de Kindelán, y por el general Hugo Sperrle, comandante de la Legión Cóndor, para que intensificara la guerra en el frente del norte peninsular a fin de hacerse con los grandes recursos industriales de las provincias vascas. Tras la debacle de Guadalajara, Franco resolvió con inusitada celeridad aceptar los consejos previos[42]. Dicha decisión estuvo también basada en los comentarios de Sperrle y su jefe del Estado Mayor, el coronel Wolfram von Richtofen,

sobre el potencial efecto que el «estrecho apoyo aéreo» habría de tener en la destrucción moral del enemigo[43]. En teoría, la Legión Cóndor era responsable directamente ante Franco. Sin embargo, debido a las dificultades de contacto permanente y cotidiano, éste dio a Sperrle autorización para tratar directamente con Mola y Vigón[44]. Por tanto, con el permiso de Franco, los alemanes tuvieron la voz cantante en la campaña. Mientras se planificaba la ofensiva, Von Richtofen anotó en su diario: «Prácticamente estamos a cargo de todo el asunto sin ninguna responsabilidad»[45].

Aunque Franco estaba encantado de tener bajo sus órdenes a la Legión Cóndor, el novedoso empleo de tecnología y tácticas modernas que hacía esa fuerza aérea alemana estaba muy lejos de su cosmovisión estratégica. De hecho, para consternación de Sperrle, Franco debilitó la ofensiva en Vizcaya (Bilbao no cayó hasta el 19 de junio de 1937) al retener fuerzas sustanciales en el frente de Madrid y al exigir, sin éxito, que las unidades de la Legión Cóndor fueran diseminadas entre las fuerzas aéreas nacionalistas de la zona central. A pesar de ello, los métodos de ataque aéreo germanos (materializados en el bombardeo de objetivos civiles indefensos como Durango y Guernica, el 31 de marzo y el 26 de abril) se ajustaban a la perfección a la idea de Franco de utilizar el terror contra el enemigo para lograr su rendición.

El 4 de abril de 1937, el Generalísimo explicó su pensamiento sobre el particular al embajador italiano, Roberto Cantalupo. Desestimó la idea de ejecutar golpes estratégicos rápidos por ser apropiados sólo para una guerra contra un enemigo extranjero. Hablando de «las ciudades y el campo que ya han sido ocupados, pero que aún no han sido redimidos», declaró de manera inquietante: «Debemos realizar la tarea, por necesidad lenta, de redención y pacificación, sin la cual la ocupación militar sería totalmente inútil». Dicha «redención» significaba una purga política como la que había tenido lugar tras la captura de Badajoz y Málaga: «Ocuparé España ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, ferrocarril a ferrocarril… Nada me hará abandonar este programa gradual. Me dará menos gloria, pero mayor paz en el interior. Llegado el caso, esta guerra civil podría continuar aún otro año o dos, quizá tres». Con un tono de queja impotente prosiguió: «No puedo acortar la guerra ni siquiera un día… Podría incluso ser peligroso para mí llegar a Madrid mediante una compleja operación militar»[46].

No hay duda alguna de que Franco concedía la máxima importancia a la consolidación de su propio poder político omnímodo. Así se había puesto de manifiesto durante los meses de septiembre y octubre de 1936. A lo largo de la campaña vasca, volvería a dedicar un tiempo considerable y astutos esfuerzos a la tarea de crear un partido único que estuviera bajo su liderazgo indiscutido[47].

A mediados del verano de 1937, finalizada la ofensiva vasca y a punto de lanzar la campaña sobre Santander, Franco estaba seguro de su victoria final, pese a que cifraba el plazo para ello en años más que en meses. Sin embargo, a sus aliados del Eje italo-germano les resultaba muy difícil aceptar su visión de los beneficios políticos de una lenta guerra de desgaste. Esa circunstancia dio origen a rumores en favor de una paz negociada, siempre rechazados por el Caudillo, absoluto partidario de una guerra a muerte contra sus enemigos. De todos modos, la lentitud de sus preparativos bélicos permitió que el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor republicano, intentase frenar el previsto ataque en el norte mediante el lanzamiento (6 de julio) de una ofensiva diversiva y por sorpresa en la villa de Brunete, en el oeste del árido frente madrileño. Como se demostraría posteriormente en Teruel y en el Ebro, la idea de una guerra de redención moral mediante el terror no iba a dejar que Franco cediera un milímetro de territorio propio al enemigo sin aprovechar la ocasión para demostrarle la invencibilidad de su Ejército, al precio y coste que fuera. En consecuencia, Franco respondió cumplidamente al reto de Brunete y aceptó un retraso de la campaña del norte, pese a que era más importante, porque creía que así podría aniquilar más tropas republicanas en el frente de Madrid[48].

La decisión de Franco de entablar una batalla para reconquistar Brunete fue juzgada por muchos un error estratégico. De hecho, consiguió lo que consideraba un objetivo del mayor interés: que la República, en una de las más sangrientas batallas de la guerra, perdiera a veinte mil de sus mejores hombres a cambio de retrasar la caída de Santander sólo unas cinco semanas[49]. Más significativa que la decisión de abandonar temporalmente la campaña del norte para luchar en Brunete es la reacción de Franco ante el éxito cosechado por sus tropas. El general Varela estaba convencido de que, con las fuerzas republicanas en retirada, sería posible lanzar un ataque para tomar Madrid. Franco, que ya no estaba interesado en la pronta captura de Madrid y tampoco en el retraso de la ofensiva santanderina, ordenó a Varela fijar las posiciones y atrincherarse[50]. Muy probablemente la caída de Madrid entonces hubiera significado el final de la guerra. Sin embargo, el Caudillo no quería lograr la victoria hasta que cada palmo de tierra de España quedara limpia de liberales e izquierdistas.

La campaña del norte se convirtió en una especie de paseo militar. El 24 de agosto, dos días antes de la caída de Santander, el general Rojo lanzó otra ofensiva diversiva y por sorpresa en el hasta entonces tranquilo frente de Aragón, que tenía como objetivo máximo llegar hasta Zaragoza. Como resultado, cayó en manos de los republicanos el pequeño pueblo de Belchite. Franco meditó seriamente su respuesta al desafío. Sin embargo,

dado el mínimo valor estratégico del pueblo y el previsible impacto de un retraso en la inminente ofensiva sobre Asturias, esta vez decidió no aceptar el reto[51]. De este modo, Belchite no retrasó ni evitó la conquista nacional de Asturias durante los meses de septiembre y octubre de 1937. Una vez que los nacionales acabaron con la presencia republicana en el norte y se apoderaron de sus recursos humanos e industriales, el equilibrio de fuerzas se decantó claramente de su lado. Acortadas sustancialmente las líneas de frente y desaparecidos muchos compromisos bélicos, Franco disponía ahora de un ejército potente y bien equipado que podía emplear en la zona del centro y este peninsular.

Después de un descanso de dos meses para reorganizar sus fuerzas en seis cuerpos de ejército, Franco dudó sobre el lugar exacto de su siguiente gran ofensiva. Tras considerar un ataque en Aragón, Valencia o el norte de Cataluña para separarlo de Francia, a principios de diciembre de 1937 decidió que su próxima ofensiva tendría lugar en Madrid[52]. Había previsto lanzar una operación de cerco mediante un ataque en dirección a Alcalá de Henares. Sin embargo, Rojo se anticipó a sus planes mediante otra inesperada ofensiva de diversión iniciada el 15 de diciembre contra la ciudad aragonesa de Teruel. Las tropas republicanas conquistaron rápidamente mil kilómetros cuadrados y, por primera vez en todo el conflicto, se apoderaron de una capital de provincia que estaba en manos enemigas[53]. Franco decidió abandonar su ofensiva prevista sobre Madrid a pesar del reiterado consejo de sus asesores militares, tanto españoles como italianos y alemanes, de que no lo hiciera y rechazara el desafío republicano en Teruel. Su objetivo de aniquilación total y humillante de la República no permitía conceder tal éxito al enemigo. Como Rojo había utilizado casi todas las reservas republicanas en la operación de Teruel, la captura de Madrid era una posibilidad muy realista. Sin embargo, Franco no pretendía concluir la guerra hasta que hubiera «redimido» totalmente más territorio. En ese sentido, la expectativa de enfrentarse a Rojo en Teruel significaba una oportunidad grandiosa para destruir una gran masa de las mejores tropas republicanas[54].

Mientras Franco concentraba sus tropas en el frente de Teruel, un irritado Ciano anotaba en su diario: «Nuestros generales (en España) están inquietos, y con mucha razón. Franco no tiene idea de lo que es la síntesis en la guerra. Sus operaciones son tan sólo las de un magnífico comandante de batallón. Su objetivo es siempre el territorio, nunca el enemigo. Y no se da cuenta de que es mediante la destrucción del enemigo como se gana una guerra»[55]. Ciano se equivocaba. La obsesión de Franco por el «territorio» era una búsqueda deliberada de grandes batallas de desgaste y agotamiento en las que se destruyeran grandes masas de tropas enemigas.

La de Teruel sería precisamente una batalla de ese tipo. Librada bajo temperaturas invernales mínimas y con un coste enorme por ambos bandos, la batalla terminaría con la victoria de las fuerzas de Franco el 22 de febrero de 1938[56]. El Ejército republicano quedó destrozado tras el esfuerzo y el Ejército franquista estuvo en posición de iniciar una ofensiva general en todo el frente de Aragón sin graves riesgos. Franco gozaba entonces de una superioridad del veinte por ciento en fuerza numérica sobre el enemigo y de una abrumadora ventaja en equipo bélico, artillería y aviación[57]. La destrucción de las mejores tropas republicanas en la batalla de Teruel hizo de ésta un punto de inflexión en la marcha de la Guerra Civil. También coincidió con un momento decisivo en la institucionalización del poder político de Franco, que formó su primer gobierno el 30 de enero de 1938[58].

La victoria de Teruel abrió la vía a una serie ininterrumpida de triunfos sobre una República agotada y desmoralizada. Durante los siguientes cinco meses, Franco sacó provecho de la oportunidad creada. Su interés por la aniquilación física del enemigo vetaría la ejecución de grandes y elaboradas operaciones estratégicas para acabar con la República rápidamente. Sin embargo, el Generalísimo iba a demostrar cierta habilidad a la hora de dirigir un Ejército de varios cientos de miles de hombres en un frente muy extenso, lo que permite descartar que fuera sólo un pequeño comandante de batallón, como despectivamente le consideraban Hitler, Mussolini o Ciano.

A primeros de marzo de 1938, seis cuerpos de ejército, integrados por unos 200 000 hombres, emprendieron un avance en dirección al valle del Ebro en un frente de 260 kilómetros. Su objetivo era destruir más fuerzas republicanas y alcanzar el punto de confluencia entre el río Segre (que surca la Cataluña oriental de norte a sur) y el río Ebro (que pasa en aquella zona al oeste de Lérida). El éxito logrado fue tan espectacular que, el 15 de marzo, Franco decidió proseguir el avance hasta el mar para separar a Cataluña de Valencia y del resto de la zona central republicana.

El 14 de abril de 1938 Lérida cayó en manos de las tropas de Yagüe. Éste, junto con Kindelán, Vigón y el nuevo comandante de la Legión Cóndor, el general Hellmuth Volkmann, recomendó entonces la ocupación de una Cataluña débilmente defendida. Parecía que había llegado el momento de acabar definitivamente con la República[59]. Si Franco hubiera aceptado esos consejos, probablemente habría podido concluir la guerra con celeridad. Entre Lérida y Barcelona no había suficientes fuerzas militares de la República. La pérdida de Cataluña, sede del Gobierno y de la pequeña industria de guerra disponible, habría sido un golpe mortal para la moral en la República. Pero Franco rechazó la posibilidad de atacar Cataluña. Una de las razones de su

decisión derivaba de su temor a que tal ataque pudiera precipitar una intervención por parte de Francia en favor de la República[60]. Sin embargo, también parece haber influido su creencia de que un súbito colapso de la República como resultado de la toma de Barcelona habría dejado en el centro y sur de España un número muy considerable de republicanos armados. Su objetivo seguía siendo la aniquilación total de la República y de sus partidarios. Por tanto, para sorpresa de Rojo y también de Yagüe, Kindelán y Vigón, el Generalísimo decidió enviar sus tropas hacia el sur para atacar Valencia. Había apostado por una mayor cota de destrucción y desmoralización de los recursos humanos republicanos antes de que finalizara la guerra[61].

Tras alcanzar el Mediterráneo el 15 de abril de 1938, las fuerzas de Franco emprendieron un avance lento y muy sangriento hacia Valencia a través del difícil territorio del Maestrazgo. Kindelán rogó a Franco que abandonara una campaña que estaba provocando numerosísimas bajas en las filas nacionalistas y no sólo en las republicanas. Pero el Caudillo se negó[62]. Para el 23 de julio, las tropas franquistas se hallaban a menos de cuarenta kilómetros de Valencia. Entonces, el 24 de julio, el general Rojo lanzó otro desesperado ataque de diversión cruzando el tramo final del río Ebro, con el objetivo último de restablecer la comunicación directa entre Cataluña y el resto del territorio republicano. Gracias al factor sorpresa, el 1 de agosto de 1938 las fuerzas de la República habían avanzado unos cuarenta kilómetros hasta la localidad de Gandesa. A pesar de que sus asesores militares quedaron consternados por el cruce del Ebro, Franco acogió de buen grado la oportunidad de cercar a las tropas republicanas en una bolsa contra el río. Concentró todas las fuerzas disponibles en la zona y entabló una batalla de desgaste implacable, que duraría cuatro meses, a fin de destrozar a los efectivos republicanos y sin parar mientes en el coste humano para sus propias tropas. El objetivo de Valencia fue abandonado en beneficio de una batalla en principio sin importancia estratégica pero que se convertiría en un verdadero baño de sangre, como habían sido Jarama, Brunete y Teruel. Franco entendió que las bajas en sus propias filas eran un precio razonable que pagar por la destrucción del Ejército republicano[63].

Nuevamente, el propio Estado Mayor de Franco y sus asesores italianos y alemanes se sintieron muy decepcionados. Le indicaron que sería fácil contener el avance republicano y atacar, en cambio, una Barcelona prácticamente sin defensas[64]. Pero para el Generalísimo era mucho más importante convertir Gandesa en el cementerio del Ejército de la República que alcanzar una victoria rápida e imaginativa[65]. El coste de la decisión fue horrible para ambos bandos. Sólo a fines de octubre de 1938, después de haber recibido sustanciales suministros bélicos alemanes a cambio de concesiones mineras, pudo Franco comenzar su contraofensiva decisoria. A mediados de noviembre había recuperado todo el territorio perdido en julio. Para entonces, también había logrado su objetivo más preciado (el aniquilamiento de las fuerzas republicanas) a costa de negarse a desechar la ocasión para alcanzar una victoria rápida. Se había asegurado de que no podría haber armisticios negociados, ni condiciones de capitulación, ni paz con honor. Efectivamente, la República se enfrentaba a sus últimas horas.

El ataque final contra Cataluña se lanzó el 23 de diciembre. Barcelona caería en poder de las tropas franquistas el 26 de enero de 1939. El 4 de marzo, en Madrid, el coronel Segismundo Casado, jefe del Ejército del centro, se sublevó contra el gobierno republicano con la esperanza de poner fin a un derramamiento de sangre que ya carecía de sentido. Pero sus expectativas de negociar la paz fueron totalmente defraudadas por Franco. En esas condiciones, después de una breve guerra civil dentro de las filas republicanas, las tropas comenzaron a rendirse a lo largo de todo el frente. El 27 de marzo de 1939 las fuerzas militares nacionalistas entraron en Madrid en medio de un silencio sepulcral. El Generalísimo emitió su último parte de la victoria el 1 de abril.

Franco había librado una guerra política. No había pretendido emular a Napoleón. De hecho, repetidamente había proclamado su convicción de que las «operaciones militares muy brillantes» no servían para sus fines. Carecía casi con seguridad de la capacidad y la visión para concebir tal tipo de operaciones. Su talento radicaba en otros aspectos. Gozaba de notoria capacidad para elevar la moral de quienes le rodeaban mediante su simple sangre fría e imperturbabilidad en momentos de tensión. Ningún revés alteró su voluntad. Como general rebelde, su habilidad para conseguir el apoyo vital de Italia y Alemania fue un dato crucial para el éxito de su esfuerzo bélico. Tampoco puede minusvalorarse su éxito político al lograr domesticar y unificar a las diversas fuerzas políticas presentes en la coalición antirrepublicana. Todos estos logros compensaban sus limitaciones o falta de brillantez como estratega. A la postre, su preocupación primordial como líder militar había sido garantizar su largo futuro como dictador. Y su esfuerzo de guerra consiguió que los traumatizados vencidos vivieran durante muchos años en la apatía.

Muchas de sus decisiones estratégicas discutidas (Toledo, Brunete, Teruel, Maestrazgo, Ebro) confirman que no era un preclaro pensador militar. Pero cada una de ellas le acercó más a su objetivo final. Por eso no cabe considerarlo un fracaso como militar. Su estrategia estaba basada en la primacía de los intereses políticos. Su esfuerzo bélico constituía la primera y más sangrienta etapa de una represión política que mantendría su mortal intensidad hasta 1943 y que nunca cesaría totalmente. En los años posteriores a la victoria, Franco

descartó toda posibilidad de amnistía o reconciliación con los vencidos. Casi cuatrocientos mil republicanos tuvieron que partir hacia el exilio. Un número ligeramente inferior fue sentenciado a penas de prisión, recluido en campos de concentración o forzado a trabajar en batallones de penados. Hasta la muerte del Generalísimo, el régimen de Franco mantuvo viva la memoria de la Guerra Civil y preservó la división entre vencedores y vencidos como un instrumento político[66] [f12]. Su larga guerra había sido la columna vertebral sobre la que se asentó su larga dictadura.

LA VENGANZA DE FRANCO EL JUSTICIERO

Los hagiógrafos del general Franco, españoles y extranjeros, basaron su admiración en una serie de «triunfos» que, como es natural, el aparato propagandístico del Régimen también anunciaba a bombo y platillo. Entre los «éxitos» de Franco más citados se incluyen la victoria en la Guerra Civil, supuestamente conquistada gracias a su superior técnica militar, el haber establecido la ley y el orden en una nación anárquica, el haberse enfrentado valientemente con Hitler para conservar la neutralidad en la Segunda Guerra Mundial y el haber sido el cerebro del milagro económico español en los años sesenta. Para sus panegiristas conservadores británicos, el Caudillo era un «aguerrido caballero cristiano» y sus logros suponían «la salvación del alma de una nación». Quizá desde la distancia resultaba más fácil pasar por alto el hecho de que, hasta el día de su muerte, llevado por su carácter vengativo, mantuvo a España dividida entre los vencedores y los vencidos en 1939. Este benévolo padre de su nación consideraba la Guerra Civil como «la lucha de la Patria contra la Antipatria» y a los vencidos como la «canalla de la conspiración judeo-masónico-comunista».

Cuesta reconciliar la visión de Franco como magnánimo patriota con el lenguaje psicopatológico con que él y los franquistas describían a sus conciudadanos izquierdistas: seres infrahumanos, sucia, repugnante degenerada y pestilente escoria depravada, alimañas, rameras y criminales. Estos términos justificaban la necesidad de «depuración», un eufemismo para designar una mayor represión física, económica y psicológica. A los vencedores poco les importaba el coste en sangre que requiriera salvar el alma de la nación.

Al esfuerzo bélico de Franco subyacían las ideas acordadas por los mismos conspiradores militares. Las primeras instrucciones secretas del general Mola como «director» de la conspiración militar de 1936 emitidas en abril: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades o sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos, para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas»[1]. Por si no hubiera quedado claro, en su proclamación del estado de guerra en Pamplona el 19 de julio, Mola dijo que el «restablecimiento del principio de autoridad exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones»[2]. Poco después, declaró ante todos los alcaldes de la provincia de Navarra: «Hay que sembrar el terror… hay que dar la sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros. Nada de cobardías. Si vacilamos un momento y no procedemos con la máxima energía, no ganamos la partida. Todo aquel que ampare u oculte un sujeto comunista o del Frente Popular, será pasado por las armas»[3].

En general, Franco se mostraba más cauto que Mola en sus declaraciones públicas, pero dejó suficientes indicios para que no cupiera duda de que participaba de estas ideas del compañero que preparaba la conspiración. Era ya conocida desde hacía tiempo la indiferencia de Franco hacia la pérdida de vidas humanas. Ésta había sido una característica constante de su vida cuando era un joven soldado de África. El 27 de julio de 1936, concedió a Jay Allen la primera entrevista a un corresponsal extranjero. En la mansión del Alto Comisario en Tetuán, Franco dejó patente no sólo su optimismo sino también su inflexible determinación. Cuando Jay Allen le preguntó durante cuánto tiempo se prolongarían las matanzas ahora que el golpe había fracasado, Franco contestó: «No puede haber ningún acuerdo, ninguna tregua. Continuaré preparando mi avance hacia Madrid. Avanzaré. Tomaré la capital. Salvaré a España del marxismo a cualquier precio… Pronto, muy pronto, mis tropas habrán pacificado el país y enseguida todo esto parecerá sólo una pesadilla». Cuando Allen replicó: «¿Significa eso que tendrá que fusilar a media España?», un Franco sonriente respondió: «He dicho a cualquier precio»[4] [f9].

Dicho precio iba a causar muchos sinsabores a los aliados alemanes e italianos de Franco porque significaba que no podría haber una pronta victoria nacional, que el objetivo del Generalísimo consistía en la ocupación gradual y total del territorio republicano. Como hemos visto en la sección dedicada a la estrategia de Franco durante la Guerra Civil, no tenía prisa y, ante un oficial italiano de alto rango, el coronel Emilio Faldella, se jactó de que «en una guerra civil, es preferible una ocupación sistemática de territorio, acompañada por una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país infestado de adversarios»[5].

El 4 de abril de 1937, en el inicio de la campaña contra el País Vasco, el Generalísimo explicó su parecer sobre el particular al embajador italiano, Roberto Cantalupo. Descartó la idea de ejecutar golpes estratégicos rápidos por ser apropiados sólo para una guerra contra un enemigo extranjero. Al hablar de las ciudades y zonas

rurales que ya habían sido ocupadas, pero aún no redimidas, declaró de manera inquietante: «La redención moral de las zonas ocupadas será larga y difícil, porque en España las raíces del anarquismo son antiguas y profundas». La redención aludida significaba una purga política como la que se produciría tras la captura de cada ciudad republicana: «Querido embajador, puedo asegurarle que no tengo interés en el territorio, sino en los habitantes. La reconquista del territorio es el medio, la redención de los habitantes, el fin». Y prosiguió: «No tomaré la capital ni siquiera una hora antes de lo necesario: primero debo tener la certeza de poder fundar un nuevo régimen»[6].

La clase de redención moral que tenía en mente, que ya se traslucía en las matanzas que siguieron a la conquista de Badajoz en agosto de 1936 y de Málaga en febrero de 1937, explicaba la necesidad de ir poco a poco. Con ello se garantizaría que no hubiese vuelta atrás, no sólo mediante la eliminación física de miles de liberales e izquierdistas, sino también aterrorizando de manera duradera a los demás para que lo apoyaran políticamente o se mostraran, al menos, apáticos. Para Franco, «redención» significaba sangrientas depuraciones políticas que continuarían mucho después de ganada la guerra.

De hecho, el deseo de mantener vivas las divisiones de la guerra fue subrayado por el mismo Franco el 7 de noviembre de 1938, cuando le declaró al vicepresidente de la agencia United Press, James Miller: «No habrá mediación. No habrá mediación porque los delincuentes y sus víctimas no pueden vivir juntos». De forma amenazante, dijo: «Tenemos en nuestro archivo más de dos millones de nombres catalogados con las pruebas de sus crímenes»[7]. Franco descartó cualquier posibilidad de amnistía para los republicanos. Se había comprometido a llevar a cabo una política de venganza institucionalizada. En Salamanca, la documentación política se requisaba y examinaba conforme caía cada ciudad. Se convertiría en un fichero enorme de los afiliados a partidos políticos, sindicatos, logias masónicas y otras organizaciones, y a su vez proporcionaría la información en la cual se basaría la política de represalia[8].

A mediados de julio de 1939, llegó a Barcelona el yerno de Mussolini y ministro de Asuntos Exteriores de la Italia fascista, el conde Galeazzo Ciano, para devolver una visita que había hecho el mes anterior Ramón Serrano Súñer, el cuñadísimo del Caudillo. Entre las cosas que se hicieron para entretener a tan ilustre invitado, hubo una gira por los campos de batalla de la Guerra Civil. Cerca de uno de ellos, le enseñaron a Ciano a un grupo de presos republicanos que estaban trabajando, y cuya condición llevó al ministro italiano a comentar con amargura: «No son prisioneros de guerra, son esclavos de guerra». Luego Ciano se entrevistó con Franco en el palacio de Ayete de San Sebastián. A su regreso a Roma, hablando con otro gerifalte del régimen fascista, se refirió a Franco en los siguientes términos: «Ese Caudillo es un tipo raro, ahí en su palacio de Ayete, encerrado con su guardia mora y rodeado de expedientes de condenados a muerte. Con su horario de trabajo no debe de revisar más que unos tres al día, porque a este tipo le gusta mucho dormir la siesta»[9].

Es evidente que a Franco no le quitaba el sueño preocupación alguna por los presos ni el sentimiento de culpabilidad por firmar las sentencias de muerte. Esto no nos debe sorprender porque Franco se creía su propia propaganda. Y, de la misma forma en que Joseph Goebbels explicaba las acciones de Hitler a base de falsificaciones, a cual más grande, los propagandistas de Franco presentaban la represión —las cárceles llenas, los campos de concentración, las ejecuciones, los batallones de trabajo— como fruto de la justicia escrupulosa pero bondadosa administrada por un sabio y benévolo Caudillo. Uno tras otro, se alineaban para cantar las glorias de la noble imparcialidad y misericordia de Franco. Típico entre ellos era el exizquierdista Joaquín Pérez Madrigal, quien describía a Franco en términos salomónicos: «Franco, Franco, Franco, es el libertador de la Patria, el restaurador del Derecho, el distribuidor de la Justicia, el regulador tutelar de la riqueza, del amor, del bien… Franco, Franco, Franco, es el reconquistador de España, el salvador de los españoles… ¡De todos los españoles! ¡De todos los españoles! Franco es el Vencedor, el Fundador, el Justiciero y el Magnánimo… Franco, que cosecha, es el que pesa y mide… Él es el Estado, la Ley, la Medida»[10]…

Menos generalizadas y más específicas fueron las alabanzas que le dirigió el mayor adulador de todos, el que había sido una vez jefe suyo y durante la Guerra Civil su jefe de propaganda, el novio de la muerte, el general José Millán Astray. Bajo el título de «Ejercer la justicia es la más augusta misión del jefe del Estado (Franco, el Justiciero)», Millán Astray escribió:

Pleno de emoción, escribo estas líneas, sintiéndome orgulloso de ser español y de ser un soldado que está a las órdenes de Franco. He tenido el alto honor de presenciar el solemne acto del ejercicio de la Justicia por el Jefe del Estado. El Asesor Jurídico daba cuenta detallada de cada caso que se presentaba al fallo supremo. Ni en su ademán, ni en su voz, ni en su mirada, daba a entender aquel digno hombre [el teniente coronel jurídico, don Lorenzo Martínez Fuset], al que acompañan todos los buenos sentimientos, cuál es su opinión o su criterio, reservando purísimamente para el Jefe la augusta misión de juzgar por sí mismo. El General, a pesar de la inmensa complejidad de los problemas que en cada momento tiene que resolver, de la guerra y del Estado, escuchaba atento e inmóvil el relato de cada sentencia. Después de una brevísima meditación, dictaba su fallo. Yo contenía mi respiración, y después de escuchar el fallo del Jefe, nuestras miradas se cruzaban y ni una sola vez la mía dio prueba de dudas. Lo que mi conciencia había fallado era idénticamente el fallo del Jefe. Dos

veces al cruzarse nuestras miradas los ojos estaban empañados, y no era porque el fallo hubiera sido terrible, sino porque la magnanimidad del corazón de Franco se había antepuesto en aras de una justicia tranquila y sin odios y había conmutado la pena, apartando de su mente cuanto pudiera en aquel caso separarle de la vía de la más serena justicia. En todas cuantas causas, y eran muchas, que los Tribunales proponían la aminoración de la pena, todas las aprobó. En aquellas en que el fallo fue a condena definitiva, aprobando la sentencia dictada por el Tribunal, las pruebas aportadas habían sido tan plenas y tan horrendos los crímenes contra la Patria y contra los semejantes, que no había camino posible de clemencia, atendiendo a los altos deberes de la defensa de la misma existencia de la Patria y de la defensa de la vida y del honor de los ciudadanos pacíficos. En los demás casos, imperó la generosidad. Nadie, ninguno que no haya cometido crimen y el crimen haya sido probado plenamente en los autos y en el juicio, ha sido condenado. Ante la menor duda, la pena se ha conmutado o se ha mandado en consulta al Alto Tribunal Militar. Al terminar aquellas dos horas tan intensas de mi vida, me permití con todo el respeto que guardo al Jefe del Estado, decirle: «Mi General, perdón por mi atrevimiento, pero como español y como soldado, he de manifestar mi admiración al contemplar cómo administras la justicia y cómo se manifiesta tu corazón tan generoso y tan cristiano y tan español»[11].

Para su biógrafo Luis de Galinsoga, Franco era «además de Generalísimo de los Ejércitos, de Jefe del Estado, de repartidor de socorros, tutor y paño de lágrimas de todos los españoles afligidos, el supremo administrador de justicia. ¡Cuánta justicia había que hacer en aquellos momentos! Aprovechaba las horas que le dejaban libres sus altas ocupaciones de todo linaje y hasta en el coche iba con su asesor jurídico el comandante Martínez Fuset ocupándose de las causas de los sentenciados a última pena. Jamás despachó uno de estos procesos ligeramente sino asesorándose muy bien, pidiendo repetición de lectura de tal defensa o de tal acusación con estas palabras sacramentales: “Conmutada la pena” o “aprobada la sentencia”»[12].

La administración de la justicia a la que se referían los obnubilados Millán Astray y Galinsoga se basaba en el escrutinio que hacía Franco de los expedientes de los presos republicanos que no habían sido ejecutados de forma sumaria en el momento de su captura o asesinados detrás de las líneas de batalla por los grupos falangistas que sembraban el terror. A estos «afortunados» los habían sometido a unos consejos de guerra muy breves a veces con docenas o incluso cientos de presos procesados en el mismo expediente acusados de delitos muy generalizados de rebelión militar (o sea, haber defendido la República) y con poquísimas o nulas oportunidades de defenderse. La autorización de las sentencias de muerte sólo requería la firma bajo la palabra «enterado» del general que ejercía el mando en la provincia. Como consecuencia de unas protestas italianas, desde marzo de 1937, las sentencias debían remitirse al cuartel general del Generalísimo, donde recibían la confirmación o el indulto. La última palabra sobre las sentencias la tenía Franco, no como jefe del Estado, sino como mando supremo de las Fuerzas Armadas. El hecho de que con frecuencia Franco examinara las apelaciones para la clemencia cuando ya habían ejecutado al condenado dio lugar a la broma macabra del capellán de Franco de que en la sentencia el Generalísimo solía escribir «enterrado».

Como confirmaba Millán Astray, el hombre de confianza de Franco era el comandante, después teniente coronel, Lorenzo Martínez Fuset, del cuerpo jurídico militar, el «auditor del Cuartel General del Generalísimo». A pesar del mito divulgado por Millán Astray, Galinsoga y otros, de un Caudillo incansable y compasivo, atormentado por las sentencias de muerte hasta bien entrada la madrugada, la realidad era más prosaica y brutal. En Salamanca o en Burgos, después de comer o tomando café antes de la siesta a la que se refería el conde Ciano, o a veces en un coche que se dirigía al frente de batalla, el Caudillo hojeaba y firmaba las sentencias, a menudo sin leer los detalles pero especificando, sin embargo, la forma de ejecución más cruel: la estrangulación por garrote vil[13]. Franco insistía en revisar todas las condenas a muerte en persona, aunque tomaba sus decisiones de la manera más somera y casual. En algunas ocasiones en que Martínez Fuset llegaba con las carpetas que contenían los expedientes de las condenas y Ramón Serrano Súñer se encontraba presente, el cuñadísimo pedía permiso para retirarse dada la gravedad de la tarea. Franco le solía decir que se quedara, diciendo «cosas de trámite, Ramón». Mientras el Caudillo y su cuñado seguían despachando sus asuntos, Martínez Fuset leía en voz alta el nombre, la edad y la profesión del condenado. De vez en cuando, sin levantar la cabeza de los papeles que examinaba con Serrano Súñer, Franco preguntaba «¿partido político?», y a continuación se pronunciaba sobre la manera en la que había que cumplir la sentencia, por «garrote o pelotón»[14].

En ciertas ocasiones, se esmeraba al escribir «garrote y prensa». Especificar garrote con prensa no era sólo un medio de intensificar el dolor de las familias de los condenados, sino que tenía un objetivo de mayor alcance, desmoralizar al enemigo con una demostración de fuerza y terror implacables. Ésa era una de las lecciones de guerra que Franco aprendió en Marruecos. En el invierno de 1936-1937, durante un almuerzo en el cuartel general, se hablaba del caso de cuatro milicianas republicanas que habían caído presas. Uno de los comensales, el nazi alemán Johannes Bernhardt, se sobrecogió ante la indiferente despreocupación con la que Franco, en el mismo tono en que hablaría del tiempo, emitió su juicio: «No hay nada más que hacer. Fusílenlas»[15]. Pedro Sainz Rodríguez, más tarde su primer ministro de Educación, le visitó en Salamanca y se

quedó estupefacto ante la frialdad con que despachaba las sentencias de muerte. Franco desayunaba chocolate con picatostes, con un montón de expedientes en la mesa y una silla a cada lado. Mientras mojaba los picatostes en el chocolate y disfrutaba su desayuno, repasaba los expedientes y los iba dejando en una silla u otra. Los de la derecha eran para la ejecución de la pena de muerte, los de la izquierda para la conmutación de las sentencias[16].

Franco podía también ser gratuitamente vengativo. En una ocasión, tras descubrir que el hijo del general Miaja había sido juzgado y absuelto por un tribunal nacional de Sevilla, Franco intervino personalmente para que lo volvieran a arrestar y a juzgar en Burgos. Existía la duda sobre si el joven capitán Miaja se había pasado al bando nacional o lo habían capturado; en consecuencia, el tribunal de Burgos dictó una sentencia leve, de manera que Franco ordenó que se juzgase de nuevo al desafortunado Miaja en Valladolid. Allí, el tribunal militar lo declaró inocente y lo dejó en libertad. Franco intervino de nuevo y de un modo del todo arbitrario lo trasladó al campo de concentración de Miranda de Ebro, donde permaneció hasta que lo canjearon por Miguel Primo de Rivera[17].

A veces, su cuñado e íntimo consejero político, Ramón Serrano Súñer, intentaba persuadirlo para que adoptara procedimientos jurídicos con mayores garantías procesales, y Franco se negaba invariablemente diciendo: «Mantente al margen de esto. A los soldados no les gusta que los civiles se inmiscuyan en asuntos relacionados con la aplicación de su código de justicia»[18]. En una ocasión, Serrano Súñer intentó obtener el indulto de un oficial del ejército republicano. Después de decirle que no era de su incumbencia, por fin Franco pareció ceder a los ruegos de su cuñado y le prometió hacer algo. Si el Generalísimo hubiera querido, podría haberlo hecho, pero cuatro días más tarde le dijo a Serrano Súñer, desentendiéndose de su responsabilidad en el asunto: «Los militares no pasan por esto, porque ese hombre fue el jefe de la guardia de Azaña». Tanto Serrano Súñer como Dionisio Ridruejo afirmaron que el Caudillo se las arreglaba para que los indultos de las sentencias de muerte sólo llegaran una vez ejecutadas[19].

Al igual que Hitler, Franco tuvo multitud de colaboradores deseosos de ocuparse de los aspectos concretos de la represión y, como el *Führer*, el Generalísimo consiguió distanciarse de la organización y el desarrollo de ésta. Sin embargo, puesto que él era la autoridad suprema dentro del sistema de la justicia militar, no hay duda de quién tenía la responsabilidad última. Según el artículo 47 de los estatutos de FET y de las JONS de agosto de 1937, Franco, «El Jefe Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Supremo Caudillo del Movimiento, personifica todos los Valores y todos los Honores del mismo. Como Autor de la Era Histórica donde España adquiere las posibilidades de realizar su destino y con él los anhelos del Movimiento, el Jefe asume, en su entera plenitud, la más absoluta autoridad. El Jefe responde ante Dios y ante la Historia». El sistema jurídico de Franco le otorgaba el estatus de jefe máximo, que encarnaba el Estado, personificaba la soberanía nacional (según la Ley Orgánica del Estado de 1966), era el Generalísimo de todos los ejércitos y, según las leyes del 30 de enero de 1938 y el 8 de agosto de 1939, tenía derecho a dictar normas de carácter general aun después de la introducción de las Cortes en 1943. Por otra parte, estaba por encima de las leyes y no podía ser enjuiciado, una inmunidad penal y política que se manifestaba en el lema que llevaban las monedas y que le proclamaba «Caudillo de España por la gracia de Dios»[20] [f15].

Evidentemente, aunque la responsabilidad final era de Franco, la represión fue obra de muchos y él mismo era perfectamente consciente de que algunos de sus subordinados disfrutaban con la sanguinaria labor. Por ejemplo, su director general de Prisiones, Joaquín del Moral, era tristemente famoso por el placer morboso que le producían las ejecuciones. El general Cabanellas protestó ante Franco por las repugnantes excursiones al amanecer organizadas en Burgos por Del Moral para disfrutar con los fusilamientos del día. Franco no hizo nada. Era del todo consciente de que la represión no sólo aterrorizaba al enemigo, sino que también ligaba inexorablemente a quienes la cometían con su propia supervivencia: la complicidad de estas personas garantizaba que se aferrarían a él como a su única protección contra la posible venganza de sus víctimas[21].

Las investigaciones recientes sobre las víctimas de la guerra y la represión de la posguerra no han hecho más que confirmar lo que Franco había revelado ya sobre sí mismo en la entrevista con Jay Allen al comienzo de la Guerra Civil. La significación de la represión en la zona nacional durante la guerra y en toda España después se puede buscar en la forma y en el fondo de la estrategia de Franco, concebida para alcanzar unos objetivos políticos a largo plazo más que objetivos inmediatos en el campo de batalla. Este hecho derivaba en parte de su propia personalidad, en la que la cautela instintiva coexistía con una ambición casi ilimitada. Lo que pretendía era poner los cimientos para un régimen que durase largo tiempo. Su infancia en una familia rota por las infidelidades de su padre había coincidido con el momento de mayor decadencia de la fortuna política de España y, con el tiempo, él llegaría a asociar sus dificultades personales alas del país. En 1907, cuando Franco ingresó en la Academia militar con apenas quince años, encontró una atmósfera de ciega hostilidad hacia los políticos liberales a los que se achacaba la responsabilidad por el Desastre del 98. Durante toda su vida, Franco culparía de las tragedias nacionales a hombres que eran sorprendentemente similares a su propio padre. En la Guerra Civil, su objetivo sería lograr no una rápida victoria sino —y esto explica todas las

dimensiones de la represión— la erradicación definitiva de tales hombres y de sus influencias en España.

La Academia de Infantería de Toledo enseñó a Franco que el Ejército tenía derecho a rebelarse contra cualquier gobierno civil que tolerase el desorden social o las actividades de movimientos regionalistas que ponían en peligro la unidad de la patria. En el plano práctico, la primera experiencia de Franco como soldado y su consiguiente insensibilización a la brutalidad se registraron en Marruecos. Llegado en 1912, pasaría allí diez años y medio de los siguientes catorce, aprendiendo a combatir contra civiles indígenas y hostiles. A finales de 1938 declararía al periodista Manuel Aznar: «Mis años de África viven en mí con indecible fuerza. Allí nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se formó el ideal que hoy nos redime. Sin África, yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico a mis compañeros de armas»[22]. Las operaciones bélicas en Marruecos eran en exceso brutales, dado que consistían en labores de pacificación de unas tribus que se resistían con uñas y dientes a la colonización. El salvajismo de las fuerzas de ocupación llegó a su máximo nivel en agosto de 1920, con la formación de la Legión o Tercio de Extranjeros, una fuerza de choque en la que Franco sería responsable de atrocidades contra las poblaciones indígenas que atacaba. La decapitación de prisioneros y la exhibición de sus cabezas como trofeos eran prácticas comunes. Franco estimuló la violencia brutal de sus hombres, convencido de que su tétrica reputación era en sí misma un arma para aterrorizar a la población colonial.

A lo largo de los siguientes años previos a 1936, también había asumido que él era la persona más adecuada para definir esas opiniones. Su guerra lenta había sido simplemente la primera y más sangrienta etapa de la larga represión política que conseguiría que los traumatizados vencidos vivieran durante muchos años presas del miedo, el hambre y la apatía política. El silencio impuesto por la represión, aceptado como condición de supervivencia, condenó a los vencidos a un exilio interior dentro de sus propios pueblos, sus propias casas, con la memoria cerrada y encadenada a su propio cuerpo. Hay que hacer un gran esfuerzo de imaginación y empatía para comprender la dimensión terrorífica de este sufrimiento psicológico[23].

El caso es que la represión durante la Guerra Civil española y en la posguerra tenía su dimensión física y psicológico-espiritual. En este sentido reflejaba tanto la experiencia africana de Franco como el hecho de que sus ideas al respecto se nutriesen de la doctrina católica. Franco anunció en su mensaje de fin de año del 31 de diciembre de 1939 que descartaba toda posibilidad de amnistía o reconciliación con los vencidos. «Necesitamos una España unida, una España consciente. Es preciso liquidar los odios y pasiones de nuestra pasada guerra, pero no al estilo liberal, con sus monstruosas y suicidas amnistías, que encierran más de estafa que de perdón, sino por la redención de la pena por el trabajo, con el arrepentimiento y con la penitencia; quien otra cosa piense, o peca de inconciencia o de traición[f26]. Son tantos los daños ocasionados a la Patria, tan graves los estragos causados en las familias y en la moral, tantas las víctimas que demandan justicia, que ningún español honrado, ningún ser consciente puede apartarse de estos penosos deberes»[24].

Es evidente que Franco consideraba que la labor de imponer la redención de quienes él veía como malos españoles era algo de lo que sentirse muy orgulloso. Pero, si tenía tanto de que enorgullecerse, habría que preguntar por qué fueron tan implacablemente purgados los archivos policiales, judiciales y militares a partir de los años cuarenta. También de modo significativo, el archivo del Ministerio español de Asuntos Exteriores carece casi por completo de documentos sobre el período de idilio entre Franco y Hitler. La pormenorizada reconstrucción de la represión ha sido uno de los aspectos más notables de la reciente explosión historiográfica española[f16]. Esta esencial tarea se ha visto dificultada por la destrucción unilateral de material archivístico. Como ocurre con la muy proclamada neutralidad de Franco durante la Segunda Guerra Mundial, ello parece indicar una cierta conciencia de culpa. Si los franquistas no se sentían incómodos con sus acciones en el exterior y el interior, ¿por qué desaparecieron las pruebas? Después de todo, los archivos que documentaban los crímenes, reales o imaginados, de la República sí que fueron cuidadosamente reunidos y se han conservado hasta el día de hoy.

En cambio, se destruyeron millones de documentos entre 1965 y 1985. El año 1965 fue aquel en que los franquistas empezaron a pensar lo impensable: que el Caudillo no era inmortal y que había que hacer preparativos para el futuro. Y 1985 fue el año en que el gobierno español empezó a tomar algunas medidas, con retraso y vacilaciones, para proteger los recursos archivísticos de la nación. Entre las pérdidas de aquellos decisivos veinte años figuran los archivos de la Falange; los archivos de las jefaturas de policía provinciales, las cárceles y la principal autoridad local del franquismo, los gobernadores civiles, también desaparecieron. Convoyes enteros de camiones se llevaron los documentos «judiciales» de la represión. Además de la deliberada destrucción de archivos, se produjeron también pérdidas «involuntarias» cuando algunos ayuntamientos vendieron al peso sus archivos como papel para su reciclaje[25].

La consecuencia es que resulta imposible la reconstrucción completa a escala nacional del coste humano del golpe militar de 1936. Pese a estas pérdidas, queda suficiente material para reconstruir lo que significaba «la paz de Franco», descrita por Julián Casanova como «un plan de exterminio y una justicia posbélica inclemente y calculada»[26]. Historiadores locales están realizando un enorme esfuerzo por recuperar documentación, de

forma más minuciosa en unas regiones que en otras.

La violencia contra los vencidos no se limitó al encarcelamiento, la tortura y la ejecución, sino que adoptó también la forma de humillación psicológica y explotación económica de los supervivientes. La destrucción de los sindicatos y la represión de la clase obrera facilitaban el pago de salarios de hambre que permitieron que los beneficios de la banca, la industria y los terratenientes experimentaran espectaculares incrementos. Por lo tanto, es evidente que hubo una conexión entre la represión y la acumulación de capital que hizo posible el *boom* económico de los años sesenta.

Que esto era una política deliberada queda patente al examinar el modo en que el Patronato para la Redención de Penas convirtió en efecto a miles de presos republicanos en esclavos. Los destacamentos penales suministraban mano de obra forzada para las minas, la construcción de ferrocarriles y la reconstrucción de las llamadas «regiones devastadas». Las colonias penitenciarias militarizadas se organizaron para llevar a cabo proyectos de obras públicas a largo plazo como el canal Bajo del Guadalquivir, excavado a lo largo de 180 kilómetros y veinte años, los batallones disciplinarios de trabajadores o los talleres penitenciarios que manufacturaban ropa, muebles y otros artículos dentro de las cárceles. El coste humano del trabajo forzado, las muertes y los padecimientos de los trabajadores y sus familiares sólo era comparable a las fortunas amasadas por las empresas privadas y públicas que les explotaban. Así, los presos se «redimían» de sus crímenes mediante tareas muy mal pagadas y en condiciones espantosas, que se cobraron un terrible peaje de mortalidad[27]. De esta forma, como ha dicho Helen Graham, «la retórica católica de la expiación a través del sufrimiento se utilizaba para legitimar la extracción de una plusvalía absoluta»[28].

Un buen ejemplo de lo que significaba la «paz de Franco» se halla en la experiencia de Cataluña, tras su ocupación en enero de 1939. Se vio sometida a un terror que lo impregnaba todo durante un período en que seguir con vida constituía toda una hazaña. Aunque no tan espeluznante como la de Espinosa, la minuciosa investigación de Conxita Mir acerca de la vida cotidiana de los vencidos en las zonas rurales de Lérida, en los años cuarenta, no resulta mucho menos indignante. Ha recopilado un espantoso catálogo de hambre y enfermedades, represión arbitraria y miedo: miedo a ser detenido, miedo a ser denunciado por un vecino o un cura. Su examen exhaustivo de los expedientes de 4000 causas revela el papel activo que desempeñaban los párrocos al denunciar a sus feligreses. Según comenta Mir, su modo de colaborar en la exacerbación de la división social sugiere más un deseo de venganza que un compromiso cristiano con el perdón y la reconciliación[29].

El sufrimiento experimentado por los vencidos en la España de Franco explica el notable incremento en la tasa de suicidios. Mir saca a la luz numerosos casos extraordinarios de extorsión económica y sexual practicada por los poderosos. Trataban a las mujeres con una enorme crueldad, so pretexto de «redimirlas»: las vejaciones incluían violaciones, confiscación de bienes y ejecuciones como castigo por el comportamiento de hijos y maridos. La profesora Mir relata muchos casos de soldados alojados en casas pobres que se aprovechaban de las mujeres desprotegidas de la familia. No escaseaban los curas dispuestos a defender el honor de sus feligreses varones y a acusar de «rojas» a las víctimas.

La política franquista de autosuficiencia, es decir, de autarquía, se aunó con la represión y la humillación de los vencidos y la acumulación de capital, aunque la rigidez de esta política también retrasó el progreso. Al considerarse un economista genial, Franco mismo adoptó la autarquía como sistema, olvidando que España carecía de los fundamentos tecnológicos e industriales que permitieron aplicarla al Tercer Reich. Al optar por la autarquía en 1938, imitando a sus aliados nazi y fascista, Franco prácticamente garantizó los posteriores sufrimientos posbélicos de su país. Su ingenuidad económica era apabullante ya que, frente a la evidencia de la total postración del país llegó a alardear de que estaba a punto de resolver los problemas de la alimentación, la vivienda, la educación, la sanidad y el bienestar de todos. Le dijo a Manuel Aznar que su política económica iba a influir profundamente en las teorías económicas[30]. En realidad, en España, la autarquía acarreó el desastre económico y social: la escasez causada por esta posición de España respecto al resto del mundo provocó la aparición del mercado negro, o sea, el estraperlo, que, a su vez, exacerbó las diferencias entre ricos y pobres[f18]. Inevitablemente, los más próximos al Régimen fueron los que se beneficiaron de ello, y los vencidos quienes lo sufrieron. Era tan corrupta la intervención del Estado en cada aspecto de la siembra, la recogida, el procesamiento y la venta y distribución del trigo, que algunos funcionarios hicieron fortunas mientras provocaban una escasez que incrementaba exponencialmente los precios de los alimentos. Para acceder a un trabajo o a las tarjetas de racionamiento, hacía falta obtener un carné de identidad y salvoconductos que requerían certificados de «buena conducta», y éstos los repartían los funcionarios falangistas y los párrocos locales. Inevitablemente, los vencidos sufrieron miseria material y se sintieron aún más humillados mientras aumentaba la sensación de bienestar de los vencedores.

Las consecuencias sociales de la autarquía y el funcionamiento del mercado negro encajaban perfectamente con la retórica del Caudillo, en el sentido de que los vencidos debían redimirse mediante el sacrificio.

El mayor símbolo de la explotación de los presos republicanos fue el capricho personal de Franco, la gigantesca basílica y la colosal cruz del Valle de los Caídos[f17]. Veinte mil presos trabajaron y varios murieron o resultaron gravemente heridos en la construcción del colosal mausoleo para Franco y monumento para quienes cayeron por la causa del Generalísimo. El Valle de los Caídos no era más que uno de varios esfuerzos por perpetuar la memoria de la victoria franquista. Las ruinas de Belchite, población destrozada por la guerra, se dejaron tal cual, como un monumento a los nacionales. El Alcázar de Toledo se reconstruyó como símbolo del heroísmo que los nacionales mostraron durante tres meses de cerco. En Madrid, la entrada a la Ciudad Universitaria, donde se libró la salvaje batalla por la capital, se marcó con un inmenso arco de la Victoria. No obstante, el Valle de los Caídos los empequeñecía a todos[31].

El monumento, concebido por Franco como los faraones concebían las pirámides, revelaba tanto su propio mesianismo como su determinación de intimidar a la población con este homenaje a la guerra. El decreto que, fechado el 1 de abril de 1940, anunciaba su erección declaraba que «la dimensión de nuestra Cruzada, los heroicos sacrificios que la victoria encierra y la trascendencia que ha tenido para el futuro de España esta epopeya no pueden quedar perpetuados por los sencillos monumentos con los que suelen conmemorarse en villas y ciudades los hechos sobresalientes de nuestra historia y los episodios gloriosos de sus hijos. Es necesario que las piedras que se levanten tengan la grandeza de los monumentos antiguos, que desafíen al tiempo y al olvido»…, que constituyera «un lugar de meditación y descanso donde las futuras generaciones pudieran rendir tributo a quienes les legaron una mejor España». Una vez completado, el Valle de los Caídos fue el gran orgullo y la alegría del Caudillo. Él esperaba que diese origen a una arquitectura imperial franquista que ligara eternamente su Régimen y su victoria a los triunfos de Carlos V y Felipe II.

El Caudillo buscó personalmente el emplazamiento en 1940 y lo encontró. Calculaba que estaría completado al año del primer anuncio, pero de hecho hicieron falta casi dos décadas para excavar en la roca la basílica de casi 259 metros de longitud, construir su monasterio esculpido en la ladera del valle de Cuelgamuros, al noroeste de Madrid, y erigir la inmensa cruz que se eleva a 252 metros de altura. La longitud de los brazos de la cruz era como la de dos vagones de tren. A España le costó casi tanto como el Escorial a Felipe II en una época más próspera. La idea era que sirviese de lugar de descanso final a quienes murieron luchando en el bando nacional o a las víctimas del «terror rojo» en la zona republicana. En 1958, sin embargo, el Régimen había evolucionado lo suficiente para que, al menos en teoría, en las criptas pudieran enterrarse a personas de ambos bandos, a condición de que fuesen españoles y católicos. Esto último excluía a numerosos republicanos, a los que, por lo demás, se les ponían numerosos obstáculos[32].

Tras años en que, en aras de la consolidación de la democracia, se callaron las atrocidades cometidas en los primeros años del régimen franquista, empieza a emerger la historia. Las fosas comunes constituyen uno de los legados más espantosos del modo en que Franco se estableció en el poder. Sólo ahora empiezan a conocerse las condiciones infrahumanas de las prisiones franquistas, gracias a los testimonios de los presos. El hambre y las torturas cotidianas, el terror que suponía esperar a que los pusieran frente al pelotón, son cosas que ya nos resultan familiares gracias a las memorias de los supervivientes. Sin embargo, sólo recientemente empiezan a oírse anécdotas sobre lo que les ocurría a las mujeres y a los niños encerrados en las prisiones de Franco al final de la Guerra Civil. Son espeluznantes: niños encerrados en cuartos oscuros, obligados a comerse sus propios vómitos; mujeres jóvenes violadas por sus guardianes; hijos arrancados a sus madres y dados en adopción o criados en hospicios religiosos[33].

Franco fue responsable de la represión que constituyó el holocausto español. Éste, no obstante, no acabó en los años cuarenta. El último episodio negro de la vida de Franco tuvo lugar menos de tres meses antes de su muerte. El 28 de agosto de 1975, un tribunal militar en Burgos condenó a muerte a dos miembros de ETA y, el 19 de septiembre, otro en Barcelona decretó una tercera pena capital. Entre tanto, otros dos juicios marciales, celebrados el 11 y el 17 de septiembre en una base militar próxima a Madrid, condenaron a muerte a ocho miembros del FRAP. De todas partes del mundo llegó una oleada de protestas, mayor aún que la que provocó el juicio de Grimau, lo que indignó a Franco. Quince gobiernos europeos llamaron a sus embajadores a consulta. En la mayor parte de los países europeos se produjeron manifestaciones y ataques a las embajadas españolas. En las Naciones Unidas, el presidente de México, Luis Echeverría, solicitó la expulsión de España del organismo. El papa Pablo VI pidió clemencia, al igual que todos los obispos de España. Donjuán de Borbón hizo otro tanto a través de su hijo, el príncipe Juan Carlos. Peticiones similares llovieron desde gobiernos de todo el mundo[34]. Franco hizo caso omiso. En la reunión del gabinete del 26 de septiembre, que duró tres horas y media, presidida por un Caudillo sumamente enfermo, se confirmaron cinco condenas capitales. Al amanecer del día siguiente, los condenados murieron frente al pelotón[35].

EL MITO DE HENDAYA: FRANCO Y EL EJE

La tesis de que Franco, con hábil prudencia, burló a Hitler y consiguió que España no participase en la Segunda Guerra Mundial es un mito central de la propaganda franquista. Durante mucho tiempo, esa tesis fue una de las preferidas por los admiradores del Caudillo[1]. Y, lo que es aún más importante, después del colapso del Tercer Reich fue un elemento crucial en la operación propagandística destinada a ensalzar la perspicacia providencial del Caudillo y su consecuente indispensabilidad. En un momento en que estaba creciendo la oposición en España y en el exterior, el éxito de esa operación contribuyó de manera significativa a la consolidación interna del régimen franquista. Además, proporcionó una débil justificación para que las potencias occidentales, deseosas de incorporarlo al frente anticomunista de la Guerra Fría, olvidasen sus innumerables actos hostiles de palabra y obra durante el conflicto mundial. Dichos actos (entre otros, la devoción de la prensa española por la causa del Eje, el abastecimiento y suministro de submarinos alemanes, la autorización del uso de radares, reconocimientos aéreos y tareas de espionaje dentro de España, junto con la exportación a Alemania de materias primas valiosas), aunque muy disminuidos en la primavera de 1944, nunca cesaron de forma completa.

En las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial, Franco todavía abrigaba la esperanza de que las armas maravillosas de Hitler cambiasen el curso de los acontecimientos en favor del Tercer Reich, convencido de que los científicos nazis habían aprovechado el poder de los rayos cósmicos[2]. De hecho, a la par que las tropas aliadas se topaban con los horrendos escenarios de los campos de exterminio (los británicos en Belsen, los americanos en Buchenwald y los rusos en Auschwitz), la prensa franquista restaba importancia a los horrores del holocausto y los atribuía a la inevitable y comprensible desorganización que reina en tiempos bélicos[3]. A la caída de Berlín, esa misma prensa elogiaba la presencia de Hitler en la defensa de la ciudad y las cualidades combativas de la Werhmacht, dignas de una epopeya. *Informaciones* declaraba que Hitler había preferido sacrificarse por Europa antes que utilizar sus armas secretas, y la victoria aliada se retrataba como un triunfo del materialismo sobre el heroísmo[4]. Franco no rompió relaciones diplomáticas con el Tercer Reich hasta el 8 de mayo, el día de la victoria aliada en Europa. Sólo entonces fue clausurada la embajada alemana en Madrid y retirada la cruz gamada de sus balcones[5].

Con singular presteza, la muy controlada prensa franquista abandonó todo lamento por la caída de Hitler y celebró el final de la guerra en Europa con elogios desmedidos de la sabiduría y firmeza del Caudillo, que había proporcionado a España los dones de la paz. A tenor del diario *Arriba*, el final de la guerra era «una victoria de Franco». La primera página de *ABC* mostraba un retrato del Caudillo con la leyenda: «Parece haber sido escogido por la benevolencia de Dios. Cuando todo era oscuro, el vio claro… y sostuvo y defendió la neutralidad de España»[6]. Ahora, Franco estaba en condiciones de dedicar todos sus esfuerzos a regularizar su posición en relación con los aliados triunfantes. En el contexto de la Guerra Fría, ese proceso iba a ser mucho más fácil de lo que el propio Franco, eterno optimista, había anticipado. De hecho, durante los doce meses precedentes, políticos y publicistas, con un interés personal apenas disimulado, habían estado contribuyendo al mito de Franco como hombre de paz.

El 24 de mayo de 1944, Winston Churchill, en un discurso a la Cámara de los Comunes, conmocionó a muchos británicos y norteamericanos con una declaración de gratitud al Gobierno español por haber permanecido neutral en 1940. Agradeció incluso más el hecho de que España se hubiese abstenido de interferir durante los preparativos para la Operación Torch. La clave de sus intenciones radicaba en su afirmación de que «los problemas políticos internos de España son un asunto de los propios españoles»[7]. Con toda probabilidad, las palabras de Churchill tenían otro propósito; aparte de manifestar una admiración desinteresada por Franco, no eran totalmente sinceras. Por una parte, a corto plazo, el primer ministro británico estaba intentando neutralizar a España con vistas al próximo desembarco de Normandía. Por otra, estaba presente el objetivo a largo plazo de mostrar a Franco bajo una luz favorable para poder utilizarlo como baluarte futuro en la política mediterránea occidental. Sin embargo, en el momento en que se pronunció, el discurso provocó protestas considerables en círculos políticos angloamericanos y desánimo en la oposición antifranquista, en gran medida a causa de la reacción de la prensa española. No en vano, la maquinaria propagandística de Madrid presentó las palabras de Churchill como una aprobación plena del régimen de Franco y su política exterior[8]. Y en este sentido, el discurso de Churchill benefició enormemente al Caudillo en el ámbito interno e internacional. Tratando de justificarse por ello ante Roosevelt, Churchill escribió: «No me preocupa Franco, pero después de la guerra no quiero tener una península Ibérica hostil hacia Gran Bretaña… No sé si hay más libertad en la Rusia de Stalin que en la España de Franco. Y no tengo intención de pelearme con ninguno de

ellos»[9] [f20].

En el invierno de 1944, la United Press secundó la contribución de Churchill a los esfuerzos de Franco por reescribir la historia. La aseveración del Caudillo de que había sido un amigo secreto de los aliados durante la guerra recibió una masiva publicidad mundial en noviembre de aquel año. Entonces, una entrevista con el director del servicio exterior de la United Press, A. L. Bradsford, permitió que Franco hiciese gala de un cinismo descarado. La simpatía con que se trataron estas declaraciones de Franco no estaba desvinculada del hecho de que, a la par, la United Press estaba negociando un contrato con la agencia española de noticias EFE para prestar sus servicios en España[10]. En cualquier caso, la entrevista fue publicada el 7 de noviembre de 1944 y reproducida ampliamente en todo el mundo.

Las afirmaciones de Franco constituían un relato bastante ingenuo y falseado de su política en el quinquenio precedente. Olvidando su ocupación de Tánger y su petición a Hitler de que desmembrase el Marruecos francés en 1940, cuando se produjo la derrota de Francia, ahora describía su actitud hacia este país como llena de nobleza e hidalguía. De todos modos, la declaración más extravagante consistió en afirmar que el envío de la División Azul a Rusia «no implicaba ninguna idea de conquista o pasión contra ningún país».

Presa del delirio, la prensa española recogió informes sobre la «expectación universal» y la admiración respetuosa con que el mundo había percibido la «importancia trascendental» de las palabras de Franco. Para el diario *Ya*, estas «importantes declaraciones han sido universalmente consideradas como uno de los acontecimientos más importantes de tiempos recientes»[11].

En lo sucesivo, los servicios que Franco prestó a España y a los aliados al oponerse a las hordas nazis se convertirían en un motivo constante de la propaganda franquista. El eje central de esta imagen fue la entrevista directa del Caudillo con Hitler en Hendaya, en la frontera hispanofrancesa, el 23 de octubre de 1940. Según dicha propaganda, en la entrevista Franco mantuvo astutamente a distancia a un amenazante Hitler. En realidad, el análisis de tal encuentro en nada indica que Hitler ejerciera entonces una presión desmedida en favor de la beligerancia española. Y tampoco desdice otro hecho notorio: que Franco, en el otoño de 1940, estaba tan deseoso de formar parte del futuro orden mundial del Eje como lo había estado a principios de aquel verano. Hitler acudió al suroeste francés para calibrar qué precio se le exigiría respectivamente por la colaboración de la Francia de Vichy y la España de Franco en el marco de su bloque continental. Por ello, se entrevistó con Laval el 22 de octubre, en Montoire-sur-Loire, una remota estación ferroviaria cercana a Tours, de camino hacia su entrevista con Franco el 23 en Hendaya, a la que siguió un encuentro con Pétain el 24, otra vez en Montoire. Franco acudió a Hendaya para cosechar los beneficios de lo que percibía como el final de la hegemonía anglo-francesa que había mantenido a España en una posición subordinada durante dos siglos. La entrevista resultó un fracaso porque Hitler creyó que Vichy presentaba una oferta mejor.

El mito fabricado posteriormente de un Caudillo brillante y perspicaz que anticipó el desenlace del conflicto y resistió las amenazas germanas se ha apoyado en el hecho indiscutido de que Franco no entró en la guerra. Los artífices del mito también han conseguido dar un sesgo favorable a innumerables ejemplos de lo que simplemente eran vacilaciones cautelosas sobre la participación de España en la contienda. Franco aspiraba a tomar parte en la guerra, pero sólo después de que hubiese pasado lo peor del combate y antes de que llegara la división del botín, pues era consciente de la debilidad económica de España. En las vacilaciones consiguientes hubo, pues, tanta prudencia como cautela. Lo que no aparece en modo alguno es la astuta conversión en el «aliado secreto» de las democracias[12].

Casi hasta el final de la guerra, Franco apenas albergó dudas de que el vencedor último sería el Tercer Reich. Y también creyó, hasta el discurso de Churchill de mayo de 1944, que el futuro de su Régimen peligraría seriamente si triunfaban los aliados. Dos factores cruciales impusieron a Franco la cautela, y entre ellos no figura su supuesta previsión de origen divino. Por una parte, la debilidad económica y militar de España y el control aliado de sus suministros alimenticios y petrolíferos hacían imposible cualquier esfuerzo bélico que durase más de algunos días. Por otra, Hitler se convenció durante su viaje de reconocimiento entre Montoire y Hendaya de que no podría pagar el precio exigido por Franco.

Cuando la derrota de Francia parecía inminente, Franco lanzó su tentativa más descarada para tener acceso a lo que suponía que iba a ser una conferencia de paz para repartir el imperio francés. Dicho intento tomó la forma de una carta a Hitler, escrita a principios de junio de 1940 y entregada en mano por el general Juan Vigón el día 16[13]. Los alemanes la ignoraron sin muchos miramientos. Para el mes de septiembre de 1940, la posición de Franco apenas se había modificado. Convencido de una pronta victoria germana sobre Inglaterra, el Generalísimo había enviado a Berlín a su cuñado y ministro de Interior, Ramón Serrano Súñer, para que estableciese las condiciones en las que España participaría en la conferencia final.

Durante el transcurso del invierno, la situación iría cambiando lentamente como resultado de tres factores. En

primer lugar, Franco quedaría desconcertado por la reacción de los alemanes, que, lejos de ponderar en alto grado la beligerancia española, se mostraron descorteses y despectivos hacia sus aspiraciones territoriales, plantearon la exigencia de establecer bases militares en España y no satisficieron ninguna de sus peticiones de suministros. Por otra parte, y lo que es más importante, la creciente conciencia por parte del Caudillo de la fortaleza de la resistencia británica reactivaría sus hondos temores hacia una represalia contra España o sus territorios extrapeninsulares. Este temor hacia los británicos, junto con el resentimiento hacia los alemanes, mermó el fervor belicista de Franco. Pero, finalmente, el obstáculo decisivo a la intervención en la guerra fue el deterioro vertiginoso de la posición económica de España, que incrementó su vulnerabilidad respecto a las presiones y exigencias angloamericanas.

A pesar de todo, si Hitler hubiera estado decidido a asegurar la participación española, bien habría podido empujar a Franco a combatir a su lado. Ello hubiera requerido entregas masivas de alimentos y equipo bélico, así como promesas extravagantes de un botín imperial a expensas de Francia. Tal y como sucedieron las cosas, el *Führer* se guardó de hacer las promesas necesarias por temor a que las descubrieran los franceses. Las pruebas abrumadoras de que España sería una carga económica y militar convencieron a Hitler de que, simplemente, no valía la pena correr el riesgo de enfrentarse a la Francia de Vichy para conseguir la participación española. En consecuencia, la misión de Serrano Súñer en septiembre de 1940 no tuvo éxito. Al presentar la lista de condiciones planteadas por España, Serrano Súñer informó a Von Ribbentrop de su determinación de apropiarse de todo el Marruecos francés, que «pertenecía al espacio vital de España», y de la región de Orán, habitada por españoles. Quizá con la intención de demostrar que España podría ser tan despiadada como otro miembro del Eje, también expresó las ambiciones españolas respecto a Portugal: «Hablando en términos geográficos, Portugal en realidad no tiene derecho a existir»[14]. Von Ribbentrop no solamente se mostró en desacuerdo, sino que sorprendió a Serrano Súñer con su propia lista de exigencias. Entre Serrano Súñer y Von Ribbentrop surgió muy pronto una intensa aversión mutua, lo que sería de gran importancia para la neutralidad española final. La implacable aspereza y afectación del ministro alemán contribuyeron a aplacar la impetuosidad y fervor del español por la causa del Eje. En la reunión del 16 de septiembre, Von Ribbentrop, aunque poniendo objeciones a las cantidades de material solicitadas por España, finalmente accedió a suministrar todo lo que fuera absolutamente necesario. A cambio de ello, expuso las contrapartidas exigidas por Alemania de un modo bastante brutal. Serrano Súñer quedó alarmado al conocer por boca de Von Ribbentrop el abismo que separaba a Hitler de Franco en sus respectivas valoraciones de la beligerancia española. Y lo que descubrió entonces, una vez digerido, alteraría significativamente su actitud hacia el Tercer Reich y el asunto de la entrada española en la guerra.

El *Führer*, consciente de que los británicos responderían a la toma de Gibraltar con la ocupación de las Canarias, las Azores o el archipiélago de Cabo Verde, insistía en instalar una base alemana en una de las islas Canarias, además de bases en Agadir y Mogador con el *Hinterland* apropiado. También pretendía obtener concesiones económicas sustanciales, tanto en la forma de pagos de la deuda pendiente de la Guerra Civil como de participación en intereses mineros marroquíes. Serrano Súñer había ido a Berlín esperando que lo recibieran como a un aliado valioso y, en cambio, lo trataban como el representante de un Estado satélite[15].

La idea de que Serrano Súñer era un partidario beligerante del Eje y Franco un pacifista cauteloso queda desmentida por las cartas que el Caudillo envió a su cuñado durante su permanencia en Berlín. Es innegable que, en aquel tiempo, Franco no sólo confiaba ciegamente en la victoria del Eje, sino también que estaba plenamente decidido a entrar en la guerra a su lado. Sus únicas dudas giraban en torno a las condiciones materiales para que España estuviese preparada y a las recompensas futuras. En su carta del 21 de septiembre, por ejemplo, el Caudillo manifestaba su confianza en que Hitler asumiría el punto de vista español. El tono de la misiva era de una adulación desmesurada hacia Hitler: «Aprecio como siempre la agudeza de miras y buen sentido del *Führer*». Las crudas demandas hechas a Serrano eran atribuidas «al egoísmo y excesiva autoestima de los subordinados del *Führer*» y al hecho de que Von Ribbentrop y los asesores económicos olvidaban que la Guerra Civil española había facilitado la victoria alemana sobre Francia[16].

Estando todavía Serrano Súñer en Alemania, el entusiasmo de Franco se enfrió un poco. No está claro si ello fue consecuencia de haber recibido de manos del coronel Tomás García Figueras la lista completa de exigencias económicas alemanas, o si se debió a que, finalmente, se había enterado de la decisión alemana de posponer el ataque a Inglaterra. En cualquier caso, parece que tenía indicios de que la guerra iba a ser larga[17].

El resultado de sus cavilaciones fue otra carta de Serrano Súñer, menos optimista que las anteriores, aunque no sugería cambio alguno en el compromiso esencial con el Eje: «No hay dudas sobre la alianza. Está completamente [esta palabra subrayada por Franco en el original] recogida en mi respuesta al *Führer* y en el conjunto de nuestra política desde nuestra Guerra Civil». Sin embargo, Franco traslucía una preocupación real por la perspectiva de una guerra prolongada. Además, se mostraba mucho más firme que antes sobre la necesidad de una preparación económica y militar adecuada. La magnitud de la ayuda requerida por España

implicaba que «hay que protocolizar el futuro, y aunque no hay duda en nuestra decisión, tenemos que pensar las particularidades del acuerdo y las obligaciones de las partes». El pacto con el Eje habría de permanecer secreto hasta que Madrid estimase que estaba preparada para la guerra[18].

La política de Franco siempre se había basado en la decisión de entrar en la guerra lo más cerca posible de su final. Sin embargo, la resistencia británica estaba haciendo que ese momento cada vez fuese más difícil de predecir. Además, junto con las pruebas de vacilaciones por parte de los alemanes, la oposición a la entrada en guerra estaba creciendo entre los altos mandos del Ejército español. El Estado Mayor informó de que la flota carecía de petróleo, de que no había fuerzas aéreas dignas de tal nombre ni unidades mecanizadas efectivas, y de que la población, tras la Guerra Civil, no toleraría más sacrificios.

Con la tensión entre monárquicos y falangistas en ascenso, Franco se aferró a la idea de un protocolo secreto con el Eje como solución de compromiso, con la esperanza de garantizar con ello sus ambiciones territoriales y de que dejaran a su discreción la fecha de entrada española en la contienda. Sin embargo, la cuestión de la fecha nunca se resolvería porque Hitler ni quiso ni pudo pagar el doble precio impuesto por el Caudillo: la previa financiación alemana de los preparativos militares y económicos españoles y la entrega del África del norte francesa a España. Las demandas planteadas con tan poca delicadeza por Hitler y Von Ribbentrop a Serrano Súñer en Berlín el 16, 17, 24 y 25 de septiembre reforzaron la decisión de Franco de no entrar en guerra hasta que se le pagase por anticipado. No obstante, sólo con el aplazamiento de la Operación León Marino (Sealion), el Caudillo se percató de que la guerra iba a ser de larga duración.

Después de leer la carta de Franco del 22 de septiembre, Hitler y Serrano Súñer acordaron que los puntos fundamentales de las negociaciones se abordasen en el siguiente encuentro del *Führer* y el Caudillo. Antes del mismo, Hitler se entrevistó con Mussolini en el Brennero el 4 de octubre y le confesó claramente sus temores: si los franceses descubrían que estaba tratando con Franco la entrega de sus territorios africanos, o bien abandonarían sin más la defensa de sus posesiones o bien las fuerzas francesas locales romperían con el régimen de Vichy. A la vista de la reciente defensa victoriosa de Dakar, el *Führer* estaba decidido a no hacer nada que disminuyese la determinación de Vichy de defender su imperio contra los británicos.

Para resolver la contradicción entre las ambiciones españolas y la sensibilidad francesa, estaba dispuesto a ofrecer territorio en Nigeria a los franceses a cambio de la cesión de parte de su Marruecos a España. En caso de que esto no fuera posible, Hitler creía que el ataque a Gibraltar sería factible sin consentimiento español. En cualquier caso, los alemanes consideraban que la conquista de Suez tenía preferencia sobre la conquista de Gibraltar. Si esta última tenía lugar antes de que Suez cayese en manos del Eje, sólo provocaría un ataque inglés sobre las islas Canarias[19].

Cuando Franco se dio cuenta de que las opiniones de Von Ribbentrop simplemente reflejaban las de Hitler, quedó desconcertado por la aparente rapacidad del *Führer*, aunque no tanto como su cuñado por la actitud y malas formas de Von Ribbentrop. De hecho, el Caudillo siguió entusiasmado con la perspectiva de obtener para España el Marruecos francés. Las esperanzas abrigadas por Franco explican la lentitud con que llegó a la conclusión lógica de que había que tener extremo cuidado con Hitler. Prefirió consolarse con la idea de que la generosidad y comprensión del *Führer* estaban siendo socavadas por la mezquindad de sus subordinados. Lo más notable de sus opiniones sobre la guerra y la actitud de Hitler en el otoño de 1940 es su curiosa mezcla de mediocridad provinciana y complacencia rayana en la megalomanía.

El continuo fervor de Franco por el Tercer Reich se reveló claramente en su reajuste ministerial del 16 de octubre de 1940, con el cese de los dos ministros más partidarios de los aliados. Luis Alarcón de Lastra fue reemplazado en el Ministerio de Industria y Comercio por Demetrio Carceller Segura, un empresario falangista astuto y sin escrúpulos. Al coronel Juan Beigbeder lo sustituyó en el Ministerio de Asuntos Exteriores Serrano Súñer. Beigbeder se enteró de su destitución a través de la prensa matutina. Mussolini escribió a Hitler el 19 de octubre que el reajuste ministerial «nos garantiza que las tendencias hostiles al Eje están eliminadas o al menos neutralizadas. Por otra parte, no creo que la situación económica interna haya mejorado. Reitero otra vez mi convicción de que la no beligerancia española es más ventajosa para nosotros que su intervención. Debemos guardar la intervención como reserva. Es una carta que debemos jugar en el momento oportuno y de acuerdo con las circunstancias, como, por ejemplo, en caso de prolongación de la guerra en 1941 o de una intervención abierta de Estados Unidos. Entre tanto, España tendrá tiempo necesario para prepararse»[20].

El hecho es que, en el histórico encuentro de Hitler y Franco en Hendaya, el miércoles 23 de octubre de 1940, se reiteraron las promesas españolas de unirse al Eje, pero no se tradujeron en un compromiso estrictamente vinculante. Y ello no es del todo sorprendente. A pesar del mito de la bravura de Franco frente a las amenazas de Hitler, éste no había ido a exigir la entrada inmediata de España en la guerra. En su viaje había mucho más una intención exploratoria. Formaba parte de su grandioso fraude, con el encuentro con Laval el 22 de octubre en Montoire-sur-Loire. El *Führer* estaba preocupado porque Mussolini estaba a punto de embarcarse en una guerra balcánica larga e inconveniente con su ataque a Grecia. Hitler también abrigaba la certeza de que

entregar el Marruecos francés a los españoles era hacerlos vulnerables ante un ataque británico. Por tanto, como confesó al *Duce* en Florencia el 28 de octubre, había llegado a la conclusión de que lo mejor era que los franceses siguieran defendiendo el Marruecos francés. Los viajes a Hendaya y Montoire eran misiones de reconocimiento para comprobar si había manera de hacer compatibles las aspiraciones de Franco y Pétain y para ayudarle a decidir su estrategia futura en la Europa del suroeste[21].

El recuerdo de la victoria de Vichy en Dakar se percibe en la afirmación hecha en Hendaya por Hitler en el sentido de que los deseos españoles y las esperanzas francesas eran obstáculos para su objetivo de un gran frente antibritánico compuesto por Alemania, Italia, España y la Francia de Vichy. Al mismo tiempo, el *Führer* conocía las opiniones de Brauchitsh, su comandante en jefe, y Halder, su jefe de Estado Mayor, para quienes «la situación interna de España es tan lamentable que la hace inútil como aliada política. Tendremos que conseguir nuestros objetivos esenciales [Gibraltar] sin su participación activa»[22].

Franco llegó a Hendaya poco después de las tres de la tarde, con ocho minutos de retraso, en un tren que dio una brusca sacudida al parar en la estación, ante el desprecio de los alemanes que allí estaban esperando. Según las memorias del doctor Paul Schmidt, funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, el tren llegó con una hora de retraso, aunque no hay ninguna prueba que corrobore su afirmación en los informes de la época ni tampoco en los relatos de Serrano Súñer. Los hagiógrafos de Franco han escrito, sin fundamento alguno, que el retraso fue una hábil treta del Caudillo para desconcertar a Hitler[23]. Pero Franco no tenía ninguna razón para desear tal cosa y, de hecho, se enfureció por el pequeño retraso de su tren y amenazó con destituir al teniente coronel responsable de la organización de sus viajes, por considerar que lo había disminuido a los ojos de Hitler[24]. El mariscal Keitel observó que los fusiles de la guardia de honor española estaban tan herrumbrosos que resultaban del todo inservibles. Después del encuentro, cuando el tren de Franco se puso en marcha, volvió a sacudirse tan violentamente que sólo la intervención del general Moscardó evitó que el Caudillo cayese de cabeza sobre el andén. En el viaje de regreso a San Sebastián, la lluvia se filtró en el viejo tren de antaño usado por Alfonso XIII, conocido como «el *break* de Obras Públicas», de modo que las goteras cayeron sobre el propio Franco y Serrano Súñer[25].

Las abundantes pruebas fotográficas del encuentro permiten afirmar que Franco estaba encantado de entrevistarse con Hitler[f19] y de poder agradecerle en persona la ayuda alemana durante la Guerra Civil. Ciertamente, es natural que al Caudillo los ojos le brillasen de emoción dado que la entrevista constituía una ocasión histórica notable. Sin embargo, contradice las tesis de que Franco estaba engañando a Hitler astutamente. En palabras de un hagiógrafo: «la habilidad de un hombre detuvo todo lo que los ejércitos de Europa, incluyendo el francés, habían sido incapaces de frenar»[26].

La entrevista entre Hitler y Franco se celebró en el coche-salón del *Erika*, el tren especial del *Führer*, desde las 3.30 hasta las 6.05 de la tarde. Estuvieron presentes también Serrano Súñer y Von Ribbentrop, junto con el barón De las Torres, intérprete español, y Gross, intérprete alemán. Serrano Súñer y Von Ribbentrop volvieron a reunirse separadamente entre las 6.30 y las 7.00. Aproximadamente una hora después, el grupo al completo se juntó de nuevo para cenar en el vagón de Hitler.

Es imposible una reconstrucción absolutamente fidedigna de la entrevista de Hendaya, a pesar de que contamos con varios relatos de supuestos testigos presenciales. Asistieron a ella seis personas: Hitler, Franco, Von Ribbentrop, Serrano Súñer y los dos intérpretes. Paul Schmidt, miembro del equipo de Von Ribbentrop, se mantuvo en contacto con su jefe pero sin participar en el encuentro. De todos ellos, sólo cuatro han dejado sus versiones: Serrano Súñer, el barón De las Torres (Luis Álvarez Estrada y Luque), Von Ribbentrop y Schmidt[27]. La versión más extensa es el acta conservada en el archivo del ministerio alemán de Asuntos Exteriores. Tal acta está incompleta, del mismo modo que se han perdido incomprensiblemente otros documentos relativos a las relaciones entre Hitler y Franco.

La redacción del acta se atribuye en la documentación alemana a Paul Schmidt, que sí estuvo en Hendaya pero que, según Serrano Súñer y el barón De las Torres, no se hallaba presente en la entrevista y sólo entró en el vagón al final de la misma. El relato de Schmidt concuerda con las ligeras referencias de Von Ribbentrop en sus memorias y, aun cuando no hubiese estado presente en la conversación, podría admitirse que fue informado inmediatamente después por el ministro alemán. El propio Schmidt publicaría en sus memorias un breve y tentador relato con algunos toques al parecer imaginarios[28]. Según testimonio de Serrano Súñer al autor, Schmidt distorsionó su versión en favor de Franco para mejorar sus posibilidades de supervivencia después de 1945.

Serrano Súñer ofrece en sus memorias un relato muy revelador y no del todo desinteresado[29]. El barón De las Torres escribió unas notas, fechadas el 26 de octubre de 1940, que fueron publicadas íntegramente por la prensa española en 1989[30]. Serrano utilizó estas notas y otras minutas del barón De las Torres para redactar sus memorias[31]. Sin embargo, ni el tono ni el contenido de las notas del barón resultan convincentes. Las referencias a la virilidad, patriotismo y realismo con que Franco resistió la presión de Hitler hacen pensar más

en la campaña de propaganda posterior a 1945 destinada a reescribir la historia del papel del Caudillo en la guerra. Además, tales documentos contienen varias afirmaciones que se contradicen entre sí y con otras fuentes. Por ejemplo, dicen que el *Führer*, pasando revista a la situación militar en Europa, lanzó la siguiente amenaza: «Soy el dueño de Europa y, como tengo a mis órdenes 200 divisiones, no hay más alternativa que obedecerme». En el acta alemana que se conserva está incluido el análisis de la situación llevado a cabo por Hitler, así como un relato de las divisiones disponibles, pero no aparece ninguna amenaza como la antedicha. Además, el barón De las Torres asegura que Hitler salió de la entrevista murmurando: «Con estos tipos (o este tipo), no hay nada que hacer» (*mit diesem Kerlo mit diesen Kerlenist nichts zu machen*)[32]. Sin embargo, esta confesión de impotencia por parte de Hitler resulta incongruente con la supuesta amenaza de utilizar sus divisiones para imponer su voluntad. Por el contrario, si tal amenaza nunca existió, el sentimiento de irritación resulta comprensible.

Asimismo, las notas del intérprete español dicen que Hitler, impulsivamente, ofreció el Oranesado a Franco, quien lo rechazó por motivos de honor. Esto es totalmente insostenible habida cuenta de las conocidas ambiciones españolas en la zona y de la presión que Franco había ejercido en ese sentido sobre Vichy en los meses previos[33]. La elaboración de estos documentos, cuando se tiene en cuenta la misteriosa desaparición de otros materiales relevantes del Auswärtiges Amt (Ministerio de Asuntos Exteriores alemán), cobra sentido en el contexto de un ejercicio de propaganda[34].

A la efusiva bienvenida de Franco, «me alegro de verte, *Führer*», Hitler respondió fríamente: «Por fin se cumple un viejo deseo mío, Caudillo». Sin embargo, en vez de la conversación que Hitler había esperado dominar, tuvo lugar un cruce de monólogos contrapuestos. Curiosamente, dada la poco imponente imagen de Franco, Hitler parece haber estado a la defensiva, divagando sobre varios temas y justificando con vehemencia las dificultades que Alemania encontraba en la guerra, enfatizando el papel del clima en la batalla de Inglaterra. También explicó laboriosa y oscuramente por qué la satisfacción de las ambiciones de España respecto a Marruecos era problemática en vista de la necesidad de cooperar con la Francia de Vichy. A este respecto, se refirió a su previa conversación con Laval y a la que tenía prevista con Pétain, en las que su argumento era que si Francia se aliaba con Alemania, sus pérdidas territoriales serían compensadas con las colonias británicas.

El trago amargo para Franco fue la afirmación de Hitler de que «si era posible la cooperación con Francia, entonces puede que las ganancias territoriales de la guerra no fuesen tan grandes. No obstante, el riesgo era más pequeño y el triunfo más fácilmente alcanzable. En su opinión personal, en una lucha tan enorme, era mejor conseguir un triunfo rápido en poco tiempo, incluso si las ganancias fuesen más pequeñas, que librar una guerra larga. Si Alemania pudiese vencer más rápido con ayuda de Francia, a cambio de tal ayuda estaba dispuesto a ofrecer a los franceses mejores condiciones de paz».

Es difícil que Franco no notase que su esperanza de obtener ganancias territoriales masivas a bajo coste se desmoronaba ante sus propios ojos. Había acudido a la entrevista convencido ingenuamente de que Hitler, su amigo, sería generoso. Por tanto, le abrumó con un monólogo recitativo acerca de la historia de las reivindicaciones españolas en Marruecos, las pésimas condiciones existentes en España y la lista de suministros que necesitaba para posibilitar su preparación militar, y terminó con la pomposa afirmación de que España podría tomar Gibraltar sola.

La voz atiplada de Franco y su imperturbabilidad provocaron que Hitler se distrajese. El *Führer* se levantó nerviosamente y exclamó que no había lugar a más discusiones. No obstante, pese a su frustración ante lo que percibía como estrechez de miras de Franco, recapacitó y volvió a sentarse para proseguir la conversación[35]. Ésta finalizó a las 6.05 de la tarde, y, como ya se ha dicho, después de un corto intervalo durante el cual se reunieron Serrano Súñer y Von Ribbentrop, tuvo lugar la cena, mientras los dos ministros continuaban reunidos para redactar el borrador de un protocolo[36]. Es significativo que en dicha conversación, el «Cuñadísimo» afirmó al comenzar que el Caudillo no había entendido exactamente las cuestiones concretas tratadas en la entrevista con el *Führer*. En particular, él no podía aceptar que Hitler quisiera colaborar con Pétain, a quien el Caudillo consideraba «acabado»[37].

Sin embargo, Franco no había quedado totalmente desconcertado. Cuando Hitler había insistido en una pronta publicación del Pacto Tripartito, Franco le había respondido que hacer eso supondría provocar un desembarco británico en Portugal. Serrano Súñer expresó a Von Ribbentrop su sorpresa por la nueva línea de Hitler respecto al África francesa y su pesar porque «eso significaba invalidar las demandas máximas de España». Ello no obstante, de acuerdo con la propuesta inicial de Franco, Serrano aceptó redactar un protocolo secreto. Otra aspiración española que no quedaría recogida en el texto escrito era la petición de rectificación de la frontera pirenaica para dar a España el Rosselló (la Cataluña francesa)[38].

El protocolo no había acabado de redactarse cuando se interrumpió la reunión. Las palabras de Franco al despedirse del *Führer* revelaron su compromiso emocional con el Eje: «A pesar de todo lo que he dicho, si

llegase el día en que Alemania me necesitara realmente, me tendrá a su lado incondicionalmente y sin ninguna demanda por mi parte». Para alivio de Serrano Súñer, el intérprete alemán no tradujo lo que pensó que era una cortesía formal[39].

Con una mezcla asombrosa de ingenuidad y codicia, Franco le dijo a Serrano Súñer después de la entrevista: «Esta gente es intolerable. Quieren que entremos en la guerra a cambio de nada. No podemos fiarnos de ellos si no se comprometen formalmente ahora, en lo que firmemos, a darnos los territorios que nos pertenecen como les he explicado. De otro modo, no entraremos en guerra. Este nuevo sacrificio por nuestra parte sólo se justificaría si nos dan lo que será la base de nuestro imperio. Si no se comprometen formalmente ahora, después de la victoria, a pesar de lo que digan, no nos darán nada»[40]. Quizá lo más llamativo en las palabras de Franco sea la creencia implícita de que «un compromiso formal» de Hitler tenía algún valor. Tales afirmaciones, y la entrevista en conjunto, desmienten la tesis posterior de Franco y Serrano Súñer según la cual ambos se resistieron astutamente a Hitler. Su determinación no fue preservar la neutralidad sino sentar las bases de un imperio colonial. Para su fortuna, Hitler tenía otros compromisos. En consecuencia, la neutralidad resultó ser una especie de premio de consolación.

Después de su accidentada salida de la estación, el tren que llevaba a los españoles regresó a San Sebastián. Serrano Súñer y Franco se alojaron en el palacio de Ayete, donde elaboraron el texto del protocolo entre las 2 y las 3 de la madrugada. El texto propuesto por los alemanes fijaba la entrada en la guerra para cuando el Reich lo estimara oportuno. Franco y Serrano buscaron el modo de encontrar una fórmula que les diera mayor autonomía y margen de maniobra. Antes del alba, el general Eugenio Espinosa de los Monteros, embajador español en Berlín, se presentó en Ayete. A la vista de sus informes sobre la impaciencia de los alemanes, quedó encargado de llevar en mano a Hendaya el texto finalmente elaborado. Von Ribbentrop se negó a aceptar pequeñas enmiendas al protocolo inicial, aunque Serrano Súñer ocultó esa noticia a Franco[41]. A pesar de su vaguedad, el protocolo constituía un compromiso formal por parte de España de unirse a la guerra como aliado del Eje[42].

Goebbels anotó en su diario respecto a la entrevista de Hendaya: «Ya se ha celebrado el encuentro previsto entre el *Führer* y Franco. Me informan por teléfono de que todo ha ido bien y España está firmemente de nuestro lado. A Churchill le esperan malos tiempos»[43]. Goebbels no fue el único en recibir una información similar. También Von Ribbentrop telefoneó a Ciano y le expresó la satisfacción alemana con el curso de la entrevista[44]. Ambas interpretaciones concuerdan plenamente con el hecho de que Hitler había hecho una especie de viaje de reconocimiento para evaluar las posiciones de Franco y Pétain. Sólo más tarde el *Führer* llegaría a considerar la entrevista un auténtico fracaso. Sin embargo, ello no significa que le resultase agradable. Tras haber pasado casi nueve horas en compañía de Franco, Hitler confesaría a Mussolini posteriormente que «antes de repetirla preferiría tener que arrancarme tres o cuatro dientes»[45]. Es evidente que tanto Hitler como Von Ribbentrop estaban irritados porque Franco y Serrano Súñer parecían incapaces de apreciar que los intereses alemanes exigían refrenar las demandas españolas. Según el mariscal Keitel, que habló brevemente con Hitler durante la pausa para cenar, «el *Führer* no estaba nada satisfecho con la actitud de los españoles y prefería interrumpir las conversaciones de una vez. Estaba muy irritado con Franco y particularmente enfadado por el papel desempeñado por Serrano Súñer, su ministro de Exteriores; según Hitler, Súñer tenía a Franco en su bolsillo. En cualquier caso, el resultado final fue muy pobre»[46].

En el mismo sentido, al partir de Hendaya, Von Ribbentrop describió al parecer a Serrano Súñer como un «jesuita» y a Franco como un «cobarde desagradecido»[47]. El 25 de octubre, Von Ribbentrop también escribió al embajador alemán en Roma, MacKensen, sobre las dificultades surgidas en Hendaya. Las definió sucintamente con estas palabras: «Con frecuencia, el ministro español de Asuntos Exteriores parece incapaz de comprender que la realización de las aspiraciones españolas depende exclusivamente del triunfo militar de las potencias del Eje y que, por consiguiente, esas aspiraciones deben subordinarse al objetivo del Eje de lograr la victoria final». Y se quejaba de que los españoles no eran suficientemente conscientes de que el Eje tendría grandes dificultades para enfrentarse en África con los británicos y con De Gaulle a la vez[48]. El coronel Gerhard Engel, ayudante militar de Hitler, informó a Halder de que el *Führer* estaba descontento con la entrevista de Hendaya y abominaba de «la canalla jesuítica y del orgullo español equivocado»[49].

Mientras tanto, Serrano Súñer ponía al corriente a Von Stohrer del «amargo sentimiento provocado en el Caudillo y en mí mismo» por la negativa alemana a asumir las pequeñas enmiendas sugeridas al protocolo propuesto[50]. De hecho, Hitler había planeado engañar a los españoles respecto al Marruecos francés admitiendo con aparente franqueza que no podía dar lo que todavía no era suyo. La verdad es que confiaba en poder disponer pronto del imperio colonial francés a su gusto, pero no tenía intención de entregárselo a Franco. Ése fue su grandioso fraude. Años después, Serrano Súñer comentaría que Hitler no había dicho una mentira lo bastante grande. A juicio del Cuñadísimo, la obsesión africanista de Franco con Marruecos era tal que si Hitler se lo hubiese ofrecido, habría conseguido que entrase en la guerra[51]. Parece que el propio Franco le confesó a Antonio Martínez Cattaneo, gobernador civil de León: «Fue Hitler quien no aceptó mis

condiciones»[52].

Mientras esperaba la llegada del tren de Franco en Hendaya, el *Führer* reveló las razones por las que era incapaz, por vez primera, de utilizar una mentira monstruosa en sus planes diplomáticos. Conversando con Von Ribbentrop en el andén, reconoció que no podría hacer promesas firmes sobre el territorio francés porque, «con estos latinos charlatanes, es seguro que los franceses se enterarían de ello tarde o temprano. En mi entrevista con Pétain quiero inducir a los franceses a que se lancen a la lucha activa contra los ingleses, así que no puedo insinuarles ahora que hagan esas cesiones de territorio. Además, si tal acuerdo con los españoles se hiciera público, el imperio colonial francés pasaría íntegro al campo de De Gaulle»[53].

Para Franco fue una verdadera suerte que Hitler continuase mostrándose reacio y, de hecho, incapaz de pagar su precio. Después de todo, una de las razones por las que el *Führer* deseaba la intervención española era que ésta posibilitaría el control del norte de África y evitaría el surgimiento de una resistencia francesa en el área. Sin embargo, el precio exigido por Franco (la cesión de las colonias francesas) precipitaría con seguridad un movimiento antialemán favorable a De Gaulle, abriendo paso al desembarco aliado en la zona. La entrevista de Hendaya quedó en tablas precisamente por este problema. Se firmó el protocolo por el cual España se comprometía a unirse al Eje en fecha a determinar «de común acuerdo por las tres potencias» y después de que se hubiesen ultimado los preparativos militares. En realidad, esa fórmula dejaba la decisión final en manos de Franco. No obstante, Hitler hubiera podido presionarle para que se decidiera rápidamente si hubiese ordenado la entrega de los suministros militares y alimenticios contemplados. Las promesas del *Führer* sólo habían sido precisas en lo tocante a Gibraltar, pero se habían mantenido en la ambigüedad respecto al futuro control español de las colonias francesas en África.

Paradójicamente, Hitler, que creía estar engañando a Franco al ocultar que no tenía intención de entregarle el imperio francés, fracasó en su empeño por no decir una mentira suficientemente grande. El Caudillo no tenía bastante con las vagas promesas formuladas. En Hendaya, la fatua admiración que Franco había mostrado por Hitler desde 1939 comenzó a ceder ante su codicia gallega natural. Los comentarios que hizo a Serrano Súñer reflejaban su indignación porque los alemanes no le ofrecían un imperio colonial a cambio de la beligerancia española. La réplica irónica a esos comentarios es la opinión alemana de que la indignación de Franco ante la demanda de una isla en Canarias demostraba que «los españoles sólo desean ganancias sin tener que hacer ningún sacrificio»[54].

Franco tuvo también la suerte de que las formas despóticas de Von Ribbentrop empujasen a un susceptible Serrano Súñer a una posición más prudente. El 31 de octubre de 1940, Serrano Súñer decía pues una verdad a medias al declarar por tres veces al embajador norteamericano en Madrid: «Ni Hitler ni Mussolini habían ejercido ninguna presión, ni siquiera habían insinuado que España debía entrar en la guerra»[55].

El *Führer* se entrevistó con el *Duce* en Florencia el 28 de octubre, tanto para informarle de sus encuentros con Franco y Pétain como para recibir noticias sobre la aventura griega de Mussolini. Hitler expresó su temor de que los españoles no fueran capaces de mantener el control sobre su colonia marroquí si el Marruecos francés rompía con Vichy y se producía un desembarco por parte de los ingleses. En ese caso, la carga sobre las fuerzas del Eje sería intolerable. Por tanto, pensaba que sería mejor dejar que la Francia de Vichy se encargase de la defensa de Marruecos. A medida que profundizaba en el modo de atraer a Laval y Pétain hacia una alianza subordinada al Eje, Hitler se volvía más y más crítico hacia Franco. Respecto a las demandas españolas, le dijo a Mussolini que España «sólo podría conseguir una ampliación sustancial de su colonia marroquí» y que la fecha de su entrada en guerra dependería de la conclusión de los preparativos militares. A pesar de las fantasías de los propagandistas de Franco, para el *Führer* no era todavía una prioridad urgente conseguir la participación española. De cualquier modo, poco tiempo después, Hitler centraría sus reflexiones en Rusia[56].

Lo que haría cambiar la actitud de Hitler hacia España serían las dificultades que habría de encontrar en los Balcanes, como resultado del precipitado ataque italiano sobre Grecia iniciado el 28 de octubre. Las previsiones del *Führer* sufrieron un grave revés por la victoria naval británica sobre Italia en Taranto y por el cambio de coyuntura bélica en Grecia, que abrió la vía a una ofensiva británica en la península. Sólo entonces, y con el fin de reducir los riesgos planteados a los suministros petrolíferos procedentes de Rumanía, Hitler decidió que debía cerrarse el Mediterráneo[57].

Por primera vez, su deseo de que España entrase en la guerra fue lo suficientemente grande como para que se decidiese a presionar a Franco. El 11 de noviembre, Von Ribbentrop invitó a Serrano Súñer a una conferencia con él y con Ciano en Berghof, siete días más tarde. Tras consultar con su cuñado, Serrano aceptó la invitación[58]. En realidad, después de escribir su carta del 30 de octubre a Hitler, Franco se había vuelto mucho más prudente. La situación económica española estaba deteriorándose día a día, y el Caudillo también había notado los síntomas de reforzamiento de la posición británica. Dado que Hitler seguía mostrando la misma reticencia a prometer las ganancias imperiales ansiadas por Franco, éste se preparaba para ceder y

adoptar una política más realista que la precedente: posponer la beligerancia española hasta que la derrota británica fuese con toda seguridad inminente. Por tanto, sólo a partir de mediados de noviembre de 1940 es posible afirmar con rigor que Franco se resistió a las demandas de Hitler. Pero incluso después de esa fecha, su confianza y compromiso con la victoria del Eje permanecerían inalterados durante los siguientes tres años.

La neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial sería ensalzada durante los siguientes treinta años como el máximo logro de Franco. Pero, en última instancia, Franco evitó la guerra no por una gran habilidad o intuición sino por una fortuita combinación de circunstancias, de las cuales fue en buena parte espectador pasivo: el desastre de la entrada de Mussolini en la guerra, que provocó en el *Führer* la renuencia a tener otro aliado insolvente; luego, la negativa de Hitler a pagar el alto precio que el Caudillo solicitaba por su beligerancia; y, en definitiva, el hábil uso que los diplomáticos aliados hicieron de los recursos alimentarios y de combustible británicos y norteamericanos en una España económicamente devastada. En tales circunstancias, no era de extrañar, como Von Stohrer comentó al general Krappe en octubre de 1941, que el *Führer* llegara a la conclusión de que España era más útil a Alemania bajo la máscara de neutralidad, como única vía de sortear el bloqueo británico. El 10 de febrero de 1945, Hitler le confió a su secretario, Martin Bormann: «España ardía en deseos de seguir el ejemplo de Italia y formar parte del club de los vencedores. Franco, por supuesto, tenía ideas muy exageradas sobre el valor de la intervención española. Sin embargo, creo que, a pesar del sabotaje sistemático perpetrado por su jesuítico cuñado, habría accedido a hacer causa común con nosotros bajo condiciones razonables: la promesa de un pequeño pedazo de Francia para compensar su orgullo y una parte sustancial de Argelia como ganancia material real. Pero como España no tenía nada tangible con que contribuir, llegué a la conclusión de que no era deseable su intervención directa. Es cierto que nos hubiera permitido ocupar Gibraltar. Por otra parte, la entrada de España en la guerra habría añadido muchos kilómetros en la costa atlántica, de San Sebastián a Cádiz, que habríamos tenido que defender… Al asegurarnos que la península Ibérica permanecía neutral, España ya nos había proporcionado el único servicio que podía ofrecernos. Ya bastante es tener que cargar con Italia a nuestras espaldas, y cualesquiera que sean las cualidades de los soldados españoles, un país como España en su estado de pobreza y poca preparación, habría representado más un riesgo que una ventaja»[59]. Por encima de todo, la neutralidad de Franco se debió a la calamitosa situación económica y militar de una España hecha añicos por la Guerra Civil, desastre del que el Caudillo obtuvo un enorme provecho.

FRANCO Y SUS GENERALES

Al final de la Guerra Civil española, las Fuerzas Armadas a disposición de Franco carecían casi por completo de cobertura aérea y contaban con exiguas unidades mecanizadas y acorazadas. Había 850 000 soldados de infantería pobremente armados y 19 000 artilleros, y mientras que la caballería de los ejércitos modernos había cedido el paso a los tanques y los coches blindados, la española seguiría dependiendo, durante dos decenios más, de caballos. En el verano de 1939 se decidió una desmovilización parcial, tras la cual las sesenta y una divisiones del Ejército quedaron reducidas a la mitad. Dada la prioridad que dio Franco a su propia supervivencia, el Ejército de la Guerra Civil fue sustituido por un Ejército de ocupación para el cual el Caudillo dejó en pie de guerra a más de medio millón de soldados y a 22 100 oficiales. Había un cuarenta y siete por ciento más de oficiales que en el Ejército francés[1].

Al absorber en 1941 el 45,8 por ciento y en 1943 el 53,7 por ciento del presupuesto nacional, un Ejército de Tierra de esta magnitud suponía un gasto totalmente desproporcionado respecto de los recursos de un país devastado por una guerra civil[2]. La decisión tomada por Franco de no desmovilizar del todo las tropas evidentemente no tenía nada que ver con una política coherente de defensa nacional. Sin duda, reflejaba su conciencia de que la victoria del 1 de abril de 1939 no había puesto fin definitivamente a las tensiones sociales y políticas prebélicas. Continuaron produciéndose choques esporádicos hasta 1951, y una presencia militar aplastante formaba parte del aparato que debía atemorizar a la población. Además, la guerra mundial estaba a punto de estallar, y Franco y su séquito inmediato conservaban algunas esperanzas de poder hacerse con algún despojo. Después de todo, un aspecto fundamental de las retóricas falangista y franquista lo constituían las ambiciones imperialistas y coloniales.

Sin embargo, ni el tamaño excesivo ni las deficiencias operativas de las Fuerzas Armadas españolas tuvieron impacto alguno sobre el resultado de la Segunda Guerra Mundial. Más bien ocurrió lo contrario. El flujo de las fortunas de los aliados y los nazis durante la guerra influyó profundamente en las actitudes del cuerpo de oficiales y planteó a Franco la necesidad de utilizar toda su astucia para mantener el control del Ejército. Desde el punto de vista militar, el Ejército español se mantuvo relativamente inactivo durante la guerra mundial. Desde el punto de vista político, desempeñó un papel significativo en los años cruciales en que Franco estaba intentando establecer su poder sobre bases permanentes. Circulaban rumores sobre el descontento de una exigua pero influyente minoría de oficiales con suficiente graduación como para sentirse capaces de obligar a Franco a escuchar sus quejas. Éstas, tal como se produjeron, giraban en torno a asuntos estrechamente interrelacionados. Fundamentalmente, para los más conservadores, las quejas se referían a la persistente negativa de Franco a restaurar la monarquía, al peligro de una participación insensata en la Segunda Guerra Mundial y al continuo ascenso de la Falange. Había cierto malestar debido a que todo miembro de las Fuerzas Armadas en activo debía ser afiliado de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS y a que, en los actos públicos, los militares se veían obligados a hacer el saludo fascista[3]. Las consiguientes muestras de descontento no solían traducirse claramente en hostilidad hacia el propio Franco, pues éste lograba que se desviasen hacia maquinaciones diversas contra su cuñado, Ramón Serrano Súñer. Dada la concentración de poder en manos de éste, que fue ministro de Gobernación hasta mayo de 1941, ministro de Asuntos Exteriores desde octubre de 1941 y presidente de la Junta Política (a todos los efectos la comisión ejecutiva) de Falange, el alto mando militar temía que su entusiasmo por el Eje pudiese arrastrar a España a la guerra. Al mismo tiempo, el resentimiento militar hacia Franco derivaba del hecho de que, ya que no habían anticipado que su esfuerzo durante la Guerra Civil española llevase a una situación en la que el poder personal de Franco se eternizase, se sentían estafados por el perpetuo aplazamiento de la tan anhelada restauración monárquica.

Aunque muchos estaban de acuerdo con la causa del Eje en la guerra, su sentimiento monárquico los condujo a tener contactos más o menos clandestinos con la embajada británica en Madrid e incluso a aceptar sobornos de parte de los británicos. Éstos depositaron trece millones de dólares en un banco en Nueva York con este fin[4]. Al contrario de lo que le ocurría al propio Franco, la constatación de la esencial debilidad militar española provocaba entre los disconformes cierta renuencia a ver a España convertirse en beligerante del lado del Eje. Los contactos con los británicos, además de ser lucrativos, mantuvieron abiertas las opciones de los militares. Algo más esporádicamente, se aventuraron propuestas también a los alemanes, sobre la posibilidad de derribar a Franco en favor de una restauración monárquica. En lo esencial, sin embargo, se suponía que las causas de la monarquía española y de los Aliados occidentales estaban relacionadas y compartían el atractivo añadido de oponerse ambas a la Falange.

No obstante, pese a los sobornos británicos y al sentimiento monárquico que compartían muchos militares, sólo una docena más o menos de oficiales plantó cara resueltamente a Franco durante la Segunda Guerra Mundial y, aun así, sólo de forma dubitativa y con poca frecuencia. Los más importantes de estos oficiales eran Juan Yagüe, Alfredo Kindelán, Antonio Aranda, José Enrique Varela y Luis Orgaz. Yagüe estaba estrechamente relacionado con la Falange. Con todo, su falangismo era austero y radical. Era hostil a Serrano Súñer y algo despectivo hacia Franco. Kindelán era un monárquico conservador y, probablemente, la más persistente e irritante espina en el costado de Franco. Sin embargo, no estaba dispuesto a proceder más allá de las críticas verbales. Varela era un reaccionario duro, relacionado con los carlistas pero, al haber recibido dos veces la Gran Cruz Laureada de San Fernando, la más importante condecoración militar española, por mostrar valor ante el enemigo, gozaba de enorme autoridad dentro de las Fuerzas Armadas. Sin embargo, aun cuando Varela fue ministro del Ejército, Franco se aseguró de que estuviese vigilado, nombrando a tal efecto para el puesto de subsecretario del Ministerio del Ejército a su íntimo compinche y confidente Camilo Alonso Vega. Orgaz era un firme monárquico alfonsista. Ninguno de ellos deseaba acabar con el régimen de Franco, sino más bien reducir el poder que la Falange tenía en él y que se declarase oficialmente, aunque sólo fuese en teoría, que España era una monarquía.

Aranda era el más enérgico y vocinglero. Cuando ejercía el cargo de gobernador militar de Valencia acabó disgustado por la corrupción policial, la represión y las actividades incontroladas de los arribistas de Falange en el Ministerio de la Gobernación. Asimismo, junto con Kindelán, fue uno de los primeros en darse cuenta de que una victoria del Eje en la guerra mundial no era inevitable[5]. Era notoriamente indiscreto, y Franco sabía que estaba en contacto con los británicos, como lo estaba con los alemanes[6]. Se le atribuían sentimientos republicanos, y no ocultaba sus contactos con la oposición antifranquista verdadera, la de izquierdas. Aunque se refería continuamente, en sus comunicaciones con sus interlocutores británicos e izquierdistas, a un inminente golpe contra Franco, su principal actividad consistía en hablar. Al final, los británicos le consideraban un veleta, indigno de toda confianza y sin lógica[7].

Todos ellos no hicieron sino rezongar contra Franco y, uno tras otro, acabaron teniendo problemas con él, y, por lo general, salieron vencidos por las astutas maniobras del Generalísimo sin haber logrado nunca amenazarle seriamente. No obstante, Franco se vio obligado a descabezar tales oposiciones con infinita paciencia, con una hábil aunque parsimoniosa división del botín de guerra bajo forma de puestos importantes, ascensos, pensiones, condecoraciones y títulos de nobleza, así como frecuentes llamamientos al espíritu de cuerpo y al patriotismo[8]. Aun así, reinaba un considerable descontento debido a la lentitud de los ascensos y de la distribución de condecoraciones. En última instancia, con todo, Franco podía contar siempre con la ambición de sus rivales militares. Se mostraba duro y al mismo tiempo hábil al engañarles con la zanahoria de los ascensos. Aranda, por ejemplo, en el verano de 1939, y de nuevo en 1941, fue inducido a creer que lo nombrarían ministro de Defensa. En la misma época, Rafael García Valiño, uno de los más jóvenes y capacitados generales de Franco, de quien luego se convertiría en crítico activo, esperaba que se le confiase el Ejército de Marruecos[9]. De hecho, el Ministerio de Defensa fue suprimido en agosto y el destino en Marruecos fue confiado al fiel franquista Carlos Asensio.

La primera crisis militar a que tuvo que enfrentarse Franco fue provocada no por un monárquico, sino por uno de los más antiguos generales de todas las Fuerzas Armadas, Gonzalo Queipo de Llano. Éste nunca había ocultado la pobrísima opinión que le merecía Franco ni lo que pensaba sobre las irregularidades que habían rodeado la elección del Generalísimo. Consideraba a Franco un hombre egoísta y mezquino, y, en compañía de amigos, hablaba de él en peores términos. Durante las guerras coloniales en Marruecos, Queipo de Llano había llegado a la conclusión de que Franco era de una prudencia rayana en la cobardía. El 6 de agosto de 1936, al llegar a Sevilla, Franco había insistido en establecerse en el palacio de Yanduri en vez de utilizar los edificios de la Segunda División, lo que le parecía a Queipo una pretenciosidad. Se vengaba llamándole «Paca la culona». Y había una abundancia de confidentes que iban a contarle a Franco los comentarios de Queipo[10]. Éste llegó en su irritación a hacer declaraciones públicas, el 18 de julio de 1939, sobre la afrenta que Franco le había infligido al otorgar la condecoración militar de la Gran Cruz Laureada de San Fernando a la ciudad de Valladolid, pero no a la de Sevilla, base de su poder. Queipo no sólo atribuía el papel principal en la sublevación de 1936 a Sevilla, sino que sugirió que el triunfo de Franco y de su ejército en el Centro se debió a la ayuda recibida de esta ciudad.

Ésta era la oportunidad que Franco esperaba desde hacía mucho para librarse de él. El Caudillo consideraba que Queipo era demasiado poderoso y se había mostrado molesto durante largo tiempo por los insultos recibidos en los años en que Queipo era su superior en el Ejército de Marruecos. Cuando la Legión Cóndor hubo regresado a Alemania, Queipo, sin autorización de Franco y a costa de disgustarlo, acudió a aquel país para recibirles. Por medio de subterfugios, Franco le sacó de Sevilla y lo envió a Burgos para unas supuestas consultas. Cuando llegó, le acusó de conspirar contra él, lo despidió como virrey de hecho de Andalucía el 27 de julio de 1939 y le planteó la alternativa de irse a Argentina de embajador o a Italia como jefe de la misión militar. Queipo eligió el destino en Italia, pero Franco, temiendo que pudiera valerse de su basé de poder en

Sevilla, le prohibió volver a la capital andaluza para recoger sus pertenencias. Cuando llegó a Italia, Queipo de Llano supo del mismo Mussolini que Franco le había escrito una carta en la cual denunciaba a su enviado como «antifascista peligroso»[11].

La «rebelión» de Queipo acabó siendo un simple desliz verbal. Ningún otro general estaba dispuesto a ponerse de su lado y, tras la contundente reacción de Franco, no sucedió nada más. Potencialmente más peligrosa era la oposición silenciosa de otro colaborador de Franco de los tiempos de guerra, igualmente importante, el impetuoso general Yagüe. Éste había sido uno de los más decisivos generales nacionales a lo largo de la Guerra Civil, y era bien conocido por sus simpatías falangistas y no menos célebre por sus críticas al estilo militar dilatorio de Franco. Al terminar la guerra, ejercía el mando del Ejército español de Marruecos. Dado su talento, su carisma y su popularidad en la Falange y en el Ejército, podía ser un rival para Franco. Plenamente consciente de ello, el Caudillo, con su astucia típica, nombró a Yagüe ministro del Aire con ocasión de los cambios ministeriales del 9 de agosto de 1939. Este evidente ascenso fue el medio que Franco tuvo de apartarlo de un peligroso mando operacional en Marruecos. Al mismo tiempo, ante la inminencia de la guerra mundial, el nombramiento de un entusiasta del Eje como Yagüe podía aparecer como un gesto significativo a ojos de los alemanes. En su puesto de ministro, Yagüe trabajó duro, aunque en vano, para reconstruir las fuerzas aéreas españolas con la ayuda de Alemania, con el fin de que España pudiese participar en la guerra mundial[12]. A medida que su frustración se intensificaba, se hicieron más explícitas sus críticas contra Serrano Súñer y Franco, y quedó también más patente su falangismo extremado. Más tarde se vería involucrado, al igual que el general Muñoz Grandes, aunque éste de manera más circunspecta, en un complot para apartar a Franco del poder.

Estimulados por los alemanes, algunos disidentes falangistas habían creado una dirección clandestina, o Junta Nacional, cuyo objetivo era llevar a cabo la revolución falangista. Descubierto por el servicio de espionaje de Franco, Yagüe tuvo una tensa y agitada entrevista con el mismo Caudillo el 27 de junio de 1940, tras la cual fue destituido de su cargo ministerial. Yagüe dijo al embajador alemán, el doctor Eberhard von Stohrer, que había chocado de manera irreparable con Franco por haberle propuesto que destituyese a Serrano Súñer y reorganizase la Falange de tal modo que permitiese el desarrollo verdadero de un partido unificado. El pretexto oficial fue que había dicho al embajador británico, *Sir* Samuel Floare, en una recepción, que Inglaterra estaba vencida y que se lo merecía. Dado que había habido fricciones importantes con el embajador británico a causa de ciertas incursiones en España de unidades acorazadas de las tropas alemanas, que acababan de llegar a la frontera francoespañola, y que organizaban desfiles militares semioficiales en el País Vasco, las observaciones de Yagüe no eran demasiado oportunas. Sin embargo, es más verosímil que fuera depuesto por sus maquinaciones contra Franco y no por sus comentarios ofensivos sobre la situación de Inglaterra en la guerra. Así pues, hubo de permanecer veintinueve meses exiliado en la aldea donde había nacido, San Leonardo, en Soria[13]. Posteriormente se rehabilitó su figura, cuando Franco necesitó contar con un profalangista con el que contrarrestar el creciente apoyo de que gozaba la monarquía a medida que la suerte del Eje iba declinando.

La oposición de Queipo de Llano y Yagüe a Franco, si no resulta exagerado describir así sus charlas y maquinaciones, estaba teñida de celos y de cierto desprecio profesional hacia el cauto Generalísimo. Otras manifestaciones de disensión se originaron entre generales que miraban a Franco con mayor respeto, pero que creían disponer de los títulos suficientes por su antigüedad como para tratarle simplemente como a un líder elegido por ellos. La práctica totalidad del alto mando, con pocas excepciones, como Yagüe y Muñoz Grandes, era monárquica. A todos ellos les unía el resentimiento hacia Serrano Súñer. Franco podría haber satisfecho los deseos políticos de éstos destituyendo a Serrano Súñer y declarando simplemente que España era en esencia una monarquía, aunque aún no había llegado el momento para el retorno de un rey. Con todo, el Caudillo estaba atado de manos por su propio deseo de mantener abiertas sus opciones con respecto al cambiante orden mundial. Con el fin de poder obtener algo de los despojos en caso de victoria del Eje, necesitaba evitar la vuelta a un pasado tradicional y mantener los adornos de un Estado fascista. Al mismo tiempo, debía vérselas con la propia Falange que, aún pendiente de él, gozaba todavía, como reflejo de la gloria de los éxitos del Eje, de cierta autonomía. Así pues, Franco supo enfrentarse con habilidad al Ejército y a la Falange. Su patriótica irritación contra los falangistas por su negligencia en el gobierno local y central acabaría siendo un rasgo constante de la retórica militar. El Caudillo, no obstante, cerró un ojo a la corrupción falangista e hizo lo mismo respecto a las veleidades conspirativas promonárquicas de los generales de mayor rango.

La repugnancia hacia la Falange y su presunta corrupción provocaron todas las críticas monárquicas hacia Franco desde el alto mando. En este contexto, el más empecinado opositor militar de Franco era el muy conservador general Alfredo Kindelán. Puesto que Kindelán había sido, quizá más que ningún otro, el verdadero hacedor de Franco en septiembre de 1936, y dado que gozaba de un inmenso respeto entre los generales de mayor rango, el Generalísimo se vio obligado a pisar con cautela. El ferviente monárquico Kindelán había ejercido con suma eficacia el mando de la aviación nacional durante la Guerra Civil. Nunca

había dudado en escribir o hablar a Franco de manera abierta, y en una ocasión había llegado a protestar por el ascenso de un hermano de éste, el otrora conspirador izquierdista Ramón[14]. En agosto de 1939, Kindelán sufrió una humillación cuando se nombró al falangista Yagüe primer titular del recién creado Ministerio del Aire[15].

En la muy cargada atmósfera de 1939, con la Falange en el apogeo de su poder, no era muy probable que Franco hubiese nombrado para el Gobierno a alguien tan comprometido con la restauración monárquica como Kindelán. La designación de Yagüe combinaba dos finalidades para el siempre astuto Franco. Le permitió apartar a un rival potencial de su influyente puesto de mando en Marruecos a la vez que le proporcionaba la ventaja, en vísperas de la inminente guerra, de nombrar a una personalidad pro Eje para un ministerio militar. Kindelán había sido enviado a las Baleares en calidad de comandante militar de las islas. Con todo, ese desaire personal no era nada comparado con la frustración que produjo a Kindelán que Franco no hubiese coronado su victoria en la Guerra Civil con la entrega del poder al rey exiliado Alfonso XIII o a su hijo don Juan. Al igual que Queipo de Llano, o incluso en mayor medida, Kindelán no manifestaba una servil adulación con respecto a Franco. En realidad, aunque trataba siempre al Generalísimo con respeto, Kindelán, hombre de gran integridad, nunca consideró que Franco fuese mucho más que un *primus Ínter pares*, punto de vista que no compartía el propio Franco, mesiánico y cada vez más pagado de sí mismo[16].

Una de las más serias causas de conflicto entre el Ejército y la Falange la constituyó la postura de Franco respecto a la guerra mundial. A Kindelán, como a algunos otros generales prominentes, le preocupaba el aventurerismo de los falangistas que estaba llevando a España a la guerra junto a las potencias del Eje. Con análogo espíritu de aprensión, el ministro del Ejército, el general Varela, empezó, a comienzos de 1940, a reunir información de las capitanías generales sobre la situación del Ejército. En marzo, Kindelán presentó un informe a Varela sobre el estado lamentable de las Fuerzas Armadas españolas en el contexto de una guerra mundial que se intensificaba. En el texto señalaba que España no estaba preparada en absoluto para una guerra y que sus fronteras seguían sin estar defendidas. Varela leyó la valoración en una reunión del Consejo Superior del Ejército. El alto mando la aceptó y se la pasó a Franco. En mayo de 1940 el Alto Estado Mayor sometió a Franco un nuevo informe preparado por el general Martínez Campos sobre la falta de preparación de las Fuerzas Armadas, en el que se destacaba especialmente la carencia de unidades aéreas y mecanizadas. En junio y julio de 1940, ignorante de lo que revelaban estos sombríos documentos, la prensa controlada por los falangistas intensificó su campaña por la entrada en la guerra junto al Eje. Esto provocó un aluvión de cartas de protesta a Varela por parte de los generales de mayor rango, incluido Kindelán, que seguía mandando en Baleares; el general Miguel Ponte, alto comisario en Marruecos; el general Luis Orgaz, capitán general de Barcelona; el general José Monasterio, capitán general de Zaragoza, y el general José Solchaga, capitán general de Valladolid. Ante tales presiones sobre su ministro de la Guerra, Franco contuvo su beligerancia. El 13 de junio declaró al encargado de negocios de Italia que el estado de las Fuerzas Armadas españolas no le permitía participar en la guerra de forma decisiva, salvo por lo que se refería a la toma de Tánger, que se produjo al día siguiente[17].

Puesto que varios miembros del Alto Mando español conocían las deficiencias de las Fuerzas Armadas, se mostraban encolerizados por lo que consideraban el aventurerismo de Serrano Súñer. La grave hambruna que España padeció en el invierno de 1940 y las dudas respecto a una victoria final de los alemanes suscitadas por las dificultades de los italianos en los Balcanes, llevaron a Aranda y Kindelán a decir a *Sir* Samuel Hoare que ellos se oponían a la germanofilia de Serrano Súñer y de la Falange. El embajador alemán, el barón Eberhard von Stohrer, informó de que los madrileños se derrumbaban por la falta de alimentos[f21] y señaló que la oposición de los generales de mayor rango a Serrano Súñer estaba obligando a Franco a aminorar su entusiasmo por la guerra. Las quejas de los generales se reflejaban en los esfuerzos del aparato de propaganda falangista por ocultar que existía una incomunicación entre el Ejército y la Falange. Las serias dudas de los generales respecto de la posibilidad de una entrada de España en la guerra en una época de hambrunas y la falta de preparación militar fueron probablemente factores importantes que persuadieron a Franco de que tenía que reconsiderar las promesas hechas a Hitler en Hendaya el 23 de octubre de 1940 y con posterioridad[18].

El 7 de diciembre, en presencia del general Vigón, Franco se abstuvo de dar su asentimiento a la petición de Hitler, transmitida por el almirante Canaris, de que las tropas alemanas cruzasen la frontera española el 10 de enero de 1941, con el fin de llevar a cabo un ataque contra Gibraltar[19]. Las solicitudes de ayuda alemana formuladas por el Estado Mayor eran realistas, si se quería que España fuese un participante creíble en la guerra mundial. Sin embargo, parecieron tan excesivas que en Berlín las consideraron explicables sólo si se trataba de un intento deliberado de garantizar que no se tomaría en cuenta una entrada de España en la guerra[20]. El ambiente que se respiraba entre los generales más antiguos la ilustra el hecho de que, a finales de 1940, Kindelán había presentado al Consejo Superior del Ejército una declaración respecto a la necesidad de que Franco transfiriese sus poderes accidentales a la monarquía. El Consejo aceptó el informe por unanimidad, y el ministro del Ejército, Varela, se lo leyó a Franco[21].

Las discrepancias entre el Alto Mando y el Caudillo volvieron a estallar a mediados de enero de 1941, cuando los generales Aranda, García Valiño y García Escámez protestaron ante Franco por la corrupción de los falangistas. En el transcurso de los tres primeros meses de 1941, tanto el embajador británico como el alemán pensaron que era probable que pronto los generales de mayor rango lanzasen un contraultimátum a Franco para instarle a formar un Gobierno militar sin Serrano Súñer. A mediados de abril de 1941, la irritación de los militares contra Serrano Súñer había alcanzado su punto álgido[22].

Las intervenciones de sus colegas de mayor rango tuvieron alguna influencia sobre el Caudillo. Es posible atisbar cierta inquietud por parte de Franco en el hecho de que tuvo en cuenta algunas de sus quejas en la minilucha de poderes que estalló en mayo de 1941. Ya desde el 16 de octubre de 1941, cuando Serrano Súñer había sustituido al coronel Juan Beigbeder en el cargo de ministro de Asuntos Exteriores, estaba vacante el puesto de ministro del Interior. En teoría, Franco había ocupado el cargo, pero en la práctica se encargaba del trabajo diario su muy eficaz subsecretario, José Lorente Sanz, hombre de confianza de Serrano Súñer. Franco se informaba de lo que ocurría en el ministerio por medio del coronel Valentín Galarza, secretario de la Presidencia del Gobierno. El 5 de mayo de 1941, con el fin de bloquear lo que consideraba un renacer del poder de la Falange, Franco nombró a Galarza ministro del Interior y le sustituyó en el cargo de secretario de la Presidencia por un capitán de Marina, Luis Carrero Blanco. Esto provocó protestas entre falangistas prominentes y una dimisión simbólica por parte de Serrano Súñer. Aunque la dimisión no fuera aceptada, y en una remodelación del Gobierno, el 19 de mayo, Franco nombrara a nuevos ministros falangistas, Serrano Súñer se había extralimitado. También algunos generales monárquicos se habían visto compensados. Kindelán fue nombrado capitán general de Cataluña, y su predecesor, el general Luis Orgaz, accedió al ambicionado cargo de alto comisario en Marruecos[23]. En adelante, Franco se mostraría más receptivo a las críticas de los militares contra su cuñado.

Con todo, si bien la actitud de Franco hacia Serrano Súñer se había enfriado apreciablemente, el entusiasmo del Caudillo por la causa del Eje no había disminuido en absoluto. En el verano de 1941 cundió la alarma entre los generales de mayor rango como resultado de la reacción favorable de Franco a la invasión alemana de la URSS, el 22 de junio. Un discurso del Caudillo del 17 de julio, claramente partidario del Eje, y el ofrecimiento de Serrano Súñer a los alemanes de enviar voluntarios españoles a luchar en el frente ruso galvanizaron a los militares y los empujaron a la acción. Los generales de mayor rango estaban irritados por lo que consideraban aventurerismo irresponsable e ilimitada ambición de Serrano Súñer. Entre los oficiales más jóvenes imperaba cierto entusiasmo, y los militares de mayor rango fueron incapaces de evitar la partida de voluntarios falangistas y del Ejército bajo el mando del general Agustín Muñoz Grandes[24]. El general Luis Orgaz y Yoldi, nombrado hacía poco tiempo Alto Comisario en Marruecos, estaba en contacto con civiles monárquicos para discutir un posible levantamiento contra Franco. Al igual que otras cuatro personalidades clave del Consejo Superior del Ejército, deseaba que España se mantuviese alejada de la guerra y que se limitase el poder de Serrano Súñer.

Los involucrados eran Kindelán, ascendido recientemente a capitán de la IV Región Militar (Barcelona); el general Saliquet, capitán general de la I Región (Madrid); el general Solchaga, capitán general de la VII Región (Valladolid), y el general Aranda, director de la Escuela Superior del Ejército. El 1 de agosto, Orgaz recomendaba a Franco, en nombre de los cinco generales, que se contuviera y no hiciese declaraciones tan extremas sobre los asuntos de política exterior sin antes consultar con ellos. Orgaz informó asimismo al Caudillo sobre las graves críticas de Serrano Súñer y le insinuó que a los generales les gustaría verle destituido. Franco estuvo de acuerdo con la petición, pero se anduvo con rodeos respecto a la destitución de Serrano Súñer, alegando que era algo más complicado de lo que parecía y que requería tiempo. Como era de esperar, no hizo nada. En vista de la inacción de Franco, el 12 de agosto enviaron al general Aranda para que reiterase el mensaje en términos más categóricos. El tono de tales mensajes solía ser siempre conciliador, dado que los generales que los elaboraban querían que Franco permaneciese siempre de su lado[25]. A principios de septiembre de 1941, el embajador alemán dio a conocer a Berlín las quejas de Serrano Súñer sobre los esfuerzos hechos por Varela para obstaculizar una rápida declaración de guerra[26].

El 10 de octubre de 1941, el embajador alemán, Stohrer, informó sobre un agravamiento considerable de la crisis política interna, que culminó en un encuentro «muy intenso y evidentemente muy agitado» entre Franco y Serrano Súñer. Las presiones del Alto Mando habían surtido efecto, finalmente. Serrano Súñer se quejó de que sus opositores militares, particularmente Aranda, le acusaban de hacer mucho daño a España como consecuencia de su política progermana. Ahora los militares creían que Gran Bretaña y Estados Unidos acabarían ganando la guerra y que ya estaban vengándose económicamente de España. Serrano Súñer le confió a Stohrer que Aranda y otros generales habían intentado convencer a Franco de que le destituyese[27].

Sin embargo, por el momento, Serrano sobrevivió. Mientras éste permanecía en el poder y seguía siendo grande el peligro de un compromiso español con el Eje, los generales contrarios se mantuvieron en contacto con los monárquicos civiles a propósito de la posibilidad de una restauración forzada. El general Varela,

ministro del Ejército, y el general Vigón, ministro del Aire, también se vieron implicados, junto con el general Ponte, que se había trasladado desde Marruecos para tomar posesión, como capitán general, de la II Región Militar (Sevilla), y otros, incluido el general Espinosa de los Monteros, jefe de las fuerzas de Baleares, y el general Heli Rolando de Tella, gobernador militar de Burgos. Creyendo que era inminente una invasión alemana, habían hecho planes para su evacuación y el establecimiento de un mando militar en Marruecos y de un Gobierno civil provisional en las Canarias con apoyo británico. Sin embargo, a finales de noviembre de 1941, cuando disminuyó el peligro de una invasión alemana, varios de los militares involucrados comenzaron a retirarse. Estaban dispuestos, aunque con reticencias, a conspirar para mantener a España fuera de la guerra, pero, bajo ninguna circunstancia, a derrocar a Franco[28].

A pesar de la arraigada lealtad a Franco, las tensiones siguieron siendo notables. En la primera mitad de diciembre de 1941, el Consejo Superior del Ejército se reunió de nuevo para discutir la situación política interna y externa. Tras algunas reuniones a las que asistieron Kindelán, Varela, Orgaz, Ponte, Saliquet y Dávila, se celebró la sesión final el 15 de diciembre de 1941, presidida por el propio Franco en su palacio de El Pardo. El Caudillo todavía tenía esperanzas de que se produjera una victoria del Eje en la guerra mundial. Este punto de vista no lo compartían sus generales de mayor rango, aunque muchos de ellos simpatizaban con la causa del Eje. En la reunión, Kindelán presentó un informe muy crítico sobre la política española, denunciando la incompetencia del Gobierno, así como la inmoralidad y en particular la ineptitud y venalidad de la generalizada corrupción de la burocracia falangista. Criticaba en él la utilización que Franco hacía del Ejército y de la justicia militar como principales instrumentos de represión. Los tribunales militares tenían la responsabilidad en ese momento de juzgar los delitos políticos de acuerdo con la Ley de Seguridad del Estado, en vigor desde el 29 de marzo de 1941. Kindelán era hostil también a la utilización de personal militar en la Administración local, en las comisiones de suministros, como fiscales y recaudadores de impuestos. Hizo un llamamiento a Franco para que rompiese sus nexos con la Falange y para que separase los cargos de jefe del Estado y de jefe del Gobierno. Era un acto de considerable valentía criticar al Caudillo y a la Falange en una época en que el partido único y la causa del Eje estaban tan en alza. Franco, con habilidad, supo capear el temporal. Evitó un enfrentamiento y tranquilizó a los peces gordos allí reunidos con excusas sobre los peligros exteriores, la dificultad de cubrir ciertos puestos importantes tras la pérdida de tantos hombres de bien en la Guerra Civil y en la situación de carencias materiales que España sufría. Kindelán no se mostró satisfecho y, con la ayuda de la embajada británica, se distribuyeron copias de su discurso entre los monárquicos. Estas relaciones con los diplomáticos británicos provocaron protestas por parte de la embajada alemana[29].

Poco después, Kindelán hizo públicos estos puntos de vista en un discurso pronunciado el 26 de enero de 1942 para conmemorar el tercer aniversario de la toma de Barcelona por los nacionales. El discurso se centró en el desgaste del prestigio del régimen y lamentaba la inexistencia de un mecanismo constitucional apropiado para la sucesión de Franco. Kindelán, sin equívoco alguno, exhortó a Franco a restaurar la monarquía como único camino para alcanzar la necesaria conciliación y solidaridad entre los españoles. Preocupado por su propia supervivencia en el poder, por la perpetuación de los odios de la Guerra Civil y por un sentido cada vez más elevado de su misión, Franco estaba furioso[30]. Sin embargo, como correspondía a su característica cautela, no reaccionó públicamente. Pero se mostró más claro en el caso del general Eugenio Espinosa de los Monteros. Espinosa había sido embajador de España en Berlín en 1941, y soportaba mal la inclinación de Serrano Súñer por los alemanes. En marzo de 1942 se propagó el rumor de que estaba implicado con Kindelán y Orgaz en la preparación de un golpe contra Franco. Al tomar posesión, al mes siguiente, del puesto de capitán general de la VI Región Militar (Burgos), Espinosa pronunció un discurso en el que atacaba duramente «la deslealtad y ambición ilimitada» de Serrano, al que con anterioridad había acusado en privado de traición. Franco reaccionó con rapidez y Espinosa fue depuesto en cuestión de días. Pero su destitución se compensó con la del secretario político de Serrano, Felipe Ximénez de Sandoval[31].

Hubo también intentos, por parte de los generales monárquicos, de conseguir ayuda de los alemanes para una restauración. El embajador alemán informaba a Wilhelmstrasse, el 8 de mayo de 1942, de que el general Muñoz Grandes, comandante de la División Azul, había recibido el encargo por parte de algunos de sus iguales en el cargo de utilizar su posición con el fin de aludir al asunto de la aquiescencia del Tercer Reich para una restauración de la monarquía[32]. En el verano de 1942, el general Juan Vigón, que había sustituido a Yagüe como ministro del Aire, organizó un viaje a Alemania, con el fin de buscar ayuda para la restauración, recurriendo al subterfugio de que iba en busca de ayuda técnica para las fuerzas aéreas. Franco se dio cuenta de cuáles eran las verdaderas intenciones de Vigón y le obligó a cancelar la visita en el último momento[33].

La rivalidad entre los militares y la Falange fue la causa principal de una crisis mucho más seria, a la que Franco tuvo que hacer frente a principios de los años cuarenta, relacionada con su ministro de la Guerra, el general José Enrique Varela[f22]. La tensión aumentó con ocasión de la ceremonia anual que se celebraba en el santuario de la Virgen de Begoña, cerca de Bilbao, para orar por las almas de los requetés del Tercio de Nuestra Señora de Begoña caídos durante la Guerra Civil. El 16 de agosto de 1942, presidió la ceremonia el

general Varela. Anglófilo y antifascista, vinculado a los carlistas, Varela se había mostrado muy activo en sus intentos de criticar a los falangistas por el ubicuo mercado negro que florecía en España, y era además un franco opositor a la revolución nacionalsindicalista. Después de la misa, cuando los carlistas se reunieron fuera de la iglesia a gritar eslóganes monárquicos y cantar estribillos antifalangistas, se produjo un choque con un grupo de falangistas. El hecho de que estuviesen presentes allí y de que llevasen armas, incluidas granadas de mano, indicaba que habían planeado de antemano provocar disturbios. Uno de ellos, Juan Domínguez, inspector nacional del Sindicato Español Universitario (SEU) lanzó dos granadas, una de las cuales explosionó e hirió a varios de los presentes.

Varela aprovechó la oportunidad para culpar del incidente a la Falange en general y a Serrano Súñer en particular. Interpretó públicamente el incidente como un ataque falangista contra el Ejército, envió a tal efecto un comunicado a los capitanes generales de toda España y preparó un consejo de guerra para juzgar a Domínguez. El ministro del Interior, el coronel Valentín Galarza, envió a los gobernadores civiles de cada provincia telegramas que contenían un informe sobre el incidente, y en los que se decía que «agentes al servicio de una potencia extranjera» habían intentado asesinar al ministro del Ejército. Sin duda, Domínguez mantenía contactos con diplomáticos alemanes en España. Sin embargo, Franco estaba furioso al haberse percatado rápidamente de que la indignación de Varela ocultaba un intento de capitalizar el incidente. En una larga y tensa conversación telefónica, Franco defendió a los falangistas involucrados y Varela los acusó de ser asesinos[34]. Ante el temor de enemistarse con el Ejército, Franco acabó consintiendo que Domínguez fuera ejecutado. Pero se sintió vejado por el hecho de que Varela y Galarza hubiesen cometido un acto de insubordinación al publicar su versión de los acontecimientos y fomentar el antifalangismo en los círculos militares. Así pues, resolvió la crisis destituyendo a Varela y a Galarza.

Esta derrota del campo monárquico en el seno de la fortaleza franquista fue reparada pronto. El subsecretario de la Presidencia del Gobierno, Luis Carrero Blanco, persuadió a Franco de que no debía haber vencedores ni vencidos después de la crisis. Muy astutamente, Carrero sugirió que la destitución de los dos ministros podía dar la impresión de que Serrano Súñer controlaba en realidad los acontecimientos. Así, tocó el punto débil de Franco y logró convencerle de que, para equilibrar las cosas, debía llevar a cabo un castigo semejante contra la Falange. Lo que significaba actuar contra Serrano Súñer, que, como presidente de la Junta Política de la Falange, era la personalidad más relevante de aquélla. A finales de agosto, Franco destituía a su cuñado como ministro de Asuntos Exteriores. El puesto fue ocupado por el general Francisco Gómez-Jordana, y el propio Franco asumió el control de la Falange. Aunque no había sido, estrictamente hablando, obra de los militares, este hecho fue un gran triunfo para el alto mando, aun cuando, paradójicamente, también los alemanes se alegraron[35]. La fuerte repercusión que tuvo el cese de Varela entre los mandos más altos queda ilustrada por el éxito obtenido por el ministro del Ejército saliente al convencer a sus camaradas tenientes generales de que se negasen a sustituirlo. Por consiguiente, Franco se vio obligado a descender al nivel de los generales de división para encontrar un nuevo ministro en la persona del general Carlos Asensio. Franquista fiel con simpatías profalangistas, Asensio rehusó también, en un primer momento, quizá con el fin de evitar un conflicto con sus inmediatos superiores. Pero Franco consiguió vencer la resistencia de Asensio diciéndole que, si no aceptaba entonces el ministerio de sus manos, podría ser el final de mandato del Caudillo, con la salida del propio Generalísimo con los pies por delante. Franco invocó también la disciplina militar y ordenó a Asensio que aceptara el nombramiento. Por ello, Asensio se mostró fielmente dispuesto a cumplir con la tarea de bloquear a los generales monárquicos[36].

Lo que resulta quizá más significativo respecto al incidente de Begoña es la moderación, por no decir pusilanimidad, de los generales antifalangistas. Durante casi un año, el Consejo Superior del Ejército había criticado las estrechas relaciones de Franco con la Falange. Los militares monárquicos se mostraron lógicamente contentos por el desaire a la Falange, implícito en la ejecución de Domínguez. Por esto, cuando Franco dio un toque de atención a los militares y favoreció a la Falange destituyendo a Varela y a Galarza, se esperaba que la protesta de los generales antifalangistas de mayor rango fuese más allá de la simple negativa a sustituir al ministro del Ejército. Incluso la reacción de Varela por el asunto de Begoña permaneció dentro de los límites del sistema franquista. Varela había tratado de probar hasta qué punto podía llegar manejando la situación para conseguir una posición mejor en nombre de la «familia» monárquica. En última instancia, se vio sometido finalmente al equilibrio impuesto por Franco. Por ello, su única protesta acabó siendo la negativa a ocupar el puesto de embajador en Brasil o de Alto Comisario en Marruecos para sustituir a Orgaz, que a la sazón tenía problemas con el Jalifa[37]. Por otro lado, era sólo cuestión de días que Franco, persuadido por Carrero Blanco, acabara por restablecer el equilibrio deponiendo a Serrano Súñer. Queda la posibilidad de que esta decisión se viese acelerada por la reacción de los militares a la destitución de Varela. Ciertamente, la alegría de los generales de mayor rango por la caída del Cuñadísimo puede constatarse en el hecho de que, con la excepción de Kindelán, los demás permanecieron inactivos durante casi un año.

Pese a no haberse unido a Varela para tratar de explotar el momento de debilidad de la Falange durante la crisis de Begoña, los cambios en la situación internacional llevaron a Kindelán a mostrarse más resuelto. El 11

de noviembre de 1942, tres días después del desembarco aliado en el norte de África, viajó a Madrid para discutir la significación del desembarco con sus colegas militares y con el propio Franco. Kindelán dijo a Franco en términos inequívocos que, si había comprometido a España formalmente con el Eje, entonces debía ser sustituido como jefe del Estado. En cualquier caso, aconsejó al Caudillo que proclamase que España era una monarquía y que él se declarase regente. Franco apretó los dientes y contestó de manera conciliadora. Con evidente doblez, negó la existencia de cualquier compromiso formal con el Eje, afirmó que no tenía intención de permanecer más tiempo del necesario en un puesto que cada día le resultaba más desagradable y confesó que quería que don Juan fuese su sucesor.

Kindelán expresó enérgicamente su opinión de que el superior poder económico e industrial de los Aliados anglosajones iba a garantizar al final su victoria y que España, por ello, debía permanecer neutral. Dijo al Caudillo que el Estado estaba en manos de una burocracia corrupta. Aún más mortificante para Franco debió de ser la afirmación de Kindelán de que no era aceptable para el Ejército que su comandante en jefe fuese al mismo tiempo líder de un partido, y en particular de uno, la Falange, que había fracasado de un modo tan ignominioso. Dado que Kindelán parecía hablar en nombre de los generales Jordana, Dávila, Aranda, Orgaz, Juan Vigón y Varela, a quienes también había visto durante su visita a Madrid, Franco fingió aceptar cordialmente sus recomendaciones[38]. Con todo, eligió ese momento para rehabilitar a Yagüe, nombrándolo, el 12 de noviembre de 1942, comandante del enclave español de Melilla. Se trataba de un nombramiento típicamente calculado por el siempre astuto Franco, que permitía contrarrestar las murmuraciones promonárquicas en las que estaba mezclado Kindelán. Fuera como fuese, el Caudillo sabía que Yagüe estaba siendo cortejado por los alemanes como posible sustituto. En primer lugar, en Melilla, Yagüe estaría bajo el mando del Alto Comisario en Marruecos, el aliadófilo Orgaz, y cabía la posibilidad de que se neutralizasen entre sí. En segundo lugar, consciente del inminente desembarco aliado, no era probable que Yagüe, partidario del Eje, se viese envuelto en una conspiración contra Franco. En todo caso, Yagüe era demasiado rígido, nada cínico, y, sin duda, lo suficientemente leal a Franco como para hacerle el juego frente a los alemanes[39].

Al sospechar que Franco no tenía intención de proclamar la monarquía, Kindelán, a su vuelta de Barcelona, reunió en su casa a los generales y otros oficiales superiores de la región militar catalana. Les dijo que «la nave del Estado está a la deriva en un mar de total desgobierno», y habló de la incompetencia y corrupción de la burocracia. Declaró que era imposible que la solución viniese del presente régimen y exigió un cambio radical de las personas, de los métodos de gobierno y de sistema político. Esta vez, la afirmación de Kindelán de que la monarquía era la única opción viable le valió ser relevado de su puesto. Era demasiado poderoso como para ser castigado de manera más espectacular. Tras un breve lapso, Franco le destituyó a comienzos de 1943 y le colocó en lo que se consideraba un puesto más inofensivo, el de director de la Escuela Superior del Ejército, donde no tendría mando directo sobre las tropas. El propio Kindelán se lamentaba ante un diplomático británico, diciendo que difícilmente podría dar un golpe de Estado con los ayudantes y el personal de servicio de la Escuela[40].

En su calidad de director de la Escuela de Estado Mayor, Kindelán empleaba gran parte del tiempo en escribir cartas a Franco en nombre del Consejo Superior del Ejército. Puesto que el Consejo las discutía, era bastante probable que Franco viese incluso aquellas que no se le enviaban. En una de ellas, Kindelán decía, en relación con el peligro de que la guerra llegase a su fin sin que el estatus constitucional de España hubiese sido resuelto, que «no debemos aplicar ungüentos en el mal, sino cauterizarlo». En otras, hacía sin que se lo pidieran advertencias a Franco sobre el hecho de que éste debía su posición de Caudillo no a ningún derecho divino ni hereditario, ni siquiera a un sufragio universal, sino al Ejército. Sugería incluso que el Consejo Superior debía tener la obligación de tomar la iniciativa para resolver el asunto de la sucesión. Y afirmó que nunca se debería exigir del Ejército que defendiese con sus bayonetas un régimen que no contase con la aquiescencia de la mayoría del pueblo español[41]. Sería erróneo ver en las actividades de Kindelán una prueba de que era un acérrimo antifranquista. Aunque su tono solía ser directo, lanzaba sus llamamientos al cambio con respeto hacia el Caudillo y como fruto de su compromiso con los valores del régimen. En otras palabras, su intención no era la restauración de la monarquía constitucional, sino la «instauración», «por Franco y con Falange», como decía, de una monarquía franquista autoritaria[42]. Quería que se resolviese el problema de la sucesión para que el régimen autoritario se perpetuase. Por ejemplo, en diciembre de 1941, había escrito a donjuán aconsejándole que rechazase públicamente la monarquía liberal, que expresase su admiración por José Antonio Primo de Rivera, que alabase los servicios prestados por Franco a España y que estuviese dispuesto a mantener en pie a la Falange[43].

Todo esto debe tenerse en cuenta al examinar lo que ha sido considerado el más grave incidente del que fue protagonista la oposición militar a Franco[44]. A diferencia del proaliado Kindelán, la mayoría de los generales de mayor rango fue partidaria de la causa del Eje a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, aun cuando deseaba que España permaneciese neutral. Estaban dispuestos a considerar la cuestión de la sucesión monárquica, siempre y cuando se congelara hasta que quedase claro el resultado de la guerra mundial. En el verano de 1943 el colapso del Afrika Korps en el norte de África y la invasión aliada de Sicilia habían acabado

por convencer a la mayoría de ellos de que había llegado el momento de preparar el futuro. Al igual que Kindelán, pensaban que si no se quería que los frutos de la victoria en la Guerra Civil fuesen barridos por los aliados, que podían volverse contra Franco, simpatizante del Eje, había que tomar medidas. Con todo, sus reacciones fueron extremadamente tímidas. El 8 de septiembre de 1943, ocho tenientes generales, Kindelán, Varela, Orgaz, Ponte, Dávila, Solchaga, Saliquet y Monasterio, firmaron una carta en la que se pedía a Franco que se plantease si no había llegado el momento de tomar una decisión respecto a una restauración monárquica. El general Varela se la entregó al Caudillo el 15 de septiembre de 1943.

Desde hacía meses, Franco sabía perfectamente que se avecinaban problemas, y había tomado las medidas pertinentes. Ya desde mediados de mayo de 1943, el embajador de Franco ante la Santa Sede, Domingo de las Bárcenas, enviaba completos informes desde Roma sobre la situación de Mussolini, cada vez más precaria[45]. Por ello, el Caudillo trató de consolidar la fidelidad de los militares. El 5 de junio de ese año se reunió con los ciento diecinueve compañeros supervivientes de sus años de estudiante de la Academia Militar. Pronto quedó clara la razón. A mediados de junio, un grupo formado por veintisiete de los procuradores más veteranos de las Cortes franquistas, incluidos varios exministros y los generales Galarza y Ponte, hicieron un respetuoso llamamiento a Franco para resolver el problema constitucional antes de que la guerra terminase, restableciendo la monarquía católica española tradicional. Esto implicaba, claramente, que sólo la monarquía podía mantener de manera verosímil la neutralidad de España y evitar las represalias de los Aliados por el flirteo de Franco con el Eje. La respuesta del Caudillo fue compleja. De entrada, destituyó inmediatamente a todos los firmantes del escrito de sus puestos de procuradores en las Cortes. Al mismo tiempo, incrementó sus esfuerzos encaminados a cultivar a sus oficiales superiores, empleando su tiempo con ellos, individualmente. En particular, dedicó muchos esfuerzos en ganarse al general Luis Orgaz y Yoldi, alto comisario en Marruecos. El general Jordana, ministro de Asuntos Exteriores, escribió que la doma de Orgaz fue uno de los mayores éxitos del Generalísimo[46].

Con todo, la situación del Eje se deterioraba día a día, y Franco estaba claramente nervioso. Atemorizado por el veneno que iba instilándose en las Fuerzas Armadas, elaboró, junto con su leal hombre de confianza, Luis Carrero Blanco, instrucciones destinadas a las nueve capitanías generales. El texto se publicó el 17 de julio de 1943, la víspera del séptimo aniversario del comienzo de la Guerra Civil. En él, ambos trataban de aprovechar los reflejos de los oficiales superiores y provocarlos para que cerraran filas alrededor del régimen. El documento afirmaba que se había descubierto una conjura masónica internacional. La finalidad confesada del texto era la de explotar los sentimientos monárquicos de muchos generales y sus temores respecto al futuro en el contexto de la derrota del Eje en el norte de África. Para contrarrestar esta conjura imaginaria destinada a meter cuña entre el Ejército y el Caudillo, la circular del tándem Franco-Carrero Blanco denunciaba los peligros implícitos en el intento de restaurar una monarquía liberal sobre la base de que, a su vez, iba a ser sólo el primer paso para la vuelta a la anarquía y al dominio comunista de los años anteriores a la Guerra Civil[47].

El 25 de julio de 1943, Mussolini fue sustituido por el mariscal Badoglio. Esto provocó verdadero pánico en los círculos políticos madrileños, y el propio Franco se mostró profundamente preocupado[48]. Una semana más tarde, el 2 de agosto de 1943, donjuán telegrafió a Franco, recordándole lo que le había sucedido al *Duce*, y afirmando que la única vía para evitar una catástrofe en España era la restauración de la monarquía. Don Juan insinuaba que si los Aliados ganaban la guerra y Franco seguía en el poder, entonces España sería castigada como si fuera una de las potencias del Eje derrotadas. El 8 de agosto de 1943, Franco contestaba con un telegrama que contenía a partes iguales astucia y megalomanía. Tras afirmar que España no correría la suerte de Italia gracias a que el régimen había conseguido mantener el país fuera de la guerra, solicitaba a don Juan que no hiciese pública ninguna declaración que pudiese debilitar la posición interna o externa del régimen. El 15 de agosto, la Comunión Tradicionalista hizo un llamamiento a Franco para que suprimiese el partido único y el carácter totalitario de su régimen y restaurase la monarquía a la luz de la evolución de la guerra mundial[49].

Era difícil que el aumento del nerviosismo entre sus anteriores partidarios no acabase preocupando a Franco. Galvanizado sin duda por la evolución de los acontecimientos militares en el norte de África, y creyéndose quizás el Badoglio español, el general Orgaz tomó una arriesgada decisión, cosa poco habitual en él. Comunicó al exministro y empedernido conspirador donjuanista, Pedro Sainz Rodríguez, que, tras previo acuerdo con Aranda y otros generales, estaba dispuesto a alzarse con cien mil hombres para restaurar la monarquía, siempre que donjuán y sus seguidores consiguiesen obtener reconocimiento inmediato por parte de los aliados[50]. El nerviosismo del Caudillo debió de haberse exacerbado al recibir la noticia, durante su estancia veraniega en el Pazo de Meirás, en La Coruña, de que sus tenientes generales estaban reunidos en Sevilla para discutir la situación y habían elaborado un documento en el que hacían un llamamiento a Franco para que tomase una resolución. La gravedad de la situación queda reflejada en la siguiente respuesta, que se le atribuye: «Que vengan a verme. Los esperaré con las espaldas contra la pared»[51].

En este contexto, la entrega de la carta de los ocho tenientes generales preocupó profundamente a Franco. Con todo, aunque la aceptó, descolocó a su portador, Varela, con una severa reprimenda por llevar su junco en su presencia. En cualquier caso, había cierto número de cosas que ayudaron al Generalísimo a permanecer tranquilo. Aparte de una referencia indirecta al hecho de que Franco había permanecido en el poder «por más tiempo que el originalmente previsto», el tono de la carta era en sí mismo tan respetuoso que indicaba claramente que el alto mando del Ejército era más franquista que monárquico. Así, el político monárquico José María Gil Robles escribía en su diario sobre su «vil adulación» y sobre su convicción de que Franco no le dedicaría la más mínima atención. Y la misiva no sirvió sólo para preguntar a Franco «con lealtad, respeto y afecto, si no estaba de acuerdo con ellos en que había llegado el momento de dar a España una monarquía»[52]. En segundo lugar, Franco podía consolarse por el hecho de que, aun entre aquellos monárquicos entusiastas que eran sus generales de mayor rango, varios, incluidos generales como Juan Vigón, Jordana, Muñoz Grandes, Serrador y Moscardó, no habían firmado[53]. Además, tenía todas las razones para confiar en la lealtad incondicional de los oficiales de rango medio.

Fue en gran parte por esta razón por lo que el general Orgaz cambió rápidamente de idea respecto a la posibilidad de una acción militar en favor de la monarquía. A finales de septiembre notificó a Gil Robles que era muy improbable que pudiera llevarse a cabo algún tipo de levantamiento, dado que los generales más jóvenes y el cuerpo de oficiales en su totalidad, de coroneles para abajo, eran fieles a Franco. Ciertamente Gil Robles, que estaba extraordinariamente bien informado, llegó a creer que la carta había tenido el efecto de persuadir a otros generales a cerrar filas en torno a Franco[54]. De hecho, la carta de los propios tenientes generales afirmaba explícitamente que no se había escrito en nombre del Ejército en conjunto y que los tenientes generales no habían consultado a ningún subordinado por razones de disciplina. Finalmente, Franco estaba al corriente de que los Aliados no estaban interesados en precipitar un cambio de Gobierno en España ni en intervenir en sus asuntos internos. Se creía en posesión de garantías por parte de Churchill y Roosevelt, según las cuales no habría invasión de la península Ibérica. Pero sin duda no estaba al tanto de que los estadounidenses sólo trataban de mantener abiertas diversas posibilidades[55].

No obstante, Franco reaccionó fríamente, aunque con más rapidez de lo habitual y con concesiones más decisivas que hasta ese momento. El 1 de octubre de 1943 proclamó la neutralidad de España en la presente guerra mundial y anunció la retirada de la División Azul de la URSS. Era, pues, un reconocimiento muy significativo del creciente poderío de los generales monárquicos proaliados. De todos modos, esto quedó contrapesado por el anuncio, en esa misma fecha, el Día del Caudillo, de la entrega de treinta y cinco cruces militares y el ascenso de Yagüe a teniente general. A Yagüe se le entregó el mando de la VI Región Militar, Burgos, como contrapeso de los cada vez más numerosos generales aliadófilos y monárquicos en el alto mando. Asimismo, Franco comenzó a ganarse a los oficiales más jóvenes pro Falange. Consideraba que escribir la carta había sido un acto de indisciplina, pero ya que los aliados controlaban de cerca la situación, tuvo que reprimir su inclinación a ejecutar el castigo. Así, aplicó la táctica del divide y vencerás recibiendo a cada uno de los generales por turno y asegurándoles que había tomado nota de su petición. Consiguió convencer a algunos de ellos de que las armas secretas de Hitler, sobre las que había sido informado, todavía podían conducir a una victoria del Eje en la guerra. Kindelán, Orgaz y Ponte se atuvieron a lo que habían escrito. Otros titubearon y parece ser que el general Saliquet dijo a Franco que lo habían obligado a firmar[56].

Gil Robles estaba asombrado por el hecho de que al parecer los generales de mayor graduación esperaban que fuese el propio Franco quien tomase la iniciativa de restaurar la monarquía. Escribió privadamente en su diario: «Estos “fervorosos monárquicos”, cuya lealtad [al Pretendiente] no les impide aprovecharse del tinglado franquista, son el peor enemigo que tiene la monarquía». A finales de septiembre remitió una carta muy fuerte al ministro del Ejército, el general Carlos Asensio, en la que señalaba que una restauración monárquica consentida por Franco no tendría ningún valor. Obtuvo sólo un cortés acuse de recibo. Huelga decir que Franco estaba completamente al tanto de toda esta correspondencia que circulaba entre los altos mandos del Ejército[57]. Hacia mediados de octubre de 1943, la tormenta había pasado y Franco podía iniciar una ofensiva antimonárquica, sin preocuparse de la oposición de sus generales de mayor graduación.

Uno de los métodos que Franco utilizaba para mantener el control sobre los oficiales del Ejército era hacer la vista gorda ante la corrupción. Numerosos oficiales que tenían negocios utilizaban a soldados rasos y también a prisioneros de guerra republicanos como mano de obra barata o gratuita. Otros usaban vehículos del Ejército para sus asuntos privados. A un nivel menor, incluso los oficiales de menor graduación se servían de reclutas como criados domésticos, para realizar pequeños trabajos, cuidar niños y otras cosas por el estilo. Franco estaba enterado de todo esto y le gustaba que los demás supiesen que lo sabía. Sólo en dos ocasiones se valió de lo que sabía para expulsar del Ejército a un oficial superior. Uno fue el general Francisco de Borbón y de la Torre, acusado de tráfico ilegal de alimentos. El otro fue el general Heli Rolando de Tella y Cantos, importante africanista cuyo meteórico ascenso en Marruecos sólo había sido superado por los de Franco y Yagüe[58]. A pesar de su distinguido currículo, Tella fue privado de todos los honores militares por «irregularidades administrativas», presuntamente cometidas al usar vehículos y personal militar para el funcionamiento de su

fábrica de harinas y la reconstrucción de su pazo mientras fue gobernador militar de Lugo. Sobre la base de que la corrupción nunca había sido un delito grave en la España franquista, se convenció a Tella de que había sido perseguido debido a sus actividades promonárquicas. Puede ser una coincidencia, pero los nombres de los generales Tella y De Borbón eran los únicos que un agente español pudo recordar de una lista de cincuenta que al parecer pidió Goering con el fin de utilizarla en un complot para derrocar a Franco y sustituirlo por don Juan[59].

Ya desde comienzos de septiembre de 1943 Franco tenía sobre su mesa un informe que acusaba a Orgaz de estar involucrado en negocios ilícitos en el norte de África[60]. No es del todo descabellado suponer que la existencia de este informe tuviera que ver con el hecho de que la disponibilidad de Orgaz para conspirar en favor de la monarquía disminuyera. Franco no mostró nunca el más mínimo interés en poner fin a la corrupción como tal, lo que contrasta con su afán de utilizarla para aumentar su poder sobre las personas involucradas. En efecto, con frecuencia recompensaba a quienes le informaban sobre la corrupción y no tomaba medida alguna contra los culpables, sino que procuraba que éstos supieran quién los había delatado[61].

Las garantías que Franco ofreció a sus generales en octubre de 1943 sobre el hecho de que las armas secretas de Hitler podían hacer ganar la guerra amortiguaron la urgencia de sus peticiones para resolver el futuro político. De todos modos, en el plazo de un año, la inevitabilidad de la derrota del Eje era obvia para todos excepto para Franco, Muñoz Grandes y Juan Vigón. Volvió el pánico y hubo manifestaciones de descontento en las altas esferas de las Fuerzas Armadas. Algunos, como los generales Kindelán y Aranda, nunca habían dejado de trabajar en pro de la restauración. Aranda se había visto involucrado en actividades antifranquistas desde octubre de 1941 y mantenía contactos regulares con donjuán a través de Gil Robles y con la embajada británica. En octubre de 1944, sin embargo, el Ejército dejó a un lado todas las consideraciones antifranquistas a consecuencia de la invasión del valle de Arán en los Pirineos por grupos de republicanos españoles que habían combatido en las filas de la Resistencia francesa. En cierto sentido, la derrota de las incursiones iniciales y la consiguiente guerra de guerrillas llegaron como un don del cielo para Franco. Estos hechos hicieron posible el renacer de la mentalidad de la Guerra Civil, proporcionó algo que hacer al Ejército y, en general, reagrupó al cuerpo de oficiales alrededor de Franco. La rehabilitación de Yagüe resultó particularmente útil. Como capitán general de Burgos, Yagüe desempeñó un papel fundamental en la lucha contra las incursiones guerrilleras. Sin embargo, el derrumbamiento inminente del Eje produjo profunda inquietud en Franco, que se sintió seriamente amenazado cuando don Juan, exhortado por el general Kindelán y sus consejeros civiles, hizo público su Manifiesto de Lausana del 19 de marzo de 1945. En él el Pretendiente denunciaba la naturaleza totalitaria y las relaciones con el Eje del régimen franquista y hacía un llamamiento a Franco para que diese paso a una restauración monárquica[62].

Se formó un grupo de veteranos monárquicos compuesto por el duque de Alba y el general Aranda, Alfonso de Orleans y Kindelán, con el fin de supervisar la esperada transición. Incluso llegaron a elaborar el texto de un decreto-ley que anunciaba la restauración de la monarquía y formaron un Gobierno provisional, en el que Kindelán sería presidente, Aranda, ministro de la Defensa nacional, Varela, ministro del Aire, y el general Juan Bautista Sánchez González, ministro del Ejército[63]. El Manifiesto de Lausana iba acompañado de unas instrucciones dirigidas a los monárquicos prominentes para que dimitieran de sus puestos en el seno del régimen. El primero que lo hizo fue el general Alfonso de Orleans y Borbón, representante de don Juan en España, que era el comandante efectivo de las fuerzas aéreas. En respuesta, Franco confinó al general Orleans en sus tierras próximas a Cádiz[64]. A continuación, el Generalísimo montó una operación destinada a neutralizar el resurgir del sentimiento monárquico en el seno del alto mando, como consecuencia del Manifiesto de donjuán. El propio Franco presidió, lo que era inusual, una reunión de tres días del Consejo Superior del Ejército, en la que hizo un gran esfuerzo para justificarse ante sus miembros. Señaló que la idea originaria del general Mola en 1936 había sido crear una república autoritaria y que Franco había tenido que hacer cuanto estaba en su mano para incluir la restauración monárquica en el orden del día[65]. El Caudillo trabajó duro para contrarrestar los efectos del Manifiesto. Parece ser que muchos de los presentes quedaron satisfechos por lo que les dijo, pero otros, incluido Kindelán, estaban perplejos por los puntos de vista de Franco sobre la situación internacional. El Caudillo les aseguró que la URSS estaba acabada y que la verdadera amenaza comunista emanaría en el futuro de Gran Bretaña y Francia, que estaban en manos de los masones. Se mostraba optimista respecto al futuro, pues mantenía la esperpéntica convicción de que Estados Unidos estaba a punto de adoptar los principios falangistas[66].

A medida que crecía la intranquilidad entre los generales superiores, Franco anunció cierto número de importantes nombramientos en marzo, con el fin de tomar la iniciativa. Varela se convirtió en alto comisario en Marruecos, para gran disgusto de su antecesor Orgaz, que fue nombrado jefe del Estado Mayor. Solchaga ocupó el cargo de capitán general de Barcelona, sustituyendo a la fiel mediocridad del general José Moscardó, que se convirtió a su vez en hombre de confianza de Franco al asumir el mando de su Casa Militar. Se trataba de ascensos astutos que permitían de nuevo a Franco dividir y gobernar. Un nombramiento crucial fue el del

austero y filofalangista general Agustín Muñoz Grandes para la Capitanía General de Madrid, eje de la seguridad política del Caudillo[67]. La continua inquietud por la seguridad del régimen quedó de manifiesto de nuevo cuando el ministro del Ejército, el general Asensio, envió una notable carta al general Varela, el 25 de abril de 1945: era un intento de explicar del todo las vacilaciones de Franco con respecto a la restauración, como prueba de la preocupación del Caudillo por conferir la mayor solidez a la monarquía. Los temores del régimen quedaban en evidencia en su exhortación final, según la cual el Ejército debía observar una disciplina absoluta, mantenerse alejado de la política y mostrar la más estricta obediencia a los planes del Generalísimo. Esto era, probablemente, reflejo del temor de que, en vísperas del colapso final del Tercer Reich, las actividades conspiratorias, en las que los generales Orgaz, Ponte y Kindelán desempeñaban el papel principal, pudieran conducir a algo[68]. Era un temor sin fundamento.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Franco ya estaba menos preocupado respecto al descontento de los militares, no solamente por el espíritu corporativo y el anticomunismo mesiánico surgido de la Guerra Civil, sino también por la estructura generacional de las Fuerzas Armadas. Hasta 1945, la mayor fuente de descontento se hallaba en el seno de sus iguales, es decir, el alto mando. Ninguno de los que votaron para nombrar a Franco comandante supremo, Generalísimo y jefe del Estado, el 28 de septiembre de 1936, habían pretendido convertirlo en el regente vitalicio *de facto*, y la mayoría estaba deseando que se reinstaurase pronto la monarquía. Con todo, de los que habían empezado en la guerra, muchos ya habían muerto, como Sanjurjo, Mola, Fanjul, Goded, Cabanellas. En cuanto a los otros —Queipo de Llano, Yagüe, Kindelán, Aranda, Varela, Orgaz, García Valiño—, Franco ya había toreado su tímida oposición. La disidencia de éstos consistió en buena medida en mitigados intentos de obligar a Franco a mantenerse fuera de la Segunda Guerra Mundial y, cuando quedó claro que la derrota del Eje era ya probable, de tomar medidas para una restauración monárquica. Sin embargo, dejando de lado sus débiles protestas, Franco tenía relativamente pocas preocupaciones respecto a ellos. Como casta, los africanistas habían llegado a un nivel de antigüedad en el que no valía la pena correr los riesgos de una conspiración. Además, tenían sus ambiciones, y Franco estaba dotado de una habilidad suprema para mantener su lealtad a base de la distribución astuta de destinos, ascensos, condecoraciones, pensiones y hasta títulos de nobleza[69].

Por debajo de los generales más antiguos, el Caudillo tenía todavía menos que temer. Los grados que en otros ejércitos suelen dar lugar a peligrosas maquinaciones mantenían, por varias razones, una probada lealtad a Franco. Muchos coroneles, comandantes y capitanes pertenecían a la generación que había estudiado en la Academia General Militar de Zaragoza, en la llamada segunda época, entre 1927 y 1931, cuando estaba dirigida por el propio Franco[70]. Los tenientes y capitanes más jóvenes estaban en inferioridad numérica respecto a los llamados alféreces provisionales. Falangistas en gran parte aunque mezclados con algunos carlistas, voluntarios, estos alféreces provisionales habían predominado en las filas del Ejército ya desde los primeros días de la Guerra Civil. Muchos de ellos siguieron en el Ejército después de 1939. Diez mil setecientos nueve alféreces provisionales quedaron incorporados al Ejército regular como tenientes entre 1939 y 1946. Era el equivalente a cincuenta años de promociones de las academias militares[71]. El superávit de alféreces provisionales, en un sistema basado sólo en el ascenso por estricta antigüedad, estranguló rápidamente los canales de ascenso. Sin embargo, desde el punto de vista de Franco, la lealtad política de los alféreces provisionales compensaba sus carencias militares. Su compromiso ideológico garantizaba que fuesen un fiel contrapeso de las conspiraciones monárquicas contra el Caudillo. Con el paso de los años, la lealtad a Franco surgida durante la Guerra Civil se consolidó por hábito, y en los años setenta los antaño alféreces provisionales iban a ser los más decididos defensores del Caudillo en su agonía.

Los problemas con las generaciones aún más jóvenes vendrían más adelante, cuando alcanzasen graduaciones más altas. En los años cincuenta y sesenta, oficiales salidos de la resucitada Academia General Militar se dolerían de la ineficacia de un Ejército infradotado. Pese a un resurgir transitorio de la moral militar propiciado por la guerra de guerrillas en 1945-1947, la perenne penuria de las Fuerzas Armadas continuó cobrándose su peaje a principios de los cincuenta. Se daba el mínimo de actividad profesional, el equipamiento era extremadamente escaso y las perspectivas profesionales, muy limitadas. La lamentable situación económica española no permitía renovar significativamente el equipo y material militares. No obstante, el presupuesto militar como tal seguía siendo elevado debido al todavía sobrecargado cuerpo de oficiales. El material militar estaba deteriorado, cuando no tecnológicamente obsoleto, y con frecuencia inutilizable a causa de la falta de piezas de recambio. Para evitar que el descontento alcanzase niveles peligrosos, Franco decretó sustanciales subidas salariales del cuarenta por ciento en 1949, las primeras desde 1940. Así, salvo contadísimas excepciones, Franco nunca tuvo serias dificultades en asegurar la docilidad de sus generales[72].

Otros dos asuntos ayudaron a Franco a mantener la disensión bajo control: la situación internacional y un cinismo creciente. La continuada actividad contra la guerrilla comunista y la sensación de asedio, amplificada por el propio Franco como respuesta al ostracismo internacional al que estaba sometida España en este período, ayudaron a mantener unidas a las Fuerzas Armadas alrededor de un Caudillo que se presentaba, a

través de su aparato de propaganda, como el heroico capitán de Numancia. A este respecto, el ejemplo del juicio de Nuremberg contra los militares alemanes de alta graduación garantizó que muy pocos oficiales españoles estuviesen dispuestos a hacer algo que pudiese minar la estabilidad del régimen de Franco. Éste se vio favorecido por el estallido de la guerra de Corea, en junio de 1950. El temor generalizado a una guerra mundial repercutió en las Fuerzas Armadas españolas al intensificar su conciencia de la escasez y pobreza del material militar, y al mismo tiempo hizo que abandonaran sus manifestaciones de disensión. Por su parte, Franco trató por todos los medios de reavivar el espíritu anticomunista de los militares. Al mismo tiempo, realizó con éxito un intento de congraciarse con los aliados occidentales, por medio del ofrecimiento, a finales de julio, de tropas españolas para que combatieran en Corea. Y pudo convencerlos también de que, en el caso de una guerra contra el bloque del Este, si Europa era ocupada, Estados Unidos necesitaría una base en la que descargar hombres y material, por lo que ofrecía España como último reducto. Todo esto ayudó notablemente a un reconocimiento internacional pese a que se trataba de una oferta sin sentido, dado el atraso tecnológico de sus Fuerzas Armadas y la lamentable situación de las anticuadas redes de carreteras, ferrocarriles y puertos de que disponía España. El propio Franco admitió ante el almirante estadounidense Forrest P. Sherman que las Fuerzas Armadas españolas carecían de radar y estaban escasas de aviones, carros de combate pesados, y equipo antiaéreo y antitanque[73].

Los grandilocuentes ofrecimientos de Franco de ayudar a los americanos tuvieron poca repercusión dentro de las Fuerzas Armadas españolas en cuanto al presupuesto, el equipo y la eficacia operativa. Así, dado que los niveles salariales siempre iban por detrás de la inflación, un número creciente de oficiales comenzó a aceptar trabajos civiles a la vez que desempeñaba sus tareas militares. El sentimiento de vergüenza profesional causado por esta necesidad se vio equilibrado por una creciente tensión, debida a la especial misión del Ejército, a su distancia de la sociedad civil y al sentido de superioridad hacia la misma. Para la inmensa mayoría, aunque no para todos, la intensificación por parte de Franco de la retórica de la Guerra Civil cerró la brecha en su orgullo profesional.

Sin embargo, comenzó a surgir una minoría no pequeña de profesionales preocupados por el declive de las Fuerzas Armadas españolas. Aunque no estaban organizados en absoluto, buscaron un líder en la persona del general Juan Bautista Sánchez González, que desde 1949 era Capitán General de Barcelona. Como otros más, Sánchez creía que era una equivocación que el Ejército sirviese de instrumento de represión. Ya que el tamaño del cuerpo de oficiales continuó siendo desmesurado en relación con las necesidades militares y la capacidad económica españolas, la moral continuó cayendo en picado. Cuando alcanzaba su nivel más bajo, la situación mejoró con la firma, el 26 de septiembre de 1953, de los pactos defensivos con Estados Unidos. El pacto de defensa mutua permitió a España recibir ayuda económica, militar y tecnológica masiva por parte de Estados Unidos. A cambio, Franco autorizaba el establecimiento en suelo español de bases aéreas estadounidenses, en Torrejón de Ardoz (cerca de Madrid), Zaragoza y Morón, y una base naval en Rota (Cádiz), así como una enorme red de instalaciones menores. Para el Régimen los beneficios fueron la integración de España en el sistema occidental, la transferencia del grueso de los gastos militares fuera del presupuesto general y la neutralización del descontento militar por falta de recursos. La compra de material más moderno del que había disponible hasta ese momento, y el adiestramiento en su uso, resultaba algo obviamente atractivo para muchos oficiales, aunque no para todos. Los vehículos blindados y los carros de combate recién llegados no fueron aceptados por algunos regimientos de caballería, cuyos mandos reafirmaron los valores de la equitación, punto de vista expresado de manera entusiasta por quien fuera el jefe de la caballería de Franco durante la Guerra Civil, el general José Monasterio Ituarte. Esto era, en parte, reflejo de una fuerte corriente existente en las Fuerzas Armadas españolas que daba prioridad casi absoluta a los valores espirituales por encima de los recursos materiales[74].

Desde el punto de vista de Franco, el tratado con Estados Unidos era un medio excelente para desviar el descontento que afloraba de nuevo en 1956, cuando, de improviso y en contra de las predicciones del propio Franco, España se vio obligada a conceder la independencia a su colonia de Marruecos[f23]. Aunque las quejas directas sobre el material quedaron acalladas con la llegada de los desechos norteamericanos, la tensión reinante en el ámbito militar durante este período estaba relacionada, como había ocurrido muchas veces anteriormente, con la rivalidad entre los militares que propugnaban una restauración monárquica y los falangistas que trataban de perpetuar el franquismo. Con todo, Marruecos era también un asunto de primordial importancia para el honor militar. Sin embargo, la situación del Ejército español era tan lamentable que resultaba muy difícil que le permitiese lanzarse a una guerra colonial de envergadura con alguna posibilidad de éxito. El imperio francés estaba derrumbándose en el mundo árabe y en Extremo Oriente, por lo que España no podía esperar que las cosas le fueran mejor. Además, el surgimiento de un líder egipcio, el coronel Nasser, había dado impulso al nacionalismo árabe militante. En el mejor de los casos, Franco podía esperar obtener algún beneficio de su debilidad y de los problemas de los franceses. Al permitir que su alto comisario en Marruecos, el ambicioso general Rafael García Valiño, estimulase las aspiraciones nacionalistas locales, el Caudillo pensaba congraciarse con el mundo árabe y quizás asegurarse los votos árabes para la candidatura española al ingreso en las Naciones Unidas[75].

Con posterioridad, Franco mantendría que García Valiño no estaba bajo su control y que actuó por iniciativa propia. Esto no era verdad en absoluto[76]. En lo que respecta a su política en general, el Caudillo había avalado plenamente las decisiones de García Valiño. A lo largo de 1954, a medida que la represión francesa contra los marroquíes se iba intensificando, García Valiño apoyó al movimiento de liberación antifrancés en Marruecos. En agosto de 1955, a causa de la presión surgida de los acontecimientos de Vietnam y Argelia, los franceses comenzaron a retirarse de muy mala gana de Marruecos y pusieron fin al estado de guerra. En noviembre se permitió la vuelta del sultán. García Valiño y el Caudillo parecían creer que el deterioro de la situación para Francia no tenía influencia en la zona española de Marruecos. Con una especie de racismo ciego y paternalista, esperaban que los marroquíes amasen a sus amos coloniales españoles.

Por parte española, había alguna que otra referencia simbólica a una eventual independencia, pero el 30 de noviembre de 1955, Franco, con una visión igualmente escasa, profetizó que los marroquíes no estarían preparados para la independencia en veinticinco años. Ya que los franceses habían comenzado a hablar seriamente con los marroquíes, a comienzos de 1956 Madrid hizo pública una vaga declaración sobre la futura independencia. Los nacionalistas locales reaccionaron ante el aplazamiento implícito con los mismos métodos violentos que habían utilizado contra los franceses. García Valiño se vio obligado a acusar a sus antaño amigos nacionalistas de comunismo subversivo, clausuró sus periódicos y detuvo a los militantes importantes. Así pues, cuando, en marzo de 1956, los franceses reconocieron la independencia de Marruecos, el Caudillo se sintió desamparado. El 15 de marzo se sintió empujado a liberar a todos los presos políticos de la zona y a anunciar que España abandonaría su Protectorado. La declaración de independencia se firmó el 7 de abril de 1956[77]. Al día siguiente de la pérdida colonial hubo manifestaciones de descontento en el seno de la oficialidad española, pero sin parangón con la rebelión que estalló en el Ejército francés. En las guarniciones de Madrid, Barcelona, Sevilla, Valladolid y Valencia se formaron juntas de acción política semiclandestinas. Pero no fueron más allá de algún refunfuño de irritación[78]. García Valiño fue castigado con la privación de cualquier puesto de importancia durante dieciocho meses, hasta el 18 de octubre de 1958, cuando se le nombró director de la Escuela Superior del Ejército. Una combinación de inercia, cinismo y temor a hacerles el juego a los enemigos izquierdistas del régimen inhibió incluso a los más contrariados. Después de todo, 1956 fue el año en que surgió de nuevo una oposición importante, que abarcaba a católicos, estudiantes y a los sindicatos clandestinos. El propio Franco hubo de reconocer que la pérdida de Marruecos había acabado con la última excusa para no reducir el número de oficiales. Dirigiéndose a los oficiales de la II Región Militar en Sevilla, el 29 de abril de 1956, declaraba que la potencia de fuego era más importante que el número y que el Ejército debía reducir sus efectivos[79].

Un síntoma de la creciente fuerza de la oposición fueron los sonados choques entre los estudiantes de izquierdas y los falangistas en la Universidad de Madrid a lo largo de 1956. De manera inesperada, el Ejército acabaría implicado, revelando que la identificación entre Falange y alto mando, que proyectaba su sombra sobre la política española en los setenta, todavía era cosa del futuro. Al menos a mediados de los cincuenta, cuando el régimen confiaba todavía en su supervivencia, el arrogante desprecio que sentían los militares por la Falange siguió siendo tan poderoso como en los años cuarenta. Después de que un falangista resultara herido de gravedad en los disturbios estudiantiles de febrero de 1956, había indicios de que la Falange preparaba una «noche de los cuchillos largos» para vengarse del hecho reciente y también para reafirmar su postura política. Se informó de que el 10 de febrero el general Agustín Muñoz Grandes, ministro del Ejército; el general Miguel Rodrigo Martínez, Capitán General de Madrid; y el general Carlos Martínez Campos, tutor privado del príncipe Juan Carlos, habían visitado a Franco para preguntarle, en nombre del Ejército, qué tenía planeado para controlar a la Falange. Con su ambigüedad habitual, el Caudillo replicó que pensaba que las amenazas quedarían en nada. Los generales le dijeron a Franco que si la Falange causaba víctimas, el Ejército tomaría Madrid. Se ha dicho que Franco respondió ordenando la detención de los conspiradores falangistas[80].

Mientras tanto, debido quizás a la debacle en Marruecos, resurgieron las quejas respecto a las retribuciones y a las condiciones generales. Marruecos era uno de los pocos lugares donde los militares podían vivir de su sueldo y donde los ascensos llegaban con rapidez. Ahora, en cambio, los oficiales que habían estado destinados en Marruecos se veían sometidos a las largas esperas habituales en la península para ascender. Al haberse perdido la principal posesión colonial, las oportunidades de acción se reducían al mínimo. Los únicos servicios que quedaban eran los de las guarniciones de la propia España. El general Juan Bautista Sánchez González hizo suyas estas protestas. El Capitán General de Barcelona era el profesional más respetado y el más eminente monárquico en las Fuerzas Armadas en los años cincuenta. Bautista Sánchez no ocultaba sus simpatías y ya en 1945 había figurado en varias listas de gobiernos provisionales elaboradas por la oposición monárquica[81]. En los cincuenta, su personal austeridad le había llevado a ser cada vez más crítico con el Régimen, especialmente con la corrupción asociada a la Falange. Había tenido relaciones ya desde 1950 con Juan Claudio Güell, conde de Ruiseñada, representante de don Juan en España, a quien veía con regularidad.

En 1956, Ruiseñada coordinó los intentos monárquicos de frustrar los planes del ministro y secretario general

de la Falange, José Luis Arrese, para bloquear una restauración monárquica y perpetuar el dominio falangista sobre el régimen. Juan Bautista Sánchez movilizó los apoyos de otros capitanes generales en contra del plan de Arrese[82]. En la primavera de 1956, Ruiseñada había entregado a Juan Bautista Sánchez un plan para la restauración de la monarquía, junto con una petición de que lo hiciese circular entre otros generales monárquicos. El plan consistía en obligar a Franco a retirarse de la política activa y convertirse en regente. La gobernación del día a día del país quedaría en manos de Bautista Sánchez hasta que el Rey fuese restaurado en el trono. En gran medida, todo esto iba dirigido contra la Falange. En este contexto, el 1 de julio de 1956, el general Antonio Barroso y Sánchez Guerra, director de la Escuela Superior del Ejército que pronto se convertiría en jefe de la Casa Militar del Caudillo, protestó ante Franco por el plan de Arrese. Se dice que, junto a otros generales monárquicos, habló con el Caudillo sobre la posibilidad de que un directorio militar tomase el poder y convocase un plebiscito para decidir entre monarquía o república, con la esperanza de que resultase refrendada la primera. Aunque Franco, como era de esperar, no aceptó la sugerencia, se apresuró a decretar el 1 de junio de 1956 sustanciales subidas de sueldo para la oficialidad, la primera desde 1949. Las retribuciones de los comandantes y tenientes coroneles aumentaron en un ciento cuatro por ciento; las de los tenientes en un ochenta y uno por ciento; y las de los tenientes generales en un sesenta y dos por ciento[83].

A mediados de agosto de 1956, cuando Barroso sustituyó al primo de Franco, Francisco Franco Salgado-Araujo, en el puesto de jefe de la Casa Militar del Caudillo, confió una serie de quejas a su predecesor. Había llegado a la conclusión de que Franco estaba perdiendo contacto con la jerarquía militar. Incluso Franco Salgado-Araujo compartía la opinión de que la creciente ostentación de la familia de Franco estaba creando tensiones con el habitualmente austero alto mando. Desde la boda de su hija con el *playboy* Cristóbal Martínez-Bordiú, la esposa del dictador había hecho su entrada en la alta sociedad y había dado rienda suelta a su inclinación por las joyas. Al igual que muchos generales, Barroso se mostraba muy alarmado por el hecho de que Franco, que sin duda estaba al corriente de la existencia de una conspiración monárquica en ciernes, hubiese declarado, en un discurso pronunciado en Sevilla el 1 de mayo de 1956, que: «La Falange puede vivir sin la monarquía. ¡Ah!, la que no podría vivir sería ninguna monarquía sin la Falange»[84].

Para Barroso, sin embargo, pesaba más su lealtad personal a Franco que sus conocidas simpatías monárquicas. Por órdenes del Caudillo, Juan Bautista Sánchez estaba siendo vigilado por los servicios secretos. Franco, a través de Muñoz Grandes, se enteró de todo lo que planeaba Bautista Sánchez y comenzó a criticarlo en su propio círculo. En Madrid corrían rumores de que Juan Bautista Sánchez estaba planeando un golpe. Al parecer, el propio Franco creyó que podría haber un pronunciamiento monárquico basado en el plan maquinado con Ruiseñada, aunque eran bajas las probabilidades de una acción militar fuera de los sueños de monárquicos prominentes. Las conversaciones de los conspiradores monárquicos con la casa del Pretendiente en Portugal estaban siendo grabadas por los servicios de seguridad. El Caudillo, siempre cauteloso, reaccionó como si los rumores mereciesen cierta preocupación[85].

Franco estaba a punto de relevar a Bautista Sánchez de su puesto de Capitán General de la IV Región Militar, pero no le fue necesario. La supuesta conspiración monárquica quedó en nada cuando, en medio de unas maniobras en Cataluña, bajo la dirección de Bautista Sánchez, el 29 de enero de 1957, éste fue hallado muerto en su habitación del hotel de Puigcerdá. Pronto recorrieron España los más dramáticos y extraños rumores que afirmaban que había sido asesinado, pero el hecho es que desde hacía mucho tiempo Bautista Sánchez padecía de mala salud[86].

No hay duda de que, tras la muerte de Bautista Sánchez, Franco sintió la necesidad de tomar en consideración las quejas de los militares, cosa que hizo, en la medida en que tenían que ver con el alto mando, a través de una remodelación del Gobierno, el 25 de febrero de 1957. Muñoz Grandes, quizá por su relación con Bautista Sánchez, fue destituido del cargo de ministro del Ejército. Se le dio a cambio un ascenso puramente simbólico a Capitán General. El general Barroso, del que Franco, se decía, desconfiaba por ser liberal y monárquico, se convirtió en ministro del Ejército. Esto fue, casi sin duda, una forma de contrarrestar el sentimiento monárquico del alto mando. La tarea que se le encomendaba garantizaba que le iba a ser difícil hacer de su cargo una base de poder para conspiraciones monárquicas. Franco le encargó al nuevo ministro la difícil y muy delicada tarea de reducir el tamaño y modernizar la estructura y el equipo del Ejército en un período posterior al acuerdo con Estados Unidos y a la pérdida de Marruecos. Se le dieron instrucciones de hacer todo esto «sin suprimir cargos y sin perjudicar al personal», y todo dentro de un contexto de grave crisis económica.

De hecho, las Fuerzas Armadas vivían ya un persistente descontento por los sueldos y por la situación general. El Ejército español seguía estando una generación por detrás de las Fuerzas Armadas más importantes del mundo. Además, estaban surgiendo dos concepciones distintas del papel y la función del Ejército. La prolongada competencia entre los oficiales monárquicos y falangistas se complicaba a medida que el fin de la dictadura parecía acercarse inexorablemente. Los generales monárquicos de mayor edad esperaban que al final se abriera paso a algún tipo de transición controlada hacia la monarquía y se mostraban satisfechos de dedicarse, mientras tanto, a sus asuntos profesionales. Enfrente tenían a aquellos que estaban preocupados por

asegurarse de que el poder del Ejército se pusiera al servicio de una opción política particular en el seno del franquismo. En 1958 se fundó la Hermandad de Alféreces Provisionales como grupo de presión, con la finalidad de mantener el espíritu de Falange y de la Guerra Civil en el seno de la oficialidad. Su finalidad era la manipulación en interés propio de un poderoso grupo, cada vez más numeroso, de oficiales de una antigüedad cada vez mayor. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta, sin que nada hasta el momento pusiese en cuestión la estabilidad del régimen, tras la muerte de Juan Bautista Sánchez, y sin que apareciese ningún oficial dispuesto a hacer frente a Franco, el conflicto interno en el Ejército era prácticamente imperceptible. La situación iba a cambiar notoriamente a mediados de los sesenta. El hecho de que importantes elementos del cuerpo de oficiales se viesen involucrados en una lucha a muerte por la supervivencia del franquismo después de Franco es un indicio de que las preocupaciones estrictamente militares y de defensa no eran prioritarias en absoluto en el Ejército del Caudillo.

En los años sesenta, el general García Valiño se convirtió brevemente en la esperanza de los monárquicos, pero su oposición a Franco quedó reducida a meras protestas verbales en el momento en que se acercaba a la edad de retiro. Había conversaciones entre García Valiño y Muñoz Grandes sobre la posibilidad de obligar a Franco a jubilarse en vida. A través de los servicios de inteligencia militar, Franco estaba al tanto de todo[87]. Las maquinaciones de García Valiño y Muñoz Grandes fueron las últimas de este tipo. A fin de cuentas eran los últimos supervivientes de la generación de Franco, y ningún otro general pensó que tuviese derecho a desplazarlo. En realidad, cuando algunos elementos de la jerarquía franquista comenzaron a hacer planes para su propio futuro una vez desaparecido Franco, los «azules» del Ejército se aferraron aún más desesperadamente al Caudillo. La preocupación por el futuro político era la obsesión que dividió tanto a los franquistas civiles como a los militares en los años sesenta. En el seno de las Fuerzas Armadas iba a darse una división cada vez mayor entre las diferentes concepciones de ese futuro. Fundamentalmente, la falla se abría entre aquellos a quienes satisfacía un concepto del Ejército como instrumento de la represión política y consiguientemente como guardia pretoriana de un régimen cada vez más acosado, y aquellos a quienes no satisfacía. A finales de los sesenta, los llamados «generales azules», como Alfonso Pérez Viñeta, Tomás García Rebull, Carlos Iniesta Cano y Ángel Campano López —algunos de los cuales, aunque no todos, habían sido alféreces provisionales—, estaban alcanzando puestos operativos clave. De 1970 en adelante, en colaboración con el búnker civil, podían usar su influencia política para bloquear las reformas desde dentro del sistema y su aparato represivo para aplastar la oposición externa. Entre los que se oponían al búnker militar se contaban aquellos que tenían una visión más profesional y que eran, en comparación, liberales. Franco ya no tenía la astucia de antes, y bajo la influencia de la llamada camarilla de El Pardo, favorecía a los azules, mientras que los elementos más liberales del Ejército apostaban por el futuro en la persona de Juan Carlos.

FRANCO Y LA FALANGE

A Franco, como a muchos oficiales de alto rango del Ejército, le horrorizaban los planes de reforma de la Segunda República, especialmente las reformas militares propuestas por el presidente y ministro de la Guerra, Manuel Azaña, que le afectaban personalmente. Aun así, personalmente procuró mantenerse al margen de los primeros intentos de derrocar la República, como el fallido golpe militar del general José Sanjurjo del 10 de agosto de 1932. Franco se sentía igualmente incómodo con la aparición de grupúsculos fascistas cuyo objetivo era desestabilizar la República mediante la violencia y establecer vínculos con el Ejército para ello. Sin embargo, cuando el golpe militar del 18 de julio de 1936 se complicó, no le importó que estas organizaciones unieran su suerte a la de los sublevados. El papel que desempeñaba la Falange como fuerza represiva auxiliar manchada de sangre liberaba a los militares de la tarea de purgar políticamente el territorio conquistado durante la Guerra Civil española[1]. Las circunstancias de la guerra y la influencia externa de las potencias del Eje acrecentaron la importancia de la Falange. El apoyo masivo con que contaban la CEDA y su movimiento juvenil, la Juventud de Acción Popular, ya había empezado a trasvasarse hacia la Falange en la primavera de 1936 y aumentó aún más durante la guerra. Durante las tres décadas posteriores, a pesar de que su fuerza ideológica había disminuido, iba a desempeñar un papel fundamental en los malabarismos que tendría que hacer Franco para mantener el control de la coalición de fuerzas que respaldaban su régimen. La Falange se convertiría en la etiqueta que identificaba al dictador en el mundo exterior. Esto no era nada extraño, ya que se trataba del organismo que organizaba las movilizaciones masivas y que controlaba las relaciones laborales, de modo que constituía la fuente del léxico, la iconografía y la parafernalia ideológicas del régimen.

Franco estaba, pues, encantado de explotar a la Falange. Sin embargo, aunque habría tenido muchos motivos para estarle agradecido por los servicios que le prestaba, con el tiempo la actitud siempre oportunista de Franco hacia la Falange dio lugar a un desprecio absoluto. En septiembre de 1965, Franco explicaría al abogado católico liberal Antonio Garrigues, su embajador ante la Santa Sede, lo que el Movimiento significaba para él. Con una sonrisa enorme, Franco declaró: «Pues, verá usted, para mí, el Movimiento es como la claque. ¿Usted no ha observado que cuando hay un grupo grande de gente hace falta que unos pocos rompan a aplaudir para que los demás se unan a ellos y les sigan? Pues más o menos es así como yo entiendo la finalidad del Movimiento»[2]. En 1974, Franco dijo al doctor Vicente Gil: «Los falangistas, en definitiva, sois unos chulos de algarada»[3] [f24].

El origen del desdén de Franco se remonta a 1930 y a los inicios de su relación personal con José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange Española. Fue una relación que el aparato propagandístico del dictador falsearía sistemáticamente. Después de morir ejecutado por un pelotón de fusilamiento republicano el 20 de noviembre de 1936, José Antonio se convirtió en un mártir simbólico, y el cumplimiento de sus supuestos planes para España proporcionó una falsa justificación para prácticamente cualquier actuación del Caudillo, cuyo régimen forjó cínica y ensordecedoramente el culto a su memoria. El montaje más elaborado fue el de los mitos franquistas oficiales de José Antonio como santo predecesor del Caudillo, un mártir como Cristo en «la Cruzada», como la derecha llamaba a su lucha en la guerra. Y se llevó al límite del mal gusto en un vendidísimo libro titulado *Vía crucis*. Cada uno de sus capítulos, titulado según una estación del ascenso de Jesucristo al Calvario, narraba la vida de José Antonio Primo de Rivera estableciendo paralelismos con la del Mesías[4]. La creación del mito tenía un objetivo político directo. El Caudillo dio pábulo a las leyendas sobre un líder poético y romántico de una Falange que era a la vez revolucionaria y franquista para cubrir con una máscara populista el compromiso de su régimen con los intereses oligárquicos tradicionales. El Régimen lloró, pues, lágrimas de cocodrilo por la ausencia de José Antonio mientras se beneficiaba en gran medida de que él ya no pudiese representar una presencia incómoda.

José Antonio conoció al general Franco cuando todavía trabajaba para salvaguardar la memoria de su padre, el dictador Miguel Primo de Rivera. Tras la muerte del líder falangista, el régimen forjó diligentemente la idea de Franco como representante en la tierra del ausente José Antonio. Esto se hizo a pesar de que existía una considerable acritud entre ambos y de que, desde el poder, Franco ignoraba sistemáticamente el legado del pensamiento de Primo de Rivera. Su primer encuentro tuvo lugar en Zaragoza, a principios de la década de 1930. Por aquel entonces, Franco era el director de la Academia General Militar en Zaragoza, donde había hecho amistad con un abogado brillante, Ramón Serrano Súñer. Cuando, en febrero de 1931, Serrano Súñer se casó en Oviedo con Zita Polo, la hermosa hermana de Carmen, la esposa de Franco, su cuñado, Francisco Franco, llevó la novia al altar, y el testigo del novio fue José Antonio Primo de Rivera[5]. A pesar de que Serrano Súñer intentó favorecer la amistad entre los dos, el adusto y trabajador general y el joven abogado en

alza no congeniaron. Aunque ambos se oponían a la Segunda República, su estilo y su actitud no podían ser más distintos. Incluso cuando participó en la creación de Falange Española, José Antonio siguió siendo un periodista agudo y una persona socialmente destacada. Era la antítesis del general hosco y diez años mayor cuyo prestigio no se debía a las ventajas del abolengo ni a la elocuencia, sino al trabajo y la valentía. Preocupado exclusivamente por sacar adelante su carrera militar en un entorno hostil, Franco, que era un hombre que jamás miraba atrás, no se inclinaba por solidarizarse con los esfuerzos de José Antonio por defender a su padre.

En 1933, José Antonio Primo de Rivera había llegado a la conclusión de que si tenía que existir una opción fascista importante en España, él debía encargarse de hacerla posible. Los monárquicos estaban preparados para financiar la Falange como instrumento de desestabilización política. Las credenciales de José Antonio como terrateniente del sur, «grande de España», persona socialmente destacada y, sobre todo, primogénito del llorado dictador militar fallecido, parecían ofrecer a las clases altas una garantía de que el fascismo español no escaparía del control del *establishment* como sus equivalentes alemán e italiano. Sin embargo, ninguna de estas credenciales impresionaba al siempre resentido Franco. Más aún, el desdén que el general sentía por el joven aristócrata se acentuó cuando el 24 de septiembre de 1934, momento en que la tensión entre la izquierda y la derecha alcanzaba su punto más álgido, José Antonio le envió una carta histérica. Para intentar que Franco se decantara por dar un golpe contra la izquierda, afirmaba que la victoria socialista era inminente y equivalía a una «invasión extranjera» ya que Francia aprovecharía la oportunidad para anexionarse Cataluña. Franco no se dignó responder. Franco, que entonces era general de división y confidente preferido del ministro de Defensa, Diego Hidalgo, no estaba en absoluto interesado en asumir los riesgos que implicaba relacionarse con organizaciones fascistas de poca monta. Convencido de que sólo el Ejército tenía el derecho y la capacidad de decidir el destino político de España, no sentía más que desprecio por la incipiente Falange[6].

Que Franco no estaba dispuesto a correr ningún riesgo personal por alguien a quien consideraba un torpe irresponsable ya se había puesto de manifiesto anteriormente ese mismo año. El jefe local de la Falange en Gijón, Leopoldo Panizo, había alquilado un piso que pertenecía a Carmen, la esposa de Franco, con objeto de establecer en él las oficinas del partido. Cuando el general se enteró del uso que se le daba, se puso furioso porque creía que podía perjudicar su carrera. Pidió a su cuñado Ramón Serrano Súñer que exigiera a José Antonio que desalojara a sus seguidores. El líder falangista así lo hizo, pero a costa de aumentar el desprecio que sentía por Franco[7].

El mes de junio de 1935, José Antonio cometió la imprudencia de decidirse por la lucha armada para derrocar el régimen democrático. Alarmado por la ligera escalada de represión que se produjo tras la insurrección de octubre, deseaba actuar antes de que la izquierda pudiera regresar al poder[8]. Al golpe inicial lo seguiría entonces una «marcha sobre Madrid». Se rumoreaba que se había establecido contacto con algunos generales como Franco, Mola y Goded, pero el plan estuvo mal concebido[9]. Con la oleada de represión que se había desatado contra la izquierda después de la derrota de la insurrección de los mineros de Asturias en octubre de 1934, con un Gobierno autoritario de derechas en el poder, con los miembros más derechistas del Ejército en cargos de autoridad, el momento no podía haber sido menos oportuno. El apoyo de los altos rangos militares no llegó, y la teoría de que Franco lo aprobaba derivaba con casi total seguridad de un deseo posterior de fortalecer los vínculos entre la Falange y el Ejército.

Quizá debido a que ningún miembro más importante del Ejército había mostrado el menor interés en las tentativas falangistas, a finales de 1935 José Antonio Primo de Rivera dio un paso de lo más descabellado. A mediados de diciembre de ese año, después de la caída del gobierno conservador de Joaquín Chapaprieta en el que José María Gil Robles, el líder de la CEDA, había sido ministro de la Guerra desde mayo, varios políticos de derechas intentaron convencer a generales de alto rango de que intervinieran para impedir que se convocaran unas nuevas elecciones. Prevaleció la opinión del general Franco de que el relativo éxito de la clase obrera durante los hechos de octubre de 1934 no era un buen precedente para un eventual golpe militar. Sin embargo, el 27 de diciembre, a raíz de una sugerencia del jefe provincial de Toledo, José Sainz Nothnagel, el Jefe Nacional propuso que varios centenares de militantes falangistas se unieran a los cadetes en el Alcázar de Toledo para efectuar un pronunciamiento. Aunque la idea en sí era ridícula, José Antonio estaba entusiasmado con ella. Envió a sus lugartenientes Raimundo Fernández Cuesta, Alfaro y Sainz Nothnagel a Toledo con su precipitada propuesta para el coronel José Moscardó, gobernador militar y director de la Escuela Central de Gimnasia de esa ciudad. El mediocre Moscardó carecía de la seguridad o de la determinación necesarias para desechar la idea sin más. En lugar de ello, se dirigió a Madrid para comentarla con Franco, quien, tras haber rechazado propuestas que contaban con apoyos mucho mejores, desechó el plan por impracticable y por inoportuno[10]. A Franco le sentaron mal las que él consideraba iniciativas prematuras de civiles[11].

Franco y José Antonio volvieron a encontrarse en febrero de 1936 en casa del padre y los hermanos de Ramón Serrano Súñer, justo antes de las elecciones del Frente Popular a mediados de febrero. José Antonio defendió

vehementemente un golpe militar para establecer un Gobierno nacional contrarrevolucionario. Su carisma no hizo mella en Franco, que se mostró prudentemente evasivo y divagó interminablemente. Franco, que consideraba a José Antonio un diletante peligroso, no tenía ninguna intención de involucrarse en una conspiración con él, pero, como de costumbre, no lo dijo claramente[f13]. José Antonio, tremendamente decepcionado y enojado, afirmó: «Mi padre, con todos su defectos, con su desorientación política, era otra cosa. Tenía humanidad, decisión y nobleza. Pero estas gentes»[12]…

Después de las elecciones del mes de febrero de 1936, José Antonio Primo de Rivera se entrevistó con el general Mola el 8 de marzo, al parecer para ofrecer los servicios de la Falange. Ese mismo día, Mola había sido nombrado «director» del proyectado alzamiento militar por los principales conspiradores, incluido el general Franco[13]. La función de la Falange consistiría en llevar a cabo atentados terroristas para provocar las represalias de la izquierda, y ambas cosas servirían para justificar el alarmismo de la derecha sobre los disturbios. Como consecuencia de la consiguiente implicación falangista en la violencia callejera, el 14 de marzo, tras haber perdido la inmunidad parlamentaria en las recientes elecciones, José Antonio fue detenido junto con otros miembros de la dirección de Falange Española de las JONS. La cárcel no fue obstáculo para que organizara el papel de la Falange en los preparativos de la Guerra Civil. Siguió en contacto con Mola, al que ofreció cuatro mil hombres como fuerzas de asalto[14].

A pesar de esta contribución a los preparativos del alzamiento, y contrariamente a los esfuerzos de los propagandistas franquistas por escribir una historia distinta, la relación de José Antonio con Franco, lejos de ser de colaboración entre dos héroes, era de desprecio mutuo. Si algo ahondó de manera definitiva su larga antipatía fue la participación de ambos en la repetición de las elecciones en Cuenca en abril de 1936. Tras las elecciones del Frente Popular del 16 de febrero de 1936, los resultados se declararon nulos en varias provincias, incluida Cuenca, donde se habían falsificado votos. En la repetición de las elecciones, programadas para principios de mayo de 1936, la lista unitaria de la derecha incluía a José Antonio Primo de Rivera y al general Franco. Se había añadido el nombre del líder de la Falange con la esperanza de que obtuviera la inmunidad parlamentaria que le permitiría salir de la cárcel, donde había permanecido desde mediados de marzo[15]. Sin embargo, José Antonio Primo de Rivera dejó claro que consideraba que la inclusión de Franco en la lista era un «craso error». Convencido de que Franco sería un fracaso como orador parlamentario, José Antonio dijo a Serrano Súñer: «Lo suyo no es eso, y puesto que se piensa en algo más terminante que una ofensiva parlamentaria, que se quede él en su territorio dejándome a mí este en que estoy probado». Al final, se declaró en el último minuto que las elecciones en Cuenca eran técnicamente una repetición, de modo que aunque José Antonio Primo de Rivera había obtenido votos suficientes para ocupar un escaño, se le inhabilitó para ello. No podía figurar en las listas de las elecciones repetidas porque la primera vez, en el mes de febrero, no se había presentado candidato por Cuenca, sino por Cádiz[16]. Aun así, Franco jamás perdonaría al líder falangista su papel en lo que consideraba una humillación[17].

No sabemos cómo habría actuado José Antonio Primo de Rivera si hubiera salido de la cárcel como consecuencia de las elecciones de Cuenca. Su «Carta a los militares de España» del 4 de mayo de 1936 no parece escrita precisamente por una persona progresista con ideales de paz y reconciliación: «Cuando lo permanente mismo peligra, ya no tenéis derecho a ser neutrales. Entonces ha sonado la hora en que vuestras armas tienen que entrar en juego para poner a salvo los valores fundamentales». Este documento era coherente con la propugnación que había hecho de un golpe militar antes de las elecciones de febrero: un recurso instintivo a las tradiciones familiares. Siempre creyó que la ayuda del Ejército era necesaria; lo único que le preocupaba era que la Falange quedara subordinada a oficiales reaccionarios del Ejército[18]. También le inquietaba la determinación de éstos, y aseguraba: «Es inútil contar con los generales en activo. Son unos “gallinas”; y Franco el “gallina” mayor»[19].

Es más, sus dos circulares a los jefes provinciales de 24 y 29 de junio de 1936 ponían de relieve su preocupación por que la Falange fuera destruida incluso en el caso de que triunfara un alzamiento militar. Aunque hablaba de la profunda admiración y estima de la Falange por el Ejército, dejaba claro que esto no implicaba «la conformidad con cada uno de sus pensamientos, palabras y proyectos que cada militar o grupo de militares pueda profesar, preferir o acariciar». A continuación se quejaba proféticamente de que el cuerpo de oficiales era ingenuo y de que con toda probabilidad su triunfo conllevaría la desaparición de los sueños de la Falange sobre un Estado nacionalsindicalista. En lugar de ello, temía que los militares no harían más que apoyar el retorno de «una mediocridad burguesa conservadora (de la que España ha conocido tan largas muestras), orlada, para mayor escarnio, con el acompañamiento coreográfico de nuestras camisas azules». Por consiguiente, ordenó que no se cerrara ningún acuerdo de colaboración con los militares sin su autorización expresa[20].

No obstante, dada la supervisión de José Antonio de las actividades terroristas de la primera línea de la Falange durante la primavera de 1936, cuesta imaginar que se hubiera opuesto a que una Falange muy ampliada, repleta de nuevos miembros, se convirtiera en uno de los instrumentos de terror de Estado que

aniquiló a la izquierda en la zona nacional. A partir de las circulares de 24 y 29 de junio, parece razonable suponer, en cambio, que no habría sido de su agrado su posterior incorporación al Movimiento Nacional, la claque burocrática de Franco. Es más, resulta difícil de creer que hubiera aprobado la forma en que Falange Española, una vez convertida en Falange Española Tradicionalista y de las JONS, degeneró en una organización parasitaria cuya principal función era proporcionar empleos a sus miembros en la Organización Sindical y en otras partes. Por otro lado, existen pocos indicios que sustenten la creencia de que podría haber hecho algo para detener la orgía de asesinatos en los que la Falange se vio rápidamente involucrada.

El hecho de que José Antonio podría haber causado graves inconvenientes a Franco indica por qué se hizo tan poco en Salamanca por ayudar a salvarlo de la ejecución. Una vez estuvo muerto, Franco, por supuesto, no vacilaría en permitir que su muerte se elevara a la categoría de martirio para captar adeptos. Era poco probable que el hombre que en su día había declarado «nosotros queremos una España alegre y faldicorta» fuera del agrado de Franco[21]. No se había descartado totalmente un intento de fuga o un intercambio de prisioneros. Varios miembros destacados del bando nacional acabaron de ese modo en libertad. A un amigo íntimo de José Antonio, Raimundo Fernández Cuesta, lo intercambiaron oficialmente por un personaje republicano de poca importancia, Justino de Azcárate. Su hermano Miguel fue finalmente canjeado por el hijo del general republicano Miaja. Entre los fugados más importantes figuraba otro amigo íntimo de José Antonio, Ramón Serrano Súñer.

A principios de septiembre de 1936, la Junta de Burgos aceptó la posibilidad de intercambiar a José Antonio por el hijo soldado del presidente republicano Francisco Largo Caballero, encarcelado en Sevilla, pero finalmente el Gobierno republicano la rechazó. A finales de ese mes, Eugenio Montes Domínguez, corresponsal en París del periódico de la CEDA, *El Debate*, informó a Manuel Hedilla sobre un posible canje. Afirmaba que el republicano conservador Felipe Sánchez Román le había dicho que Indalecio Prieto había aceptado liberar a José Antonio a cambio de treinta rehenes que estaban en poder de los rebeldes más seis millones de pesetas. No parecía verosímil. Aun así, cuando Hedilla transmitió la idea a Franco, tanto él como Mola aceptaron. Pero cuando se comunicó la noticia a Sánchez Román, éste dijo que Prieto había contestado que era imposible[22]. Evidentemente, dada la preeminencia de José Antonio Primo de Rivera, ni su liberación ni su evasión resultarían fáciles. Aun así, hubo intentos de liberarlo. El primero fue obra de varios grupos aislados de falangistas en Alicante. Luego, a principios de septiembre, cuando los alemanes habían pasado a ver a la Falange como el componente español de un futuro orden político mundial, se efectuaron esfuerzos más consistentes, en su mayor parte bajo los auspicios de su cónsul en Alicante, Hans Joachim von Knobloch. Un grupo de falangistas comandados por el primo de José Antonio, Agustín Aznar, de veinticuatro años, llegó el 17 de septiembre en un torpedero alemán. Sin embargo, abandonaron su intención de llevar a cabo un ataque sorpresa para liberar a Primo de Rivera a favor de un intento de soborno que fracasó cuando pillaron a Aznar, que logró escapar por muy poco. El mes de octubre, Von Knobloch y Aznar lo siguieron intentando pero tropezaron con un apoyo poco entusiasta del recientemente nombrado jefe del Estado[23].

No era de extrañar. Franco necesitaba la Falange como un instrumento de movilización política de la población civil y como una forma de crear una falsa identificación con los ideales de sus aliados alemanes e italianos. Si el carismático José Antonio Primo de Rivera hubiera aparecido en Salamanca, a Franco le habría sido mucho más difícil dominar y manipular la Falange a su gusto. Sin duda, los decepcionantes encuentros de José Antonio Primo de Rivera con Franco antes de la guerra y el hecho de que el líder falangista conociera personalmente a muchos generales, le predisponían contra una colaboración demasiado estrecha con el Ejército por miedo a que la Falange acabara utilizada simplemente como carne de cañón y como adorno político para defender el viejo orden. José Antonio reveló algunas de sus ideas al respecto cuando concedió su última entrevista al periodista americano Jay Allen el 3 de octubre de 1936. Se publicó seis días después en *The Chicago Daily Tribune*, y en ella el líder falangista se mostraba indignado porque la defensa de los intereses oligárquicos había sepultado las ambiciones retóricas de su partido de promover el cambio social[24]. Los nacionales «lanzarán España al abismo». Incluso teniendo en cuenta la posibilidad de que José Antonio estuviera exagerando sus objetivos revolucionarios para ganarse el favor de sus carceleros, era evidente que chocarían frontalmente con los planes políticos de Franco.

La noticia de la ejecución de José Antonio a las seis y media de la madrugada del 20 de noviembre llegó al cuartel general de Franco poco después[25]. Franco aprovecharía la ausencia eterna del héroe que ya no podía representar una presencia incómoda para hacer toda la propaganda posible[26]. Durante dos años, decidió, por lo menos públicamente, negarse a creer que José Antonio estaba muerto. El líder falangista le resultaba más útil «vivo» al Generalísimo en tanto éste efectuaba sus preparativos políticos. Mientras la dirección provisional de la Falange conservara la esperanza de que José Antonio siguiese con vida, no haría nada por buscar un liderazgo alternativo. Algunos de los escritos de Primo de Rivera fueron eliminados, y Manuel Hedilla, que había sido nombrado su sucesor, estaba en la cárcel, condenado a la pena capital. Cuando la muerte de Primo de Rivera fue aceptada oficialmente, Franco se valió del culto al ausente para hacerse con el poder de la Falange y sus masas. Los temores que José Antonio había expresado cinco meses antes de su muerte se habían

visto de sobra confirmados[27].

La ejecución de José Antonio Primo de Rivera fue una importante contribución a la seguridad política de Franco. Si le hubieran conmutado la sentencia y él hubiera llegado de algún modo a Salamanca después de la traumática experiencia de su juicio, es posible que se hubiera esforzado por poner fin a la matanza. Los meses de cautiverio, las conversaciones con sus carceleros, el derramamiento de sangre de la guerra y la amenaza de su propia ejecución habían moderado al hombre violento que era apenas ocho meses antes. Estaba abierto a la idea de la reconciliación nacional de una forma que Franco no estaría jamás. Su testamento incluía la frase: «Ojalá fuera mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles»[28]. En sus últimos días en la cárcel, José Antonio esbozó un plan sobre los posibles miembros y políticas de un Gobierno de «concordia nacional» cuya primera acción sería conceder una amnistía general. Su actitud hacia Franco se revelaba claramente en sus comentarios sobre las repercusiones de una victoria militar, que temía que sólo serviría para consolidar el pasado. Opinaba que esa victoria sería el triunfo de «un grupo de generales de honrada intención, pero de desoladora mediocridad política. Puros tópicos elementales (orden, pacificación de los espíritus…). Detrás: 1) el viejo carlismo intransigente, cerril, antipático; 2) las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas; el capitalismo agrario y financiero, es decir: la clausura en unos años de toda posibilidad de edificación de la España moderna»[29].

Si José Antonio se hubiera salvado, la explotación que hacía Franco de la Falange como base política habría resultado mucho más difícil. Sigue siendo interesante imaginar qué papel habría desempeñado su amigo Serrano Súñer —el principal asesor político de Franco— si José Antonio hubiera vivido. Sin embargo, es mucho suponer que Franco no se habría deshecho de Primo de Rivera del mismo modo que más tarde se deshizo de tantos rivales. Como el propio José Antonio dijo a Jay Allen: «Sé que si este movimiento vence y resulta no ser nada más que una reacción, retiraré mi Falange y probablemente volveré a ésta o a otra cárcel en muy pocos meses»[30].

Franco expresaba a menudo su antipatía por José Antonio a Serrano Súñer. La actitud de Franco ante la «ausencia» de José Antonio Primo de Rivera era muy reveladora de su forma de pensar típicamente reprimida. Según dijo a Serrano Súñer en 1937: «Probablemente lo han entregado a los rusos, y es posible que éstos lo hayan castrado»[31]. Otro día, algún tiempo después de la muerte de José Antonio, Franco habló a Ramón Serrano Súñer de una forma que patentizaba su deseo de ensuciar el recuerdo de José Antonio. Según Franco, Lorenzo Martínez Fuset, su asesor jurídico, le había contado una versión de los hechos según la cual José Antonio, mientras lo conducían al lugar de su ejecución en la plaza republicana de Alicante, se había comportado como un cobarde. Serrano Súñer recordaba: «En relación conmigo no perdía ocasión de manifestar su desagrado ante la devoción que yo tenía por José Antonio, por el ausente. La incomodidad que esto le causaba era tanta que un día, apenas sentados a la mesa para almorzar, como en desquite reticente, me dijo que Martínez Fuset (siniestro asesor jurídico militar) le había asegurado que el magistrado instructor del sumario contra José Antonio contaba que éste se había derrumbado al ser sacado de la celda donde estaba detenido para conducirlo al lugar de la ejecución y que había sido preciso inyectarle, y Franco comentó: “Ya ves tú, tanto hablar del valor de ese muchacho”, y yo, indignado, le dije que eso no era posible, y que se trataba de una canallesca mentira que no se podía escuchar»[32]. De hecho, contrariamente al deseo de Franco de ensuciar el recuerdo de José Antonio, los relatos de los testigos aseguraban que éste había perecido con valentía y dignidad[33].

Si bien José Antonio no había sido castrado, la Falange había sido decapitada, y Franco iba a aprovecharse por completo de esta situación. Básicamente, el Generalísimo consideraba que aceptar la ayuda de la Falange era un mal necesario. Veía con cierta aversión su imitación pretenciosa de los modelos del Eje y su vehemente retórica de igualitarismo, y las toleraba debido a la necesidad de disponer de carne de cañón durante la guerra y de que alguien se encargara de diversas tareas desagradables relacionadas con la guerra, entre ellas la represión. Sometió la Falange a su control mediante el complejo proceso de su incorporación, en abril de 1937, al partido único del Régimen, la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, junto con los carlistas, la CEDA y los monárquicos ortodoxos partidarios de Alfonso XIII. En el fondo, todos siguieron considerándose básicamente falangistas, carlistas, cristianodemócratas o monárquicos alfonsinos, y reconociéndose entre sí como tales. Las organizaciones y aparatos de sus partidos habían desaparecido, pero los intereses y los compromisos que representaban seguían vivos. A Franco se le daría muy bien manipularlos para mantenerlos en la FET y de las JONS, o el Movimiento, a fuerza de ofrecer cargos oficiales a modo de incentivo y de amenazar con retirar su apoyo, según el caso. El Caudillo sabía instintivamente que el hecho de que los componentes del Movimiento se definieran como eclesiásticos, militares, monárquicos, falangistas o, de modo más general, como franquistas, dependía de un equilibrio siempre inestable entre compromiso ideológico y puro oportunismo, que respondía a las cambiantes circunstancias nacionales e internacionales. Y supo explotarlo con considerable maestría.

La resistencia falangista fue mínima, sobre todo después de la detención de Manuel Hedilla, el hombre que

había esperado suceder a José Antonio. La mayoría de los líderes y de las bases falangistas hizo poco por cambiar la mala opinión que Franco tenía de ellos. Después de la unificación, según Serrano Súñer, «estuvieron dispuestos a servir incondicionalmente al nuevo jefe, impuesto por decreto —como ellos decían antes—, esto es, el que daba y quitaba el poder, los cargos y las ventajas». La resistencia se limitaba a burlarse de Franco en privado. Uno de los hombres más ingeniosos del régimen, Agustín de Foxá, dijo de la envidia que la vieja guardia o los «camisas viejas» despertaban en Franco: «Sus celos eran como los del casado con una viuda de las que se pasan la vida hablando del primer marido». Uno de los más respetados, Dionisio Ridruejo, afirmaba en broma que el himno de la Falange de Franco debería ser un cuplé de Concha Piquer cuyo estribillo decía:

No te llames Francisco,

llámate Antonio,

que Antonio se llamaba

mi primer novio[34].

Aunque Franco fuese objeto de burla a puerta cerrada, ya dominaba a la Falange, que había renunciado a su radicalismo retórico a cambio de sinecuras en la enorme burocracia del régimen. Al fin y al cabo, a diferencia del NSDAP en Alemania o del Partido Fascista en Italia, la Falange no había conquistado el Estado gracias a su propio esfuerzo, sino que había llegado al poder a lomos del alzamiento militar. Había perdido todo dinamismo autónomo cuando, después de la unificación, se permitió aportar miembros para conformar la estructura burocrática del nuevo Estado de Franco. La Falange se convirtió en un trampolín para medrar, de modo que la retórica siempre flexible de sus líderes quedó reducida a un medio para buscar favores y conseguir el ascenso. Franco se aseguró de que se abandonara discretamente el objetivo falangista de la revolución nacionalsindicalista en aras de la búsqueda de los empleos seguros de los funcionarios del Estado. La reforma agraria y la nacionalización de los bancos pasaron a formar parte de la «revolución pendiente»[35].

A pesar del desdén que Franco sentía por la Falange, inmediatamente después de la Guerra Civil y durante la Segunda Guerra Mundial, le convenía que fuera el partido el que diese un barniz ideológico a su régimen incipiente. Esto reflejaba en gran parte la necesidad de ganarse el favor de los aliados alemanes e italianos que tanto contribuían a asegurar la victoria de Franco y, más adelante, a la esperanza de participar del éxito del Eje. Como Franco creía fervientemente que el Eje determinaría el nuevo orden mundial, estaba encantado de que la Falange y el franquismo parecieran indisociables a los ojos del mundo exterior. También era una forma útil de contrarrestar la oposición contenida de los monárquicos militares. El control de un partido aparentemente fascista proporcionaba un carné de miembro del club del Eje, con el que Franco esperaba obtener una parte del botín de la derrota aliada. Aunque una sola rama del Movimiento, Falange Española y de las JONS, proporcionaba la estructura, el nombre, el vocabulario y los mecanismos propagandísticos del partido único, sólo existía una persona que pudiera desafiar la autoridad de Franco, y ese alguien era Ramón Serrano Súñer, quien, como presidente del comité ejecutivo de la Falange, la Junta Política, fue a efectos prácticos el jefe del partido desde 1937 hasta 1942.

Serrano Súñer intentó encontrar un término medio entre los ideales de José Antonio Primo de Rivera y las duras realidades de Salamanca en tiempos de guerra. La sinceridad de sus esfuerzos por, como él mismo decía, «salvar en la medida de lo posible el legado de José Antonio» se ve reflejada en el hecho de que pudo conseguir la colaboración, y más adelante la larga amistad, del idealista poeta de Falange Dionisio Ridruejo. Tras la Guerra Civil, sus intentos por llevar a la práctica el espíritu de lo que José Antonio había escrito en la cárcel le crearon conflictos con los oficiales conservadores del Ejército, una rivalidad que Franco explotó para asegurarse su posición de dominio tanto en el Ejército como en la Falange. Ridruejo contó con la oposición de muchos camisas nuevas o «franco-falangistas» que preferían adular al Caudillo como forma de impulsar sus carreras.

Franco siempre envidió el prestigio que confería a Serrano Súñer el haber sido amigo de toda la vida de José Antonio, y en la primavera de 1941 esa envidia empezaba a dar paso al temor de que su cuñado pudiera suponer una auténtica amenaza para su posición. Sin duda, Franco sospechaba que, para Serrano Súñer, la Falange importaba más que el Caudillo. No hizo nada hasta que, a finales de abril, el general Juan Vigón le dijo que, si no se limitaba el poder de Serrano Súñer, todos los ministros militares dimitirían de sus cargos en el gabinete[36]. Puede que esto fuera un reflejo del éxito de la política británica, instituida nueve meses antes, que consistía en sobornar a elementos importantes del Alto Mando español. Como consecuencia de ella, se habían distribuido trece millones de dólares a través de Aranda[37]. Esta presión de los militares coincidió con una iniciativa de la Falange, inspirada con casi total seguridad por Serrano Súñer. Antonio Tovar, el Director General de Prensa y Propaganda, firmó un acuerdo con la agencia de prensa alemana Transocean para que

ésta proporcionara noticias del extranjero. Transocean estaba dirigida por Hans Lazar, el agregado de prensa nazi en la Embajada del Tercer Reich, y el material suministrado era, inevitablemente, contrario a los aliados. Entonces, un decreto del 1 de mayo de 1941 eximió a la prensa falangista de toda censura que no fuera la aplicada por su propia Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de FET y de las JONS. Con ello prácticamente se creaba una prensa fascista independiente al servicio del Cuñadísimo[38]. Al día siguiente, en Mota del Cuervo, Serrano Súñer pronunció un virulento discurso en el que atacaba a Inglaterra y hacía un llamamiento para que una Falange muy unida asumiera el monopolio del poder[39].

Como respuesta, Franco reforzó la presencia militar en el consejo de ministros nombrando al coronel Valentín Galarza Morante ministro de Interior. En teoría, desde el 17 de octubre de 1940, día en que se había trasladado a Serrano Súñer al Ministerio de Asuntos Exteriores, el mismo Franco había sido ministro del Interior, mientras que el subsecretario, José Lorente Sanz, se encargaba de supervisar el día a día. De hecho, dada la lealtad de Lorente Sanz, esto había permitido a Serrano Súñer conservar un poder considerable en muchas de las funciones ministeriales, incluidas la prensa y la propaganda. Franco no sólo no informó a Serrano Súñer con antelación, sino que también hizo otros nombramientos clave que reforzaron considerablemente al grupo militar. Como parte de su estrategia de defensa, Serrano Súñer y sus partidarios más importantes presentaron su dimisión. El Cuñadísimo creía que sus amigos que ocupaban altos cargos de la Falange se mantendrían firmes, pero Franco trató con ellos por separado y la crisis se resolvió finalmente con una serie de cambios en el gabinete que debilitaron irrevocablemente la posición de Serrano Súñer. Franco limitó el poder del Cuñadísimo, pero no acabó por completo con él por miedo a perder hasta cierto punto el control sobre los generales monárquicos. Los partidarios de Serrano estaban divididos. Los más leales fueron destituidos y los restantes aceptaron ofertas de Franco, encantados de obtener un ascenso. La facilidad con que explotaba la venalidad de la mayoría de altos cargos falangistas convenció a Franco de lo que ya sabía instintivamente: que la Falange podía comprarse por muy poco[40].

Franco estuvo encantado de encontrar un sustituto como cabeza visible de la Falange. El 19 de mayo de 1941, José Luis de Arrese y Magra se convirtió en ministro secretario general de la FET y de las JONS. El ambicioso Arrese era un lacayo servil, por lo que Franco lo apreciaba mucho. Cuando fue nombrado ministro secretario general, los seguidores de José Antonio se quedaron con la impresión de que su mayor cualificación para el cargo había sido su mediocridad. Dionisio Ridruejo le dijo delante de un grupo de altos cargos falangistas: «No te hagas ilusiones, Franco te ha nombrado porque cree que eres el más dócil e insignificante de los falangistas que tiene a la mano y el más fácil de manejar»[41]. Que Ridruejo tenía razón puede comprobarse en una carta que Arrese envió a Franco tras su regreso de un viaje por Cataluña para celebrar el tercer aniversario de la derrota de los republicanos en Barcelona. Arrese había preparado unos actos impresionantes de glorificación pública para presentar al Caudillo como el querido jefe del Ejército y de la Falange. El 26 de enero, a su llegada a Barcelona, Franco fue recibido por el Ejército, la Iglesia y la Falange con la pompa y la ceremonia que ya entonces eran habituales. Se organizaron desfiles espectaculares de regimientos del Ejército y milicias falangistas, con exhibiciones aéreas y salvas de artillería, en Barcelona, Sabadell, Gerona, Tarragona y, en el camino de vuelta a la capital, en Zaragoza. A su regreso a Madrid, había cien mil falangistas alineados a lo largo de la carretera. La carta lisonjera de Arrese rebosaba elogios a Franco por «sencillamente dar el Golpe de Estado que tenía aún pendiente la Revolución Española». En efecto, al describir en tales términos la retórica vacía de Franco en Cataluña, Arrese no sólo demostraba su capacidad de adulación, sino también su disposición a vender a la Falange[42].

Con una ambición que los comentarios de Ridruejo no disminuyeron, y quizás incluso estimularon, Arrese se subió al carro de la creciente desconfianza que Franco sentía por Serrano Súñer. Curiosamente, la embajada alemana, como Franco, lo consideraba flexible. Así pues, creían que Arrese favorecería más sus intereses que Serrano Súñer, cuya firme defensa de la independencia española representaba un obstáculo para sus planes. Mientras la Falange se peleaba por el poder con otros componentes del Movimiento, Franco se mantuvo alerta, enfrentándolos entre sí, decidido siempre a consolidar su posición como árbitro. Las rivalidades internas de la Falange simplemente le facilitaron mucho la tarea. Un ejemplo revelador es la forma en que trató la ramificación política del llamado incidente de Begoña, consistente en el enfrentamiento entre falangistas y carlistas en el Santuario de la Virgen de Begoña, cerca de Bilbao, el 16 de agosto de 1942.

Con la excusa absurda de que los carlistas estaban planeando una importante manifestación en contra del régimen, y animado por la embajada británica, un grupo de falangistas bien armados se dirigió de Valladolid a Begoña y lanzó dos bombas a la multitud, lo que causó casi cien heridos. El anglófilo general Varela, ministro de la Guerra, con el respaldo del ministro del Interior, el coronel Valentín Galarza, aprovechó la oportunidad de perjudicar a la Falange y presentó a Franco el incidente como un ataque al Ejército en general y, particularmente, como un intento de asesinarlo a él. La versión que ofreció Serrano Súñer al Caudillo recalcaba que lo que había provocado la indignación de los falangistas había sido una manifestación contraria al régimen. En aquel momento, Franco estaba de vacaciones en Galicia, acompañado por Arrese, que no había dejado escapar la oportunidad de insinuar que el incidente de Begoña era el inicio de un complot para

suplantarlo. Al principio, sin embargo, lo que más irritó a Franco fue lo que consideraba un intento ambicioso de Varela de sacar provecho político de los sucesos de Begoña. Cuando Franco volvió a Madrid, Varela, que sabía que contaba con el apoyo de Galarza y de otros altos cargos militares monárquicos, hizo una apuesta peligrosa. Entregó al Caudillo una carta de dimisión en la que se ofrecía a continuar en su cargo sólo si los falangistas responsables de los hechos de Begoña eran duramente castigados y se efectuaba una reestructuración del gabinete para que lo dominaran los generales monárquicos. Reticente a perder el apoyo de los monárquicos, Franco accedió a ejecutar a los falangistas considerados culpables del lanzamiento de las bombas y trató de convencer a Varela de que se quedara. Cuando éste insistió en que se llevaran a cabo los cambios en el gabinete, Franco simplemente aceptó su dimisión y despidió también a Galarza.

Las principales figuras de la Falange se regocijaron con ello, pero su alegría fue efímera. Franco sabía muy bien que Serrano Súñer interpretaría la destitución de Varela como una victoria. Tanto su adusto asesor político Carrero Blanco como Arrese confirmaron sus sospechas. Por consiguiente, sustituyó a su ministro del Interior por el conde de Jordana. De hecho, Franco había manejado la situación de tal modo que había podido terminar el proceso iniciado el mes de mayo del año anterior. No sólo arrebató definitivamente todo poder político a Serrano Súñer, sino que además logró asegurarse de que la facción monárquica no sacara ningún provecho de su caída[43]. Siguió enfrentando a monárquicos y falangistas entre sí aunque con la seguridad de que Arrese sería muchísimo más dócil de lo que Serrano Súñer había sido nunca.

Cuando la suerte del Eje empezó a cambiar en la Segunda Guerra Mundial, la conducta falangista se volvió algo desesperada. Con la aprobación aparente, o por lo menos la política de «dejar hacer» de Franco, diversos grupos de matones falangistas recuperaron métodos que no se usaban desde la caída de Mussolini. Detenían ilegalmente a monárquicos y a liberales considerados enemigos del régimen, los golpeaban, les afeitaban la cabeza y les obligaban a beber aceite de ricino. Entraban en locales «sospechosos», como los de la revista *Destino* o las oficinas de una organización americana de ayuda a los judíos, y los destrozaban[44]. La violencia falangista era, en cierta medida, un síntoma del temor que provocaba en ellos el hecho de que, como el régimen se enfrentaba al aislamiento internacional, Franco necesitaba el apoyo de la Iglesia católica tanto como el de la Falange.

Por consiguiente, sabían que la competencia más grande para su hegemonía en el interior del Movimiento procedía de los católicos de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, dirigida por el excedista y presidente de Acción Católica, Alberto Martín Artajo. Los falangistas envidiaban el poder que ejercían los católicos sobre la prensa, la educación e incluso la banca, y la influencia política de la Iglesia. Muchos propagandistas ocupaban puestos clave en los bancos y en el *holding* del Gobierno, el Instituto Nacional de Industria. Como la Falange, la ACNP también aportaba una proporción elevada de gobernadores civiles provinciales[45]. Éstos controlaban siete periódicos, y en 1939 fundaron el influyente Consejo Superior de Investigaciones Científicas en connivencia con el Opus Dei. Los falangistas carecían precisamente de esta influencia en los diversos ámbitos de la sociedad civil. De manera inevitable, después de que se vinieran abajo todas las esperanzas de una victoria del Eje y de la consiguiente disminución del poder falangista, la presencia católica aumentaría en las altas esferas[46].

Sintomático de ello fue que, en octubre de 1944, el ministro de Educación, José Ibáñez Martín, se reincorporase a la ACNP para intentar desvincularse de su anterior fascismo estridente, un hecho significativo para un ministro que había estado cinco años en el Gobierno y que continuaría allí siete años más. En la remodelación del Gobierno de posguerra del 18 de julio de 1945, Franco reconoció, como siempre siguiendo el consejo de su eminencia gris, el capitán Luis Carrero Blanco, cambios en la configuración de las fuerzas tanto internacionales como nacionales. Por consiguiente, invitó al jefe de la ACNP, Alberto Martín Artajo, a formar parte del Gobierno como ministro de Asuntos Exteriores. Con ello, esperaba ofrecer una imagen cristianodemócrata, más acorde con los vientos que soplaban en el resto de Europa. Aunque monárquico, Martín Artajo era un pragmático absoluto. Le preocupaba menos restaurar la monarquía que reducir la influencia de la Falange en el interior del Régimen a favor de los intereses católicos[47].

Paradójicamente, la «corrupción» de la Falange le permitió sobrevivir a la derrota del Eje. FET y de las JONS estaba demasiado arraigada en las estructuras del gobierno local y central para que resultase fácil de eliminar, y poseía demasiada poca autonomía o incluso fuerza ideológica para que fuera necesario efectuar una purga[48]. Por consiguiente, cuando sus esperanzas de una victoria del Eje quedaron reducidas a la nada, en lugar de abandonar la Falange, como muchos de sus colaboradores militares y monárquicos le recomendaban, consideró astutamente que ésta le proporcionaba una base de poder dócil y necesitada. Lo lógico, o eso parecía a los monárquicos, entre otros, habría sido que Franco se desentendiera de sus pasadas simpatías por el Eje y, como gesto de buena voluntad hacia las potencias democráticas, disolviera la Falange. Pero él no tenía la menor intención de hacerlo porque estimaba que eso lo debilitaría frente a los monárquicos. Aun así, no faltaban las voces sabias que le animaban a hacer algo para reducir la hostilidad internacional. Una persona que le daba consejos sensatos era Ramón Serrano Súñer.

Después del primer discurso que Ernest Bevin, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores británico, pronunció el 20 de agosto de 1945 ante la Cámara de los Comunes, Serrano Súñer le escribió a Franco. Bevin había dejado claro que las potencias occidentales no harían nada en contra de Franco al afirmar que «la cuestión del régimen en España tiene que decidirla el pueblo español»[49]. En un análisis muy complejo, Serrano Súñer señalaba que esto representaba un rayo de luz en la noche oscura del franquismo. Escribió: «Todo hay que agradecerlo a la providencia de Dios, pero sería insigne insensatez valorar aquel discurso como absolución de nuestra política y garantía de nuestro presente y porvenir. Bien al contrario. La recta interpretación del beneficio que nos reporta es ésta: cuando ya teníamos cerrados todos los caminos, sin más pequeño espacio para maniobrar, al borde mismo del abismo, se nos ofrece ¡otra vez!, la posibilidad de hacer algo. Temerario sería, sin embargo, pensar que aquel espacio ha de mantenerse indefinidamente, y serían graves las consecuencias de no utilizarlo pronto». Aunque justificaba la política de Franco entre 1936 y 1945, sostenía, desde un punto de vista patriótico que: «Si el Eje hubiera triunfado, España habría tenido un papel en el mundo gracias a nuestra presencia en el Poder. Pero no debemos ahora exponernos a que, por la misma razón, España sea perseguida. Hicimos un servicio y debemos consumirlo. Entonces y ahora lo que quisimos y queremos es que España se salve aunque nosotros perezcamos». En referencia a la pervivencia del Movimiento, proseguía: «Sea cual sea el último designio de los aliados para con España, la apariencia totalitaria del régimen les da pretexto para cualquier agresión». Por consiguiente, concluía que: «La Falange debe ser hoy honrosamente licenciada con la conciencia de haber servido a España en su momento. Si mañana fuera derribada por coacción exterior pesaría sobre ella la vergüenza de haber antepuesto su vanidad al servicio de la Patria»[50]. Huelga decir que Franco no siguió este consejo de su cuñado. A él no lo cohibía «la vergüenza de haber antepuesto su vanidad al servicio de la Patria».

En un tono similar, a finales de 1945, el monárquico inmensamente sagaz José María Pemán demostró que, por una vez, no había entendido del todo el juego de Franco cuando expresó su sorpresa en su diario: «Franco cree en la Falange, la ama. Recibe a los ministros falangistas como “los suyos”, “los de familia”. Arrese sigue yendo a El Pardo e influyendo. Dios mío, si me hubieran dicho que Franco tenía una amiga, mal me hubiera parecido y mucho me hubiera extrañado. Pero esto es peor: tiene una “convicción”, lo que yo creía que no tenía; lo que era preciso que no tuviera para poderse manejar hasta el final con esa desenvoltura y agilidad fría que le ha valido sus mejores éxitos. Su capacidad de cálculo, frialdad y hasta ingratitud, tan útil cuando tiró a Serrano y a tantos, va estrellarse en la Falange, que tanto le perjudica ahora. Yo creía que él se había acostumbrado en África a que le mataran el caballo y salir ileso. Esto era malo, naturalmente, para los caballos. Para él era excelente… y podía serlo ahora para España. Pero ahora resulta que hay un caballo con el que se ha unido y con el que está dispuesto a darse, juntos, el batacazo. Yo no me atrevo a sentenciar si hace bien o mal en evolucionar tan despacio, en mantenerse, en amarrarse el cinturón, como dice, en traer o no traer el rey, pero lo que me quita la tranquilidad es que todo esto, en vez de estar regido por el frío cálculo que yo creía, está regido por ese amor y esa fe absurda en FET»[51].

Pemán se equivocaba. FET y de las JONS llevaba a cabo una serie de tareas útiles a Franco. Sus movilizaciones masivas le proporcionaban la apariencia de contar con el respaldo popular. Sus estructuras burocráticas sofocaban las aspiraciones de los obreros y los campesinos. Sus ideólogos habían elaborado una versión española del *Führerprinzip*, la Teoría del Caudillaje[52]. Las diversas leyes que fueron aprobadas a partir de 1946 y que, conjuntamente, formaron la «constitución» franquista conservaban un barniz de retórica falangista, pero su momento había pasado. Sólo había alcanzado cierto grado de autonomía política durante los días triunfales del Eje en la Segunda Guerra Mundial, porque la ambición de Franco se lo había permitido. Como último recurso, siempre se apresuraba a adaptarse a cualquier cambio político que él introdujera. A pesar de todo, siguió dominando los instrumentos de la hegemonía ideológica hasta 1975 a través de la red periodística del Movimiento, de los sindicatos verticales y de la burocracia en rápido crecimiento de las administraciones central y local. Además de las relaciones laborales, también recaía en la Falange la responsabilidad de la vivienda y la Seguridad Social. Todos los oficiales del Ejército, los funcionarios del Estado y los sindicalistas eran automáticamente miembros de FET y de las JONS.

Pero en el conjunto de fuerzas que integraban el Movimiento, el auténtico poder político era algo que en parte había que conseguir con chanchullos y que en parte dependía de cómo pensara el Caudillo que podría asegurar mejor la supervivencia de su poder. Incluso cuando, en medio de la cambiante situación internacional, Franco dio más importancia a otros grupos que componían el Movimiento, la Falange perduró como un pulpo resentido y obstruccionista con tentáculos en todas partes, incapaz de impedir totalmente el cambio pero que mantenía intacta su capacidad de crear problemas. Franco sabía que quizás habría convenido a otros elementos de su coalición que la Falange desapareciera, pero, poco dispuesto a renunciar a un grupo de apoyo ferviente, la había consolidado demasiado bien en todos los ámbitos de la vida nacional.

A lo largo de las siguientes décadas hubo intentos de restablecer la hegemonía falangista en el interior del Movimiento, pero no lograron gran cosa. Después de 1951, Falange Española Tradicionalista y de las JONS se dividió entre una mayoría colaboracionista que estaba preparada para tragarse el creciente monarquismo del

régimen y una minoría de puristas radicales, comprometidos con una república totalitaria. Los colaboracionistas estaban dispuestos a ceder en sus principios ideológicos antes que renunciar a los frutos del poder. A medida que el sueño de hacer la revolución falangista se desvanecía, las tensiones en el interior del Movimiento fueron aumentando. Así, en la concentración de noviembre de 1955 en El Escorial para conmemorar el aniversario de la muerte del fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, Franco fue acusado de traidor[53].

A finales de 1955, un grupo de falangistas destacados de Madrid, temerosos de la creciente influencia de los monárquicos, hicieron un llamamiento a Franco para la implantación de la «revolución pendiente». Su respuesta, de hecho, fue el regreso a mediados de febrero de 1956 de José Luis de Arrese como ministro secretario general del Movimiento. Mientras Franco estaba distraído con el complicado, y para él doloroso, proceso de descolonización del Marruecos español, Arrese trabajó mucho para modificar las «leyes fundamentales» del Régimen de modo que la Falange se erigiera en árbitro final del futuro del sistema político con la concesión al Consejo Nacional del Movimiento del derecho a destituir al sucesor de Franco y, con ello, perpetuar la preeminencia de la Falange. Arrese aduló a Franco durante un viaje por Andalucía en la primavera de 1956, y al parecer el Caudillo, obsesionado con la pérdida de Marruecos, estuvo encantado de que le recordaran las glorias de la Guerra Civil y los días en que el triunfo del Eje parecía asegurado. Sin embargo, cuando los carlistas, los monárquicos del régimen y la Iglesia se unieron para oponerse al plan de Arrese, Franco no tuvo ningún escrúpulo en obligarlo a suavizar su texto. La docilidad de Arrese quedó demostrada cuando aceptó que se le relegase al Ministerio de Vivienda[54].

Franco, sin embargo, seguía afrontando los problemas que generaba la tensión entre falangistas y monárquicos, así como el creciente estancamiento de la economía española. En la misma remodelación del gabinete de febrero de 1957 en que se produjo la humillación de Arrese, Franco entregó a efectos reales las riendas de la gestión económica diaria a los llamados «tecnócratas» relacionados con el Opus Dei. Los falangistas que permanecieron en el gabinete eran sumisos como Arrese. En gran medida, el ascenso de los tecnócratas marcó el final de una opción falangista. Los falangistas esperaban perpetuar un Movimiento en el que ellos siguieran controlando las instituciones importantes, los sindicatos verticales, el sistema de la Seguridad Social y la administración local. Pero aunque los elementos no falangistas defendían de boquilla la idea y los ideales del Movimiento, preferían considerarlo una gran agrupación ideológica que incluía a todos los franquistas leales. Esta amplia interpretación del Movimiento tendió a imponerse a medida que el mismo Franco se daba cuenta de que su Régimen tenía que adaptarse a las circunstancias cambiantes del mundo en la década de 1960. Habría complots dirigidos a restablecer la hegemonía falangista y, cuando Franco chocheaba, los intentos para impedir el acceso al poder del sucesor designado, el príncipe Juan Carlos, se volvieron más frenéticos. Pero era demasiado tarde. Las actividades de los ultraderechistas tan afectos a la retórica hitleriana del «búnker» simplemente ponían de relieve que el tiempo de Franco y de la Falange había pasado, y que el partido había sido bien remunerado por los cuarenta años de servicios prestados.

EL MITO DEL BLOQUEO: FRANCO, DEL CID AL SUPERESTADO MASÓNICO

Es un desconcertante rasgo del «discreto encanto» del general Franco que el hondo y taimado cinismo con el que manipulaba a sus aliados o adversarios políticos coexistiera con las opiniones más simplistas sobre muchas cuestiones. Era conmovedora, de puro ingenua, su fe en trucos mágicos. A finales de los años treinta, estaba convencido de que llegaría a ser el soberano de una gran potencia renaciente gracias a las ilimitadas reservas de oro que le prometía su alquimista oficial, un misterioso hindú llamado Savarpoldi Hammaralt…, que bien hubiera podido ser un espía británico[1]. En 1940, apenas desengañado de aquel asunto, se dejó embaucar por un timador austríaco, Albert Eider von Filek, que le indujo a comprar la patente de una gasolina sintética fabricada con agua, hojas e ingredientes secretos, creyendo que esto haría de España un rico país exportador de petróleo[2].

A ese mismo hombre, Franco, se le llegó a comparar en vida con el arcángel san Gabriel, con Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno, el Cid, Carlos V, Felipe II y Napoleón[3]. Tal adulación era típica de la máquina propagandística de cualquier régimen despótico; lo asombroso es que el Generalísimo se viera realmente reflejado en los pomposos términos de su propia propaganda. De hecho, uno de sus propagandistas durante la Guerra Civil española, el surrealista Ernesto Giménez Caballero, escribió: «No tiene sable. Sólo se le ve en el bolsillo de la guerrera una pequeña varita negra y plateada. He aquí su bastón de mando, su vara mágica. Su porra, su falo incomparable»[4]. El mismo Giménez Caballero, a quien Franco premió con la embajada española en Paraguay, le escribió a finales de 1947 que «habiendo vaticinado desde 1932 que existiría V. E. como Rey natural de España y habiendo contribuido además a tal “realidad” con mi esfuerzo y mi pluma, creo tener más derecho que quizá nadie en nuestro país para ofreceros hoy mis previsiones históricas más o menos próximas por si pueden seros útiles»[5].

No es de extrañar que identificarse con los grandes guerreros y forjadores de imperios del pasado español se convirtiese para Franco en una segunda naturaleza, en un deseo de ser un rey guerrero, un rey-caudillo, y no sólo por leer lo que se decía de él en los medios de comunicación de su régimen, los periódicos y las radios que lo ensalzaban. El deseo de Franco por alcanzar el grado de héroe legendario formaba parte de otro afán mucho más arraigado en él desde su infancia: el de merecer la aprobación de un padre que lo despreciaba. Cuando Francisco se convirtió en jefe del Estado, su padre no dio muestras de orgullo ni de satisfacción ante ese encumbramiento y siguió tratándole de «cerdo inepto». Especialmente ridícula le parecía la obsesión de su hijo con la «conspiración judeo-masónica», y comentaba: «¿Qué demonios puede saber mi hijo de la masonería? Es una asociación llena de hombres ilustres y honorables, ciertamente superiores a él en conocimientos y apertura de espíritu»[6].

Esa idea fija a propósito de la masonería no era el único elemento que había de influir en la política exterior de Franco. Durante su servicio como soldado colonial en las guerras africanas de España, aprendió muchas de las estratagemas y tretas que caracterizarían su política a partir de 1936. Observó, por ejemplo, que el éxito político era fruto de un hábil juego de «divide y vencerás» entre los jefes tribales. Eso es lo que el Sultán había hecho y lo que los mejores altos comisarios españoles aspiraban a hacer. Se incitaba a caciques astutos, rapaces, envidiosos y resentidos a enfrentarse unos con otros en una movediza urdimbre de alianzas, traiciones y golpes imprevistos. La asimilación de tales artes conformaría la política exterior de Franco, y las técnicas aplicadas con éxito a las tribus de las montañas africanas se revelarían a menudo sorprendentemente eficaces para oponer entre sí, pese a su gran experiencia, a los funcionarios del Departamento de Estado y a los del Foreign Office con quienes el Régimen tendría que tratar.

Franco salió indemne de las guerras de Marruecos y de los momentos más tenebrosos de la Guerra Civil, la Guerra Mundial y la Guerra Fría gracias a una confianza jamás socavada por la autocrítica. Su certeza de tener siempre la razón le dio la flexibilidad necesaria para adaptarse una y otra vez a las circunstancias nacionales e internacionales en continuo cambio. También facilitó su pragmatismo el no estar limitado por ninguna visión ideológica de largo alcance como la que acariciaban Hitler y Mussolini.

Su filosofía política, si alguna tenía, era sumamente restringida, con frecuencia negativa y derivada de sus antecedentes militares. Como la mayoría de los oficiales de su generación, odiaba ante todo y sobre todo el separatismo, el comunismo y la masonería. Achacaba a esta última, por motivos faltos de base racional, todos los males de la España moderna, en particular la invasión napoleónica, la pérdida del imperio, las guerras civiles de los siglos XIX y XX y el ostracismo internacional al que se vio sometido su Régimen después de

1945[7]. Su virulenta obsesión por la masonería desempeñó en su vida el mismo papel que el antisemitismo en la de Hitler. Su odio a la Orden le hizo ver influencias masónicas tanto en el movimiento independentista marroquí de los años cincuenta como en el Concilio Vaticano II. Con toda probabilidad dicha obsesión se debía a que su propio padre había sido masón, aunque también se ha sugerido como motivo el hecho de que se le negara la admisión en dos logias masónicas a las que al parecer intentó afiliarse en 1924 y 1932 respectivamente[8].

Franco asociaba la masonería con el auge de los valores de la Ilustración y de la Revolución francesa en la España de los siglos XVIII y XIX, que él solía denominar «la gran invasión del mal». La historia de España desde Felipe II se reducía, según él, a tres «calamitosos siglos» de decadencia, corrupción y francmasonería. Al hablar de los grandes «reyes-caudillos» de la Edad Media, daba claramente a entender que él mismo pertenecía a un linaje de grandes jefes interrumpido después de Felipe II[9]. En una iconografía y un ceremonial pseudomedievales, Franco solía aparecer representado con los rasgos de un piadoso cruzado o, más precisamente, del Cid. Esto, además de servirle de estímulo personal, revestía especial importancia para lo que pasaba por ideología en su dictadura. Rodeado de aduladores desde finales de los años treinta, Franco permaneció en El Pardo, de donde salía únicamente para presidir actos oficiales en los que se exaltaba al máximo su grandeza como personaje casi real. Su percepción del mundo exterior y del puesto que en él ocupaba quedaba deformada al pasar por el filtro de la adulación[10].

Dos hechos políticos acaecidos cuando Franco era todavía joven llegarían a dominar su pensamiento político y convencerle de las siniestras maquinaciones de las potencias anglosajonas. El primero fue la gran derrota naval que Estados Unidos infligió a España en Santiago de Cuba el 3 de julio de 1898, con la consiguiente pérdida de lo que quedaba del imperio: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. El segundo tuvo mucho que ver con el papel desempeñado por España en una guerra colonial que estalló en Marruecos. El año 1898 sería para Franco el punto de partida de un resentimiento contra Estados Unidos que había de durar hasta el fin de su vida; la posición subordinada de España en Marruecos constituiría también la base de una relación de amor-odio con Inglaterra, a cuyas intrigas el Caudillo atribuía las dificultades españolas en aquella zona.

Las guerras de Marruecos, y más aún la Guerra Civil española, consolidaron en la mente de Franco su imagen de «cruzado» medieval. Durante la Guerra Civil utilizaría constantemente el simbolismo de la antigua grandeza de España, como lo hizo de modo especial cuando, al avanzar hacia Madrid en septiembre de 1936, desvió sus tropas para liberar el sitiado Alcázar de Toledo. Con ello Franco pretendía dar un buen empujón propagandístico a sus aspiraciones de ejercer el mando supremo en el campo de los nacionales. La propaganda transformó aquella victoria en una verdadera fábula, que bien podía haber salido directamente de las leyendas del Cid. La liberación del Alcázar dio a Franco fama internacional, y muchos lo comparaban ya al gran guerrero y héroe de la Edad Media. La Iglesia misma sancionó esta analogía empleando la palabra «cruzada» para designar la Guerra Civil[11].

En 1937 Franco confió oficialmente a uno de los más sañudos adversarios de la masonería, el padre Juan Tusquets, la tarea de detectar cualquier indicio de influencia masónica en su prensa[12]. En el transcurso de la Guerra Civil, el equipo nombrado a este efecto compuso un voluminoso «índice» de 80 000 individuos sospechosos de pertenecer a la masonería, a pesar de que en realidad los masones españoles no pasaban de seis mil en 1936 y su número quedó reducido a menos de mil en 1939. Las fichas de los así acusados servirían más tarde para aplicar la tristemente famosa Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo, promulgada en 1940. Franco mismo había ya comenzado a reunir una amplia colección de publicaciones masónicas en la que se basarían sus propios escritos sobre el tema[13].

La obsesión del Caudillo por la masonería era bastante más intensa que su odio al comunismo. Así, en 1939 se hizo enseguida a la idea del pacto nazi-soviético, consciente de las ventajas que reportaría al Tercer Reich, y comentó: «Es curioso que ahora seamos aliados de los rusos»[14]. Esa obsesión tenía mucho que ver con su hostilidad hacia las potencias democráticas, pero obedecía también a otras razones. Su vida en Marruecos como oficial de las tropas coloniales había dejado en él un resentimiento latente contra Inglaterra y Francia, a las que tenía por responsables del papel secundario de España en los asuntos internacionales. La Guerra Civil intensificó ese rencor. Aunque la política británica de no intervención contribuyó no poco a su victoria, Franco nunca perdonó a Londres que no abrazara más abiertamente su causa. En cuanto a Francia, la miraba con una mezcla de desprecio y odio por su política de apoyo indeciso a la República durante la guerra. Embriagado con su triunfo e inflado por un coro incesante de aduladores, se vio a sí mismo como el interlocutor natural de Hitler y Mussolini y aguardaba con impaciencia el momento de acabar con el poder de Inglaterra y Francia en el Mediterráneo e instaurar un nuevo imperio colonial heredero del de Carlos V y Felipe II.

En la primavera de 1939 se entregó a una auténtica bacanal de autoincensación, cuidadosamente puesta en escena, que afianzó su equiparación con las grandes figuras del pasado medieval de España. El 18 de mayo hacía su entrada oficial en la capital «según el ritual observado cuando Alfonso VI, junto con el Cid, tomó

Toledo en la Edad Media»[15]. Se encendieron hogueras en los montes más altos de cada provincia. Al día siguiente, 200 000 soldados desfilaron ante Franco para celebrar la victoria en un recorrido de más de veinticinco kilómetros por las calles de Madrid. En un acto aún más rimbombante, que tuvo lugar al tercer día, se acentuó el simbolismo medieval que vinculaba el esfuerzo bélico de Franco a la antigua Reconquista de España. Salvas de artillería saludaron al Caudillo cuando llegó a la real basílica de Santa Bárbara para asistir al solemne *tedeum* que había de cantarse en acción de gracias por su triunfo. Rodeado de las gloriosas reliquias militares de las «cruzadas» españolas de otros tiempos, en particular el pendón arrebatado a los moros en la batalla de las Navas de Tolosa (1212) y el estandarte enarbolado por don Juan de Austria en la de Lepanto (1571), Franco presentó su «espada de la victoria» al cardenal Gomá, arzobispo de Toledo y primado de las Españas, que lo bendijo solemnemente[16]. El traslado del cuartel general de Franco de Burgos a la capital, en octubre, sirvió de marco a un acto de despedida, organizado también con todo detalle, en el que el Caudillo volvía a ser identificado con el Cid. El alcalde pronunció un servil y untuoso discurso con estas palabras, entre otras: «La ciudad dice de todo corazón, como le dijo al Caballero de Vivar: “Caudillo, he aquí Burgos; gloria a Dios en las alturas y alabanza a vos, salvador de España”»[17].

En 1939, Franco vio en sus lazos con el fascismo de entonces la condición necesaria para el resurgimiento de una gloriosa tradición imperial y declaró que su victoria se había logrado en contra de los deseos de las «falsas democracias», de la masonería y del comunismo internacional[18]. Proyectaba tomar Gibraltar, apoderarse del imperio norteafricano de Francia y anexionarse Portugal. Los primeros triunfos del Tercer Reich le causaron tanta alegría como si hubieran sido suyos. Lo que en definitiva impidió a Franco sumarse a las potencias del Eje fue la postración militar y económica en que se encontraba España. No obstante, el Caudillo dio al Eje todo el apoyo que pudo, permitiendo a los submarinos y aviones alemanes repostar en España y organizando un complejo y fraudulento comercio triangular por el que España enviaba materias primas a los alemanes y supuestamente las reemplazaba con importaciones de Argentina; decidió también exportar wolframio a Alemania, lo que envenenaría más que ninguna otra cosa sus relaciones con los aliados.

La política británica respecto a Franco consistía en apartarlo gradualmente de sus preferencias por el Eje, valiéndose de mecanismos comerciales. Estados Unidos, por su parte, no estaba tan dispuesto a tener paciencia con el general, sobre todo después del llamado «incidente Laurel», en que el Gobierno español, en octubre de 1943, envió un telegrama de felicitación a José P. Laurel con motivo de su designación por los japoneses como gobernador títere de las Filipinas. Creyendo todavía en la victoria de Alemania, Franco persistió tercamente en su actitud y respondió con la «táctica del cerrojo» a la decisión de los aliados, tomada a fines de enero de 1944, de restringirle los suministros de petróleo. A consecuencia de esto, la ya ruinosa economía española llegó a un punto tal de atraso que el Caudillo acabó por capitular. La prensa nacional, sin embargo, guardó silencio sobre las protestas de los aliados acerca de las actividades españolas en pro del Eje y consideró que el embargo era una malintencionada medida de presión externa que pretendía romper una neutralidad mantenida contra viento y marea. La crisis de 1944 a propósito del wolframio podría verse como un preludio de la manera en que Franco llegaría a sobrevivir al bloqueo internacional de 1945-1949. Lo comparó a un asedio y se pintó a sí mismo como heroico jefe nacional que resistía a los embates de fuerzas abrumadoras[19]. Franco aprendió también una valiosa lección de aquellos acontecimientos. En el momento mismo en que las tropas aliadas se disponían a invadir Francia y los rusos avanzaban rápidamente hacia el oeste, Inglaterra y Estados Unidos no dieron muestras de querer acabar con él. Pese a la irritación que les provocaban su comportamiento hostil y su duplicidad, habían optado por la negociación.

A mediados de septiembre de 1944, la «eminencia gris» de Franco, el capitán de navío Luis Carrero Blanco, presentó un informe sobre el mundo de la posguerra, cuya tesis central era que Gran Bretaña, al combatir contra Alemania, se había equivocado de enemigo, contribuyendo así a hacer de la Rusia atea una superpotencia. España debía ahora entablar conversaciones con los ingleses para impedir la total destrucción del Tercer Reich[20]. El 18 de octubre de 1944, Franco envió a Churchill una carta para proponerle una futura alianza angloespañola contra los bolcheviques. A Churchill no le desagradaba del todo esta idea de Franco, pero algunos miembros del Ministerio de la Guerra tenían una opinión distinta. Por su parte, el viceprimer ministro, Clement Attlee, y el ministro de Asuntos Exteriores, Anthony Edén, eran hostiles a Franco[21]. En Washington, el presidente Roosevelt y el secretario de Estado, Cordell Hull, se oponían con firmeza a la admisión de la España franquista en Naciones Unidas[22]. Persuadido, con razón, de que Franco lucharía hasta la muerte antes de abandonar el poder, Churchill rechazó toda sugerencia de embargo sobre el petróleo con vistas a derrocarle[23].

La tensión entre esas dos actitudes seguiría caracterizando la política inglesa y norteamericana para con Franco hasta finales de los años cuarenta. El Generalísimo sabía muy bien que la represión por sí sola no garantizaría su supervivencia, si la situación internacional le era adversa. Cifró pues sus esperanzas en que los aliados verían en él una promesa de estabilidad anticomunista en España preferible a la que representaban la oposición republicana o don Juan de Borbón, conde de Barcelona y pretendiente al trono. Su confianza a este respecto aumentó con las indiscretas garantías del embajador de Estados Unidos —el engolado catedrático de

Historia Carlton Hayes— de que, fueran cuales fueren las circunstancias, Roosevelt no intervendría nunca en los asuntos de España[24]. Disimulando su aversión a todo lo norteamericano, el Caudillo puso tal empeño en ganarse el favor de Hayes que el encargado de negocios de la embajada británica no pudo por menos de comentar con ironía: «Franco corteja a Hayes mientras brilla el sol». La amistad hispanonorteamericana se exageró públicamente en España con el obvio propósito de realzar la estatura internacional de Franco para mantener la moral de sus partidarios y minar la de sus enemigos. A la Falange se le encargó organizar una delirante manifestación de bienvenida con motivo de la llegada de Norman Armour, sucesor de Hayes, para presentar sus credenciales. En privado, no obstante, Franco revelaba su verdadera actitud para con Estados Unidos al hablar de su íntima insatisfacción por entregarse a ese juego y aprovecharse de la «histeria política de Norteamérica», con lo que aludía a los cambios de Gobierno basados en la elección popular[25]. Era esto un claro indicio de su desprecio hacia la democracia estadounidense, que seguía considerando un peligroso semillero de masones.

Cuando la Conferencia de Yalta, celebrada del 4 al 11 de febrero de 1945, pidió que se celebraran elecciones democráticas en los países liberados, Franco fue lo bastante sagaz para suponer que Stalin se negaría a permitirlas en Polonia o Hungría y que él mismo lograría sustraerse a transformaciones políticas fatales. Estos proyectos, sin embargo, se vieron amenazados por la muerte del presidente Roosevelt, acaecida el 12 de abril, y la elección de su sucesor, Harry S. Truman. Al nuevo presidente, que tenía fama de hablar claro y sin tapujos, le horrorizaban las sutilezas de Franco, su régimen represivo, su fanatismo religioso y sus diatribas contra la masonería, el liberalismo y la democracia. De momento, lo mejor que podía hacer Franco era reescribir la historia de su papel durante la Segunda Guerra Mundial. La estrategia del Caudillo para sobrevivir parecía sencilla en teoría, pero entrañaba algunas dificultades prácticas. Por una parte, atendiendo a su posición en España, debía esforzarse lo máximo posible por consolidar la lealtad de los tres grandes pilares del Régimen: la Iglesia, el Ejército y el partido único, la Falange. Por otra, de cara al extranjero, haría hincapié en los elementos católico y monárquico, dejando a un lado los aspectos fascistas y presentando así su sistema político como algo específicamente español.

Su objetivo principal no era otro que mantenerse en el poder. Expuesto a la lisonja diaria desde hacía casi un decenio, Franco no veía ninguna contradicción entre sus propias necesidades políticas y las de su país. A sus ojos, toda crítica extranjera dirigida contra él era, pues, fruto de una conspiración masónica contra España. Como timonel divinamente inspirado de un navío sobre el que se cernían mil peligros, su primer cometido fue asegurarse de la fidelidad de su tripulación. Astutamente optó por no desmantelar la Falange, que, según el caso, le servía como «baluarte contra la subversión», válvula de escape («a ella le echan la culpa de los errores del Gobierno») o mecanismo para movilizar las masas durante sus giras por España[26]. En cuanto a los cambios, se limitaría a permitir los indispensables —más aparentes que reales— para neutralizar a sus adversarios monárquicos y ganar tiempo en su lucha contra el enemigo extranjero.

Puesto que aceptar la reforma democrática exigida por los aliados equivalía a su propia muerte política, la única táctica viable consistía en aguantar a pie firme el ostracismo internacional hasta que cristalizara la natural hostilidad entre los bloques comunista y capitalista. En tal caso, las ventajas geopolíticas de España lo absolverían de su pecado original de amistad con Hitler y facilitarían su integración en el bloque occidental. La tarea iba a ser mucho más fácil de lo que Franco y sus adeptos esperaban entonces o se imaginaron más tarde. Durante el período transcurrido entre 1945 y 1950, Franco hablaba como si él y España fueran víctimas de un cerco mortal, si bien sólo existían razones superficiales para suponer que los aliados intentaban «acabar con el asunto» y quitar al Caudillo de en medio. No obstante, muchos de sus seguidores, ante el resurgimiento de la oposición y con la esperanza de encontrar apoyo en los aliados, vacilaron en lo que vendría en llamarse «la noche negra del franquismo»[27]. Por su parte, Franco no perdió el sueño. En muchas de sus declaraciones puso bien de manifiesto que su intención era luchar hasta el fin, pero ninguna refleja este empecinamiento con tanta claridad como el comentario que hizo en agosto de 1945 a su hermano Nicolás a propósito de la suerte corrida por Mussolini: «Si las cosas van mal, yo acabaré como Mussolini, pues resistiré hasta derramar la última gota de sangre»[28].

Franco era totalmente explícito al hablar de su determinación de capear la tormenta que representaban la derrota del Eje y la repulsa de los aliados: «Como buen capitán, hemos de mantener con firmeza la ruta de la nave, ajustando la maniobra a los temporales que puedan azotarla»[29]. La nave de Franco no tendría que esperar mucho para afrontar borrascas. Entre el 25 de abril y el 26 de junio de 1945 se celebró en San Francisco la conferencia fundacional de Naciones Unidas. El 19 de junio, la delegación mexicana propuso la exclusión de todo Estado cuyo régimen se hubiera instaurado con ayuda de las fuerzas armadas de los países que habían luchado contra Naciones Unidas. Esto sólo podía aplicarse a la España de Franco. La propuesta se aprobó por aclamación[30]. Franco reaccionó negando sus relaciones con el Eje, presentando la Falange como una organización de personas altruistas y entusiastas, y sacándose de la manga una «reforma democrática» de España, una pseudoconstitución denominada Fuero de los Españoles. Su texto, como podía esperarse, obedecía al principio de «lo que da la letra grande lo quita la letra pequeña». Así, las cláusulas sobre la libertad de

expresión no permitían ninguna crítica al Régimen, las de la libertad de asociación excluían la formación de partidos políticos y sindicatos, etcétera.

El «buen capitán» procedió también a renovar la tripulación de su nave. La enseña del Eje, si no la de la Falange, desapareció para dar paso a la del catolicismo político, una variante ultraconservadora de la democracia cristiana. El 18 de julio de 1945, Franco, bien consciente de la amenaza que representaba Potsdam, se deshizo de los ministros más conocidos por sus simpatías hacia el Eje, aunque mantuvo en su gabinete a un buen número de falangistas. Con todo, para apaciguar los ánimos en el extranjero, nombró ministro de Asuntos Exteriores al católico conservador Alberto Martín Artajo. El Caudillo, que seguía llevando su política exterior con mano de hierro, se sirvió de Martín Artajo para dar a su Régimen un rostro aceptable. Artajo contó en cierta ocasión a José María Pemán, uno de los «ingenios» del Régimen, que todos los días hablaba con Franco por teléfono durante una hora como mínimo, utilizando auriculares a fin de dejar libres las manos para poder tomar notas. Con cruel ironía escribió Pemán en su diario: «Todo esto me confirma en la idea de que Franco lleva la política internacional y Artajo es el ministro taquígrafo». En la primera reunión del nuevo gabinete, el 21 de julio, Franco dijo a sus ministros que sólo se harían concesiones al mundo exterior en asuntos no esenciales y por conveniencia[31].

La resolución mexicana que se adoptó en San Francisco fue ratificada por las tres grandes potencias el 2 de agosto de 1945, en el comunicado final de la Conferencia de Potsdam. Por sus vínculos con el Eje, el Régimen de Franco sería excluido de Naciones Unidas[32]. Stalin intentó que Inglaterra y Estados Unidos se sumaran a su decisión de romper inmediatamente toda relación con Franco y prestar apoyo a las «fuerzas democráticas de España», pero tropezó con la negativa de Churchill. Después de la derrota de los conservadores en las elecciones generales británicas del 26 de julio, la propuesta rusa de adoptar la «línea dura» con Franco fue una vez más rechazada por el sucesor de Churchill, Clement Attlee, y su ministro de Asuntos Exteriores, Ernest Bevin.

Los dirigentes de la izquierda española en el exilio cometieron el error de creer que las declaraciones hechas sobre España en San Francisco y Potsdam, unidas a la llegada del Partido Laborista al poder en Inglaterra, significaban la inminente caída de Franco. Éste, sin embargo, siguió mostrando en todos sus actos y palabras una alegre despreocupación, haciéndose fuerte en su anticomunismo. Pronto se comprobaría que estaba sembrando en tierra fértil. El 20 de agosto de 1945, Ernest Bevin, en su primer discurso a la Cámara de los Comunes como ministro de Asuntos Exteriores, dejó bien claro que las potencias occidentales no emprenderían acción alguna contra Franco, al decir entre otras cosas: «La cuestión del Régimen español han de resolverla los propios españoles». Bevin demostraba así que la política del nuevo Gobierno británico, laborista, era idéntica a la de su predecesor conservador.

Los nubarrones que los partidarios del Régimen habían visto formarse a raíz de la Conferencia de Potsdam comenzaron a disiparse tras el discurso de Bevin. Franco vio también confirmada la eficacia de su «táctica de espera» en un nuevo informe político que le entregó su fiel colaborador Carrero Blanco. La cándida premisa de este último era que la hostilidad de ingleses y norteamericanos se basaba enteramente en los celos que sentían al observar que España llevaba camino de convertirse en gran potencia; pero de ahí sacaba una astuta conclusión: después de Potsdam, ni Inglaterra ni Francia se arriesgarían nunca a abrir las puertas al comunismo en España apoyando a los republicanos exiliados. Por consiguiente, «la única fórmula posible para nosotros es el orden, la unidad y aguantar en espera de una vida mejor»[33]. No cabe duda de que Franco creía en su propia propaganda sobre un asedio de vida o muerte. De continuo se refería a la presión extranjera en pro de un cambio democrático llamándola «ofensiva masónica». A los ministros reunidos con él el 8 de septiembre les aseguró que había en Inglaterra quince millones de masones y que todos ellos habían votado por el Partido Laborista[34]. Sin embargo, tenía amplios motivos para sentirse optimista, pues era más que evidente que ni los ingleses ni los norteamericanos intervendrían en España. De los tres grandes países occidentales, Francia era en potencia el más agresivo por su antifranquismo, pero su ministro de Asuntos Exteriores Georges Bidault, católico moderado, seguía contemporizando con el Régimen; por su parte, el general De Gaulle, presidente del Consejo, envió a Franco un mensaje secreto asegurándole que resistiría a la presión de las izquierdas para imponer sanciones a España y continuaría manteniendo con él relaciones diplomáticas[35].

En otra reunión de su gabinete, celebrada en octubre de 1945, Franco dijo explícitamente a sus ministros que pensaba adoptar la estrategia de amortiguar el impacto de la crítica internacional mediante cambios superficiales hasta que la hostilidad entre Occidente y la Unión Soviética fructificara en una reevaluación de su Régimen. Con increíble cinismo, propuso que se anunciaran elecciones municipales para dar la impresión de democracia y luego se fueran aplazando indefinidamente. Accedió a organizar un referéndum y comentó que «nuestro traje ha envejecido rápidamente» y que había que «vestir traje democrático asegurándonos riesgos», a lo que añadió con optimismo: «Dios está con nosotros» y «estamos rozando el milagro»[36]. En lo tocante a su imagen en España, Franco aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para dejar bien

claro que si él se iba no podría evitarse una nueva guerra civil. Como parte de este deliberado chantaje de masas, añadía que el Ejército se opondría a los perversos designios de los partidos políticos y de los masones, lo que no dejaba lugar a dudas sobre su intención de luchar hasta el final[37]. Por los informes de sus servicios secretos, Franco sabía que la mayor parte de los españoles estaba dispuesta a todo antes que soportar una vez más los horrores de la Guerra Civil[38].

Al irse de España el embajador de Estados Unidos, Norman Armour, en diciembre de 1945, su embajada quedó en manos de un encargado de negocios hasta 1951. Franco se daba cuenta de que esos gestos humillantes, como también los ocasionales comentarios hostiles de Bevin para aplacar los ánimos del Partido Laborista, no iban más allá de la retórica. De hecho, no tardó en percatarse de que podía utilizarlos en provecho propio fomentando en España una mentalidad de cerco. Buena prueba de su cinismo calculador es que, precisamente porque las principales críticas extranjeras se centraban en la existencia en España de un partido único de corte fascista, decidió seguir manteniendo la Falange. Martín Artajo le contó a Pemán que Franco creía de veras en la Falange y dispensaba a los ministros falangistas un trato de favor. Pemán, extrañado, confió a su diario su temor de que Franco hubiera perdido «esa desenvoltura y agilidad fría que le ha valido sus mejores éxitos. Su capacidad de cálculo, frialdad y hasta ingratitud»[39]. Por una vez, el perspicaz Pemán se equivocaba. Franco, en efecto, había calculado que le convenía más conservar la Falange. Disolverla para apaciguar a los extranjeros sería meramente hacer el juego de sus enemigos. Al dejarla existir, disponía de un sólido baluarte en defensa de su persona.

En cuanto a sus adversarios del interior, trató con los monárquicos y logró engañarlos haciéndoles creer que él mismo era monárquico. Las izquierdas, en cambio, fueron objeto de la más despiadada y brutal represión. Encarcelamientos, torturas y destierro causaron estragos entre quienes se oponían al dictador, convirtiendo el miedo en una realidad cotidiana. El hambre y la dificultad de encontrar trabajo sin un salvoconducto para poder circular libremente y un certificado de «buena conducta» política disminuyó la capacidad combativa de los izquierdistas. No obstante, la derrota del Eje motivó el regreso de muchos maquis españoles que habían desempeñado un papel importante en la Resistencia francesa, y así, hacia finales de 1945, las guerrillas contra el Régimen proliferaban ya, sobre todo en las regiones del norte y del este de España. La presencia de muchísimos comunistas entre aquellos guerrilleros fue para Franco una bendición secreta.

El Caudillo continuó negando que jamás hubiera dado su apoyo al Eje, pese a la publicación, en 1946, de los documentos alemanes confiscados que probaban lo contrario y de los informes de Naciones Unidas según los cuales su Régimen había brindado protección a muchos prófugos nazis, fascistas italianos y partidarios de la Francia de Vichy, hasta un total de entre dos mil y tres mil personas. Franco presentó esa crítica internacional del Régimen como fruto de una conspiración masónico-comunista que tenía por objetivo destruir España. ¡Argumentos tan extravagantes como débiles, cierto, pero paradójicamente eficaces!

En septiembre de 1945, dirigiéndose a los asesores religiosos de la Sección Femenina de la Falange, les dijo que se había lanzado a la Guerra Civil para oponerse a los perversos masones: «La masonería en España no presentaba lucha franca, que incluso el mismo marxismo ha presentado muchas veces; era la lucha sorda, la maquinación satánica, el trabajar en la sombra, los centros y los clubs desde los cuales se dictaban consignas, los hombres más perversos de España, asociados y vendidos para ejecutar el mal al servicio de la anti-España… Por eso desde el primer día de nuestra Cruzada tomamos por norte el destruir en España la planta parásita de la masonería. Y esta lucha que emprendimos tuvo una repercusión mucho más amplia de lo que nos podíamos imaginar, ya que tenía una extensión, y fuera una raigambre y peso inimaginables para los que la desconocen». Explicaba que ahora España sufría los ataques del «superestado masónico» que controlaba no sólo la prensa y radio mundiales, sino también a los políticos de las democracias occidentales: «Sobre los Estados, sobre la propia vida de los Gobiernos, existe un superestado: el superestado masónico, que dicta sus leyes a los afiliados, a los que envía sus órdenes y sus consignas. Y existen quienes por ambiciones políticas y bastardías de todo orden obedecen a rajatabla sus consignas. Y como no son tontos, se han ido apoderando de gran parte de las “radios” y de la Prensa universal, de los órganos de opinión. Y de este modo se da la monstruosidad de que por gentes que nos desconocen en absoluto se hace una terrible campaña de difamación contra las cosas de España, llenándonos de insultos y de acerbas críticas. Ello sucede porque se ha dado una consigna para que la calumnia corra de boca en boca, de pueblo en pueblo, de “radio” en “radio”, de Prensa en Prensa, para formarle a España de nuevo una leyenda negra; leyenda negra que no es de hoy, sino que ya en tiempos de Felipe II también existió. ¿Y por qué fue así? Pues sencillamente porque en España se predicaba el Evangelio, porque sobre la bandera de España figuraba una cruz, porque España evangelizaba mundos y porque España era faro de luz y bienestar que no convenía a los extraños. Y lo mismo que entonces se tejió una leyenda negra contra nosotros, hoy se pretende hacer igual»[40]. Existía ya en España una larga tradición de promover la unidad nacional recurriendo a la invención de aviesos enemigos extranjeros. Franco viajaba incansablemente por el país transmitiendo ese mensaje a las masas, que, cuidadosamente movilizadas por la Falange, acogían sus discursos con estruendosos vítores.

Por amenazado que se sintiera Franco ante las actividades de los monárquicos juanistas, los guerrilleros o el Gobierno republicano en el exilio, la campaña de propaganda que lo presentaba como adalid de una España sitiada no tardó en dar sus frutos. En Washington iba ganando terreno la idea de que la Unión Soviética deseaba ardientemente que estallara una nueva guerra civil en España[41]. Los norteamericanos empezaban a mostrarse tan prudentes como los ingleses. Los franceses, por el contrario, desde la dimisión del general De Gaulle como presidente del Gobierno provisional el 20 de enero de 1946, se habían vuelto mucho más antifranquistas.

En marzo de 1946, haciéndose eco de la indignación general provocada por las continuas ejecuciones de militantes opuestos a Franco, el Gobierno francés cerró la frontera y rompió sus relaciones económicas con España. Para acallar las voces francesas que pedían que se adoptaran sanciones económicas conjuntas, Gran Bretaña y Estados Unidos se sumaron no de muy buena gana a Francia, el 4 de marzo de 1946, en una declaración tripartita que reafirmaba la voluntad de la comunidad internacional de mantener marginada a España. Los límites de esta declaración podían verse en la siguiente cláusula: «No hay intención alguna de intervenir en los asuntos internos de España. Son los españoles quienes han de fraguarse a la larga su propio destino». Esta nota tripartita era más suave que la Declaración de Potsdam, en la que se dejaba sentir claramente la ausencia de la Unión Soviética[42]. Como podía esperarse, el Caudillo ignoró olímpicamente la invitación que se le hacía a abandonar el poder, tanto más cuanto que no le resultaba nada halagüeña la perspectiva de ir a juicio como criminal de guerra. Si la declaración tripartita le causó alguna ansiedad, ésta no duró mucho. Poco después, Churchill vino inadvertidamente en su ayuda con el famoso discurso sobre el «telón de acero», pronunciado en Fulton, Misuri. Franco vio confirmada en él su convicción de que sólo era cuestión de tiempo que se reconociera su importancia para Occidente; lo cual no le impedía, en sus consejos de ministros, echar pestes de «los bandidos éstos», diciendo que «Rusia maneja todo», y que Francia era «su Quisling» y que quería anexionarse el País Vasco y Cataluña, o sea, «morder ocho provincias». Para Franco, el presidente Traman fue un «masón encanallado del Sur»[43].

La política angloamericana de no intervención tenía por objeto dejar a Franco «en reserva». Reconocía, desde luego, la imposibilidad de integrar por el momento a España en Naciones Unidas, pero obedecía también a la determinación de no permitir que la península Ibérica llegara a entrar en la órbita de la Unión Soviética. Esto equivalía prácticamente a abandonar la causa de los demócratas antifranquistas y contribuir a la supervivencia del Caudillo impidiendo toda acción directa contra su Régimen. Por su parte, Franco inició otra campaña de propaganda con la intención de probar que, indignada por las tentativas extranjeras de intervención, toda la nación española formaba un solo bloque con él. En realidad, la tibieza con que se aplicaba el ostracismo internacional sólo serviría para confirmar dentro de España la imagen que de sí mismo ofrecía el Régimen, presentándose como inevitable e inamovible.

La máquina propagandística de Franco funcionó a todo vapor para persuadir al pueblo español de que el país era víctima de un cerco internacional. Los desastrosos resultados económicos de su corrupto e incompetente sistema autárquico se achacaron a un bloqueo económico inexistente. Cuando por fin la cuestión española volvió a ponerse sobre el tapete en la Asamblea General de Naciones Unidas celebrada en Lake Success a principios de diciembre de 1946, el Régimen de Franco fue una vez más denunciado como fascista, no representativo y moralmente repulsivo. Se reiteró también la exclusión de España de todos los organismos dependientes de la ONU. La réplica de Franco se tradujo en una gran manifestación de masas reunida en la plaza de Oriente[f25], como de costumbre bien escenificada, durante la cual dirigió a unas 700 000 personas otro de sus «brillantes» discursos con los habituales tópicos sobre la Guerra Civil.

Su respuesta personal, aunque encubierta, a la resolución de Naciones Unidas se materializó en la publicación en el periódico falangista *Arriba* de una larga serie de artículos ocasionales que atacaban a la masonería en general y denunciaban a los dirigentes de la ONU como masones a las órdenes de Moscú. Los artículos, firmados con el seudónimo Jakim Boor (las dos columnas del templo masónico), seguirían apareciendo hasta mayo de 1951. Su tesis principal era que la masonería, íntimamente vinculada por Franco a la democracia liberal, se había confabulado con el comunismo para destruir España. La masonería, «uno de los más repugnantes misterios de la Edad Moderna», era el instrumento del que se habían servido los ingleses para acabar con el imperio español. Ahora esa misma masonería representaba para los partidos democráticos lo que el marxismo para los comunistas. Estos artículos se compilaron en un libro que salió a luz en 1952. Hasta el fin de su vida, Franco estaría convencido de que los masones habían comprado la totalidad de los ejemplares para impedir su lectura[44].

Es curioso que, a partir de la resolución tomada por la ONU en diciembre de 1946, Franco siguiera considerando el bloqueo internacional como parte de una conspiración masónica planeada por los republicanos exiliados, toda vez que dicha resolución, en la que las grandes potencias habían reconocido implícitamente que no iban a restaurar la República, significaba el fin del Gobierno republicano en el exilio. Los informes diplomáticos recibidos por el Caudillo lo tranquilizaban, pues sostenían que los conservadores

ingleses y varios personajes del Pentágono eran plenamente conscientes de su utilidad como bastión contra los avances soviéticos[45]. No le faltaban, pues, señales esperanzadoras que le permitiesen mantener su optimismo. En marzo de 1947, al oficializarse con la doctrina de Traman la resistencia occidental contra la expansión comunista, surgió una situación en la que Franco, ya «saneado», podía aspirar a desempeñar algún papel.

No obstante, a instancias de Bevin y Bidault, España fue excluida del Plan para la Reconstrucción Económica de Europa Occidental lanzado el 5 de junio de 1947 por el general norteamericano George C. Marshall, que acababa de ser nombrado secretario de Estado. La ayuda del dictador argentino Juan Domingo Perón resultaría crucial para llenar el vacío temporal entre la exclusión de España del Plan Marshall y el cambio de actitud de Estados Unidos, lo que dio un respiro al Caudillo. El Régimen se sintió especialmente estimulado por la visita oficial de la esposa de Perón, Eva Duarte, en verano de 1947[46]. En efecto, desde la visita algo menos «atractiva» de Heinrich Himmler en octubre de 1940, la alfombra roja no se había desplegado en España para dar la bienvenida a ningún dignatario extranjero. En vísperas del referéndum de la Ley de Sucesión, Franco no podía ver con malos ojos los fastos, las concentraciones de masas y la publicidad que rodeaban a la bella Evita. Junto a los reportajes que daban cuenta de las idas y venidas de la señora de Perón, los periódicos del Régimen invitaban a sus lectores a votar «sí» en el referéndum[47]. Éste, que se celebró el 6 de julio de 1947 en un ambiente de propaganda frenética, arrojó un resultado de 14 145 163 votos a favor del «sí», es decir, el 93% de los emitidos (15 219 565, o sea el 83% de los 17 178 812 que constituían el electorado).

Aunque del todo escépticos sobre la validez democrática del referéndum, ingleses y norteamericanos comenzaron, a mediados de julio de 1947, a adoptar de manera cada vez más oficial una política basada en que Franco tenía todavía cuerda para rato. Sin embargo, el Caudillo, dejándose llevar por su eterna desconfianza de los ingleses y creyendo erróneamente que las intenciones de destituirlo eran más firmes en el Foreign Office que en el Departamento de Estado, redobló sus esfuerzos por ganarse a la influyente opinión norteamericana. En octubre de 1947, un grupo de tres senadores y ocho miembros del Congreso pertenecientes al Comité Smith-Mundt, en tránsito hacia Roma, fueron «recogidos» en el aeropuerto de Barajas y llevados a toda prisa primero al Ministerio de Asuntos Exteriores y luego a El Pardo para entrevistarse con Franco. Que éste, avisado sólo una hora antes, estuviera listo para recibirlos indica la importancia que atribuía a ese encuentro. Cuando el ministerio lo llamó para solicitar la audiencia, llevaba puesto un uniforme militar. Inmediatamente pidió a su ayuda de cámara un traje de paisano, de color gris, diciéndole: «A estos americanos no hay que darles la sensación de régimen militar». Pero al punto cambió de idea y añadió: «No, eso es demasiada concesión. De almirante de diario, es mucho mejor; al fin y al cabo un traje azul. Y a ellos les gusta mucho todo lo de la Marina». Cuando llegaron los invitados, les dirigió la clásica perorata sobre el peligro comunista y la amenaza que representaba la Unión Soviética. El grupo se fue encantado con el Caudillo y con su uniforme[48].

Las señales de un cambio de actitud por parte de Estados Unidos eran inconfundibles. En cuanto a Bevin, que estaba cohibido por tener que aplacar la animosidad contra Franco dentro del Partido Laborista, compartía la convicción del Foreign Office de que, ya que nada podía hacerse para acabar con el Caudillo, la mejor táctica era formar un «bloque defensivo» con el fin de impedir que la cuestión española se planteara en el Consejo de Seguridad de un modo favorable a Rusia[49]. Tanto Inglaterra como Estados Unidos se debatían entre su aversión a la Dictadura española y una apreciación realista de su valor durante la Guerra Fría. De hecho, aunque el Caudillo no podía saberlo entonces, Washington estaba a punto de renunciar a toda idea de apartarle del poder. El 24 de octubre de 1947, el Equipo de Planificación Política de Estados Unidos, dirigido por George F. Kennan, envió al general Marshall un informe en que se recomendaba una rápida normalización de las relaciones norteamericanas con España en los ámbitos económico y político. Marshall aprobó inmediatamente las recomendaciones de Kennan. El subsiguiente cambio en la política estadounidense se pondría de manifiesto al discutirse de nuevo la posición de Franco en la asamblea de Naciones Unidas[50].

Gran Bretaña y Estados Unidos ansiaban ahora echar tierra sobre sus anteriores condenas de Franco y se oponían más que nunca a toda injerencia en los asuntos internos de España. Por tanto, la resolución tomada el 17 de noviembre en la Asamblea General, celebrada en Flushing Meadow, se limitó únicamente a ratificar la del 12 de diciembre de 1946. Conforme los embajadores regresaban uno tras otro a Madrid, no es de extrañar que Franco se atribuyera una gran victoria[51]. El Caudillo, en efecto, había sobrevivido a lo peor, es decir, a los momentos más duros del bloqueo internacional impuesto a España por Naciones Unidas en su resolución de diciembre de 1946. La llegada del comunismo al poder en Checoslovaquia, en febrero de 1948, y el bloqueo de Berlín, del 24 de junio de 1948 al 4 de mayo de 1949, harían el resto.

Franco podía, pues, descansar tranquilo sabiendo que ahora tenía el viento a favor. Su confianza emanaba del apoyo que le prestaban algunos miembros del Congreso de Estados Unidos, con el republicano Alvin O'Konski a la cabeza. Según éste, la exclusión de España era «un modo vergonzoso y estúpido de contemporizar con los

rojos de Moscú y los de nuestros propios Departamentos de Estado y de Comercio». En la primavera de 1948, Franco mandó a Washington a José Félix De Lequerica, personaje eminentemente cínico, para que creara allí un grupo de presión favorable al Régimen español. A esto se destinaron ingentes cantidades de dinero. El propio De Lequerica se dedicó con el máximo tesón a ofrecer banquete tras banquete a cuantos entusiastas del Caudillo podían ejercer algún influjo en la sociedad norteamericana: católicos, anticomunistas, altos jefes militares, republicanos opuestos a Truman y hombres de negocios con intereses en España[52]. De Lequerica contaba ya con el apoyo de O'Konski y del ultraderechista senador demócrata Pat McCarran, de Nevada, presidente del Comité de Presupuestos del Senado, cargo que le confería una enorme influencia en Washington y del que se servía sin contemplaciones. Como escribe Dean Acheson, «el senador no era una persona a la que en el siglo XVIII hubieran calificado de "sensible"». Tal era la simpatía de MacCarran por el régimen de Franco que el famoso columnista Drew Pearson le puso el apodo de «el Senador de Madrid». Tuvo tanta influencia que, una vez, cuando le preguntaron por qué no se presentaba como candidato a la presidencia, contestó: «Para qué quiero ir a Washington si dirijo el país perfectamente desde aquí en Nevada»[53].

Con el apoyo del llamado «*lobby* español» Franco estaba ya convencido de que lo peor había pasado. Su seguridad se reflejaba en declaraciones como las que se publicaron en *The New York Times* y en *Newsweek*, en las que disimulaba sus desdeñosas opiniones sobre el «superestado masónico» y el necio materialismo de los norteamericanos. Con el Partido Laborista en el poder, el Generalísimo estimaba que no era posible hacer nada por su causa en Inglaterra, por lo que concentró sus esfuerzos en Estados Unidos. Hubo resbalones ocasionales. El 20 de julio de 1949 se celebró en Madrid un solemne acto de investidura en el que una comisión de prensa dio a Franco el título de Primer Periodista de España, entregándole el correspondiente carné con el número uno[54]. Apenas tres semanas más tarde, De Lequerica tuvo que encontrar una manera de decirle al Primer Periodista que sus artículos sobre la masonería estaban perjudicando las relaciones entre España y Estados Unidos. Cuando Franco expresó su deseo de que esos artículos se tradujeran al inglés, la réplica de De Lequerica fue que «en algunos países hay poca afición a las verdades auténticas y profundas»[55].

Salvo por esos pequeños contratiempos, las cosas iban bien para Franco. Las guerrillas estaban extinguiéndose. El éxito obtenido por los soviéticos con la explosión de una bomba atómica en agosto de 1949 intensificó la presión en Estados Unidos en pro de un acercamiento con España para instalar en ella bases aéreas y navales[56]. Importantes figuras militares insistían en que se firmara una alianza. Gracias al «plan de otoño» de 1949, dispendiosa iniciativa diplomática de De Lequerica autorizada personalmente por Franco, desfilaron por Madrid a expensas de España verdaderas bandadas de senadores y miembros del Congreso. A uno de aquellos «turistas», el demócrata neoyorquino James J. Murphy, diputado del Congreso, Franco le pareció «una persona sumamente encantadora y amable»[57].

A comienzos de octubre de 1949, Mao Tsé-Tung proclamó la República Popular China. No era un títere de Moscú, ni mucho menos, pero Occidente reaccionó como si otra vasta zona del mundo se acabara de convertir en satélite de la Unión Soviética. La temperatura de la Guerra Fría bajó unos grados más en provecho de Franco. El presidente Truman, que odiaba al Caudillo, estuvo a punto de verse forzado a capitular ante las crecientes exigencias del Congreso para que estrechara sus relaciones con España. McCarran amenazó a Acheson diciéndole que, mientras no cambiara la política hacia España, se mirarían con lupa los presupuestos del Departamento de Estado[58]. A principios de 1950, los dirigentes militares no escatimaban ya esfuerzos para incorporar en su órbita defensiva al ferviente anticomunista que era Franco. Éste seguía lanzando regularmente diatribas contra la masonería, en las que a menudo se percibía también un fondo de antisemitismo[59]. Sus prejuicios quedaban reforzados por los despachos de De Lequerica, que le presentaba la actitud de Truman como dictada por la necesidad de aplacar a los masones de Estados Unidos[60]. El Caudillo creía ingenuamente que el seudónimo Jakim Boor le permitía dar rienda suelta a sus opiniones sobre la masonería como perversa aliada del comunismo, sin por ello dejar de expresar en público su admiración por todo lo norteamericano. En realidad, *The New York Times* veía en los artículos publicados por el diario oficial *Arriba* contra los «crímenes» de la masonería la prueba de que las altas esferas compartían esos puntos de vista. La Casa Blanca recibió miles de telegramas de protesta. Por otra parte, los informes de Culbertson no tardaron en persuadir al Gobierno de Washington de que el autor de tales artículos era el propio Generalísimo[61].

El Caudillo se estaba librando de las consecuencias de sus pasadas simpatías por el Eje y de su presente antidemocrático no por otra cosa que por la inquietud de Estados Unidos y Europa ante los avances y actividades del mundo comunista. Cada vez menos convencidos de la capacidad defensiva de Occidente, los jefes militares insistían en una alianza con España para poder utilizar la península Ibérica como «último punto de apoyo en la Europa continental», ya que de lo contrario no sería posible volver a entrar en una Europa ocupada por los soviéticos[62]. Las dudas de muchos críticos liberales de Franco en Estados Unidos se disiparon bruscamente el 24 de junio de 1950 con la invasión de Corea del Sur, que Estados Unidos controlaba desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, por parte de las tropas norcoreanas. En vista de los rumores que

corrían por todas partes sobre las ambiciones imperialistas de la Unión Soviética, la administración de Truman pasó de una estrategia de contención a una respuesta más agresiva al expansionismo ruso. Por medio de su embajada en Washington, el Caudillo ofreció enviar a Corea una división de voluntarios…, como ya lo hiciera con Hitler en 1941. Dadas las circunstancias, nada tiene de extraño que los «valores bursátiles» de Franco subieran vertiginosamente, pese a la debilidad militar de España. A juicio de muchos, era inminente una tercera guerra mundial; quedaba excluida, pues, cualquier acción que pudiera fomentar la inestabilidad en España.

El 4 de noviembre de 1950, la Asamblea General de Naciones Unidas, celebrada en Flushing Meadow, autorizó, con treinta y ocho votos a favor, diez en contra y doce abstenciones, el regreso de los embajadores a Madrid y la admisión de España en la Organización Mundial para la Alimentación y la Agricultura[63]. Eufórico por esta decisión, el Gobierno de Madrid, a través de la prensa, proclamó a los cuatro vientos que se trataba de una «victoria española»[64]. Franco mismo exigió una compensación por las estrecheces económicas de los años anteriores, atribuidas al bloqueo internacional[65]. El Caudillo conseguiría efectivamente la deseada ayuda económica, mas no en concepto de reparación por presuntas injusticias.

Tan pronto como Franco garantizó a los altos funcionarios norteamericanos que permitiría al Ejército español, armado y equipado por Estados Unidos, combatir allende los Pirineos, comenzaron los preparativos para enviar rápidamente a España una misión estadounidense con el encargo de negociar un pacto bilateral. Aunque los gobiernos de Gran Bretaña, Francia, Escandinavia, Holanda, Bélgica e Italia continuaban oponiéndose a que España se incorporase al sistema occidental de defensa, Acheson, Marshall, el general Ornar Bradley y el almirante Sherman estimaron que las necesidades militares debían prevalecer sobre los sentimientos políticos[66]. Traman, que seguía detestando a Franco, cedió a las instancias de sus colaboradores, con el siguiente comentario dirigido al almirante Forrest P. Sherman, jefe de las operaciones navales: «No me gusta Franco ni me gustará nunca, pero no dejaré que mis sentimientos personales conviertan en letra muerta las convicciones de ustedes, los militares». El 16 de julio de 1951, el almirante Sherman y los oficiales de su Estado Mayor visitaron al Caudillo para entablar discusiones preliminares sobre el arrendamiento de bases en España[67]. Franco exultaba. Su larga espera quedaba atrás. Ahora se veía cortejado por la nación más poderosa del mundo[f28]. No pudo por menos de revelar su febril ansiedad por concluir las negociaciones cuando, al preguntar Sherman en qué fecha podría venir a España la misión militar para empezar el trabajo, le respondió: «Inmediatamente»[68]. Franco daba así a entender que todo era negociable. Al cabo de un mes, los militares y economistas norteamericanos estaban ya en España.

Las negociaciones durarían dos años, sobre todo por estar Franco persuadido de que los norteamericanos deseaban todavía más que él llegar a un acuerdo, lo cual no era el caso. Por fin, ante la insistencia de sus interlocutores en que el pacto debía firmarse a más tardar en septiembre de 1953, Franco se vio forzado, si no quería perder la partida, a abandonar sus desmesuradas exigencias y aceptar el texto que prácticamente le dictaron[69]. Durante las últimas etapas del forcejeo, dio a sus negociadores esta consigna: «Y en último término, si no consiguen ustedes lo que quieren, firmen lo que les pongan delante. El acuerdo lo necesitamos»[70]. La renuncia a la tradicional política española de neutralidad supuso un elevado precio para Franco, si bien había estado igualmente dispuesto a pagarlo al Tercer Reich en 1940, cuando las tentaciones de «pedir la luna» eran similares. Con todo, la manera en que los acuerdos se presentaron al pueblo español procuraron a Franco la vana satisfacción de hacerse pasar por un igual del presidente de la mayor potencia militar del mundo. La prensa publicó fotomontajes en que aparecían juntos Franco y Eisenhower, así como artículos para mostrar que las naciones del mundo entero estaban mudas de asombro y júbilo ante el último triunfo del Caudillo[71]. En la práctica, el autoproclamado paladín de la independencia nacional, émulo del Cid, acababa de sacrificar un importante aspecto de la soberanía española. En la eventualidad de una guerra y de tener que organizar en cuestión de minutos el transporte aéreo de tropas, Estados Unidos decidiría si España tendría o no que intervenir. En caso de ataque a España por parte de un agresor no comunista, Estados Unidos no se comprometía a prestarle ayuda. Por otra parte, grandes zonas del país quedaban prácticamente sin defensas. Asimismo, el haber aceptado que la ayuda militar de Estados Unidos estuviera condicionada por las necesidades de la OTAN significaba resignarse a recibir un material caduco o de menor calidad. En este sentido, Franco traicionó la causa española[72]. El Caudillo echó por la borda la neutralidad y soberanía de España sin hacer distinción alguna entre el bien de la nación y el bien de Francisco Franco. En concreto, el hecho de permitir que se instalaran bases a poca distancia de importantes centros de población constituyó un acto de suma irresponsabilidad[73].

Con todo, lo cierto es que Franco había logrado lo que quería: acabar con el bloqueo internacional, consolidar definitivamente su Régimen y poder aparecer en público como un valioso aliado de Estados Unidos. A la larga, no obstante, llegaría a percatarse de algunas de las desventajas del acuerdo sobre las bases. Su rencor por no haberse salido con la suya en la época de las negociaciones se evidenciaría años después en este comentario privado: «Lo mejor que los yanquis han hecho por nosotros ha sido vaciar Madrid de cabarés de putas, pues casi todas acaban casándose con sargentos y soldados americanos. Son muy infantiles. El aplomo de los

ingleses me convence más»[74].

Uno tras otro, todos aquellos sucesos, el abandono por parte de Naciones Unidas de la resolución de 1946 contra España, la apertura de negociaciones con Franco sobre las bases y la firma del pacto de Madrid en 1953, entre otros, fueron aclamados en España como colosales victorias del Caudillo contra los malvados enemigos que lo asediaban. De hecho, no hubo nunca nada parecido a un «cerco internacional» a gran escala y, cuando finalmente los aliados admitieron a Franco en sus filas, fue porque tenían necesidad de él, no porque los hubiera manipulado. En otras palabras, la supervivencia de Franco se debió a realidades geoestratégicas y no a su autoidentificación con el Cid ni a que las potencias occidentales trabajaran por los intereses de un «superestado masónico».

EN BUSCA DEL RÉGIMEN ETERNO: FRANCO Y LOS BORBONES

La relación de Franco con la monarquía tenía dos dimensiones siempre enlazadas. Una de ellas fue el trato personal que tuvo con Alfonso XIII, primero, y después con su hijo, don Juan, y la segunda fue su visión particular del pasado. A partir de 1898, Franco quedó obsesionado con las glorias imperiales de Carlos I y Felipe II. La pérdida del imperio en 1898 se lamentó de forma especialmente amarga en El Ferrol. Francisco tenía cinco años y medio cuando se produjo la derrota a manos de Estados Unidos en Santiago de Cuba el 3 de julio de 1898. El desastre de tales dimensiones tuvo un efecto profundo en el puerto donde nació Franco. En 1941, creyéndose a punto de crear otro imperio, éste declaró: «Cuando nos asomamos a la vida… vimos nuestra infancia presidida por la torpeza de aquellos hombres que abandonaron al extranjero la mitad del territorio patrio»[1]. La pérdida del imperio provocó en él una obsesión por las razones de la decadencia de la Monarquía y la busca de renovadas glorias que le duraría toda la vida.

Estas obsesiones se intensificaron durante su paso por la Academia de Infantería de Toledo, donde ingresó el 29 de agosto de 1909, tanto por las enseñanzas allí impartidas como por el ambiente de la ciudad misma, que le pareció un símbolo de la grandeza de la España imperial y fue allí donde se sembraron las primeras semillas de su posterior identificación con el Cid y su gradual convencimiento de que era superior a los Borbones.

Como consecuencia de sus éxitos en Marruecos, conoció a Alfonso XIII y poco a poco se convirtió en favorito real; en enero del 1923 el Rey le concedió la medalla militar, así como el cargo honorífico de gentilhombre de cámara, por lo que el padrino de Franco en su boda fue Alfonso XIII, representado por el gobernador civil de Oviedo, el general Losada. A lo largo de los años veinte, hubo varios encuentros. Franco discutió con Alfonso XIII la posible retirada/abandono de Marruecos. En marzo de 1925, durante una de sus visitas a Marruecos, el general Primo de Rivera le entregó a Franco una carta del Rey junto con una medalla religiosa de oro. La carta terminaba así: «Ya sabes lo mucho que te quiere y aprecia tu afectísimo amigo que te abraza. Alfonso XIII»[2]. La mayor distinción le llegó por real decreto el 4 de enero de 1928, cuando Franco fue nombrado director de la recién creada Academia General Militar.

La clave de la relación entre las dos actitudes de Franco hacia la Monarquía se puede ver en una entrevista aparecida en mayo de 1929. En ella, a la pregunta de cuál era su mayor ambición, Franco respondió «que España vuelva a ser todo lo grande que fue antaño». Franco se llevó cierta decepción con la caída de Primo de Rivera, pero no culpó de ella al Rey. De hecho, fue objeto de especial atención, por no decir adulación, por parte de Alfonso XIII. El 4 de junio de 1929, en una solemne ceremonia en el Retiro de Madrid, el Rey en persona le impuso la medalla militar que se le había concedido en 1925. Un año más tarde, Alfonso XIII visitó la Academia. Tres días después, el 8 de junio, Franco llevó a todo el cuerpo de cadetes a la capital para participar en la jura de bandera de la guarnición de Madrid. Encabezados por Franco, montado en un caballo que hacía cabriolas, desfilaron por las calles y al día siguiente montaron guardia en el Palacio de Oriente. Franco apareció en el balcón con el Rey.

La incipiente convicción de Franco sobre su propia superioridad frente a los Borbones aumentó durante la Segunda República. En las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, Franco votó a favor de la candidatura monárquica en Zaragoza[3]. Sin embargo, cuando los resultados no favorecieron a Alfonso XIII, Franco, a pesar de ser un monárquico profundamente conservador además de favorito real, no hizo nada para defender al Rey. Había contemplado brevemente la posibilidad de organizar una marcha simbólica sobre Madrid con los cadetes de la Academia General Militar. Sin embargo, abandonó la idea una vez que su amigo el general José Millán le informó de que el Director General de la Guardia Civil, el general José Sanjurjo, le había dicho que no se podía esperar que la Benemérita defendiese el trono. Franco concluyó de inmediato que Alfonso XIII no tenía otro remedio que abandonar España[4].

Al principio, sus sentimientos monárquicos no le impidieron servir a la República, decisión que justificaría posteriormente alegando que había dicho a quienes querían dar un golpe de Estado que «mientras haya alguna esperanza de que el régimen republicano pueda impedir la anarquía o no se entregue a Moscú, hay que estar al lado de la República, que fue aceptada por el Rey primeramente, por el gobierno monárquico después y luego por el Ejército»[5]… Una serie de acontecimientos —el cierre de la Academia General Militar de Zaragoza, la revisión de ascensos— provocó en Franco un comprensible resentimiento hacia la República en general y hacia Azaña en particular, pero lo que más radicalmente cambió su percepción de sí mismo fue la represión de la revolución de octubre de 1934. El ministro de la Guerra, Diego Hidalgo, le nombró asesor y le

cedió su propio despacho, y firmaba las órdenes que Franco redactaba. La declaración del estado de guerra transfería al Ministerio de la Guerra las responsabilidades de mantener el orden público que correspondían al Ministerio de la Gobernación. Así que, a efectos prácticos, Franco estuvo al mando de las operaciones y pudo saborear un poder político-militar sin precedentes. Actuó con mano dura porque para él la política civil estaba subordinada a lo militar. El reconocimiento de su capacidad de mando le pareció de lo más natural. El hecho de aplastar las rebeliones de Asturias y Cataluña agudizó su convicción mesiánica de que había nacido para gobernar. A la vez, sentía que había conseguido lo que el Rey no había sabido hacer en 1931 y, por tanto, empezó a ver debilidad tanto en la figura de Alfonso XIII como en la monarquía constitucional.

Sin embargo, fue a lo largo de la Guerra Civil española cuando las actitudes de Franco hacia la monarquía se definieron del todo. Teóricamente, el alzamiento era republicano, pero muchos oficiales pensaban que la finalidad última era restaurar la monarquía de Alfonso XIII. En este sentido, el general Mola cometió un error importante. El día 1 de agosto, llegó a Burgos decidido a luchar en el bando nacional por don Juan de Borbón, tercer hijo de Alfonso XIII pero heredero legítimo por las renuncias de sus hermanos Alfonso y Jaime, que eran hemofílico y sordomudo respectivamente. Mola cursó órdenes a la Guardia Civil para que se le obligara a abandonar España de inmediato, una muestra de sentimientos antimonárquicos que impulsó a muchos oficiales monárquicos a cifrar en Franco sus esperanzas de una restauración. Franco supo actuar con más astucia: el 15 de agosto anunció en Sevilla la decisión de adoptar la bandera roja y gualda monárquica, lo que llevó a los poderosos monárquicos a verlo como un elemento aparentemente fiel a la causa monárquica.

Precisamente por esa razón, los generales monárquicos Alfredo Kindelán, Germán Gil Yuste y Luis Orgaz colaboraron con los franquistas Yagüe, Nicolás Franco y Millán Astray, para asegurar que Franco fuera el comandante en jefe con mando único, y luego jefe del Estado. Kindelán convocó la reunión de la Junta de Defensa Nacional (de Burgos) en Salamanca, que el 21 de septiembre, nombró a Franco Generalísimo, y una semana más tarde, jefe del Estado. El 1 de octubre de 1936, fue proclamado «jefe del Gobierno del Estado español», y se decía que alguien había alterado el texto, borrando la frase «mientras durase la guerra». Esta corrección importaba poco, porque Franco se consideraba jefe del Estado y como tal se atribuía plenos poderes. Los monárquicos se equivocaron al depositar en él sus esperanzas de una futura restauración. Una vez alcanzada la cima del poder, Franco no pensaba cederlo en vida a un rey, aunque cínicamente siempre mantendría vivas las esperanzas de los monárquicos. Como comentó el general Cabanellas, «ustedes no saben lo que han hecho, porque no lo conocen como yo, que lo tuve a mis órdenes en el Ejército de África como jefe de una de las unidades de la columna a mi mando; y si, como quieren, va a dársele en estos momentos España, va a creerse que es suya y no dejará que nadie lo sustituya en la guerra ni después de ella, hasta su muerte»[6]. El coronel Segismundo Casado hizo un comentario parecido: «Franco encarna la mentalidad del Tercio. Eso es todo. Se nos dice: “Ve con tantos hombres, ocupa la cota tal y no te muevas de allí sin recibir órdenes”. Franco ha ocupado la cota nacional y como no tiene jefe, de allí no se moverá»[7].

No se puede entender el apego al poder de Franco sin recordar su visión del pasado español. Con el apoyo de la Iglesia católica, que se había referido a la Guerra Civil española como cruzada religiosa, Franco fue presentado como el gran cruzado, y sus gestas se equipararon con la Reconquista de España frente a los árabes. Así, se exaltaba y reforzaba la imagen de Franco el guerrero a la cabeza de una «cruzada» emprendida para «liberar» a España de las hordas ateas de Moscú. El «imperio» se convirtió en un concepto clave desde el punto de vista ideológico, y la implicación tácita, pero indudable, era que el emperador era el mismo Franco. Sus turiferarios se basaron en la afirmación del carlista Víctor Pradera de que «el Nuevo Estado no es más que el Estado español forjado por los Reyes Católicos», y en la liturgia del Régimen se hacían constantes referencias a la continuidad del legado de Isabel y Fernando. A Franco lo proclamaban no sólo el defensor de España, sino también el defensor de la fe universal, papeles ambos que correspondían a reyes. Para la jerarquía católica, la causa de Franco era la causa de Dios, por lo que le trataba como al enviado del Todopoderoso o, al menos, como a un santo[f14]. No era de extrañar que Franco acabase creyendo que tenía una relación especial con la Divina Providencia. Empezaba a manifestar pretensiones propias de la realeza. En la España gloriosa el ritual religioso había desempeñado tradicionalmente el papel crucial de elevar la categoría del rey. Creyendo que él representaba una continuidad con respecto a una mitificada Edad de Oro, Franco daba por sentado que la Iglesia legitimaría su autoridad. Sus propagandistas lo auparon como al gran cruzado, tenía capellán personal (José María Bulart) y se atribuyó la prerrogativa real de entrar y salir de las iglesias bajo palio. Empezaba a creer cada vez más en su misión divina —después de la guerra, diría que regía España por derecho de conquista—, como los reyes de la Edad Media[8].

Mientras tanto, don Juan de Borbón volvió a expresar su deseo de participar en la lucha, y en una carta del 7 de diciembre de 1936 a Franco le recordaba que había servido en la Royal Navy y solicitaba respetuosamente permiso para incorporarse a la tripulación del *Baleares*. El joven príncipe prometía abstenerse de toda actividad política, pero Franco comprendió inmediatamente que existía el peligro de que donjuán se convirtiese en emblema para los muchos alfonsinos civiles y militares que hasta entonces se habían contentado con dejar a Franco en el mando mientras esperaban la victoria y la eventual restauración. Su

reacción fue una obra maestra de doblez. Demoró varias semanas su respuesta: «Hubiera sido para mí muy grato el haber podido acceder a vuestro deseo, tan español como legítimo, de combatir en nuestra marina por la causa de España; pero la seguridad de vuestra persona no permitiría el que pudierais vivir bajo el sencillo título de oficial, pues el entusiasmo de unos y las oficiosidades de otros habrían de dificultar tan nobles propósitos; sin contar con que el lugar que ocupáis en el orden dinástico y las obligaciones que de él derivan imponen a todos, y exigen de vuestra parte, sacrificar anhelos tan patrióticos como nobles y sentidos al propio interés de la Patria»[9]… De este modo no sólo rechazaba cortésmente una oferta peligrosa, sino que a la vez obtenía grandes beneficios políticos. Por una parte insinuaba a los falangistas que por compromiso con la revolución pendiente había prohibido la entrada en España de don Juan, y por otra consolidaba su posición entre los monárquicos, declarando al *ABC* de Sevilla: «Mi responsabilidad es muy grande y tengo el deber de no poner en peligro una vida que un día puede sernos preciosa… si alguna vez en la cumbre del Estado vuelve a haber un Rey, tendría que venir con el carácter de pacificador, y no debe contarse en el número de vencedores». El cinismo de semejantes comentarios sólo se podría apreciar del todo al cabo de las casi cuatro décadas en las que Franco dedicaría sus esfuerzos a institucionalizar la división de España entre vencedores y vencidos, haciendo caso omiso de su compromiso de restaurar la monarquía.

En los meses siguientes, Franco se rodeó de una liturgia monárquica, con una pomposa puesta en escena que recordaba (o reinventaba) las tradiciones de la gloriosa monarquía del Siglo de Oro.

Un típico ejemplo fue el juramento del Consejo Nacional de la Falange el 2 de diciembre de 1937 en el Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, en la provincia de Burgos. Precedidos por tambores y cornetas ataviados a la usanza del siglo XVI, los miembros del Consejo Nacional juraron lealtad a Franco ante un Cristo y el pendón de la batalla de las Navas de Tolosa. La seguridad en sí mismo que tales ceremonias infundían al Generalísimo se aprecia en una carta despectiva que escribió a Alfonso XIII dos días después. El Rey, que acababa de donar un millón de pesetas a la causa franquista, le había escrito expresando su preocupación por la poca prioridad que se daba a la restauración de la monarquía. Franco respondió con frialdad, con crueldad incluso, eludiendo dar el tratamiento de Majestad al Rey y dirigiendo la carta simplemente a «don Alfonso XIII». Refiriéndose a sí mismo como «el Caudillo de la Cruzada», subrayaba lo mucho que quedaba por hacer y dejaba muy claro que el Rey difícilmente llegaría a desempeñar un papel en el futuro, en vista de sus errores pasados:

Examinando, pues, la labor a realizar: terminación de la guerra, liquidación de ésta, y construcción, ordenación, y consolidación del Nuevo Estado, se comprenderá, por el tiempo que esta labor exige, que al hablar sobre el futuro, se aludiese por razones de lejanía y motivos de desgaste a quien, llegado el caso, habrá de encontrar más asistencias. Esto no puede encerrar la menor crítica ni molestia hacia vuestra persona, sería eso cerrar los ojos a las realidades: treinta años de reinado sobre un pueblo como el español, seguido de la caída de un régimen, entregado sin defensa por los propios monárquicos, son bastantes para gastar al más puro de los monarcas; aparte de que la nueva España que hoy forjamos tiene tan poco en común con la liberal y constitucional en que reinasteis que habrá de constituir para los españoles un motivo de preocupación y recelos vuestra formación y las obligadas prácticas políticas de antaño[10].

Es imposible pasar por alto la insinuación de que el Rey y el sistema constitucional habían sido responsables del advenimiento de la República y sus desafíos a la derecha española. De hecho, que ésta era la opinión de Franco se desprende de su discurso a las Cortes, pronunciado el 14 de mayo de 1946. Para él, la etapa comprendida entre la coronación de Alfonso XIII y el 14 de abril de 1931 era simplemente un «período en que España, arruinada y desarmada, arrastra una vida más tranquila, en los primeros veintiocho años, veintinueve gobiernos, dos presidentes asesinados, tres atentados contra el Rey, varios movimientos revolucionarios, un descalabro militar y proclamación de la Dictadura. Esta dura siete años, único paréntesis de paz, de orden y de progreso, con término de la guerra de Marruecos. En el año que le sucede, dos gobiernos que terminan en el destronamiento del Rey y el hundimiento de nuestra monarquía secular»[11].

La advertencia a Alfonso XIII de que no habría vuelta al pasado no era más que una reiteración de algo que había declarado unos meses antes al *ABC*, cuando, a una pregunta sobre la restauración de la monarquía había contestado (de forma magistralmente ambigua): «Sobre este tema, mis preferencias son conocidas de muy antiguo, pero ahora no cabe pensar más que en terminar la guerra; luego habrá que liquidarla; después construir el Estado sobre bases firmes… Entretanto yo no puedo ser un poder interino». El mensaje era claro: Franco no pensaba abandonar (por emplear la terminología del coronel Casado) la cota que había ocupado. Ahora, terminaba su carta a Alfonso XIII recomendándole que se ocupase de la preparación de su heredero y de expulsar de su entorno a los cortesanos que le recomendasen que ejerciese sus derechos dinásticos antes de que Franco lo juzgase oportuno: «He de rogaros cuidéis de la formación del príncipe don Juan, llevar a su ánimo el despertar de España, que siga intensamente nuestro movimiento y sienta al unísono con esta juventud, alejando de su lado a cuantos pretendan torcer su excelente natural, pretendiendo precipitar etapas en un camino cuya meta presentimos pero que por lo lejana no vislumbramos todavía»[12]. Era el indicio más

diáfano de que Franco no tenía la menor intención de renunciar jamás al poder.

La victoria final de Franco en la Guerra Civil española no hizo sino intensificar la convicción que tenía de su derecho divino a reinar en España como regente vitalicio. No le mandó al Rey ningún telegrama para anunciar la caída de Madrid, cosa que Alfonso interpretó como señal de que no iba a restaurar la monarquía, diciendo «elegí a Franco cuando no era nadie. Él me ha traicionado y engañado a cada paso»[13]. Las celebraciones de la victoria confirmaron a Franco la imagen minuciosamente construida que lo presentaba como cruzado medieval, defensor de la fe y restaurador de la grandeza nacional. El Primado, cardenal Gomá, le escribió: «Dios ha hallado en Vuecencia digno instrumento de sus planes providenciales sobre la Patria querida», lo que le convenció de su estatus como gran héroe del tipo de los reyes-caudillos del pasado. En sus discursos, Franco argumentaba que el declive de España había comenzado después de Felipe II por flaquezas de la monarquía. Se consideraba capaz de restablecer la grandeza del país, aunque para ello había que acometer la larga tarea de borrar los tres calamitosos siglos anteriores.

Sus pretensiones de darse aires de realeza, como la de nombrar obispos, se vieron muy claramente en muchas ceremonias, como por ejemplo en su entrada triunfal en Madrid el día 19 de mayo de 1939, cuando, según el comunicado de su oficina de prensa, la ceremonia se basaba en «el ritual observado cuando Alfonso VI, acompañado por el Cid, tomó Toledo en la Edad Media». Al día siguiente se montó un simulacro de coronación a través de un solemne *tedeum* en la basílica de Santa Bárbara. Las fachadas de los edificios de la plaza de las Salesas Reales estaban engalanadas con retratos de Franco y tapices que recordaban episodios gloriosos de la historia de España. En la entrada de la basílica, el obispo de Madrid, Leopoldo Eijo y Garay, recibió a Franco bajo palio, y, según Ramón Serrano Súñer, «tomó el incensario y mientras ejercitaba el rito dijo en voz muy clara: “Nunca he incensado con tanta satisfacción como ahora lo hago con Vuestra Excelencia”». El coro del monasterio de Santo Domingo de Silos acogió a Franco con un canto mozárabe del siglo X compuesto para la recepción de príncipes, unos aleluyas que anuncian la llegada del hombre predestinado para guiar a una raza elegida. También cantó un *oratio* que rogaba a Dios: «que mires benignamente desde el trono de tu Majestad a nuestro Caudillo Francisco Franco, al que diste un pueblo sujeto a su gobierno, asistiéndole en todo tu voluntad». Rodeado de vestigios gloriosos del pasado militar, el Arca Santa con las reliquias de Pelayo traída de la catedral de Oviedo, el pendón de las Navas de Tolosa, el estandarte de Lepanto y la señera de Valencia, Franco —como el rey guerrero Alfonso VI— ofreció su «espada de la victoria» al cardenal Goma, quien ordenó que fuera expuesta en la catedral de Toledo delante del gran crucifijo del Cristo de Lepanto y al lado de la espada de Alfonso VI[14].

La coreografía regia era tan del gusto de Franco como del de la jerarquía eclesiástica que, antes de la Guerra Civil, difícilmente se podría haber imaginado que acabaría por emular así a sus antecesores medievales y del Siglo de Oro[15].

Los poderes de los que Franco gozaba —jefe de Gobierno, jefe del Estado, Generalísimo de todos los Ejércitos, jefe nacional de la Falange— inflaban las pretensiones monárquicas de quien sólo respondía ante Dios y la historia. La Ley de la Jefatura del Estado del 8 de agosto de 1939 le confirió poder para promulgar leyes y decretos sin consultar siquiera con el Consejo de Ministros, un poder que previamente sólo habían conocido los reyes de la España medieval. No era de extrañar que al desmontar su cuartel general de Burgos, el Caudillo quisiera al principio establecer su residencia en Madrid en el Palacio de Oriente. Su cuñado y asesor, Ramón Serrano Súñer, lo disuadió alegando que así pondría en evidencia sus ambiciones, por lo que se escogió otro palacio real más discreto, el de El Pardo, que fue restaurado de forma que evocase lo más posible a los inquilinos reales del pasado. Una vez instalado en el palacio, Franco, quien, según el mariscal Pétain, «iba asumiendo cada vez más el estatus de rey», insistió en que a su mujer se le diera el tratamiento real de «La Señora» y decretó que se tocase la Marcha Real cada vez que ella llegara a una ceremonia oficial, cortesía que se dispensaba a la reina Victoria Eugenia antes de 1931[16].

Convencido de que el Eje iba a ganar la Segunda Guerra Mundial, Franco dedicaba poco tiempo al tema de la restauración monárquica aunque, de vez en cuando, consciente de la rivalidad entre falangistas y monárquicos, daba a entender que, a la larga, pensaba en don Juan como sucesor (Alfonso XIII, que había abdicado el 15 de enero de 1941 por razones de salud, falleció apenas seis semanas después, el 28 de febrero). Es significativo que, cuando murió el Rey, Franco no quiso decretar luto nacional. Lo hizo a regañadientes cuando se enteró de que la gente había empezado a colgar crespones negros de los balcones de Madrid. Que Franco temía a los monárquicos queda de manifiesto en una instrucción a las ocho Capitanías Generales cursada el 17 de julio de 1943. Redactada con la ayuda del capitán Carrero Blanco, reflejaba los prejuicios antimasónicos de los dos. En ella se declaraba que donjuán de Borbón era el pelele de una conspiración masónica y que el restablecimiento de la monarquía supondría la vuelta al caos que supuestamente había causado la Guerra Civil española.

El documento decía, entre otras cosas: «Repetidas informaciones que por su origen merecen crédito absoluto permiten ya concretar todos los aspectos generales de un vasto plan de acción, urdido por la masonería

internacional, para, aprovechando las circunstancias apasionadas de la guerra, provocar en España situaciones de debilidad que la pongan de momento al servicio de intereses extranjeros y, posteriormente, en el mismo estado de aniquilamiento que se encontraba en julio de 1936. En el orden político la acción masónica se concentra activamente hacia la producción de un viraje a un régimen democrático como salto para pasar luego a la República de izquierdas. Prieto, Negrín, Sánchez Román, Madariaga y demás dirigentes de las izquierdas españolas, desesperados por la fortaleza de nuestro Régimen actual, intentan la instauración de una Monarquía democrática, y hacia este objetivo de Monarquía, sin adjetivar concretamente, trata la masonería de canalizar todas las aspiraciones de los sectores españoles que, por distintas razones de todo orden de linaje, anhelan la vuelta de esta forma de Gobierno, creyendo encontrar en el príncipe don Juan un candidato manejable».

En un párrafo escrito a mano, Franco aseguraba: «Se trata de desvirtuar y deshacer toda nuestra Cruzada, y en la imposibilidad de alcanzar directamente la República masónica soñada, intentan explotar a los grupos monárquicos para, aprovechando la benevolencia que éstos gozan ante los poderes públicos, instaurar una Monarquía aparentemente inocua que ellos se encargarían de hacer democrática, que volviese las cosas al 17 de julio del 36». Las últimas palabras, a partir de «que volviese», fueron sustituidas en el texto definitivo por estas otras: «para alcanzar tras fácil evolución la situación del 17 de julio de 1936».

La instrucción proseguía: «El plan, de evidente astucia, trata de concentrar los intereses de los monárquicos impacientes de todos los sectores, de los descontentos, de los sancionados y de toda la gama de rojos, contra la jefatura del Caudillo y en apoyo de la subida al trono del príncipe don Juan; plan que contaría con el apoyo y simpatías extranjeras. Explotando la buena fe de unos, las ambiciones y apetencias de otros, y la estulticia de no pocos, se pretende traicionar a la patria, hacer imposible en el futuro una instauración monárquica duradera y de verdad en la ocasión oportuna; se pretende inutilizar la figura que podría mañana ceñir la Corona de esta Monarquía y, por último, se intenta entregar a la nación al servicio del extranjero para más tarde precipitarla en el comunismo». Las palabras «en el futuro» y «mañana» estaban escritas a mano por el mismo Franco[17].

Las relaciones entre el dictador y el heredero del trono se pusieron mucho más difíciles con la caída de Mussolini el 25 de julio de 1943. Escasamente una semana después, Franco recibió un telegrama de don Juan que le instaba a restaurar la Monarquía para evitar la suerte del *Duce*. Fue el comienzo del largo duelo entre los dos. Donjuán estuvo siempre convencido de que Franco nunca le había perdonado lo que consideraba una traición: «Él me la tenía guardada desde el telegrama aquél»[18]. Franco contestó apelando al patriotismo de donjuán, suplicándole que no hiciera ninguna declaración pública que pudiera debilitar la posición del régimen. En el mismo sentido, a finales de 1943, el Caudillo se enfureció cuando llegó a sus manos una carta de don Juan al conde de Fontanar, uno de sus fieles, que hablaba de romper públicamente con el régimen. En la carta se refería a Franco como «usurpador ilegítimo»[19].

El 6 de enero de 1944, Franco le escribió a donjuán para desviarle de tal propósito en términos que recordaban a las razones que le había dado a Alfonso XIII para descartar una pronta restauración borbónica, es decir, las supuestas debilidades de la monarquía constitucional. Con un cinismo notable, negó que la sublevación militar de 1936 tuviera «una significación monárquica» cuando él mismo había presidido la ceremonia en Sevilla el 15 de agosto de 1936, en la que los sublevados habían adoptado la bandera monárquica como suya. Además, decía que los monárquicos constituían solamente «una exigua minoría» de los que lucharon contra la República, para concluir: «Por lo tanto ni el régimen derrocó a la monarquía ni estaba obligado a su restablecimiento». Más significativo aún era que utilizaba un lenguaje que remontaba a la ceremonia de 1939, que le había sacralizado como rey-guerrero. Lo que decía en su carta revelaba sin lugar a dudas que Franco consideraba que su derecho a reinar en España era infinitamente superior al derecho del príncipe: «Entre los títulos que dan origen a una autoridad soberana sabéis que se encuentran: la ocupación y la conquista; no digamos el que engendra salvar una sociedad. La superioridad justifica, por otra parte, moral y jurídicamente, la soberanía; que en este caso también viene determinada por la autoridad que se disfrutaba en la sociedad antigua. Propios merecimientos contrastados en una vida de intensos servicios; prestigio y categoría en todos los órdenes de la sociedad; reconocimiento público de esta autoridad, se dan en este caso. Ha existido, por tanto, una previa superioridad pública. Y en la cruzada, la proclamación como Jefe Supremo del Estado por las tropas y fuerzas políticas integradoras del movimiento y el beneplácito de toda la nación me otorga otro título indubitable. Y no digamos el haber alcanzado, con el favor divino repetidamente prodigado, la victoria y salvado a la sociedad del caos, que engendra y consolida por muchos conceptos, un derecho soberano»[20].

Negar toda posible dimensión monárquica del alzamiento y decir que no tenía ninguna obligación de pensar en una restauración significaba olvidar las excusas que había dado en 1936 para impedir que donjuán viniese a servir en el *Baleares*. A pesar de todo, insinuaba que, de no ser por las interferencias de don Juan, ya habría hecho más progresos hacia una posible restauración. De todas formas, a pesar de su enorme confianza en sí

mismo y en la legitimidad de su poder por derecho de conquista, se sintió seriamente amenazado cuando, ante la inminente derrota del Eje, donjuán hizo público, el 19 de marzo de 1945, el llamado Manifiesto de Lausana. Fue una denuncia del carácter totalitario del régimen y un llamamiento a Franco a dar paso a una monarquía moderada, democrática y constitucional[21]. La reacción hostil del Caudillo confirmó para siempre su ya perfilada determinación de que donjuán nunca fuera rey de España. Don Juan había confiado en la buena voluntad de Franco, una esperanza vana. El duque de Alba comentó: «No quiere sino sostenerse a perpetuidad»[22]. El mismo Franco decía a Kindelán: «mientras yo viva, nunca seré una reina madre»[23].

Sin embargo, montó una operación de relaciones públicas y, en una reunión del Consejo de Ministros a mediados de abril de 1945, lanzó la idea de adoptar «una forma monárquica de gobierno» y de instituir un «Consejo del Reino» para determinar la eventual sucesión. Fue una idea genial, pues apaciguaba a los monárquicos con un aparente progreso hacia la monarquía y al mismo tiempo reforzaba en realidad el estatus monárquico del propio Franco. Se anunció que Franco continuaría como jefe del Estado y que el rey designado por el Consejo no asumiría el trono hasta que Franco muriera o abandonara el poder. Las pocas posibilidades de que el designado fuera donjuán se traslucían en la costumbre de Franco de referirse a él como «el pretendiente». El Caudillo le comentó a su ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, que donjuán no era capaz de reinar: «Donjuán es un pretendiente. Yo soy el que tiene que decidir», pues donjuán «no tiene carácter; se aviene a todo». La restauración se produciría cuando él lo decidiera y cuando el pretendiente hubiera jurado fidelidad al movimiento. Sin embargo, para neutralizar tanto la hostilidad extranjera como la del propio don Juan, Franco permitió a Martín Artajo asegurar a los diplomáticos extranjeros que cedería el poder a don Juan dos años después[24].

Franco reveló en privado que no tenía intención alguna de traer a don Juan cuando le dijo al general Martínez Campos (duque de la Torre): «Yo no haré la tontería que hizo Primo de Rivera. Yo no dimito. De aquí, al cementerio»[25]. Manifestó sus sentimientos verdaderos públicamente con su reacción a la publicación de una carta firmada por 458 monárquicos para dar la bienvenida a donjuán con motivo de su traslado a Portugal en febrero de 1946. En el Consejo de Ministros, declaró que «ésta es una declaración de guerra. Hay que aplastarlos como gusanos». Propuso encarcelar a todos aunque desistió de tal propósito cuando se le expusieron las consecuencias internacionales que tendría semejante medida. Sin embargo, cursó instrucciones para que los estudiantes falangistas interrumpiesen las clases de los profesores que habían firmado el documento[26]. También mandó una nota a donjuán para anunciarle que rompía sus relaciones por «las conspiraciones monárquicas» supuestamente fomentadas por él. Sin embargo, dado el apoyo que brindaban a don Juan desde los carlistas hasta los socialistas, decidió Franco acelerar los planes para «monarquizar» su régimen.

Esto se hizo a través de la Ley de Sucesión. Su primer artículo declaraba que «España, como unidad política, es un Estado católico, social y representativo que, de acuerdo con su tradición, se declara constituido en Reino». El segundo artículo reafirmaba: «La Jefatura del Estado corresponde al Caudillo de España y de la Cruzada, don Francisco Franco Bahamonde», quien gobernaría hasta que se lo impidiera la muerte o incapacidad y tendría potestad para nombrar a su propio sucesor real. En ningún momento se reconoció a la familia real ningún derecho de sucesión dinástica. El futuro rey tendría que jurar las leyes fundamentales del movimiento y se le podría deponer en caso de que se apartase de las mismas. Esto significaba que los falangistas no podrían albergar grandes esperanzas de llevar a término su revolución pendiente y que Franco había sido formalmente reconocido como regente vitalicio[27].

Cuando el Caudillo mandó a Carrero Blanco a informar de ello a donjuán, éste le preguntó cómo Franco podría fingir ser monárquico y a la vez prohibir las actividades monárquicas. Manifestó su pretensión de ser rey de todos los españoles, lo que provocó que Carrero aludiese a la división franquista de España en vencedores y vencidos: «Su Alteza debe pensar en que puede ser Rey de España, pero de la España del Movimiento Nacional, católica, anticomunista, antiliberal y rabiosamente libre de toda influencia extranjera en orden a su política»[28]. Cuando, después de la publicación de la Ley de Sucesión del 31 de marzo de 1947, unas horas después de la visita de Carrero a Lisboa, donjuán la denunció en su Manifiesto de Estoril, el 13 de abril de 1947, Franco decidió descartarlo definitivamente como posible sucesor. Cuando la ley fue sometida al referéndum del 6 de julio de 1947, la victoria del sí por el noventa y tres por ciento de los votos provocó tal euforia en Franco que el general Kindelán le escribió a don Juan: «Está atacado por el mal de la altura; es un enfermo del poder, decidido a conservar éste mientras pueda, sacrificando cuanto sea necesario y defendiéndolo con garras y pico. Muchos le tienen por hombre perverso y malvado; no lo creo yo así. Es taimado y cuco… pero yo creo que obra convencido de que su destino y el de España son consustanciales y de que Dios le ha colocado en el puesto que ocupa, para grandes designios».

A pesar de todo, Franco, empeñado en neutralizar a don Juan, se tomó muchas molestias para concertar el famoso encuentro del yate *Azor* el 25 de agosto de 1948. Una vez a bordo, le aseguró a donjuán que él gozaba de excelente salud y esperaba gobernar España durante un mínimo de veinte años más. El verdadero propósito

fue procurar que Juan Carlos, de diez años, se educara en España[f27]. Con su presencia en el país, Juan Carlos sería el rehén que justificaría el hecho de que Franco desempeñara de forma indefinida el papel de regente. Sería una buena manera de controlar el futuro desarrollo de la monarquía y de los monárquicos. Don Juan opinó que sin la aprobación de Franco no habría nunca una restauración, pero también sabía que Franco aprovecharía la presencia de Juan Carlos en España para dar la impresión de que su padre había abdicado[29]. Franco filtró la noticia antes de que don Juan diera su asentimiento, y éste capituló[30].

La llegada del joven príncipe se orquestó de tal forma que pareciera que la monarquía quedaba subordinada a Franco. Donjuán se había doblegado, hasta tal punto, que en noviembre de 1949, cuando agonizaba el suegro de donjuán, Carlos de Borbón-Dos Sicilias, Franco negaba permiso a su mujer, doña María de las Mercedes, para viajar a Sevilla con el fin de acompañar a su padre en el trance final. Al final, ella tuvo que salir de Portugal sin la autorización, y llegó cuando ya había fallecido su padre. Años después, diría doña María: «Yo, que creo que soy capaz de perdonar todo, nunca perdoné a Franco, al que defendí en otras cosas hasta peleándome con mis amigos, que se portara tan mal con mi padre… Y luego, lo de que yo no pudiera llegar a tiempo para verlo vivo»[31]. El 10 de julio de 1951, al constatar las relaciones cada vez más cordiales de Franco con Estados Unidos, don Juan le escribió proponiendo una transición negociada hacia una monarquía informada por los principios del Movimiento. Franco tardó dos meses en contestarle y no respondió a la oferta. En cambio, dijo de la forma más hiriente que, si donjuán abdicase, esto podría favorecer la futura sucesión de su hijo[32].

El Caudillo permitía que la prensa del Movimiento insultase libremente al conde de Barcelona. También manifestaba su antipatía hacia don Juan alentando las pretensiones al trono de su hermano sordomudo, don Jaime de Borbón. En diciembre de 1949, don Jaime había anunciado que consideraba nula su renuncia a sus derechos al trono en 1933, alegando que se había curado de su incapacidad física. Atribuía este «milagro» al amor por su nueva «esposa», Carlotte Tiedemann, una cantante de opereta alemana de tercera fila y aventurera que había manifestado sus ambiciones de hacerse con varias propiedades de la familia real. El consejero de donjuán, José María Gil Robles, creía ver «la mano de Franco» detrás de esta maniobra. Se sospechaba que el Caudillo había pagado a don Jaime con este fin, liquidando sus deudas inmediatas y ofreciéndole una sustanciosa asignación anual. Ciertamente Franco estaba buscando maneras de explotar las ambiciones de don Jaime. Una forma evidente era disponer que los hijos de don Jaime, Alfonso y Gonzalo de Borbón Dampierre, estudiaran en España. El anterior matrimonio de don Jaime no había sido legalmente anulado, y la custodia de sus hijos se había concedido a su exmujer, Emmanuela Dampierre[33].

La declaración de don Jaime le había dado a Franco una baza utilísima para presionar a don Juan, y posteriormente al príncipe Juan Carlos. En octubre de 1952, a través de su embajador en París, el conde de Casa Rojas, el Caudillo se dirigió a don Jaime para convencerle de que su hijo y heredero, Alfonso Borbón y Dampierre, se educara en España bajo supervisión del Régimen. Don Jaime no tuvo reparo en elogiar a Franco a cambio del dinero que le ofrecía la perspectiva inmediata de saldar sus deudas y, en adelante, de recibir ayuda económica estable del Régimen, así como de la posibilidad de reafirmar sus derechos al trono, o al menos las pretensiones de su hijo a la Corona[34].

Aparte de presionar a don Juan a base de alentar las aspiraciones de don Jaime y sus hijos, por no hablar de los pretendientes carlistas, Franco tenía otro candidato más cercano. El 9 de diciembre de 1954 nació su primer nieto, y su yerno, Cristóbal Martínez-Bordiú, aduló al Caudillo sugiriendo que se cambiase el nombre del niño invirtiendo el orden de los apellidos paterno y materno. Así, con el nombre de Francisco Franco Martínez-Bordiú, el recién nacido era heredero potencial de su abuelo. Cuando las serviles Cortes dieron su consentimiento oficial el 15 de diciembre, cundió la alarma entre los círculos monárquicos de que Franco pensaba crear su propia dinastía[35].

Así las cosas, en 1954, donjuán se propuso una vez más ser el paladín de la monarquía democrática. Juan Carlos había terminado su educación secundaria a manos de los tutores franquistas, y su padre quería que continuase sus estudios en la Universidad de Lovaina. Franco, en cambio, quería que ingresara en la Academia Militar de Zaragoza y le escribió a donjuán que aquellos que aspiraban a gobernar España debían educarse en España. Daba a entender implícitamente y con cierto desprecio que don Juan no figuraba en sus planes para un futuro monárquico y lanzaba la amenaza de que si éste no aceptaba que Juan Carlos se educara en España, «cerraría la vía natural y transitable que puede ofrecerse para la instalación de la monarquía en nuestra patria»[36]. La palabra «instalación» significaba que no habría restauración de la línea legítima de los Borbón sino la imposición de una monarquía franquista cuyo titular tendría que ser elegido por Franco y formado para sostener las tradiciones del Movimiento. Don Juan tuvo que ceder por temor a perder toda esperanza de que su familia volviese a reinar en España.

La persistencia de sentimientos monárquicos dentro del Régimen inclinó a Franco a repetir el encuentro del *Azor* para convencer otra vez a los partidarios preeminentes de la monarquía de su buena fe. La reunión tuvo lugar el 29 de diciembre de 1954 en Las Cabezas, finca del conde de Ruiseñada en Navalmoral de la Mata, en

la provincia de Cáceres. En la reunión, Franco insistió una vez más en que mientras tuviera buena salud, no habría ningún cambio en España. Por otra parte, le advirtió a donjuán que si no aceptaba la educación de su hijo dentro de los principios del Movimiento, lo tomaría como una renuncia al trono. La decisión de Cristóbal Martínez-Bordiú de invertir los apellidos de su hijo para que se llamara Francisco Franco Martínez-Bordiú dio pie, como se ha dicho, a rumores[37]. Para que nadie pudiera ver en la reunión de Las Cabezas el menor indicio de acercamiento a una restauración, declaró: «A pesar de que mi magistratura es de por vida, es de esperar que me queden muchos años por delante»[38].

A partir de la crisis de 1956, Franco pasó a ser cada vez más un jefe de Estado ceremonial. El 1 de mayo de aquel año declaró en Sevilla que España era «una monarquía sin realeza» y que «la Falange puede vivir sin la monarquía pero la monarquía no puede vivir sin la Falange». Rechazada por Franco la posibilidad de una transición que condujese al reinado de don Juan, se atisbaba el retorno a un falangismo cerrado. El almirante Carrero Blanco, con la ayuda de su sabio consejero Laureano López Rodó, desarrolló la idea de una monarquía autoritaria para garantizar la continuidad del franquismo. Detrás de este plan, López Rodó trabajaba a favor de una restauración encarnada por Juan Carlos. Para que la idea le resultara más aceptable a Franco, Carrero Blanco entregó el primer borrador del plan para completar el proceso constitucional con una nota aduladora redactada en un lenguaje que recordaba la ceremonia de la basílica de Santa Bárbara de mayo de 1939: «Si el rey recoge los poderes que tiene S. E. es para sentirse alarmados, porque lo cambiará todo. Hay que ratificar al mismo tiempo el carácter vitalicio de la magistratura de S. E., que es Caudillo que es más que rey, porque funda monarquía». Franco era tan reacio a dar cualquier paso que lo acercara a su partida que, durante ocho años, no hizo nada con este borrador.

Franco tuvo su tercer encuentro con donjuán de Borbón, el segundo en Las Cabezas, el 29 de marzo de 1960. No le dijo abiertamente que ya desde hacía tiempo lo había descartado como posible sucesor por temor a que Juan Carlos volviese a Estoril, lo que acarrearía la pérdida del apoyo de los monárquicos. Además, después de la reunión, publicó un comunicado en España cuyo texto presentaba muchas modificaciones respecto a aquel que había acordado con donjuán, con lo que daba la impresión de que éste había aceptado la Ley de Sucesión y la instauración de una monarquía del Movimiento. Así debilitaba el derecho dinástico al trono de la casa de Borbón. Volvió a hacerlo, esta vez para mostrar la posición subordinada del joven príncipe Juan Carlos. Cuando éste se casó en Atenas con la princesa Sofía de Grecia, Franco ordenó que no se le diera publicidad a la ocasión en la prensa española, y cuando los novios le visitaron en Madrid, hizo gala de conceder también una audiencia larga al presidente de la Comunión Tradicionalista, representante del pretendiente carlista. Desconfiaba de Juan Carlos porque todavía le indignaba la determinación de don Juan (que temía que hubiese contagiado a su hijo) de ser Rey de todos los españoles: «Es inimaginable —decía— que los vencedores de una guerra cedan el poder a los vencidos»[39].

En los años sesenta, Franco causó gran inquietud entre sus colaboradores por su falta de ganas de enfrentarse a la tarea de preparar la sucesión a través de una Ley Orgánica del Estado. Finalmente, en 1965, empezó a trabajar en el tema pero muy lentamente. Se quejó de las dificultades derivadas del elevado número de candidatos: donjuán, Juan Carlos, el carlista Carlos Hugo de Borbón Parma y Alfonso de Borbón Dampierre, hijo de don Jaime, el hermano sordomudo de donjuán. Las demoras constantes reflejaban una reticencia a contemplar el final de su propio mandato. Por otra parte, hizo que la policía secreta siguiera a Juan Carlos para darle informes sobre sus contactos con elementos progresistas del régimen. Al final, la Ley Orgánica del Estado fue presentada a las Cortes el 22 de noviembre de 1966. La camarilla de El Pardo hizo campaña en contra de Juan Carlos pero, a comienzos de 1969, en unas muy sonadas declaraciones a la agencia EFE, éste declaró su compromiso con los principios del Movimiento[40].

En el verano de 1969, Franco provocó una ruptura entre Juan Carlos y su padre, anunciando el nombramiento del príncipe como sucesor a título de Rey de forma que donjuán pensara que su hijo le había engañado. Juan Carlos había visitado a su padre en Estoril poco antes y, aunque sospechaba que Franco iba a nombrarle, no lo sabía a ciencia cierta. Cuando, a su vuelta a Madrid, el Caudillo se lo anunció, el Príncipe repuso: «Pero, mi general, ¿por qué no me dijo nada cuando le vine a ver antes de ir a Estoril?». Franco le contestó: «Porque le hubiera pedido palabra de honor de guardarla en secreto. Y si su padre le hubiera preguntado algo le hubiera tenido que mentir. Y preferí que no mintiera a su padre»[41]. Al designarlo Príncipe de España, en vez de Príncipe de Asturias, rompió la continuidad y la legitimidad de la casa de Borbón. Lo nombró convencido de su fidelidad a las leyes del Movimiento y no se le ocurrió que pudiera albergar planes de restablecer la democracia. El 18 de marzo de 1972, su nieta María del Carmen se casó con Alfonso Dampierre, lo que dio pie a rumores de una posible dinastía franquista. Doña Carmen insistió en que su nieta recibiese trato de princesa, y que se le diese el tratamiento de Su Alteza. En 1974, cuando Franco cayó enfermo, no quiso traspasar sus funciones a Juan Carlos. Al contrario, las reasumió en cuanto pudo. Cuando su ministro de Gobernación, José García Hernández, le aconsejó que dejara «el timón en otras manos», él le replicó: «Usted sabe que eso no es posible»[42].

Tiene poquísimo fundamento la idea de que Franco sabía que Juan Carlos iba a instaurar la democracia y que incluso estaba de acuerdo. Recién nombrado sucesor, Juan Carlos visitaba a Franco cada semana. Cuando le pidió consejos, el Caudillo replicó: «Para qué quiere Vuestra Alteza que le diga algo. ¡Si no va a poder gobernar como yo!». Lo que quería decir en realidad era: «Vuestra alteza quien no conquistó el poder. No es Vuestra Alteza quien ganó una guerra civil. Vuestra Alteza accederá al poder solamente si se lo regalo yo. Es Vuestra Alteza quien será vigilado por Carrero y otros». Le dijo a su primo Pacón que había elegido a Juan Carlos porque era quien «más garantías me ofrece para defender el régimen que salió victorioso de la Cruzada». Confiaba totalmente en que ni Juan Carlos ni su mujer albergaban intenciones de cambiar el Régimen: «Estoy seguro de que servirán siempre a España con lealtad absoluta y de que él hará honor al juramento pronunciado ante las Cortes y al que en su día volverá a hacer de cumplir las leyes fundamentales, siendo rey de España»[43].

El 19 de noviembre de 1974, le decía al ministro secretario del Movimiento, José Utrera Molina: «Todos conocen mi criterio sobre lo pernicioso de los partidos políticos y estoy seguro de que el planteamiento que el Gobierno hace de las Asociaciones ha de impedir degeneren hasta el punto de convertirse en agrupaciones sectarias y beligerantes». Los partidos políticos, decía, «son incompatibles con el Régimen». Tres días después, insistió: «Sé que cuando yo muera todo será distinto, pero existen juramentos que obligan y principios que han de permanecer»[44]. En su último discurso, pronunciado el 1 de octubre de 1975 en la plaza de Oriente, declaraba, respecto a las críticas internacionales que habían levantado las recientes ejecuciones de militantes de ETA y FRAP: «Todo obedece a una conspiración masónico-izquierdista de la clase política en contubernio con la subversión terrorista-comunista en lo social»[45] [f33]. No eran precisamente las palabras de un jefe de Estado bondadoso que esperaba que su sucesor convirtiese a España en una democracia.

Tras la muerte de Franco, los mecanismos sucesorios se activaron y Juan Carlos se convirtió en rey en virtud de la legislación franquista, lo que apaciguó a los miembros del Movimiento que temían que fuese un rey demócrata. Por otra parte, las prolongadas vacilaciones de Franco sobre la sucesión y el apoyo de la camarilla de El Pardo a Alfonso de Borbón Dampierre habían distanciado a Juan Carlos del régimen y le habían ganado la simpatía de algunos elementos de la oposición democrática. Desde mediados de 1976, el nuevo Rey desempeñó un papel crucial en el complejo proceso de desmantelamiento del régimen franquista y en la creación de una legalidad democrática[f35]. La intención de Franco había sido instaurar una monarquía totalmente franquista para perpetuar su régimen. El papel de Juan Carlos no tenía nada que ver con los planes de Franco. Ni siquiera seguía siendo rey en virtud de La Ley Orgánica del Estado, ya que, el 14 de mayo de 1977, un mes antes de las primeras elecciones democráticas, donjuán de Borbón renunció a sus derechos al trono y traspasó a su hijo la completa legitimidad dinástica.

EL GRAN MANIPULADOR

Una buena pista para descifrar el enigma que fue Franco se encuentra en las contradicciones entre el mito que el mismo Franco y sus propagandistas crearon a lo largo de su vida y la realidad que subyacía al mito. Franco procuraba reescribir y, por supuesto, mejorar constantemente su propia biografía, fuera directamente en discursos o artículos, o por medio de las entrevistas públicas concedidas a periodistas o de las entrevistas privadas con sus hagiógrafos. A veces, lo hacía por medio de los uniformes que se ponía. Sus actos eran síntomas de su ambición. En cuanto pudo empezar a influir en la percepción que la gente tenía de él, Franco adoptó la imagen desmesurada de sí mismo que construía su propia propaganda. Su afición a compararse con los grandes héroes guerreros y los forjadores del imperio que ha dado la historia de España, sobre todo el Cid, Carlos V o Felipe II, se convirtió en un hábito sólo en parte derivado de leer su propia prensa aduladora o de escuchar los discursos de sus partidarios más entusiastas. Se puede deducir que Franco disfrutaba con las disparatadas exageraciones de sus panegiristas al leer los discursos de su íntimo amigo y primer jefe de propaganda, el general José Millán Astray. Sin el beneplácito del mismo Franco, cuesta pensar que Millán Astray hubiera dicho del Caudillo que «Franco es enviado de Dios como Conductor para la liberación y engrandecimiento de España», que «Es el primer estratega de este siglo» o que repitiese hasta la saciedad que «jamás se equivoca»[1].

A lo largo de toda su vida, Franco se dedicó a reescribir periódicamente su propia historia. A veces, la reescribía él mismo, pero con más frecuencia se valía para ello de las «confidencias» que hacía directa o indirectamente a sus hagiógrafos. A menudo, la única base posible para lo escrito era el testimonio del único testigo, el mismo Franco. En los casos, por ejemplo, de sus amigos José Millán Astray o Joaquín Arrarás, cabe deducir que las confidencias fueron directas. Unos buenos ejemplos serían los siguientes episodios referidos por Franco a Arrarás, de los que no había otros testigos. La primera se refiere al avance en mayo de 1912 de unas fuerzas regulares, entre ellas una sección dirigida por Franco. Supuestamente, el coronel Berenguer, observando con prismáticos la marcha de las tropas, comentó: «¡Qué bien avanza aquella sección!», y uno de los suyos le dijo: «Es la de Franquito». Luego, durante una acción en octubre de 1914 en Izarduy, según Arrarás, «en opinión de don Dámaso Berenguer, se reveló el temperamento militar de Franco [al mando de su sección de Regulares], al conquistar, con una pericia que acreditaba su vocación de guerrero y con un brío que era reflejo de su valor, unas alturas que el enemigo defendía con acérrimo empeño». Como ha señalado el coronel Blanco Escolá, en mayo de 1914, Franco no estaba destinado a los Regulares ni tenía como jefe al coronel Berenguer, y en octubre no estaba al mando de una sección[2]. La otra anécdota no está ubicada ni en el tiempo ni en la geografía: «Un día, hallándose en un parapeto, coge un termo para beber del café. Una bala disparada con precisión diabólica le arranca el tapón de entre los dedos. El capitán no se inmuta: bebe el contenido y, mirando al campo enemigo, exclama: “¡A ver si apuntáis mejor!”»[3].

En el caso de quien posiblemente fue el panegirista más exagerado de todos, Luis de Galinsoga, las confidencias llegaron a sus oídos a través del primo y secretario de Franco, «Pacón» (Francisco Franco Salgado-Araujo). Pacón recordaba años después: «Como si fuese una zarzuela, Luis puso la música y yo la letra, que fue la verdadera vida del Caudillo, que conozco tan bien por haber estado siempre a su lado»[4]. Dado el control férreo que se ejercía sobre los medios de comunicación y el mundo editorial, es evidente que tanta adulación del Caudillo no habría sido posible sin el visto bueno del interesado. A la luz de todo esto, resulta más notable el hecho de que, cuando algunos de sus allegados, como el mismo Francisco Franco Salgado-Araujo o su cuñado Ramón Serrano Súñer, le recordaban, el retrato íntimo era menos heroico y más goyesco, más siniestro, más mezquino, más mediocre.

El mejor ejemplo de la reinvención de su vida llevada a cabo por el propio Franco se encuentra en su obra *Raza. Anecdotario para el guión de una película*. Dictada durante los últimos meses de 1940 y los primeros de 1941, *Raza* era un intento inequívocamente autobiográfico de reconstruir su linaje y su infancia. En el guión, y en la película posterior, la figura del padre del protagonista, un oficial naval muerto heroicamente en la guerra de Cuba, le sirvió para sustituir a su verdadero padre y construir una trama central de romanticismo desenfrenado, capaz de plasmar sus fantasías y reparar las frustraciones de su vida[5]. *Raza* no fue más que la manifestación más extrema y caprichosa de los incansables esfuerzos de Franco por crear un pasado perfecto. La elección del seudónimo bajo el que se publicó, Jaime de Andrade, un antiguo y noble apellido con el que estaba lejanamente emparentado por parte de ambos progenitores, constituye una manifestación reveladora tanto de las aspiraciones sociales como de la tendencia ególatra de Franco.

En *Raza*, Franco tiñe de romanticismo su parentesco, su niñez y sus orígenes a través del héroe, José Churruca. De hecho, en la cima del poder, Franco escribió un libro en el que fabricaba un pasado digno del Caudillo providencial. Sus triunfos no habían podido borrar su propio pasado con todos los sinsabores que él atribuía a su padre. La lógica interna del libro y lo que explica el título es que el protagonista (José Churruca/ Franco) y su familia encarnan la esencia de todo lo que hay de valioso en la raza española y, por tanto, son capaces de liberar a España de los venenos extranjeros del liberalismo, la francmasonería, el socialismo y el comunismo. Hay un paralelismo entre la invención por parte de Franco de su propia vida y su remodelación dictatorial de la vida de España entre 1936 y 1975. En el libro, creó a la familia y al padre ideales que él no había tenido, mientras que en el poder gobernó España como si él fuera el padre autoritario de una familia estrechamente unida. Poco después de terminar el libro, se pusieron los recursos del Estado a disposición del director José Luis Sainz de Heredia para llevarlo a la gran pantalla. La primera vez que la vio, Franco, siempre de lágrima fácil, lloró a lágrima viva, como un niño, y a lo largo de los siguientes treinta y tres años la veía con una frecuencia casi semanal. En 1950, la película se estrenó de nuevo con el título cambiado por el de *Espíritu de una raza* y con un nuevo doblaje de los diálogos para eliminar el tono fascista del original. No se sabe cuál de las dos versiones gustaba más a su autor[6].

Tanto como *Raza, Diario de una Bandera*, el diario de guerra publicado por Franco en 1922, aporta elementos inestimables que permiten conocer mejor su psicología. En él cuenta una anécdota claramente inventada: «Es un legionario de edad madura y aspecto de hombre cansado el que cruza la calle, lleva la cabeza alta como los legionarios pero su paso es algo perezoso, la plata de los años blanquea sobre sus sienes y salpica su barba descuidada: al pasar ante un oficial del Ejército, levanta el brazo para saludarle, el oficial se detiene, se miran unos segundos y se abrazan llorando».[7] Fue un ensayo de lo que culminaría en *Raza*. A la muerte de su padre de verdad, Franco se apoderó del cadáver e implícitamente reinventó la segunda parte de su vida —la parte posterior al abandono de su familia— al enterrarlo con una pompa militar poco apropiada para los bohemios años finales de don Nicolás Franco Salgado-Araujo.

En el caso de *Raza*, no cabe duda de que el texto pasó por varias manos. Franco dictó el texto a Manuel Lozano Sevilla. Luego, recibió la ayuda, como mínimo estilística, de dos periodistas, Manuel Aznar y Manuel Halcón. A continuación, el guión fue retocado por quien sería el director de la película, José Luis Sáenz de Heredia, y Antonio Román[8]. En cuanto a *Diario de una bandera*, corrían rumores de que no lo había escrito sino un periodista a sueldo. En su libro sobre el régimen de Franco, Stanley Payne apunta al «periodista catalán Juan Ferragut». No existía tal periodista. «Juan Ferragut» fue el invento del periodista y novelista andaluz Julián Fernández Piñero, cuyas historias, más tarde recogidas en el libro *Memorias del legionario Juan Ferragut*, tenían el mismo formato de diario, además de un estilo patriotero semejante, lo que bien pudo dar pie a los rumores[9].

Es difícil saberlo con seguridad. Lo que sí es indudable es que, en *Raza*, en *Diario de un bandera*, en sus otros textos firmados y en sus miles de páginas de discursos, así como en los fragmentos de sus memorias inacabadas y en incontables entrevistas de prensa, Franco adornaba constantemente el papel que había desempeñado y las cosas que había dicho en incidentes concretos. Se las arreglaba siempre para quedar de la mejor manera posible y suministraba la materia prima necesaria para garantizar que cualquier biografía se convirtiera en una hagiografía. La persistencia de tantas leyendas favorables da fe de hasta qué punto consiguió manipular los medios de comunicación.

La facilidad de Franco para crear leyendas ya empezaba a mostrarse durante los primeros años de sus servicios en África. El 24 de julio de 1916, hizo la solicitud para que se le concediera la Gran Cruz Laureada de San Fernando con motivo del combate librado apenas un mes antes, el 29 de junio de 1916, en El Biutz, en el que había resultado gravemente herido. Para que su solicitud llegara a buen término, él tendría que haber continuado luchando después de que su unidad quedara reducida a la mitad por el número de bajas y, a pesar de sus heridas, haber seguido ejerciendo el mando hasta que su unidad hubiera alcanzado el objetivo que le había sido encomendado. Esto era sencillamente imposible, porque Franco se contaba entre los primeros heridos y lo habían retirado casi enseguida del campo de batalla. En el juicio, el médico que le curó aseguró que Franco había sido el primero en llegar al puesto de socorro, y otro testigo declaró que las bajas sufridas por la compañía se habían producido después de retirarse Franco. Uno de los testigos juró que sabía «que Franco asistió al combate y que fue herido, ignorando que realizase acto alguno digno de estar comprendido en la Orden de San Fernando». Cuatro oficiales más manifestaron que «el capitán Franco no hizo más que auxiliar el avance de la caballería, sin ninguna cosa de particular en su actuación». Dadas las contradicciones entre su propia versión del incidente y las de otros testigos, su solicitud fue desestimada y a él se le recompensó con la Cruz de primera clase de María Cristina. Después de dirigir una queja al propio rey Alfonso XIII, fue ascendido a comandante de infantería por méritos de guerra el 28 de febrero de 1917, en sustitución de la Cruz de María Cristina, que le había parecido insuficiente recompensa[10]. El no haber conseguido la Laureada era algo que le preocupaba y le causaba recelo[11].

La parte pública del proceso comenzó tan pronto como sus aventuras en África empezaron a llamar la atención de la prensa. El joven comandante descubrió enseguida que poseía un talento para la manipulación que puso en práctica con los periodistas. Logró convertirse en figura nacional por su papel como jefe de las operaciones de la Legión tras la derrota de Annual en julio de 1921. La prensa gallega pronto elogió «la sangre fría, la audacia y el desdén por la vida» de «nuestro querido Paco Franco», después de un incidente en el que Franco liberó un blocao sitiado con la única ayuda de doce voluntarios. A la prensa le encantó saber que, a la mañana siguiente, Franco y sus doce voluntarios habían regresado llevando «como trofeos las cabezas ensangrentadas de doce harqueños». Franco iniciaba de esa forma una trayectoria dedicada a labrar su imagen pública, algo muy revelador del alcance de su ambición. La prensa empezó a interesarse por él. En las entrevistas, los discursos que pronunciaba en banquetes celebrados en su honor y en los textos que publicaba, empezó a transmitir de forma consciente la imagen del héroe abnegado[12].

Poco después de recibir de Millán Astray el mando de la Legión, el comandante Franco recibió un telegrama de felicitación del alcalde de Ferrol. En medio del fragor de la batalla tuvo tiempo de enviar una respuesta aparentemente humilde: «La Legión se honra con su felicitación. Yo sólo cumplo con mi deber de soldado»[13]. Era una frase típica de la imagen que Franco tenía de sí mismo en aquella época, la del oficial valiente pero modesto, al que sólo le interesaba encargarse de sus obligaciones. Él creía de forma implícita en esa imagen e hizo notables esfuerzos por proyectarla públicamente. Al salir de una audiencia con el Rey a principios de 1922, dijo a los periodistas que el monarca le había abrazado y felicitado por su éxito al mando del Tercio en ausencia de Millán Astray: «Lo que se ha dicho de mí ha sido algo exagerado. Yo sólo cumplí con mi deber. Los soldados son unos verdaderos valientes. Con ellos puede irse a cualquier parte»[14]. Lo cierto es que, ni en la guerra de África ni en la Guerra Civil española mostraba consideración hacia los soldados rasos que tenía bajo su mando. Sin embargo, sería un error pensar que, cuando Franco hablaba así, sólo daba muestras de su cinismo. No hay duda de que el joven comandante se veía a sí mismo, sinceramente, como la figura propia de *Beau Geste* que mostraba su diario. No obstante, su conducta durante las entrevistas periodísticas indica que era consciente del valor de una presencia pública en la deseada transición de héroe a general. Es imposible decir si *Diario de una bandera* nació de una colaboración entre el joven héroe del Rif con el autor de las memorias de Juan Ferragut, pero el hecho de que a finales de 1922 publicara el libro y regalara ejemplares de él demuestra lo consciente que era del valor de la imagen.

No hay duda de que Franco cultivaba activamente su imagen pública. Las informaciones sobre sus hazañas en la prensa nacional contribuyeron a convertirlo en héroe nacional, «el as de la Legión». Un buen ejemplo es el perfil, enormemente halagador y elocuente, que ofrecía de él una entrevista concedida al legionario de ficción «Juan Ferragut», seudónimo de Julián Fernández Piñero. El esmero con que el «periodista» enaltece la imagen de su entrevistado podría tomarse como indicio de una relación entre los dos, aunque el «periodista» recalca que es la primera vez que se ven en persona. La entrevista constituye un retrato de Franco en un momento en que, con el matrimonio a la vuelta de la esquina, el heroísmo empezaba a dejar paso a una ambición más calculada. En el perfil de «Ferragut» todavía se puede oír la voz del hombre deseoso de acción, una voz que pronto desaparecería del repertorio de Franco. Sin embargo, el patriotismo y el heroísmo romántico estereotipados de muchas de sus frases indican que el personaje del intrépido Héroe del Rif no era totalmente natural ni espontáneo. Hay un elemento de afectación en las respuestas de Franco que evidencian un empeño consciente en construir la imagen pública de patriota abnegado.

—¡Pero si yo no he hecho nada! —exclama como asombrado—. Los peligros son menores de lo que cree la gente. Todo se reduce a aguantar un poco.

—¿Cuál ha sido el día que más emoción le ha causado en esta campaña?

—Yo recuerdo siempre el día de Casabona, tal vez el más duro de esta guerra… Aquel día fue el que vimos lo que era la Legión… Los moros apretaron de firme y llegamos a combatir a veinte pasos. Íbamos una compañía y media y nos hicieron cien bajas… Caían a puñados los hombres, casi todos heridos en la cabeza y en el vientre, y ni un solo momento flaqueó la fuerza… Los mismos heridos, arrastrándose, ensangrentados, gritaban: «¡Viva la Legión!»… Viéndoles tan hombres, tan bravos, yo sentía que la emoción me ahogaba… Ése ha sido el día mejor para mí de esta guerra… No sé… El valor y el miedo no se sabe lo que son… En el militar, todo eso se resume en otra cosa: concepto del deber, patriotismo[15].

En el verano de 1923, ascendió a teniente coronel para hacerse cargo del mando de la Legión. En el verano de 1923, *La Voz de Asturias* dedicaba toda una primera plana a su ascenso y sus triunfos. Franco concedió una larga entrevista en la que se proponía mostrarse como la personificación del ideal público de joven héroe vistoso, galante y, sobre todo, humilde. Expresaba una sorpresa muy teatral ante la atención que atraía. «Ahí —interrumpe prontamente, adivinando sin duda el elogio que brotaba en nuestros labios—, ahí hice lo mismo que todos los legionarios hicieron; luchamos con entusiasmo, con deseos de vencer, y vencimos… Sí, es verdad que mis muchachos me quieren mucho… ¿Planes?… Los acontecimientos serán los que manden; repito que yo soy un simple soldado que obedece… Al llamamiento que la Patria nos haga, nosotros sólo tenemos

una rápida y concisa contestación: ¡Presente!»[16]. Esta abnegación está en plena contradicción con un comentario hecho por Pedro Sainz Rodríguez, que había trabado amistad con Franco cuando los dos se encontraron en Oviedo y que, años después, sería ministro suyo: «Toda su vida se la pasó preocupado por su carrerita. A don Alfonso XIII le estaba constantemente hablando de sus acciones, de sus méritos, de su expediente en África y le cansaba con sus recomendaciones»[17].

El ascenso de Franco a general de brigada, el 3 de febrero de 1926, a la edad de treinta y tres años y dos meses, sirvió de base al mito de que era el general más joven de Europa desde Napoleón. De hecho, había generales más jóvenes que él tanto en el Ejército español como en los de otras naciones durante la Primera Guerra Mundial[18]. Ya designado general, dejó de ser centro de tanta atención periodística. No obstante, su nombramiento como director de la Academia General Militar de Zaragoza, en 1928, le transformó en una figura pública de bastante relieve. A finales de mayo de 1928, la revista *Estampa*, antecesora de *¡Hola!*, entrevistó a Carmen Polo y a su marido. A la pregunta de si estaba satisfecho de ser lo que era, Franco contestó, en tono sentencioso: «Estoy satisfecho de servir a mi patria al máximo». Cuando le preguntaron cuáles eran los tres mejores momentos de su vida, Franco respondió: «El día que desembarcó el Ejército español en Alhucemas, el instante de leer que Ramón había llegado a Pernambuco y la semana que nos casamos». El hecho de que el nacimiento de su hija Carmen no figurase en la lista indica que estaba ansioso por proyectar una imagen de patriotismo libre de emociones poco viriles. Luego le pedían que explicara cuál era su mayor ambición, y él revelaba que era «que España vuelva a ser todo lo grande que fue antaño». Cuando le preguntaban si era un hombre político, Franco replicaba con firmeza: «Soy militar», y declaraba que su deseo más ferviente era «pasar en todo momento desapercibido. Yo agradezco mucho ciertas manifestaciones, pero puede imaginarse lo molesto que resulta al cabo sentirse frecuentemente contemplado y comentado»[19]. Esta supuesta modestia no encaja del todo con su afán de obtener distinciones.

Con la llegada de la República, el uso de la prensa por parte de Franco se hizo mucho más defensivo. El 18 de abril de 1931, *ABC* público la noticia de que el nuevo Gobierno estaba a punto de nombrarle alto comisario de Marruecos, uno de los puestos más deseables del Ejército y ambicionado por el mismo Franco. Tres días después, él contestó con una carta cuyo texto le había preparado su cuñado, Ramón Serrano Súñer. En la carta, él negaba que le hubieran hecho una oferta de ese tipo, para distanciarse del nuevo Gobierno republicano y para evitar posibles acusaciones de que se trataba de una recompensa por su implicación en el advenimiento de la República y una traición al Rey. Decía que «ni el Gobierno provisional ha podido pensar en ello, ni yo había de aceptar ningún puesto renunciable que pudiera por alguien interpretarse como complacencia mía anterior con el régimen recién instaurado o como consecuencia de haber podido tener la menor tibieza o reserva en el cumplimiento de mis deberes o en la lealtad que debía y guardé a quienes hasta ayer encarnaron la representación de la nación en el régimen monárquico»[20]. Así se distanciaba de figuras militares que sí se habían involucrado en la lucha contra la Monarquía, como el general Gonzalo Queipo de Llano, premiado con la capitanía general de la primera región militar, Madrid, y el general Eduardo López Ochoa, con la capitanía general de la cuarta región, Barcelona.

Franco dedicó menos tiempo a la construcción de su imagen de 1931 a 1936, porque estaba demasiado ocupado sobreviviendo al ambiente hostil de 1931, también entre 1932 y 1935, período en que desempeñaba cargos de responsabilidad como comandante militar de las Baleares o jefe del Estado Mayor, y en 1936, pues se encontraba conspirando contra la República. Sin embargo, es interesante notar cómo se preocupó de alimentar su leyenda *a posteriori*. Esto es algo que se puede ilustrar examinando su papel en la repetición de las elecciones que se celebraron en Cuenca a principios de mayo de 1936. Como se explica en el capítulo siete, en dicha población se había producido una falsificación de votos en las elecciones de febrero, y, en la segunda convocatoria, la lista de candidatos de la derecha incluía a José Antonio Primo de Rivera y al general Franco. Se había añadido el nombre del jefe de la Falange con la esperanza de procurarle inmunidad parlamentaria, a fin de asegurar su salida de la cárcel, en la que se encontraba desde el 17 de marzo.

De hecho, la inclusión de Franco en la lista fue consecuencia de una iniciativa propia. El 20 de abril, en una carta al secretario de la CEDA, Franco había expresado su deseo de presentarse, a poder ser por Cuenca, a una de las elecciones que se iban a repetir. Ramón Serrano Súñer convenció a Gil Robles de que accediese a la petición del general. Cuando se publicó la lista corregida de los candidatos de la derecha, Gil Robles recibió la visita de Miguel Primo de Rivera, quien le informó de que su hermano se oponía firmemente a la lista y consideraba la inclusión de Franco un «craso error».

José Antonio creía que probablemente el general sería un desastre en las Cortes. Amenazó con retirarse de la lista de Cuenca si no se suprimía el nombre de Franco. Varios dirigentes de la derecha, incluido Serrano Súñer, intentaron en vano persuadir al jefe de la Falange para que cesara de oponerse a Franco. Serrano se las arregló para convencer a su cuñado de que no se le daría bien el tira y afloja del debate parlamentario. El argumento de que Franco se arriesgaba a sufrir una humillación pública surtió efecto. Franco se retiró, consciente de la hostilidad del jefe falangista hacia su candidatura, y acontecimientos posteriores demostrarían que nunca lo

olvidó ni le perdonó[21].

La izquierda, y Prieto en particular, temían que Franco planeara utilizar su escaño parlamentario como base desde la que colaborar en la conjura militar[22]. Era una interpretación adoptada por la propaganda franquista una vez que hubo estallado la Guerra Civil. Sin embargo, se plantean legítimas dudas respecto a si la solicitud de Franco de un escaño parlamentario se debía a la necesidad de trasladarse de las Canarias a la península para desempeñar un papel clave en la conspiración o a motivos más egoístas. Gil Robles pensaba que los deseos de Franco de meterse en política evidenciaban sus dudas sobre el éxito de una sublevación militar. Todavía sin haberse decidido por la conspiración, deseaba asegurarse una posición en la vida civil desde la que aguardar los acontecimientos. El general Fanjul confió una opinión similar a Basilio Álvarez, que había sido diputado radical por Orense entre 1931 y 1933: «Quizá Franco quería protegerse de cualquier inconveniencia gubernamental o disciplinaria, por medio de la inmunidad parlamentaria»[23].

Ciertamente, las cinco versiones posteriores del episodio de Cuenca, difundidas por Franco, directamente o por medio de su amigo y biógrafo Joaquín Arrarás, dejan claro que todo el incidente supuso una constante fuente de incomodidad para una persona tan celosa de su imagen. La primera apareció al cabo de un año en la primera biografía oficial, escrita por Arcarás. En esta versión de 1937, Franco aseguraba que no había pedido un escaño sino que, por el contrario, los partidos de la derecha le habían ofrecido un lugar en la lista de Cuenca porque era un hombre perseguido y con objeto de darle libertad «para organizar la defensa de España». Franco «rechazó públicamente» la oferta porque «no creía en la honestidad del proceso electoral ni esperaba nada del parlamento republicano»[24]. Esta versión totalmente falsa de los acontecimientos que rodearon las elecciones de Cuenca daba a entender que, si el sistema electoral hubiera sido justo, Franco habría sido candidato. Por consiguiente, en la segunda versión, de 1940, Arrarás eliminó esta fortuita proclamación de fe en la democracia y afirmó que Franco había retirado su candidatura debido a las «interpretaciones distorsionadas» a las que se prestaba[25]. Una década después de los acontecimientos, el propio Franco presentó una tercera versión, declarando en un discurso a las Juventudes Falangistas de Cuenca que su deseo de convertirse en un diputado parlamentario había estado motivado «por el peligro de la Patria»[26].

A principios de los años sesenta, en su borrador de autobiografía, Franco expuso su cuarta versión. En ella, pretendía eliminar cualquier alusión a que hubiera estado buscando una vía de escape. Escribiendo en tercera persona, aseveró en cambio que: «El general Franco buscaba un medio de abandonar legalmente el Archipiélago y que le permitiese tomar más directamente contacto con las guarniciones para estar presente en aquellos lugares donde el Movimiento amenazaba con fracasar». Este relato constituye una escandalosa remodelación de la historia. En él, Franco se atribuye el mérito de que José Antonio Primo de Rivera pudiera presentarse candidato por la derecha, lo cual es simplemente falso. Con la misma inexactitud, el Caudillo declara que el general Fanjul se retiró como candidato para dejar sitio a Franco, dado que él había hecho lo propio por José Antonio. Franco inventa los motivos de la retirada de su candidatura con la afirmación vaga e inexacta de que, la mañana en que se iban a anunciar los candidatos, «los afectados» telegrafiaron «al general Franco la imposibilidad de mantener su candidatura, después de haber sido quemado su nombre»[27].

Es perfectamente comprensible que Franco omitiera mencionar el incidente con el jefe de la Falange. Al fin y al cabo, después de 1937, el aparato de propaganda de los nacionales trabajaba frenéticamente para convertir a Franco en el heredero de José Antonio a ojos de las masas falangistas. Asimismo, al escribir que su intención era poder supervisar los preparativos del golpe, Franco manifestaba subconscientemente su deseo de reducir la gloria póstuma de Mola como único director del pronunciamiento. En el quinto y más viable intento de remodelar el episodio de Cuenca, Arrarás escribió que Franco se retiró «porque prefiere atender a sus deberes militares, con lo cual cree servir mejor al interés nacional». La insinuación de cualquier roce entre Franco y José Antonio Primo de Rivera siguió siendo tabú[28].

Pero esta remodelación de la historia sería cosa de después de la Guerra Civil. Durante la misma, su sentido instintivo de lo importante que era la presentación de los hechos volvió a serle útil. No hay duda de que el ascenso de Franco al poder en la zona nacional se basó en sus indiscutibles cualidades y triunfos militares y en su astuto e implacable empeño en ser Generalísimo y posteriormente Caudillo. Para este último fin, su manipulación de la prensa mundial iba a tener una importancia fundamental. Por su gran reputación como uno de los oficiales mejor preparados y más competentes del Ejército español, su decisión de unirse al Alzamiento en Marruecos sirvió para levantar la moral de los rebeldes en todas partes. Asimismo, su contagiosa «fe ciega» en la victoria y su capacidad de inventiva ante las dificultades ayudaron a los rebeldes a superar los reveses de los primeros días. Franco destapó su ambición cuando, al morir Sanjurjo, dio por sentado que él pasaba a ser el jefe de la rebelión e informó de ello a alemanes e italianos[29].

La primera gran aportación de Franco a la causa nacional fue su solución al problema de transportar el Ejército de África a la península, después de que el amotinamiento de la flota dejara el estrecho en manos de la República. Franco propuso la revolucionaria idea de que el Ejército cruzara el estrecho por aire rompiendo

el bloqueo marítimo. Pese a las enérgicas dudas de sus ayudantes, decidió enviar un convoy de tropas por mar desde Ceuta. Fue una de las pocas ocasiones en las que Franco, el planificador precavido y meticuloso, asumió un riesgo lleno de audacia. A los pocos días de llegar a Marruecos, Franco había creado una oficina de prensa y otra de relaciones diplomáticas. La prensa internacional y la prensa española «nacional» recibían comunicados en los que se le calificaba de comandante supremo de las Fuerzas Nacionales[30]. El 25 de julio, Franco informó a los italianos de que cinco de las ocho regiones militares, junto con las Baleares, Canarias y el Marruecos español estaban «en su poder» (*in suo possesso*)[31]. Fue un factor esencial a la hora de obtener el apoyo de las potencias del Eje.

Franco también era consciente de la influencia que la prensa podía tener en la moral de sus enemigos republicanos. Esto quedó claro en la entrevista concedida al periodista norteamericano Jay Allen en Tetuán, el 27 de julio, en la que se le presentaba como «jefe de los facciosos españoles». Cuando Allen le preguntó: «Ya que el golpe de Estado ha fracasado, ¿cuánto tiempo va a continuar la masacre?», Franco contestó, tranquilamente: «Salvaré España del marxismo al precio que sea». Sin embargo, parece que poco después Franco cambió de idea al darse cuenta de que asociarse directamente con la crueldad y brutalidad de sus columnas podría ser contraproducente de cara al resto del mundo. Así que poco después de la publicación de la entrevista en el diario londinense *News Chronicle*, un oficial de Franco le dijo al cónsul americano en Tánger que, en caso de que detuvieran a Jay Allen, lo fusilarían. Se rumoreaba que los rebeldes habían puesto un precio a su cabeza. A finales de octubre de 1936, un corresponsal del *News Chronicle*, Dennis Weaver, cometió el error de pasar de la zona republicana a la nacional. Cuando se lo comunicaron a Franco en su cuartel general de Salamanca, éste, pensando que se trataba de Allen, dio órdenes de que lo llevasen ante él de inmediato. Al verlo, dijo: «No, no es éste. El que busco es más alto»[32].

Para Franco, la lucha por el poder en el futuro era tan importante como la posible victoria. Tanto Franco como Mola consideraban evidente que, para librar eficazmente la guerra, eran necesarios un solo mando militar global y algún tipo de aparato diplomático y político centralizado. Franco ya había formado un equipo dedicado a ese fin. Además, pronto iba a inclinar la balanza por completo al desviar sus columnas africanas hacia Toledo para liberar el Alcázar sitiado, pese a las repercusiones militares de permitir que Madrid organizara su defensa. Para él era más importante alimentar su posición política mediante una victoria emocional y un gran golpe propagandístico que una rápida derrota de la República. Si Franco hubiera avanzado sobre Madrid inmediatamente, no le habría dado tiempo para consolidar su posición política de manera irrevocable. A petición suya, el 21 de septiembre se celebró, cerca de Salamanca, una reunión de la Junta de Defensa Nacional junto con otros generales nacionales, para resolver la cuestión del mando único. Escogieron a Franco convencidos, en aquel momento, de que con ello se limitaban a garantizar la unidad de mando necesaria para la victoria y la ponían provisionalmente en sus manos. El general dio un paso más con el golpe propagandístico que supuso la liberación del Alcázar el 27 de septiembre. Dos días después recrearon la operación para la prensa y los noticiarios de todo el mundo, cuya presencia se había prohibido el día de la acción real. Cuando le designaron «Jefe del Estado», el título completo, «Jefe de Gobierno del Estado Español», y la puntualización «mientras dure la guerra» desaparecieron de los comunicados de prensa.

La realidad la fabricaba el poder de la prensa más que el acuerdo entre los generales. Se utilizaron los medios de comunicación para ensalzar la figura del Caudillo. Su primer jefe de prensa y propaganda fue el general José Millán Astray, que dirigía la oficina de prensa como si fuera un cuartel militar: obligaba a los periodistas a alinearse cuando tocaba el silbato y les soltaba arengas disparatadas como las que le habían hecho famoso en la Legión. Se hizo uso de la prensa y los carteles para forjar una aparente similitud entre Franco y el Cid. Colaboradores como Dionisio Ridruejo, Ernesto Giménez Caballero y Fermín Yzurdiaga ayudaron a crear una iconografía que equiparaba la guerra contra la izquierda y las regiones con la reconquista de España contra los moros. Con sus guiones, se transmitía la imagen de un Caudillo invicto, enviado de Dios para luchar contra las fuerzas del mal. Esta imaginería se utilizó también con fines nefandos como la falsificación de lo que había ocurrido en realidad en Badajoz o Gernika.

Sin embargo, sería absurdo suponer que Franco era todo imagen, sin nada de sustancia. Al asegurarse la ayuda del Eje, prácticamente garantizó su propio triunfo, pero su empeño también fue esencial para la victoria de los nacionales. Tenía la capacidad —la misma que posee un buen entrenador deportivo— de mantener en ebullición la moral de sus seguidores. La confianza de Franco en sí mismo quedaba aún más reforzada por su falta de imaginación y su convencimiento de que era un Cid contemporáneo que había salvado a su nación. A Franco le encantaba la coreografía pseudomedieval que caracterizaba muchas ceremonias públicas en las que participaba, de las cuales la más espectacular fue el desfile de la victoria del 19 de mayo de 1939. La representación a todos los efectos de Franco como rey guerrero (rey-caudillo) le enardecía personalmente y, al mismo tiempo, era crucial para lo que pasaba por ideología en su Dictadura. En cuadros y carteles, en las ceremonias de su Régimen, se creó la impresión de que Franco era omnipotente y capaz de verlo todo, mediante la proyección de una imagen de santo cruzado al que Dios había confiado una misión.

Quizás el símbolo más emblemático de la proyección de Franco en ese sentido fuese el mural *El enviado de Dios* de Reque Meruvia, pintado en los años cincuenta para la sala de la guerra civil del Archivo Histórico Militar de Madrid. Sin embargo, las reiteradas declaraciones en el mismo sentido por parte de importantes figuras de la Iglesia católica sin duda influyeron en él. El 1 de octubre de 1938, el arzobispo de Burgos le dijo: «En el momento en que la locura parecía empeñada en perder a España, surgís por designio providencial para hacer la salvación de las almas». El 26 de agosto de 1943 el abad de Samos le llamó el «Defensor de la Fe». El 8 de agosto de 1946, el abad mitrado de Santo Domingo de Silos declaró que «Franco es el hombre providencial que no solamente ha salvado a España, sino que constituye el asidero de la garantía moral de Europa»[33]. Las alabanzas de este tipo no provenían exclusivamente de la Iglesia. En un discurso pronunciado el 18 de abril de 1944 en el monasterio de Guadalupe, donde se celebraba el octavo Congreso Nacional de la Sección Femenina de FET y de las JONS, Pilar Primo de Rivera describió a Franco como «nuestro Señor en la tierra»[34].

Desde el punto de vista personal, tal vez el broche de oro de toda la ceremonia del 19 de mayo de 1939 fue la concesión de la tan anhelada Gran Cruz Laureada de San Fernando. De todas formas, Franco se la autoconcedió en mayo de 1939 aunque valiéndose del truco de abandonar la jefatura del Estado durante unas horas para que pudiera firmar el decreto el vicepresidente del Gobierno, el general Francisco Gómez-Jordana. El texto del *Boletín Oficial del Estado* comenzaba con las palabras: «Ganada gloriosa y totalmente la guerra que la anti-España desencadenó en nuestra amada Patria», para pasar a ensalzar el papel en la victoria del Generalísimo, «iniciador y verdadero artífice de nuestro glorioso Movimiento, que, en aquellos angustiosos días en que el enemigo contaba con abrumadora superioridad de elementos y apoyos y dominaba en mar, tierra y aire, logró con su tenacidad y patriotismo iniciar la organización del nuevo Ejército, y, después, con singular pericia y audacia, transportar a la península desde nuestra zona de Protectorado en Marruecos las fuerzas que, unidas a las que ansiosas esperaban, emprendieron las rutas victoriosas conducentes a la reconquista de gran parte de Andalucía y Extremadura, hasta lograr el enlace con los que denodadamente luchaban en el Norte. Y después, treinta y tres meses de guerra en que se derrochan arte y valor, no sólo contra nuestros enemigos, sino contra gran parte del Mundo que los alienta y ayuda»[35].

Hasta el calendario se modificaba en aras del encumbramiento de Franco. El año 1939, antes llamado «tercer año triunfal» en el calendario de Franco, pasó a denominarse «año de la victoria» (evidentemente, de «su» victoria). Las fiestas nacionales en España, aparte de las religiosas, eran celebraciones de la victoria de Franco: el primero de abril, «Día de la Victoria»; el 17 de abril, «Día de la Unificación» (para conmemorar la incorporación forzada de todos los partidos políticos en el «Movimiento»); el primero de octubre, «Día del Caudillo»[f29]. En las correspondientes celebraciones, Franco, ataviado siempre con algún uniforme fastuoso, sería siempre el protagonista central o, en sus raras ausencias, el símbolo central. A través primero del Noticiario Español y luego del NO-DO, estas ceremonias se transmitían a todos los rincones del país[36].

En la práctica personal, Franco también se resarcía de insatisfacciones de su pasado, como el no haber podido entrar en la carrera naval. El 1 de octubre de 1943, el Día del Caudillo, Franco se presentó a un cóctel para el cuerpo diplomático vestido con el uniforme de almirante de la Flota. En octubre de 1947, recibió a un grupo de senadores y diputados del Congreso de Estados Unidos con atuendo de almirante. En octubre de 1948, se celebró el «Día de la Raza» con una conmemoración de la fundación de la Armada de Castilla. Franco pasó revista de veintiocho buques de guerra en el estuario del río Odiel, en Huelva. Después, en el monasterio de La Rábida, con que se asociaba a la figura de Cristóbal Colón, se concedió a un visiblemente complacido Franco los distintivos de Gran Almirante de Castilla: anillo, espada, estandarte y los ejemplares de las siete partidas. Un año después, el 22 de octubre de 1949, Franco hizo una visita a Portugal, y se organizó la coreografía de su llegada de tal manera que mostrara su estatus de almirante. Viajó por carretera a Vigo, donde subió al crucero *Miguel de Cervantes* que puso rumbo a Lisboa en cabeza de una flotilla de once buques de guerra[37].

El poder que le confería la jefatura del Estado le permitía darse caprichos de ese tipo. Al finalizar la Guerra Civil, Franco estaba investido de mayores poderes —al menos en teoría— que Felipe II. Y así como antes se había presentado como un cruzado medieval que iba a reconquistar España, en un paso previo a la construcción de un gran imperio mundial, ahora empezó a equipararse a un gran constructor de imperios como Carlos I o Felipe II. La única forma de conseguir este objetivo era subirse al carro de Hitler. Fue una suerte para Franco que el *Führer* no estuviera dispuesto a concederle el imperio francés en el norte de África, reconstruir el Ejército español y emprender la reconstrucción económica del país. Los medios de comunicación del Régimen recibieron la noticia del final de la guerra en Europa con las más enardecidas exageraciones de la obra del «Caudillo de la Paz» y las supuestas sabiduría y firmeza con las que había obrado para regalar la tranquilidad a España cuando el resto del mundo padecía los horrores de la guerra. Según *Arriba*, el fin de la guerra era la «Victoria de Franco». La portada de *ABC* mostraba una foto del Caudillo cuyo pie decía: «Parece elegido por la benevolencia de Dios. Cuando todo eran turbiedades, él vio claro y sostuvo y defendió la neutralidad de España»[38].

De hecho, Franco había evitado las consecuencias de su coqueteo con Hitler gracias a una debilidad económica y militar que disminuía su atractivo como aliado. Sin embargo, él mismo no tuvo ningún reparo en mentir descaradamente sobre su propia actuación durante la guerra mundial. En junio de 1945, por ejemplo, en una entrevista con el enviado de la oficina londinense de la United Press, dijo: «Es cierto que cuando pareció que Alemania ganaba la guerra, algunos afiliados de la Falange trataron de identificar a España con Alemania e Italia, pero inmediatamente cesé a todas las personas de esa tendencia»[39]. Durante el resto de su vida, alimentaría la ficción de su esfuerzo por mantener la neutralidad española. Le aseguraba al médico Ramón Soriano: «Yo nunca pensé entrar en la contienda mundial». A su amigo Max Borrell, le contó que, en el encuentro de Hendaya, disfrutaba poniendo nervioso a Hitler. Y esto a pesar de las fotos y noticiarios que muestran que el que estaba nervioso por la presencia del gran hombre era el propio Franco, por no hablar de las documentadas ofertas que le hizo a Hitler de que España luchara en la guerra de su lado[40].

La derrota de Hitler en 1945 significó el final de lo que, hasta ese momento, había sido una cadena casi ininterrumpida de triunfos para Franco. Pero él siempre fue ante todo un pragmático. No tenía ninguna visión ideológica de largo alcance que le limitara en sus decisiones, a diferencia de lo que ocurría con Hitler y Mussolini. No consideró necesario morir en las ruinas del búnker. Franco decidió aguantar la hostilidad de los aliados y lo hizo con un grado de astucia e intuición que no admite dudas sobre su extraordinaria inteligencia política. No solía perder oportunidad de recordar a los españoles los esfuerzos que le costaba trabajar a su servicio, aunque sus sacrificios no eran tantos como él decía.

En marzo de 1946, Franco presidió la apertura de nuevas salas de exposición en el Museo del Ejército. Todo el acto fue una glorificación de la causa de los nacionales durante la Guerra Civil, un recordatorio a los partidarios de Franco de que la mejor defensa contra el regreso de las revanchistas izquierdas era la unidad. Al referirse a la hostilidad internacional, aseguró: «Jamás se nos habló de otra cosa que de sacrificios e incomodidades, de austeridad y largas vigilias, de servicios y de centinelas. Pero en este servicio, a vosotros os corresponde alguna vez el descanso, y a mí, no; yo soy el centinela que nunca es relevado, el que recibe los telegramas ingratos y dicta las soluciones; el que vigila mientras los demás duermen».

En previsión de que alguien pudiera pensar que le movía el ansia del poder, hizo hincapié en resaltar el coste personal de su desinteresada dedicación. Omitiendo tener en cuenta sus jornadas de caza y pesca, su golf y las largas vacaciones que se tomaba, le dijo al auditorio de veteranos militares que, a diferencia de él, ellos podían olvidar sus cuidados y preocupaciones. «Yo, como jefe del Estado, veo limitadas mis intimidades y mis recreos: toda mi vida es trabajo y meditación». La glorificación de sí mismo con un toque autocompasivo era algo típico de él[41]. La imagen del incansable Caudillo vigilante, «el jefe del Estado, caudillo victorioso de nuestra guerra y de nuestra paz, reconstrucción y trabajo, se consagra a la tarea de regir y gobernar a nuestro pueblo», se emitía constantemente a través del NO-DO[42].

Durante la llamada «noche negra del franquismo», su círculo inmediato de colaboradores temió que llegara el fin de su poder, pero Franco decidió que lo mejor que podía hacer frente a las grandes potencias era reescribir la historia de su papel en la Segunda Guerra Mundial y, frente a los españoles, reescribir la realidad de lo que pasaba en el exterior. Después de pasar casi diez años expuesto a la adulación diaria, era incapaz de ver las contradicciones entre sus necesidades políticas personales y las de España. Desechaba las críticas extranjeras contra su persona asegurando que eran obra de una conspiración masónica contra España. Durante la Guerra Fría hizo de la prensa una utilización vergonzosa, como instrumento para su supervivencia y para satisfacer sus caprichos políticos. Se repetía a diario la idea de que Franco —el hombre que con tanta diligencia había cortejado a Hitler— había salvado personalmente a España de la Segunda Guerra Mundial. Y el ostracismo internacional provocado por su adhesión al Eje se presentaba como un perverso asedio internacional a España motivado por la envidia que los frutos de sus desvelos por la patria despertaba en los demás países.

Aunque una guerrilla luchaba contra su Régimen, y a pesar del hambre que azotaba a grandes masas de la población y de la reaparición en España de enfermedades que se habían erradicado hacía siglos, Franco se congratulaba de «este orden, esta paz y esta alegría, que hace que en esta Europa atormentada seamos uno de los poquísimos pueblos que aún puede sonreír»[43]. Incapaz de concebir que el descontento de otras personas pudiera tener una explicación objetiva, lo consideraba obra de agitadores comunistas extranjeros y siniestros francmasones. Este alejamiento de la realidad le daba a Franco una confianza total en sí mismo, sin el menor viso de autocrítica. La convicción de que siempre tenía razón le proporcionaba la flexibilidad necesaria para adaptarse sin cesar a las cambiantes circunstancias nacionales e internacionales.

Este empeño le valió un éxito culminante con la firma del Concordato con el Vaticano y el pacto con Estados Unidos de 1953. Franco, en la cima de su poder, empezaba a forjar una nueva imagen para sí, una nueva máscara: la de padre del pueblo, un papel que, con el paso de los años, se transformaría en el de bondadoso abuelo del pueblo. Sin embargo, a mediados de los años cincuenta, Franco no sólo no había logrado hacer realidad sus sueños imperiales, sino que, contrariamente a lo que decía la propaganda del Régimen, dirigía un proceso de empobrecimiento nacional gracias a la política económica de la autarquía. En 1957 saltaba a la

vista que España estaba al borde de la bancarrota. Franco tenía sesenta y cinco años, una edad en la que más de uno piensa en la jubilación. La dimensión y la complejidad de los problemas económicos de España empujaron a Franco a reconocer que hacían falta mentes más expertas que la suya. En consecuencia, ante el temor de que volviera el gasógeno a las calles españolas, Franco entregó el gobierno cotidiano y concreto del país, muy a su pesar, a los tecnócratas. Ése fue el momento en el que, en la práctica, Franco se retiró del puesto de jefe de Gobierno ejecutivo para asumir el nuevo papel, mucho más ceremonial, de jefe de Estado. Pudo abandonar gran parte de las responsabilidades del Gobierno y dejó la administración del día a día en manos del almirante Luis Carrero Blanco y su equipo de tecnócratas. Él quedó al cargo de numerosas obligaciones rutinarias que cumplía al estilo de un monarca: recibía a numerosas personas en audiencia, inauguraba obras públicas, presidía las reuniones de los consejos de ministros y asistía a oficios religiosos. Mientras otros se encargaban de las complejas tareas diarias de gobierno, Franco dedicó el resto de su vida a cazar, pescar, ver cine, televisión y fútbol, hacer quinielas y trabajar en el gran proyecto político que le quedaba: la preparación del posfranquismo, una Monarquía franquista regida por un sucesor que él escogería[f31].

En 1964 se conmemoró el vigésimo quinto aniversario del final de la guerra de forma que consagraba de nuevo a Franco como el «Caudillo de la Paz» a pesar de que él mismo celebraba «veinticinco años de victoria»[44]. A través de exposiciones, incontables artículos de prensa y programas de radio y televisión, se reescribió la historia de su dictadura para subrayar sus triunfos. Tanto las celebraciones como la propaganda de los últimos veinticinco años quedaron resumidas en la película *Franco, ese hombre* escrita por José María Sánchez Silva y realizada por el director de *Raza*, José Luis Sáenz de Heredia. El filme presentaba a «Franco, ese hombre que forjó veinticinco años de paz con su espíritu de acero sobre el yunque de su vida», como el héroe que había salvado su país primero de las hordas del comunismo y luego de las hordas del nazismo para después convertirse en el benévolo padre de su pueblo. Entre las mentiras más descaradas se incluía una pequeña según la cual «la expresión de Hitler se transfigura» al recibir a Franco en Hendaya y una grande que afirmaba que «el resultado de esta entrevista entre David y Goliat» era que «la habilidad de un hombre contuvo al que no consiguieron todos los ejércitos de Europa, incluido el francés»[45]. La película terminaba con una entrevista a Franco, quien se prestaba a ello con entusiasmo. Una vez en el plato, José Luis Sáenz de Heredia se dio cuenta de que la incipiente flaccidez del rostro de Franco no le favorecía y le preguntó si tendría inconveniente en que le maquillasen. Franco accedió «si ello sería en beneficio de la película»[46].

Hasta el final de su vida, Franco, por encima de todo, siguió siendo intensamente consciente de la importancia de la imagen. Da la impresión de que se creía su propia propaganda. Aunque, por otro lado, su astucia parece incompatible con semejante desconocimiento de sí mismo. Éste es el contexto en el que hay que valorar las frecuentes afirmaciones de Franco de que no era un dictador. En marzo de 1947, le dijo a Edward Knoblaugh, de la agencia International News Service, que no había una dictadura en España: «Yo no soy dueño, como fuera se cree, de hacer lo que quiero. Necesito como todos los gobiernos del mundo la asistencia y acuerdo de mi gobierno». Habida cuenta de que la Ley de la Jefatura del Estado del 8 de agosto de 1939 le confería poder para promulgar leyes y decretos sin consultar siquiera con el Consejo de Ministros, esta declaración distaba bastante de la verdad. En junio de 1958, le aseguró a un periodista francés que «para todos los españoles y para mí mismo, calificarme como dictador es una puerilidad»[47].

Franco era capaz de juzgarse benévolamente a sí mismo con total sinceridad, convencido, en cierto modo, de que el hecho de que dejase hablar a sus ministros en las reuniones del gabinete compensaba con creces el Estado del partido único, la censura, las cárceles y el aparato del terror. Por otro lado, las decisiones que consideraba verdaderamente importantes las tomaba, muchas veces, al margen del Consejo de Ministros. Dado que podía leer a diario, en la prensa del Movimiento, que era el salvador de España, amado por todos menos por los siniestros agentes de las fuerzas ocultas, no es de extrañar que Franco no se considerase un dictador[f30].

Esa opinión quedaba reforzada por la autocomplacencia de Franco, que le permitía distanciarse con absoluta sinceridad de las consecuencias de sus acciones. Su actitud pudo apreciarse en su forma de abordar la lucha interna por el poder en los años cuarenta entre falangistas y militares. Cuando los militares se quejaban ante Franco, él —jefe nacional de FET y de las JONS— hacía caso omiso y decía que «con estos falangistas nada se puede hacer»; o replicaba —él, que era Generalísimo de los Ejércitos— a Ramón Serrano Súñer que algunas de las sugerencias que le planteaba eran irrealizables porque «con estos militares no se puede hacer nada». Es conocida la historia de que, cuando su amigo el general Agustín Muñoz Grandes se interesó por el destino del general Campins, en otro tiempo compañero suyo de estudios en la Academia Militar de Zaragoza, Franco contestó: «Le fusilaron los nacionales», como si él no hubiera tenido nada que ver en el asunto.

Una consecuencia de una vida dedicada a crear imagen es la notable falta de una memoria popular duradera sobre el Caudillo. El olvido colectivo del Caudillo es además, sobre todo, resultado del desarrollo que ha experimentado España desde 1975. Hoy en día, Franco sigue siendo un personaje contradictorio, no como

consecuencia de su remodelación de la verdad, sino porque simplemente, para la mayoría de los jóvenes españoles, el hombre que había soñado con instaurar un régimen eterno parece pertenecer a un lejano pasado histórico.

EL PACIENTE ESPAÑOL

Desde finales de la década de 1950, el general Franco desempeñó un papel cada vez más pasivo en los asuntos políticos diarios y pasó a adoptar una función de vigilancia, dejando hacer a sus ministros. Actividades como cazar, practicar el tiro, pescar, ver películas y, más adelante, la televisión, ocupaban gran parte del tiempo que le dejaban las interminables audiencias civiles y militares. Los años de inversión en el terror seguían dando beneficios en cuanto al miedo que inhibía a gran parte de la oposición. Si a ello se le sumaba un gran aparato de seguridad, Franco tenía pocos motivos para creer que su Gobierno estuviera amenazado. El único aspecto en el que puede decirse que concentraba toda su atención era en lo relativo a su sucesión. Había seguido una estrategia lenta en la Guerra Civil y llevado después a cabo una enorme represión precisamente para asegurarse de que su Régimen durara mucho tiempo. Los mil años de Reich de Adolf Hitler no eran para Franco; el Caudillo soñaba más bien con un Régimen eterno.

A finales de la década de 1950, sus camaradas y asesores más allegados, especialmente el general Camilo Alonso Vega y el almirante Luis Carrero Blanco, empezaron a recomendarle cada vez con mayor vehemencia que preparara su sucesión. En cierta medida, ya lo había hecho en 1947, con la Ley de Sucesión que había declarado que España era una monarquía sin rey y Franco era el regente vitalicio, y que le otorgaba el poder de nombrar a su propio sucesor real. En aquel momento, tomar una decisión significaba reconocer su mortalidad, y Franco lo hizo con una gran lentitud. El camino que siguió fue el de dar a los funcionarios pertinentes instrucciones de que elaboraran leyes constitucionales que vincularan a su sucesor y le impidieran cambiar el régimen. Así, cuando Franco pronunció las hoy célebres palabras «todo está atado y bien atado», podría muy bien haber dicho «mi sucesor está atado y bien atado».

Sin embargo, su elección final, Juan Carlos de Borbón, hizo que muchos de los seguidores más extremistas del Caudillo no compartieran su convicción de que el juramento de lealtad a las Leyes Fundamentales y a las instituciones del Movimiento del sucesor designado garantizaran la supervivencia del régimen intacto. A medida que pasaba el tiempo y los signos de que la muerte del dictador estaba próxima se hacían cada vez más inequívocos, una especie de temor paranoico se apoderó del ala dura, cuyos miembros eran conocidos colectivamente como el «búnker», y más en concreto, de los que se sentían más vulnerables: el círculo de personas más allegadas al dictador, compuesto por su esposa, su yerno Cristóbal Martínez-Bordiú y otros miembros de la denominada «camarilla de El Pardo». Doña Carmen y su yerno, que sospechaban de las posibles intenciones democráticas de Juan Carlos, esperaban que Alfonso de Borbón Dampierre, que estaba casado con la hija de Cristóbal, María del Carmen, lo sustituyera como sucesor. Unos meses antes de la agonía final del dictador, Cristóbal había brindado en un restaurante de Madrid a la salud de su hija y de Alfonso como «el futuro Rey Don Alfonso XIV y la princesa más bella de Europa»[1]. Cuando la primera enfermedad realmente grave afectó a Franco en verano de 1974, delegó sus poderes en su sucesor durante un período brevísimo, lo que evidenciaba estos temores. Este miedo rayano en el terror de la jerarquía franquista quedó todavía más al descubierto durante uno de los episodios más destacables de la dictadura: la enfermedad terminal del Caudillo, en otoño de 1975, durante la cual lo mantuvieron con vida a pesar de su intenso sufrimiento, de las súplicas de su hija para que lo dejaran morir en paz y de la certeza de que todos los esfuerzos para mantenerlo vivo eran en vano.

Las reconstrucciones más fidedignas de este extraño y fatídico episodio de la historia reciente de España proceden de la pluma de varios médicos: del más humano de los que atendieron a Franco, el doctor Vicente Pozuelo[2]. del más leal de los que estaban a su servicio, el doctor Vicente Gil[3]. del excelente cirujano Manuel Hidalgo Huerta[4] y de uno de los más interesantes de todos, José Luis Palma Gámiz, el miembro más joven de lo que pasó a conocerse como el «equipo médico habitual»: el grupo de treinta y ocho especialistas en diversas ramas que atendieron a Franco durante las cinco semanas de su agonía final.

Por aquel entonces, el doctor Palma Gámiz era un cardiólogo de treinta y un años, y precisamente debido a esa relativa juventud, su fascinante libro proporciona una visión más fresca y respetuosa con todos los protagonistas de su historia, pero libre de la veneración por Franco que impregna las páginas de Pozuelo, Gil e Hidalgo Huerta. Su libro destaca asimismo por la claridad y el realismo con que está escrito. La historia de la agonía final de Franco tiene su contrapunto emotivo en la historia de la lucha de su esposa contra la esclerosis múltiple. Palma Gámiz incluye en su relato no sólo a la familia del dictador, sino también a personajes a menudo olvidados, como Juanito, el leal ayuda de cámara de Franco, o Nani y Lina, sus enfermeras desde la tromboflebitis que sufrió en 1974. Lina era una morena alegre e ingeniosa procedente de Ceuta, y Nani, una

gallega de Santiago de Compostela. Esta mujer, que tenía totalmente cautivado a Franco, sentía devoción por él, lo trataba como una madre demasiado indulgente, lo malcriaba y lo llamaba «churriño» y «mi rey»[5].

Franco se expuso a los penetrantes vientos otoñales de Madrid cuando ya estaba débil, al dirigirse a una enorme multitud en la plaza de Oriente el 1 de octubre de 1975, y esto desencadenó la escalada de crisis médicas que desembocó en su muerte cincuenta y un días después. Su yerno tenía sumo interés en que el dictador mantuviera su presencia política, de modo que el 13 de octubre comentó a un colega que le preguntó por su salud que estaba «como un toro». Sin embargo, el día anterior, al final de un acto en el Instituto de Cultura Hispánica, los telespectadores habían visto a un escuálido Franco intentar levantarse de su silla sin conseguirlo[6]. Después de pasar el día 14 de octubre con goteo nasal y con otras molestias de la gripe, la madrugada del día 15 de octubre aparecieron los primeros síntomas de la futura crisis. Según la frase evocadora del doctor Palma: «A esas horas, todo el palacio de El Pardo, como es costumbre desde hace cuarenta años, está en silencio y a oscuras». Franco se despertó bañado en un sudor frío y con dolores en el pecho, los hombros y el brazo izquierdo: había sufrido un ataque cardíaco, pero insistía en que padecía una simple indigestión. Cuando el cardiólogo Vital Aza examinó su electrocardiograma y diagnosticó un infarto agudo, le horrorizó descubrir que Franco se había negado a suspender su programa de trabajo y el martes 16 de octubre había celebrado once audiencias formales y había visto películas por la noche. Muy preocupado por lo que esto pudiera significar, Cristóbal se resistía a creer al doctor Aza. El viernes 17 de octubre, en contra del consejo de Aza, Pozuelo y los demás médicos, Franco insistió en presidir una reunión del gabinete[7].

Se negó a que los ministros acudieran a su dormitorio o a asistir a la reunión en silla de ruedas. Sus médicos, alarmados, accedieron sólo con la condición de que llevara unos electrodos conectados a un monitor cardíaco que habían llevado hasta allí desde la Ciudad Sanitaria La Paz. Durante la sesión, su estado empeoró cuando oyó la noticia de la Marcha Verde marroquí sobre el Sahara español. Salvo por la «desobediencia» que mostraba cuando daba más prioridad a los deberes del Estado, todos los médicos consideraban a Franco un paciente ideal, deferente y que no se quejaba del dolor físico.

El sábado 18 de octubre, Franco se levantó y trabajó en su estudio por última vez, probablemente en la redacción de su última voluntad y testamento con la ayuda de su hija Carmen. El domingo 19 de octubre, oyó misa y comulgó. Después, con el doctor Palma, vio el partido televisado en que el Atlético de Madrid derrotó al F. C. Barcelona por tres a cero. A Palma no le gustaba tener que pernoctar en El Pardo porque de noche el palacio quedaba totalmente a oscuras como consecuencia de las órdenes de Franco de apagar las luces para ahorrar energía. El 20 de octubre, a las once de la noche, el dictador llamó a la enfermera Lina para quejarse de dolores torácicos, sudores fríos y vómitos. Sufría otro ataque cardíaco. Aunque tenía las sábanas empapadas de sudor y manchadas de vómito, nadie sabía cómo acceder al cuarto de la ropa blanca para cambiarlas porque, según un miembro del servicio: «En cuarenta años, en esta casa nunca se ha molestado a nadie después del toque de retreta»[f34].

Aunque el miércoles 22 de octubre Franco pudo ver una película, su estado había empezado a deteriorarse a pasos agigantados. Debido a que su corazón no bombeaba bien, el Caudillo presentaba signos de líquido en los pulmones y problemas renales graves. Incapaz de dormir, se quejaba de fuertes dolores en los hombros y la región lumbar. Había sufrido un tercer ataque cardíaco. Su muerte fue anunciada por error en las noticias de la cadena ABC de Washington y en varias capitales europeas. El pánico cundió en los escalafones más altos de la clase política franquista, temerosa de que el dictador se llevara a la tumba sus privilegios. La mayoría de los médicos que en aquel momento formaban parte del cada vez mayor equipo médico creían que debían emitirse comunicados diarios sobre la evolución del Caudillo, pero a causa de lo que el doctor Palma denomina «los oscuros intereses de algunos», se intentó ocultar al pueblo español la situación real del Caudillo. Cristóbal Martínez-Bordiú aceptó a regañadientes, pero insistió en que se emplearan en los comunicados circunloquios muy técnicos como «insuficiencia coronaria con zona eléctricamente inactivable» en lugar de «infarto masivo». En diversas ocasiones, altos cargos franquistas pidieron a los médicos «que hiciéramos médicamente lo imposible por mantener al dictador sentado en su poltrona para toda la eternidad». En cambio, a la mujer y la hija de Franco sólo les preocupaba que sufriera innecesariamente[8].

El 24 de octubre, la familia invitó al doctor Palma a almorzar con ella. Al médico le impresionó mucho la cantidad de vino que se sirvió, y se divirtió con la charla de doña Carmen sobre «Adolfo» (Hitler) y «Benito» (Mussolini). Antes de que terminara el almuerzo, Palma hubo de ir urgentemente a ver a Franco. Éste tenía el rostro desencajado de dolor, estaba cubierto de un sudor helado y se movía de un lado a otro en la cama. Sufría un ataque brutal de «insuficiencia cardíaca». El intenso dolor que padecía quedó reflejado en el hecho de que su tensión diastólica se elevó brevemente a veintidós. El equipo médico incorporó a más especialistas cuando se le presentaron problemas dentales y empezó a sufrir también distensión abdominal como consecuencia de una hemorragia estomacal.

Enseguida fue evidente que la enorme variedad de problemas que padecía Franco provocaba conflictos entre

sus diversas medicaciones y sus diversos especialistas. El neurocirujano, Sixto Obrador Alcalde, consideró que tal vez las hemorragias gástricas estaban provocadas por la medicación. Sin duda, la heparina que se le administraba por vía intravenosa para diluirle la sangre, en parte debido a su tromboflebitis pero también para facilitar las transfusiones, exacerbó el sangrado de la ulceración, mientras que la morfina que se le proporcionaba para aliviar el dolor le paralizó la función gástrica normal. Cuando llamaron a su odontólogo, el doctor Juan José Iveas Serna, éste observó pequeñas manchas de sangre en su esputo y comentó al doctor Obrador que, con toda seguridad, eso indicaba que Franco tenía neumonía. Obrador estuvo de acuerdo con él, pero le advirtió: «Tú vete a lo tuyo y no te metas en camisa de once varas que aquí cada cual hace lo mismo, nadie quiere comprometerse ni quedar a mal con nadie». Hasta en el benévolo relato del doctor Pozuelo se hace patente que nadie quería asumir la responsabilidad[9].

Franco tuvo otra hemorragia interna. El pesimista comunicado médico que se hizo público el 28 de octubre provocó que todo el mundo supusiera que el final estaba muy próximo, y varias emisoras de radio empezaron a emitir música lúgubre adecuada para la ocasión. El 29 de octubre, el dictador recibía transfusiones de sangre casi continuas. Durante todo este tiempo, sufría un dolor agudo. Con su pijama de rayas verdes, al doctor Palma le parecía un prisionero: «un viejo indefenso y doliente que reclamaba ayuda desde el fondo oscuro de sus angustiados ojos». Una compasión comprensible por su paciente provocó una especie de síndrome de Estocolmo en Palma y los demás miembros del equipo médico, lo que les llevó a aparcar cualquier hostilidad que pudieran haber sentido hacia el dictador[10].

El 30 de octubre se presentaron signos de peritonitis. Al informarle sobre los ataques cardíacos y las graves complicaciones intestinales, preocupado por el hecho de que en esos momentos y a efectos prácticos España no tuviese un jefe del Estado, Franco solicitó la aplicación del Artículo 11 de la Ley de Sucesión. Era la situación que Cristóbal Martínez-Bordiú se había temido. El dentista del Caudillo, el doctor Juan José Iveas Serna, comentó a un colega, el doctor Julio González Iglesias, su convicción de que Cristóbal Martínez-Bordiú fue quien tomó la decisión de mantener a Franco en El Pardo. De ser así, seguramente se debió a que no quería que el público español se diera cuenta de la gravedad de la enfermedad de su suegro y esperaba así controlar la situación. Según Iveas Serna, las intervenciones del yernísimo «en las enfermedades del Caudillo no pudieron ser más nefastas y disparatadas»[11]. Entonces, Cristóbal se alió con el presidente del Consejo de Ministros, Carlos Arias Navarro, y juntos esperaban lograr que Juan Carlos aceptara un cargo interino, como había hecho a regañadientes un año antes. Pero en esta ocasión se negó. Franco ya no era jefe del Estado. Algunos sectores de la prensa empezaron a ensalzar la imagen de Juan Carlos y a hablar de Franco en pasado. La determinación del séquito de El Pardo de mantener a Franco con vida a pesar de su intenso sufrimiento guardaba relación con el hecho de que el mandato de Alejandro Rodríguez Valcárcel como presidente del Consejo del Reino y de las Cortes finalizaba el 26 de noviembre. Si Franco se recuperaba lo suficiente para renovar a Rodríguez Valcárcel en el cargo, la camarilla tendría a un hombre clave en disposición de garantizar que el presidente del Consejo de Ministros que eligiera Juan Carlos fuera «de confianza»[12].

La noche del domingo 2 de noviembre, la hemorragia intestinal de Franco se intensificó. La cama, la alfombra y una pared cercana quedaron empapadas de sangre. A pesar de la considerable sedación, el dictador sufría una agonía terrible. El doctor Pozuelo le extrajo de la laringe «un coágulo como un puño», lo que indicaba que se había perforado un vaso sanguíneo importante. Sin embargo, no era posible usar coagulantes para contener la hemorragia precisamente debido a que su cardiopatía exigía anticoagulantes para que la sangre fuera menos espesa y circulara así con mayor facilidad. A última hora de la tarde del 3 de noviembre, la magnitud de la hemorragia era tal que Franco perdía sangre tanto por el recto como por la boca más rápidamente de lo que se le podía suministrar mediante una transfusión, y el hecho de vomitar sangre le afectaba gravemente la respiración. El equipo médico creía que, si no se le practicaba una intervención agresiva, Franco podría fallecer en cualquier momento. El doctor Hidalgo Huerta, por su parte, creía que poco podía hacerse. Sin embargo, ante la fuerte presión del yerno del Caudillo y con poco optimismo, indicó que «la única posibilidad, aunque muy remota, es intentar una operación, aun teniendo un diagnóstico incierto, y ver si podíamos hacer algo sin quedarnos de brazos cruzados viendo morir a un hombre en el impresionante dramatismo de una hemorragia cataclísmica». Sin embargo, salvo por Cristóbal Martínez-Bordiú, el doctor Hidalgo Huerta y el anestesista Roberto Llauradó Sabe, «la opinión reinante era abstencionista». Hasta el doctor Hidalgo Huerta albergaba serias dudas sobre la conveniencia de intentar una operación de urgencia porque el edema (hinchazón) del cuello, los antebrazos y el tórax le hacía sospechar que se había producido una trombosis masiva de la vena cava superior[13].

En este momento, Hidalgo Huerta informó tanto a Juan Carlos como a Arias Navarro de que la muerte de Franco era inminente, y el capellán del Caudillo, el padre José María Bulart, rezó junto a su cama. Pero Cristóbal Martínez-Bordiú intervino una vez más, asegurando que había ayudado a Franco a incorporarse en la cama y había observado que el edema de la parte superior del tórax había desaparecido, lo que significaba que no había trombosis de la vena cava superior. La opinión se decantó de nuevo a favor de una intervención. Sin tiempo para trasladar a Franco a un hospital debidamente equipado, lo llevaron en una camilla a un

quirófano improvisado en el puesto de primeros auxilios de la guardia de El Pardo, que, en palabras del doctor Iveas Serna, era «poco menos que en una cuadra y en condiciones tercermundistas» y, según las del doctor Palma, «era como retrotraerse a la guerra del 14»[14]. Un abundante reguero de sangre señalaba su recorrido. Incluso en esta fase, hubo voces del equipo médico que se oponían a una intervención quirúrgica. Hidalgo Huerta comentó que si se tratara de su padre, lo operaría, lo que al parecer convenció a los demás miembros del equipo. Sin embargo, a continuación añadió: «Yo opero si vosotros decís que opere. Pero, de ninguna forma, cargo solo con la responsabilidad». A lo largo de la intervención, que duró tres horas (de nueve y media a doce y media de la noche) y estuvo supervisada por el doctor Hidalgo Huerta, el equipo médico encontró un coágulo de sangre que pesaba dos kilos y las úlceras que habían abierto una arteria. Durante la operación, el padre Bulart le administró la extremaunción. Se le transfundieron nueve litros de sangre y se le suturaron las ulceraciones. Franco sobrevivió a la operación, pero se detectó entonces que sufría una congestión vascular grave y uremia (un estado patológico de la sangre debido a la retención de sustancias que normalmente eliminan los riñones). Es probable que esta insuficiencia renal estuviera provocada por pequeños coágulos de sangre que se acumulaban en los riñones como consecuencia de la debilidad de su corazón y de la magnitud de las transfusiones. En aquel momento precisaba una diálisis constante. El viernes 7 de noviembre, las hemorragias gástricas reaparecieron, y Pozuelo propuso que se trasladara a Franco a un hospital bien equipado, la Ciudad Sanitaria La Paz. Cuando Pozuelo le informó de ello, Franco le pidió: «No me deje». La tarde de un día frío y húmedo de otoño, se efectuó el traslado en una ambulancia militar[15].

Franco fue conducido directamente a un quirófano a las cinco y media de la tarde con una intensificación de la uremia y de la ulceración gástrica. Se inició entonces otra intervención que duró cuatro horas y media, requirió la transfusión de cinco litros y medio de sangre y conllevó la extirpación de dos terceras partes del estómago para reducir la cantidad de pared gástrica propensa a ulcerarse. El doctor Hidalgo se mostraba bastante más optimista tras esta segunda operación que después de la primera, dada la reacción positiva del paciente[16]. Sin embargo, a lo largo de los siguientes días, fue evidente que la función renal del Caudillo estaba empeorando y que Franco presentaba dificultades respiratorias. El miércoles 12 de noviembre tuvo más hemorragias gástricas, y la sangre empezaba a penetrarle en el árbol bronquial. Las posibilidades de aliviar su estado pasaron a ser prácticamente nulas sin lo que el cada vez más pesimista doctor Hidalgo Huerta denominaba una «tremenda mutilación». A partir de entonces se mantuvo a Franco con vida mediante un enorme despliegue de máquinas de soporte vital. En algún momento recuperó la conciencia para murmurar: «qué duro es morir». Vicente Gil lo visitó y no se ganó ningún amigo al comentar: «Es que un hombre que está soportando con una dignidad tan ejemplar esta agonía, porque es increíble lo que le están haciendo soportar, pienso que debería morir con la dignidad que le ha caracterizado siempre. Con la dignidad de un hombre»[17].

El viernes 14 de noviembre, el Caudillo empeoró drásticamente. Necesitaba un respirador, y empezaron a aumentarle los glóbulos blancos. Entonces, se le abrieron las suturas de la intervención anterior y sufrió otra hemorragia masiva. La tensión arterial le bajó en picado. Tenía el vientre muy distendido como consecuencia de la peritonitis, y los médicos procedieron a efectuarle una punción intestinal y un lavado peritoneal, lo que reveló la presencia de líquidos intestinales corrosivos en la cavidad peritoneal. A las cuatro en punto de la tarde se le practicó una tercera intervención para volver a suturarle el estómago y también para introducirle varios tubos de drenaje con objeto de extraerle líquido del abdomen. A partir de entonces el equipo de Hidalgo Huerta se mostró muy pesimista, convencido de que había llegado al límite de las posibilidades quirúrgicas. Durante dos días, el estado de salud de Franco se mantuvo estable, lo que alentaba cierta esperanza. Pero el lunes 17 de noviembre, a las diez de la noche, tuvo otra hemorragia intestinal masiva que resultó imposible de contener hasta las seis de la mañana del martes, una vez que se le habían suministrado tres litros más de sangre. En el transcurso del día, presentó problemas respiratorios y tensión arterial baja[18].

El hospital estaba asediado por periodistas. Se ofrecían cantidades exorbitantes por alguna fotografía del dictador moribundo. El doctor Pozuelo rechazó indignado ofertas fabulosas pero después descubrió que el marqués de Villaverde había utilizado su cámara. De hecho, dadas las medidas de seguridad, él era la única persona que podía fotografiarlo, y lo hizo abiertamente, a pesar de las protestas del doctor Palma[19]. Franco seguía vivo pero a duras penas; apenas estaba consciente y su vida dependía por completo de las complejas máquinas de soporte vital a las que estaba conectado. Cristóbal Martínez-Bordiú preguntó a Hidalgo Huerta una última vez: «¿Crees que puede hacerse algo más?». Hidalgo Huerta se negó a operarlo de nuevo. Como último recurso, Cristóbal Martínez-Bordiú y Vital Aza siguieron tratando al Caudillo con antibióticos y sulfamidas. Tras aceptar por fin que todo esto era inútil, Cristóbal obligó a los demás miembros del equipo a marcharse. La hija del Caudillo, Nenuca, insistió en que lo dejaran morir en paz. A las once y cuarto de la noche del 19 de noviembre, le retiraron los diversos tubos que lo conectaban a las máquinas. Su yerno accedió al principio, pero, según Pilar Cernuda, que cita el diario de uno de los ayudantes militares de Franco, el teniente coronel Antonio Galbís, debido a la presión del personal militar del Caudillo, de Alfonso de Borbón Dampierre y de algunos de los médicos, la orden inicial de cesar el tratamiento fue anulada. La crisis final se inició a primera hora de la mañana del 20 de noviembre. A pesar de los esfuerzos frenéticos por resucitarlo, a las tres y media de la madrugada, Franco estaba muerto. Villaverde, que se negaba a darse por vencido, se

empeñó en que Vital Aza le diera a Franco un último masaje cardíaco. Fue en vano. El Caudillo probablemente falleció poco después. La hora oficial de la muerte fue las cinco y veinticinco de la madrugada del 20 de noviembre de 1975, y la causa oficial, *shock* endotóxico provocado por una peritonitis bacteriana aguda, disfunción renal, bronconeumonía, paro cardíaco, úlceras estomacales, tromboflebitis y enfermedad de Parkinson. Los embalsamadores podían ponerse manos a la obra[20].

EL LEGADO DE FRANCO

Uno de los más agudos críticos del dictador y su régimen ha sentenciado recientemente: «La mitología franquista ha resultado muchísimo más eficaz de lo que la mayor parte de la gente, no digamos las nuevas generaciones, pueda imaginar. No ya porque cuarenta años de propaganda unilateral y sistemático adoctrinamiento a todos los niveles y, particularmente, desde la escuela y desde el bachillerato, sean a estas alturas prácticamente imposibles de compensar desde las instituciones democráticas, sino porque difícilmente podrán alterar determinados juicios, pretendidamente "históricos" y, sin embargo, falsos de toda falsedad»[1].

Es verdad que muchas de las creencias populares respecto a Franco son falsas. No fue el general más joven de Europa desde Napoleón. No fue el valiente artífice de la neutralidad española en la Segunda Guerra Mundial. No fue el arquitecto del crecimiento español de los años sesenta. Sin embargo, como indicaba el profesor Reig Tapia, tales creencias son sintomáticas de la eficacia del aparato de propaganda y de enseñanza del Régimen.

El negativo legado político de Francisco Franco se aprecia con cierta claridad en el contexto de las dramáticas dificultades con las que se enfrentó la recién estrenada democracia española entre 1977 y 1981. Después se ha vuelto más difuso, aunque no menos persistente. El intransigente centralismo del Caudillo y su brutal aplicación en el País Vasco dieron lugar al terrorismo de ETA y al apoyo popular de que ésta gozó hasta finales de los setenta. Asimismo, su principal estrategia de la posguerra consistente en mantener la división de España entre vencedores y vencidos contribuyó al golpismo de aquellos años. Su triunfalismo vengativo se inculcaba con suma vehemencia en las academias militares, donde a los cadetes se les enseñaba a considerar que el desorden y el separatismo regional son consustanciales a la democracia. Rápidamente desmantelada la dictadura, no sorprende que algunos de sus defensores militares se sintieran aislados del gran consenso político a favor de la democratización, lo que, naturalmente, no les impidió tratar de imponer el enfoque del «búnker» franquista acerca de lo que a su juicio debía ser el destino político de España; hicieron varios intentos en los años setenta, y uno más drástico el 23 de febrero de 1981, con el fallido golpe del teniente coronel Tejero. Las valientes manifestaciones de millones de personas fueron la respuesta popular al intento de Tejero de volver al pasado. En las numerosas elecciones nacionales, autonómicas y municipales que se han celebrado en España desde 1977, los partidos que conservan abiertamente los valores franquistas nunca han alcanzado más del dos por ciento del voto. Cuando los españoles adoptaron la democracia, rechazaron la determinación de Franco de garantizar la supervivencia del régimen dictatorial. Sin embargo, esto no nos debería llevar a pensar que los únicos vestigios que quedan del franquismo son monumentos como el Valle de los Caídos o las numerosas calles en muchos pueblos cuyos nombres conmemoran a figuras clave del franquismo.

Un símbolo del rechazo popular al legado de Franco fue el relativo silencio acerca de la Dictadura que se produjo tras la muerte del Generalísimo. Por consenso tácito, la nación decidió relegar el Régimen al olvido. Después de todo, era un régimen que existía básicamente para satisfacer sus propios intereses. La carrera de Franco había estado impulsada por una feroz ambición. Una vez que había conseguido los títulos de Generalísimo de las fuerzas armadas, Caudillo y jefe del Estado y jefe nacional de FET y de las JONS, su mayor afán fue conservar el poder que había acumulado. Esto implicaba ganar la Guerra Civil y luego sobrevivir, primero a la Segunda Guerra Mundial y después a la hostilidad que le valió su contubernio con el Eje. El apogeo de su éxito fue el Pacto de Madrid, firmado en septiembre de 1953 con Estados Unidos.

El acuerdo con Eisenhower puso fin a la angustia que le provocaba el oprobio internacional. Tenía el futuro asegurado. Se mantuvo activo como jefe del Gobierno únicamente hasta 1957, año en que transfirió numerosas decisiones clave en el campo de la economía a los ministros tecnócratas. Dedicó los dieciocho años de vida y de poder que le quedaban, además de a sus aficiones, a garantizar la pervivencia de su Régimen tras su muerte. La sucesión, la elección de un sucesor de la Casa Real y los mecanismos constitucionales que permitieran controlar cada uno de sus actos se convirtieron en sus mayores preocupaciones. Al final, los esfuerzos de dieciocho años consagrados a este fin resultaron inútiles. Los mecanismos constitucionales se desmantelaron en menos de un año, tras su fallecimiento. Su sucesor decidió no cumplir las tareas que Franco le había encomendado.

Así pues, ¿qué subsiste del legado de Franco? Aparte de unos cuantos nostálgicos del franquismo, el sentir colectivo acerca de Franco es una combinación de ignorancia, indiferencia y la determinación de no volver a sufrir una dictadura. En resumen, el denominado «Pacto del Olvido», si por este término entendemos el gran

acto de ciudadanía colectiva de rechazar el ajuste de cuentas, fue la piedra angular de una transición a la democracia en la que se derramó poca sangre. Las víctimas de la represión renunciaron al deseo de venganza y al ajuste de cuentas. Los verdugos, torturadores, carceleros e informadores no fueron «depurados» como en Portugal, ni tampoco lo fueron los allegados de Franco que se habían enriquecido en los años de la Dictadura. Por la misma razón, un gran número de los partidarios más moderados y perspicaces del Régimen olvidaron su propio pasado de colaboración entusiasta con Franco; algunos participaron con sinceridad en la construcción del consenso democrático, mientras que otros se limitaron a fabricar nuevas autobiografías que los definieran como «demócratas de toda la vida».

La inesperada facilidad con que los españoles, en masa, optaron por la democracia y sencillamente eludieron los proyectos del Caudillo para el futuro de España constituye el comentario más explícito sobre su lugar en la historia. Esto no quiere decir que Franco no lograra nada, pero pone de manifiesto hasta qué punto sus triunfos fueron sectarios y personales. Para él y para sus partidarios no existía ninguna contradicción entre el bienestar de España y el bienestar de Franco. En toda su vida, incluso antes de llegar al poder, el Caudillo nunca mostró el menor escrúpulo al identificar su persona con España ni ante el hecho de que, cuando hablaba de España, lo hacía en un sentido excluyente y partidista. Durante décadas ridiculizó a donjuán de Borbón por su patriótico deseo de ser rey de todos los españoles y, hasta el día de su muerte, intentó, movido por su talante vengativo, mantener la división surgida de la Guerra Civil entre vencedores y vencidos. No en vano le había dicho a donjuán que su derecho a gobernar España era superior al de la Casa Real, porque era el derecho de conquista, como si de un país extranjero se tratara. La España de Franco, según su propia definición, la España que ganó la Guerra Civil, la España de la posguerra que pervivió gracias al aparato represivo, dejó de existir en 1975. Una masiva revolución social y económica tuvo lugar a finales de los años cincuenta, período en que Franco fue un gobernante más simbólico que activo, cada vez más alejado de la realidad. Incluso llegó al extremo de pedir ayuda, el 15 de diciembre de 1967, a Luis Carrero Blanco, Manuel Fraga y otros ministros diciendo: «Llevo tantos años aquí, entre estos muros, que ya no conozco a nadie. Ayúdenme ustedes a hacer las ternas para los nuevos cargos»[2]. Un episodio suscitó muchos comentarios en los círculos del Régimen: cuando, en el verano de 1968, uno de sus ministros le pidió que le dedicara una foto del Consejo de Ministros, Franco dijo que sí, se puso las gafas, cogió su pluma y, mirándole extrañado, le preguntó cómo se llamaba[3]. Cuando no estaba de caza o de pesca, se dedicaba a ver la televisión.

Su régimen fue la institucionalización de su victoria en la Guerra Civil. Esto se hizo patente en la determinación con que el Caudillo se afanó en aniquilar sistemáticamente a sus enemigos de la izquierda. La habilidad y la dedicación con que bloqueó el restablecimiento a la democracia fueron, a su vez, las causas que le permitieron conservar el poder durante tanto tiempo. Fue capaz de asegurarse de que la política dentro de su régimen no tuviera nada que ver con la voluntad nacional, sino con las mezquinas luchas por el poder y los beneficios entre miembros de una élite privilegiada. Sus armas fueron la astucia instintiva, la caradura y la imperturbable sangre fría con que fomentaba la rivalidad entre las varias fuerzas del Régimen y acababa con cuantas amenazas pudiera representar para él cualquiera —desde Serrano Súñer hasta don Juan— que fuese superior a él en inteligencia o integridad moral. Los logros de Franco no fueron los de un gran benefactor nacional, sino los de un hábil manipulador del poder que velaba ante todo por sus propios intereses. Como escribió Salvador de Madariaga: «El más alto interés de Franco es Franco. El más alto interés de De Gaulle es Francia»[4]. El hecho de que durante treinta y nueve años, tras hacerse con la jefatura provisional del Estado en guerra, fuese capaz de impedir el regreso del heredero legítimo al trono y de conservar el poder demuestra la extraordinaria habilidad política que desplegaba en su propio beneficio.

El control total de los medios de comunicación y del sistema de enseñanza, respaldados por toda la fuerza propagandística de la Iglesia católica, logró presentar este egoísmo de Franco como un patriotismo abnegado guiado por la mano de Dios. El mismo dictador llegó a creer que era el patriarca benévolo adorado por los españoles. De hecho, esta imagen respondía a una necesidad de sus admiradores y partidarios. Después de todo, Franco no gobernó únicamente por medio de la represión: gozó de un considerable apoyo popular. Existían los que por razones de riqueza, creencias religiosas o convicción ideológica, abrazaban los llamados «valores del 18 de julio». También disfrutaba Franco de la aceptación pasiva de quienes habían sido empujados hacia la apatía política por la represión y todo el aparato propagandístico del Régimen. A partir del final de los años cincuenta, Franco contó con el apoyo de quienes simplemente estaban agradecidos por la mejora del nivel de vida.

Sin embargo, el crecimiento económico —tan repetidamente loado por sus propagandistas como su mejor obra — tuvo poco que ver con Franco, al igual que la neutralidad de España en la Segunda Guerra Mundial. Su actuación en la esfera económica, incluso si se juzga sólo por sus propios criterios y objetivos, fue lamentable. A pesar de que él mismo se creía un economista de primer orden, la política económica autárquica de Franco fue desastrosa y totalmente inapropiada para las necesidades del país. Agravó las consecuencias de la Guerra Civil, ocasionando una penuria incalculable que a su vez estimuló el «estraperlo» (mercado negro y corrupción). Franco y el franquismo fueron un enorme desastre para España. Como lo demuestra el caso de

Italia tras la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo económico es posible sin dictaduras, presiones, torturas, exilio en masa y ejecuciones. Supone una tragedia histórica de gran envergadura que, de 1939 a 1975, España no pudiera disfrutar de los beneficios que da la democracia en cuanto a la dignidad personal de cada individuo y al prestigio colectivo internacional.

Tras el hambre sufrida en los años cuarenta, a mediados de los cincuenta España se encontraba todavía al borde del colapso económico y necesitada de la ayuda del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Franco se vio obligado a poner la economía en manos de los tecnócratas, quienes, a su vez, la abrieron al ancho mundo, condición impuesta por la ayuda internacional. El consiguiente crecimiento económico trajo consigo un desarrollo social que supondría el sostén del amplio consenso popular a favor de la democracia en los años setenta. El sueño de Franco de cerrar España al mundo estuvo siempre destinado al fracaso. Franco, lejos de ser el cerebro detrás de esos procesos, los aceptó a regañadientes con objeto de permanecer en el poder.

El desarrollo se nutría de la acumulación de capital interior propiciada por la destrucción del movimiento obrero en la guerra, por la represiva legislación laboral de los años cuarenta, por las divisas que aportaban los trabajadores españoles a quienes la pobreza había obligado a emigrar y por el turismo. Franco contribuyó al crecimiento económico sólo en la medida en que su autoritario Régimen dio lugar a una estabilidad y a una fuerza de trabajo dócil que hicieron a España atractiva para los inversores extranjeros. El Régimen explotó el crecimiento como fuente de legitimación política, pero los consiguientes cambios económicos y sociales pusieron de relieve la naturaleza anacrónica de la dictadura. Cuando la prosperidad empezaba a perder impulso tras la primera crisis energética de 1974, y cesaron las constantes subidas del nivel de vida que permitían comprar la apatía de una nueva clase obrera sin derechos políticos, la inoperancia del Régimen y la necesidad de un cambio político profundo garantizaron que el país rechazara los planes de Franco para el posfranquismo.

La notablemente escasa presencia del Caudillo en la memoria popular demuestra la creciente irrelevancia de un Franco cada vez más enfermo en los últimos años de su dictadura. Más aún, es una consecuencia del modo en que España se desarrolló a partir de 1975. Para la mayoría de los españoles jóvenes, Franco ya es un personaje distante, el abuelo que en los años cincuenta se rodeó de los fastos de la realeza. Gracias a los engaños y ocultamientos del propio Franco, lo que queda de él en la memoria popular no va mucho más allá de una vaga aceptación de los mitos de la neutralidad en la Segunda Guerra Mundial y el crecimiento económico. Desde que alcanzó la mayoría de edad, Franco cultivó una impenetrabilidad que hiciera indescifrables sus intenciones. Sus discursos eran enrevesados y tortuosos, sentenciosos y pomposos, como si no le interesara que lo entendieran.

El único éxito notable de Franco fue su larga permanencia en el poder. En cambio, el coste humano en ejecuciones, cárceles, campos de concentración, torturas, vidas y familias destrozadas por el exilio de 1939 o la emigración de los años cincuenta y sesenta, da testimonio del exorbitante precio que pagó España por los «triunfos» de Franco. La característica central del período inmediatamente posterior a su muerte es que los españoles rechazaron tanto la violencia política como la dictadura, escarmentados por los horrores de la Guerra Civil y la represión de posguerra. Durante la transición a la democracia, los españoles demostraron colectivamente una madurez política que contradecía la convicción de Franco de que eran anárquicos e indisciplinados, incapaces de vivir en democracia.

Desde su muerte, el hecho de que su sucesor elegido, don Juan Carlos, y la mayoría de la clase política franquista hicieran caso omiso de sus planes para perpetuar su Régimen allanó el terreno para unos cambios espectaculares en España que Franco, en sus pesadillas más salvajes, jamás pudo haber anticipado. A mediados de 1977, las más preciadas ambiciones de Franco para el futuro habían quedado enterradas. El Movimiento había sido desmantelado, los sindicatos, legalizados, y los partidos políticos, entre ellos el odiado Partido Comunista de España, autorizados. Franco, en su empeño de erradicar el comunismo en España, dejó un PCE con muchos más miembros de los que tenía antes de la Guerra Civil. También la determinación de Francisco Franco de extirpar el separatismo dejó movimientos nacionalistas en el País Vasco y Cataluña mucho más fuertes que los que existían antes de 1936, así como nuevos movimientos regionalistas en Andalucía, Galicia, la región valenciana e incluso en zonas como La Rioja y Castilla-León. La constitución democrática de 1978 reconoció unos derechos a la autonomía regional que acabarían con el férreo centralismo por el que habían combatido en parte los franquistas en la Guerra Civil.

El legado inmediato de Franco consistió en elevadas tasas de inflación y desempleo, terrorismo y golpismo. Su legado menos inmediato fue más complejo. Su Régimen se instauró a fin de evitar que la democracia se restableciera en España tras su derrota en 1939. Para ello, el Generalísimo tuvo que librar una contienda brutal con la ayuda de Hitler y Mussolini y, luego, imponer un régimen de terror de Estado. Por ello en la psique colectiva surgió la firme resolución de no volver a enzarzarse jamás en un conflicto civil semejante ni someterse de nuevo a una dictadura. En este sentido, Franco, sin quererlo, creó las condiciones para la

democracia que siguió a su Régimen. Quizá lo más importante que hizo al respecto fue elegir su sucesor monárquico. Esto ha dado pie a uno de los mitos más extendidos, y más falsos, respecto al legado de Franco, es decir la idea de que había previsto y aprobaba el papel que desempeñaría donjuán Carlos en la transición.

Evidentemente, la monarquía ha sido un elemento clave de la democracia, y se restauró en España porque, según las llamadas leyes fundamentales del Régimen de Franco, las que en conjunto componían la constitución de la dictadura, Franco se había arrogado el derecho de elegir a quien habría de sucederle y había decidido que la persona seleccionada fuese «sucesor a título de rey». Lo hizo así por vanidad personal y, en 1969, cuando eligió a Juan Carlos, es porque estaba seguro de su fidelidad a las llamadas «Leyes Fundamentales del Movimiento» y no se le ocurrió que el joven príncipe pudiera albergar planes de restablecer la democracia. De todas formas, el dictador sí debía de tener alguna duda.

En un principio, Franco había confiado en que el almirante Carrero Blanco vigilaría el proceso. Sin embargo, cuando Carrero Blanco fue asesinado el 20 de diciembre de 1973, Franco no incluyó a don Juan Carlos entre los que contribuyeron a elegir al sucesor del presidente. El grupo de franquistas de extrema derecha que le rodeaba había conseguido convencer al Caudillo de que fiarse tanto de Carrero Blanco había sido ya error suficiente[f32]. Doña Carmen Polo y la camarilla de El Pardo se habían quedado horrorizados al enterarse de que Carrero ya había prometido a Juan Carlos que, en lugar de permanecer como guardián del Régimen, iba a dimitir. Al parecer, el arrepentido Carrero le había dicho a la hija de Franco, Carmen, que lamentaba amargamente haber hecho semejante promesa. En palabras de José Utrera Molina: «Lo que Franco consideró atado y bien atado, de hecho quedó roto»[5]. En su mensaje de fin de año del 30 de diciembre de 1973, Franco introdujo una corrección en el texto mecanografiado de su alocución, al que añadió de su puño y letra las palabras «no hay mal que por bien no venga», con las que parecía reconocer que consideraba un error haberse fiado de Carrero Blanco. Según el brillante análisis de Luis María Anson, «la muerte de Carrero era un mal. Pero Carrero, al que difícilmente Franco podía eliminar por razones históricas, significaba la garantía de futuro para el príncipe. Su asesinato ha permitido a Franco nombrar a Arias Navarro. Y Arias Navarro —no hay mal que por bien no venga— es la garantía de su familia para el futuro»[6].

La designación de Arias fue la última de las decisiones importantes de Franco y no fue enteramente suya. Pero a don Juan Carlos no se le dio voz ni voto. Habida cuenta de su posición como sucesor oficial y de la inminencia del inevitable fallecimiento de Franco, excluirle de la toma de la decisión supuso un acto de humillación por parte de El Pardo, además de un indicio de su falta de confianza en el príncipe. En 1974, cuando Franco sufrió su primera enfermedad grave, traspasó con renuencia sus funciones a Juan Carlos y las reasumió enseguida. Cuando su ministro de Gobernación, José García Hernández, le recomendó que dejara «el timón en otras manos», Franco le replicó: «Usted sabe que eso no es posible»[7]. Como presidente del Consejo de Ministros, Arias hacía caso omiso de don Juan Carlos, que nada podía hacer al respecto excepto quejarse: «No toco pelota. Mi actitud es sonreír, colocarme por encima de la pequeña política, no forzar y estar en guardia»[8]. Durante la agonía final de Franco, las relaciones entre el príncipe y Arias se deterioraron aún más[9].

Irónicamente, si Arias no se fiaba de Juan Carlos por sus veleidades democráticas, Franco tampoco se fiaba de Arias, que le parecía demasiado aperturista. En su último discurso, pronunciado el 1 de octubre de 1975 en la plaza de Oriente, declaraba, respecto a las críticas internacionales que habían surgido con motivo de las recientes ejecuciones de militantes de ETA y FRAP: «Todo obedece a una conspiración masónico-izquierdista de la clase política en contubernio con la subversión terrorista-comunista en lo social»[10]. No eran precisamente las palabras de un jefe de Estado bondadoso que esperaba que su sucesor convirtiese España en una democracia. Además, permiten imaginar cómo habría reaccionado Franco de haber sabido que el nuevo rey desempeñaría un papel crucial en el complejo proceso de desmantelamiento de la dictadura y en la creación de una legalidad democrática. La intención de Franco había sido instaurar una monarquía totalmente franquista para perpetuar su régimen.

Para imponer su concepto de una familia armoniosa, Franco estaba dispuesto a matar, encarcelar y exiliar a la mitad de España. Sus ideas políticas, si es que las tenía, resultaban sumamente estrechas, a menudo negativas y derivadas de su formación militar. Como la mayoría de los oficiales del Ejército de su generación, lo que más odiaba era el separatismo, el comunismo y la masonería. Sin importar el coste en vidas humanas, estaba decidido a limpiar España de los tres, además del socialismo y el liberalismo. Esto significó la aniquilación de los legados de la Ilustración, la Revolución francesa y la Revolución industrial, y el retorno a las glorias de la España medieval. Sus objetivos más preciados eran mucho más abstractos, más espirituales que ideológicos. Quería, mediante el derramamiento masivo de sangre, «redimir» al pueblo español, quitarle la carga de siglos de fracasos sufridos desde la época de Felipe II, en que la grandeza de España empezó a derrumbarse. Siendo éstas sus ambiciones centrales, no es de sorprender, pues, que más de treinta años después de su muerte su recuerdo signifique muy poco, si es que significa algo, para la juventud española.

De todas formas, treinta y ocho años de dictadura, con un control casi totalitario de los medios de

comunicación y del sistema de enseñanza, además del lavado de cerebro masivo deliberado, crean muchos hábitos. En este sentido, dos de los vestigios del franquismo son la corrupción dentro de la política municipal y el ambiente de crispación que proviene de tantos años de división deliberada del país en vencidos y vencedores. El tema que provoca una crispación más intensa es, sin lugar a dudas, el de la Guerra Civil española. En la España consumista, hedonista, próspera y supermoderna de hoy es motivo de curiosidad la continua candencia de la cuestión. La inmensa mayoría de la población nació después de la Guerra Civil, y una parte muy sustanciosa, después del fin de la dictadura. Un pilar de la democracia actual ha sido el llamado «Pacto del Olvido». La transición a la democracia sin otro conflicto civil fue posible gracias a una negociación entre los elementos más progresistas de la dictadura y la oposición democrática de izquierdas.

Como es bien sabido, bajo el acuerdo subyacía un miedo a una nueva guerra civil. El deseo colectivo de garantizar la restauración y la posterior consolidación de la democracia se manifestó en una renuncia a la venganza y quedó consagrado en una amnistía política que se aplicó no sólo a los elementos de la resistencia a la dictadura, sino también a los culpables de crímenes contra la humanidad cometidos al servicio del Régimen. La renuncia a la venganza se materializó en un pacto tácito de silencio, también llamado del olvido, o, en otras palabras, el compromiso de no hacer ninguna instrumentalización política del pasado. El texto de la amnistía del 14 de octubre de 1977 recibió el apoyo de la mayor parte del espectro político. Para grandes sectores de la población, los recuerdos de la Guerra Civil y de la terrible represión ejercida desde los primeros momentos de ésta seguían presentes, pero se aceptaba que la salud de la democracia exigía un extremado cuidado para evitar que se abrieran viejas heridas.

A pesar de esta muestra de sentido común, realismo y, en cierto sentido, patriotismo, quedaba como importante asunto pendiente para muchas familias la localización de sus muertos de la Guerra Civil y de la represión posterior para enterrarlos y llorarlos como es debido. Para los partidarios de Franco, dicho proceso quedó cerrado hace más de sesenta y cinco años. El Estado puso sus recursos a la disposición de quienes iban a acometer la tarea de identificar y localizar a las víctimas de crímenes en la zona republicana. Así, sus familias pudieron llorarlas y recordarlas. Muchas de ellas pueden ver ahora los nombres de sus muertos grabados en placas de honor póstumo en las paredes de las iglesias, con cruces o indicaciones de dónde murieron, e incluso, en algunos casos, se ha dado su nombre a una calle. El hecho de que hasta hace tan poco se siguiese negando esta posibilidad a los familiares de los republicanos es una de las razones por las que la Guerra Civil continúa despertando pasiones.

No solamente eran los restos físicos de las víctimas los que quedaban sin reconocimiento, sino también la memoria de lo que realmente había significado la Segunda República española, sus logros sociales y educativos, todo lo que explicaba por qué millones de españoles se lanzaron a defenderla de 1936 a 1939. Durante casi cuarenta años la propaganda del Régimen vencedor, producida en gran parte por policías, sacerdotes y militares, presentó una versión violenta y criminal de la República para justificar el golpe militar de 1936, la matanza que desencadenó y la cruel dictadura que institucionalizó la victoria golpista. Por medio de la prensa y la radio del Movimiento, el sistema de enseñanza y desde los púlpitos de las iglesias españolas se difundió una interpretación monolítica de los orígenes, el curso y las consecuencias de la Guerra Civil. Esta visión única del pasado impuesta por la dictadura empezó a desvanecerse con cierta rapidez a partir de 1977, pero, oficialmente como mínimo, la otra memoria tardó en salir a la superficie. Había muchos otros recuerdos ocultos y reprimidos, y miles de familias querían saber lo que les había sucedido a sus seres queridos y si, como se temían, habían sido asesinados, dónde yacían sus restos.

A pesar de la cortina de silencio que se intentaba correr sobre el pasado, una legión de historiadores ha seguido investigando el impacto de la Guerra Civil y la represión región por región, provincia por provincia, pueblo por pueblo. Una auténtica montaña de libros elaborados desde distintos punto de vista pero con mucha seriedad y dedicación ha construido una visión muy crítica de los golpistas militares de 1936 y de su posterior comportamiento. Ni que decir tiene que la divulgación de estas obras y la cada vez más generalizada conciencia de la magnitud de la represión llevada a cabo por los nacionales causa cierta incomodidad en algunos sectores de la sociedad española todavía nostálgicos de la dictadura de Franco.

Paralelamente a la aparición de muchos libros de historia local detallada, surgió un movimiento popular que reclamaba la recuperación de lo que se ha dado en llamar «la memoria histórica». Lo que fue al principio una tendencia tímida se ha convertido en los últimos años en una red masiva de organizaciones y asociaciones dedicadas a fomentar la investigación y promover la grabación de los recuerdos de los supervivientes. Hay muchos factores que han impulsado este movimiento, pero quizás el más importante sea el hecho de que existe una generación que ha vivido y se ha formado enteramente en democracia y que no padece las inhibiciones de sus padres. Ésta es la generación que ahora hace las preguntas inquietantes. Piensan que, por muy necesario que fuera el pacto del olvido para la transición, ahora la democracia seguramente está lo suficientemente consolidada para admitir un debate serio sobre la Guerra Civil y sus consecuencias. Dada la urgencia derivada del hecho biológico de que los testigos están desapareciendo, se ha acelerado el proceso, y

se ha pasado ya de los libros y los documentales de televisión —realizados mayormente por las televisiones regionales y no por las estatales— a la excavación de fosas comunes.

Como quizás era de esperar —por algo hubo un pacto del olvido—, a los setenta años de su inicio, la Guerra Civil española y sus secuelas han vuelto a ser motivo de amargas y enconadas discusiones. Los libros, los artículos, los documentales y las noticias sobre las excavaciones han molestado a mucha gente, y no solamente a los verdugos supervivientes y sus familiares. El malestar ha llegado por supuesto a los que todavía añoran al desaparecido dictador, pero se ha extendido también a algunos sectores de la sociedad más conscientes de los beneficios económicos del régimen de Franco que preocupados por sus costes humanos y morales. La indignación de este público está atizada por una serie de polemistas de gran éxito comercial. La motivación política que hay detrás del *revival* franquista que han supuesto sus libros, artículos y programas de radio ha sido minuciosamente estudiada por el doctor Reig Tapia[11].

En un lenguaje muchas veces agresivo, estos escritores y figuras de la radio, la televisión e Internet gritan que los sufrimientos de las víctimas republicanas han sido insensatamente exagerados y que, además, los mismos republicanos tienen la culpa de todo. Por tanto, en este momento, la Guerra Civil española se está luchando todavía sobre el papel. Luciendo el autopremiado título de «revisionistas», insultan a los historiadores gracias a quienes se han logrado los inmensos avances historiográficos de los treinta últimos años, diciendo que sus trabajos, con todo su pluralismo ideológico y metodológico, son el fruto de una conspiración siniestra. Lo que llaman «la cofradía de la cheka» parece abarcar virtualmente a todos los historiadores, tanto los profesionales como los aficionados, desde conservadores y clérigos hasta liberales e izquierdistas, así como nacionalistas regionales. Lo que ha llegado a ser un amplio consenso está distorsionado, tergiversado y presentado como un complot para imponer una interpretación monolítica y políticamente motivada de la historia de la Guerra Civil española y de la consiguiente dictadura. Lo que indica que poco habrán leído de dicha producción historiográfica.

En un brillante libro reciente, el historiador Gabriel Cardona hace un comentario muy pertinente al respecto. Dice «La Guerra Civil ya es historia, pero muchas de sus grandes cuestiones aletean todavía en nuestro entorno, como sombras maléficas. La peor herencia de las guerras civiles es el odio y, aunque para la mayoría de los españoles todo es agua pasada, todavía subsiste una minoría empecinada en revivir las antiguas maldiciones»[12]. Por lo tanto cabe preguntarse ¿si el llamado «revisionismo» tiene la finalidad de aclarar el pasado o de hacer resurgir sus odios para fomentar los cuales tanto esfuerzo invirtió Franco? O puesto de otra forma, ¿no será el legado más duradero de Franco el perpetuar la división de los españoles entre vencedores y vencidos?

BREVE BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

La bibliografía sobre Franco y el franquismo es muy extensa. Por tanto, lo que sigue no pretende ser exhaustivo, sino sólo servir de guía para el lector que desee aprender un poco más sobre el citado enigma.

Pocos escritos acerca de Franco revelan tanto como aquellos de los que es autor. No existe una guía mejor para comprender cómo se veía a sí mismo que un libro escrito bajo el seudónimo de Jaime de Andrade: *Raza. Anecdotario para el guión de una película* (Ediciones Numancia, Madrid, 1942). No obstante, el libro publicado por un tal «Comandante Franco»: *Diario de una bandera* (Pueyo, Madrid, 1922) se acerca mucho en su descripción de la inmisericordia de la mentalidad africanista. Otro ejemplar útil que contiene muchos importantes artículos escritos por Franco es la compilación: *Francisco Franco, escritor militar*, Número especial, *Revista de Historia Militar*, Año XX, n.º 40, 1976. E igual de fascinantes resultan los artículos redactados bajo el seudónimo de Jakim Boor, *Masonería* (Gráficas Valera, Madrid, 1952). Aunque se limitan a ser poco más que breves notas, el intento temprano de Franco de planificar una autobiografía resulta indispensable, Franco Bahamonde, Francisco: *«Apuntes» personales sobre la República y la Guerra Civil* (Fundación Francisco Franco, Madrid, 1987). Los numerosos volúmenes que contienen sus discursos, publicados con diversos títulos como *Palabras del Caudillo, Textos de doctrina política* y *Discursos y mensajes del Jefe del Estado*, aunque contienen muchos temas tediosos, también ofrecen frecuentes destellos que revelan cierta percepción de sí mismo. A partir de los informes que le enviaban, resulta posible hacerse una idea del modo en que Franco tomaba decisiones. Una colección muy importante, aunque lamentablemente incompleta, fue publicada por la Fundación Nacional Francisco Franco: *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco*, volúmenes 1, 2-I, 2-II, III y IV. (Fundación Francisco Franco, Madrid, 1992-1994). También indispensable resulta la colección de cartas reunidas por Jesús Palacios, *Las cartas de Franco. La correspondencia desconocida que marcó el destino de España* (La Esfera de los Libros, Madrid, 2005).

Muchas de las primeras biografías de Franco contienen elementos autobiográficos, puesto que se basan en conversaciones con él. Entre ellas la más importante está la de Joaquín Arrarás: *Franco*, 7.ª edición (Valladolid, 1939). La amistad entre Arrarás y Franco data de 1917, cuando ambos ocupaban habitaciones en el mismo hotel de Oviedo. Su biografía es importante porque está claramente basada en entrevistas y conversaciones con Franco y nos ofrece su propia versión de su infancia, de la perfección y la piedad de su madre, y de su propio ascenso a través de las jerarquías del ejército. En los años cuarenta del siglo pasado no escaseaban las hagiografías, como la de Joaquín Valdés Sancho y Oriol Fernando Soto, que escribía bajo el seudónimo de Fernando de Valdesoto: *Francisco Franco* (Gráficas Espejo, Madrid, 1945). No obstante, el siguiente salto biográfico importante ocurrió con Luis de Galinsoga y Francisco Franco-Salgado: *Centinela de Occidente (Semblanza biográfica de Francisco Franco)* (AHR, Barcelona, 1956). Luis Martínez de Galinsoga era un conocido adulador cuya recompensa por ellos consistió en convertirse en el editor de *La Vanguardia*, el gran periódico barcelonés, al que le dio un sesgo ferozmente anticatalán. Perdió el empleo en junio de 1959, cuando provocó un incidente en una iglesia de Barcelona al protestar porque una de las misas incluía un sermón en catalán y decir: «Los catalanes sois una mierda».

El libro de Galinsoga esencialmente aprovechó las memorias de «Pacón», el primo de Franco (que acabó por convertirse en *Mi vida con Franco*), ya sea en forma de manuscrito o basado en las conversaciones, y utilizó los detalles de la vida del lugar para adornar lo que fundamentalmente es un hagiografía. Es el libro que resume la posición tras el pacto de 1953 con Estados Unidos y presenta a Franco como la clave de la defensa de Occidente —«El centinela de Occidente»—, y habla de El Pardo como «el eje de Occidente y el mediador con Oriente». Entre las hagiografías de Franco, las más interesantes son la de Manuel Aznar, *Franco* (Prensa Española, Madrid, 1975), y la de Rogelio Baón, *La cara humana de un Caudillo* (Editorial San Martín, Madrid, 1975).

Las biografías basadas en entrevistas concedidas por Franco a periodistas extranjeros eran un tanto más objetivas pero casi tan parciales como las demás. Todas propagan el mito de Franco como un gran lector, y además los entrevistadores parecían creerse su imagen de héroe anticomunista: S. F. A. Coles: *Franco of Spain* (Neville Spearman, Londres, 1955); Claude Martin: *Franco, soldado y estadista* (Fermín Uriarte, Madrid, 1965); George Hills: *Franco: The Man and His Nation* (Nueva York, 1967); Brian Crozier: *Franco: A Biographical History* (Eyre & Spottiswoode, Londres, 1967). Dada la colaboración de Franco en cada uno de estos libros, los mismos tienden a repetir los mitos propagados en primer lugar por Arrarás. Hills al menos proporcionó un interesante material obtenido a través de las entrevistas con amigos y familiares en El Ferrol.

El primer gran salto hacia delante en cuanto a un estudio biográfico serio sobre Franco ocurrió tras la publicación en París de un ensayo brillante y hostil del periodista vasco Luciano Rincón. Bajo el seudónimo de «Luis Ramírez» escribió *Francisco Franco. Historia de un mesianismo* (Ruedo Ibérico, París, 1964), que

combinaba un gran conocimiento con una ironía salvaje. Ruedo Ibérico, la gran editorial del exilio español antifranquista, estaba dirigida por José Martínez Guerricabeitia, un anarquista excéntrico y muy culto. Entre sus éxitos se cuentan *El mito de la cruzada de Franco*, de Herbert Southworth, y el libro de Hugh Thomas sobre la Guerra Civil española. Los libros de Ruedo Ibérico, introducidos y vendidos clandestinamente en España, tuvieron un impacto enorme. Y la consecuencia de su aparición en España fue un intento del entonces Ministro de Información —el dinámico Manuel Fraga Iribarne— de contrarrestar su impacto intelectual y moral.

Fraga creó un departamento especial en el Ministerio de Información con el nombre de Sección de Estudios sobre la Guerra de España y nombró director del mismo a Ricardo de la Cierva y de Hoces, un joven funcionario del Ministerio. En líneas generales, su tarea consistía en actualizar la historiografía oficial del régimen con el fin de rechazar los ataques procedentes de París. Con respecto al tema específico de Franco, Ricardo de la Cierva asumió personalmente la tarea de replicar a «Luis Ramírez», cuyo libro suponía un ensayo feroz, muy bien escrito y psicológicamente perspicaz en contra del dictador. De la Cierva, que había entrevistado a Franco, se limitó a hacer caso omiso de ello y reiteró los viejos mitos acerca de la infancia de éste, pero incorporó muchos más detalles y realismo a su carrera militar y política que cualquiera de las biografías franquistas escritas hasta entonces. La biografía de Franco de Ricardo de la Cierva ha aparecido en diversas formas, desde la versión semanal conocida como *Francisco Franco: un siglo de España*, en dos volúmenes (Editora Nacional, Madrid, 1973) hasta la versión en seis volúmenes, *Francisco Franco: biografía histórica* (Planeta, Barcelona, 1982), además de varios resúmenes de un solo volumen. Se puede leer y siempre merece la pena consultarla, puesto que proporciona abundante información acerca del régimen. En última instancia, en sus diversas formas esta obra muy favorable a Franco a menudo ha sido denominada como la «biografía oficial» (sobre todo por Ricardo de la Cierva).

Poco después de la muerte del dictador, el libro de Luciano Rincón fue reeditado en una versión ampliada y revisada con el nombre de *Franco: la obsesión de ser, la obsesión del poder* (Ruedo Ibérico, París, 1976). La imagen negativa de Franco que presentaba sufrió una mella considerable gracias a una gran proeza llevada a cabo por el dinámico editor Rafael Borras, que consistió en convencer a varios colaboradores y familiares del dictador de que le permitieran publicar sus memorias. Los más críticos fueron dos libros escritos por Francisco Franco Salgado-Araujo, primo del dictador y ayudante de toda la vida: *Mi vida junto a Franco* (Planeta, Barcelona, 1977) y *Mis conversaciones privadas con Franco* (Planeta, Barcelona, 1976), su diario de las conversaciones con el dictador, que equivalen aproximadamente al *Table Talk* de Hitler. Ambas son bien intencionadas pero involuntariamente revelan la asombrosa mediocridad y estrechez de miras de Franco. La publicación de las memorias igualmente ingenuas y reveladoras de Pilar Franco, la hermana del dictador: *Nosotros los Franco* (Planeta, Barcelona, 1980) y *Cinco años después* (Planeta, Barcelona, 1981), tuvieron un efecto similar.

Una parte de la misma serie, pero de una naturaleza totalmente diferente puesto que su efecto no era casual sino más bien totalmente controlado y deliberado, fueron las memorias de dos monárquicos y parientes cercanos. Los monárquicos se contaban entre los consejeros militares más importantes de Franco durante la Guerra Civil: el general Alfredo Kindelán y el ministro Pedro Sainz Rodríguez, su antiguo amigo. Los dos parientes eran su cuñado Ramón Serrano Súñer y su sobrina Pilar Jaraíz Franco. Alfredo Kindelán Duany, el fundador de la fuerza aérea española y un hombre de la más absoluta rectitud, había colaborado con Franco convencido de que la victoria supondría la restauración de la monarquía. Fue inevitable que Kindelán, el ferviente monárquico, y Franco, el cínico y manipulador, entraran en conflicto. *La verdad de mis relaciones con Franco* (Planeta, Barcelona, 1981) revela la duplicidad de Franco y la sinceridad e inteligencia de Kindelán. Pedro Sainz Rodríguez era otro monárquico que conocía bien a Franco. Éste lo conoció por primera vez en Oviedo en los años veinte y en 1938 lo nombró Ministro de Educación. Sus dos volúmenes de memorias, redactadas con gran agudeza —*Testimonio y recuerdos* (Planeta, Barcelona, 1978) y *Un reinado en la sombra* (Planeta, Barcelona, 1981)—, presentan una visión mordaz y crítica del dictador.

Ramón Serrano Súñer, el supuesto arquitecto de la política española a favor del Eje durante la Segunda Guerra Mundial, defendió su propia versión en un relato crítico de Franco en su obra *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias* (Planeta, Barcelona, 1977). El Franco que emerge es tan mediocre y nimio como el retratado en el diario de su primo. El aspecto en que Serrano Súñer presenta la visión más espectacularmente revisionista de su pasado es el que se refiere a las relaciones de Franco con el Tercer Reich y, sobre todo, el encuentro entre aquél y Hitler en Hendaya el 23 de octubre de 1940. Deja claro que si Hitler hubiera estado dispuesto a ayudar a la España arrasada por la guerra tanto económica como militarmente, entonces Franco, gracias a sus extraordinarias ambiciones con respecto a África del Norte, no habría tenido inconveniente de entrar en la contienda junto al Eje. Ello queda claro en varias cartas enviadas por Franco a su cuñado incluidas en este volumen. Aun en mayor grado que las de Serrano Súñer, las memorias de Pilar Jaraiz Franco —*Historia de una disidencia* (Planeta, Barcelona, 1981)— revelan la falta de miras y la ruindad tanto de Franco como de su mujer.

Tal vez como reacción a la serie de libros publicados por Borras, en aquel entonces la familia Franco y la Fundación Nacional Francisco Franco hicieron un gran esfuerzo para producir una biografía «oficial» aceptable. Ésta fue la obra de Luis Suárez Fernández *Francisco Franco y su tiempo* (Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1984) y, más tarde, del mismo autor, *Franco: la historia y sus documentos*, en veinte volúmenes (Urbión, Madrid, 1986). Luis Suárez Fernández es un historiador especializado en el Medievo y su libro constituye una crónica detallada y profundamente admirativa de Franco, los mitos acerca del cual acepta como normales: que ganó la Guerra Civil gracias a su brillante talento militar, que él sólo evitó que España entrara en la Segunda Guerra Mundial, era el cerebro tras el milagro económico de los años sesenta… Está basado en los así llamados «papeles de Franco», es decir, los documentos conservados en la Fundación Nacional Francisco Franco. Resulta chocante que los que en esencia constituyen unos documentos de Estado no estén disponibles para el público. Sin embargo, a partir de lo aprovechado por Suárez Fernández y de los volúmenes publicados de dichos documentos con el título de *Documentos inéditos para la historia del generalísimo Franco*, más bien consistían en documentos recibidos por Franco que en sus propios escritos. Estos documentos permanecieron en poder de la familia y quizá se quemaron en un incendio producido en una de las casas del dictador. Una pequeña selección de las notas de Franco escritas a máquina y manuscritas fue publicada en un facsímile como *Manuscritos de Franco* (Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986).

Posteriormente se publicaron numerosas biografías de diversa extensión y también numerosos ensayos sobre períodos específicos o aspectos de la vida de Franco. Entre las biografías críticas más breves hemos de mencionar la de Carlos Fernández Santander: *El general Franco* (Argos Vergara, Barcelona, 1983), recientemente revisada como *El general Franco. Un dictador en un tiempo de infamia* (Crítica, Barcelona, 2005). El libro de Juan Pablo Fusi *Franco: autoritarismo y poder personal* (El País, Madrid, 1985) destaca por su imparcialidad. La versión más completa hasta la fecha es la obra de Paul Preston: *Franco «Caudillo de España»* (Grijalbo, Barcelona, 1994), tras la cual apareció otra edición posterior corregida y más extensa: *Franco «Caudillo de España»* (Grijalbo, Barcelona 2002).

También merece la pena consultar dos biografías psicológicas, como la de Enrique González Duro —*Franco: una biografía psicológica* (Temas de Hoy, Madrid, 1992)—, que considera la obsesión de Franco por matar en el campo de batalla y por cazar como síntomas de una frustración sexual, un desplazamiento de la actividad sexual, un cumplimiento de una fantasía de dominación y un odio sádico por las mujeres. La de Gabrielle Ashford Hodges —*Franco. Retrato psicológico de un dictador* (Taurus, Madrid, 2001)—, presenta un análisis ingenioso y sofisticado, especialmente perspicaz en cuanto al papel desempeñado por la madre de Franco en el desarrollo de éste. Existen dos ensayos críticos que resultan indispensables, escritos por dos de los historiadores españoles más importantes, Alberto Reig Tapia —*Franco «Caudillo»: Mito y realidad* (Tecnos, Madrid, 1995) y la edición posterior y más extensa: *Franco: El César superlativo* (Tecnos, Madrid, 2005)—, y Enrique Moradiellos —*Francisco Franco. Crónica de un caudillo casi olvidado* (Biblioteca Nueva, Madrid, 2002).

Huelga decir que se han publicado numerosas obras importantes sobre aspectos específicos de la carrera de Franco. De importancia capital resulta la de Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco* (Alianza Editorial, Madrid, 2000), una interpretación aguda y muy documentada de un oficial del ejército que, como el propio Franco, fue profesor de la Academia Militar de Zaragoza. De hecho, el libro del mismo autor *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)* (Labor, Barcelona, 1989) demuestra que el tiempo que Franco pasó en la academia militar ayudó a establecer la preeminencia de la mentalidad africanista dentro del cuerpo de oficiales. *Franco en la guerra civil. Una biografía política* (Tusquets, Barcelona, 1992), de Javier Tusell, es un estudio de las maniobras políticas de Franco durante la Guerra Civil basado en una exhaustiva investigación de los documentos de muchos de sus destacados colaboradores. Dos libros igualmente importantes sobre la relación posterior de Franco con el ejército son las obras agudas e ingeniosas de Gabriel Cardona: *Franco y sus generales. La manicura del tigre* (Temas de Hoy, Madrid, 2001) y *El Gigante Descalzo. El Ejército de Franco* (Aguilar, Madrid, 2003). Dos libros importantes acerca de las relaciones de Franco con la Iglesia y el catolicismo político son obra, respectivamente, de Julián Casanova, *La Iglesia de Franco*, 2.ª edición (Crítica, Barcelona, 2005), y Javier Tusell, *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945 y 1957* (Alianza, Madrid, 1984). Sobre Franco y la Falange hay dos obras cruciales, la de Stanley G. Payne, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español* (Planeta, Barcelona, 2000), y la de Joan María Thomàs, *La falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)* (Plaza y Janés, Barcelona, 2001).

Los títulos clave sobre el papel de Franco en la política exterior son de Ángel Viñas. Su obra pionera *La Alemania nazi y el 18 de julio* (Alianza, Madrid, 1954), adquirió estatus de clásico, y hace poco ha sido minuciosamente revisada y ampliada como *Franco, Hitler y el estallido de la Guerra Civil. Antecedentes y consecuencias* (Alianza, Madrid, 2001). Acerca de las relaciones de Franco con Mussolini, las dos obras principales son de Ismael Saz Campos y Javier Tusell, editores: *Fascistas en España: la intervención italiana en la guerra civil a través de los telegramas de la «Missione Militare Italiana in Spagna» (15 de diciembre 1936-31 marzo 1937)* (Madrid-Roma, 1981), y Javier Tusell y Genoveva Queipo del Llano: *Franco y Mussolini: la política*

española durante la Segunda Guerra Mundial (Planeta, Barcelona, 1985). Las relaciones con Hitler reciben un tratamiento brillante por parte de un hombre que trabajó en la embajada española en Alemania durante la guerra, llamado Ramón Garriga: *La España de Franco: las relaciones con Hitler*, 2.ª edición (Cajica, Puebla, México, 1970). Existen dos obras de investigación enormemente importantes, una de Manuel Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco* (Crítica, Barcelona, 2002), y la otra de Bernd Rother, *Franco y el Holocausto* (Marcial Pons Historia, Madrid, 2005). Hace poco apareció la obra de Xavier Moreno Julia *Hitler y Franco. Diplomada en tiempos de guerra (1936-1945)* (Planeta, Barcelona, 2007). Sobre la relación con Churchill, existen sendas obras de Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill. España y Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial* (Península, Barcelona, 2005), y Richard Wigg, *Churchill y Franco* (Debate, Barcelona, 2006). Acerca de Franco durante la Guerra Fría y su relación con Estados Unidos, hay un excelente resumen de Florentino Portero. *Franco aislado: la cuestión española (1945-1950)* (Aguilar, Madrid, 1989), además del clásico estudio de Ángel Viñas *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía* (Grijalbo, Barcelona, 1981), revisado hace poco para incluir una investigación más reciente: *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)* (Crítica, Barcelona, 2003).

Los aspectos más personales de Franco y su familia resultan especialmente difíciles de reconstruir. La brillante obra dramática de Jaime Salom *El corto vuelo del gallo. La controvertida historia del padre de los Franco* (Grijalbo, Barcelona, 1981) proporciona un retrato ficticio pero sumamente perspicaz de las relaciones entre los padres del dictador. Hay dos libros fascinantes que versan sobre las primeras aventuras amorosas de Franco: *Las cartas de amor de Franco*, editado por Vicente Gracia y Enrique Salgado (Ediciones Actuales, Barcelona, 1978), y *Le ordeno a usted que me quiera. El amor secreto de Francisco Franco*, de Emilio Ruiz Barrachina (Lumen, Barcelona, 2006). Sobre las relaciones con su mujer Carmen Polo existe una obra sumamente aguda de Ramón Garriga, *La Señora de El Pardo* (Planeta, Barcelona, 1979), además del capítulo titulado «Carmen Polo. En una nube de fantasías» en *Palomas de guerra. Cinco mujeres marcadas por el enfrentamiento bélico* (Plaza y Janés, Barcelona, 2001), de Paul Preston. Sobre las relaciones de Franco con sus hermanos, hay dos biografías muy bien informadas de Ramón Garriga: *Nicolás Franco, el hermano brujo* (Planeta, Barcelona, 1980) y *Ramón Franco, el hermano maldito* (Plaza y Janés, Barcelona, 1978). Una muestra de la corrupción y ruindad que rodeaba a la familia la ofrece Jaime Peñafiel en *El general y su tropa. Mis recuerdos de la familia Franco* (Temas de Hoy, Madrid, 1992), así como Mariano Sánchez Soler en *Villaverde: fortuna y caída de la casa Franco* (Planeta, Barcelona, 1990), ampliada y revisada como *Los Franco S. A. Ascensión y caída de la familia del último dictador de Occidente* (Oberon, Madrid, 2003). El libro de Ramón Garriga *Los validos de Franco* (Planeta, Barcelona, 1981) ofrece un relato brillante de las relaciones de Franco con sus colaboradores más íntimos.

La sordidez y la mediocridad que caracterizaron el régimen quedaron descarnadamente de manifiesto durante la agonía del dictador y a través de las maniobras políticas que la rodearon. Tres memorias de personas cercanas al Caudillo durante sus últimos años resultan absolutamente indispensables; uno era un ministro y los otros dos, médicos. Se trata de José Utrera Molina, *Sin cambiar de bandera* (Planeta, Barcelona, 1989), Vicente Gil, *Cuarenta años junto a Franco* (Planeta, Barcelona, 1981), y Vicente Pozuelo, *Los últimos 476 días de Franco* (Planeta, Barcelona, 1980). También importantes resultan dos brillantes reconstrucciones del último período, la de Luis Herrero, *El ocaso del régimen. Del asesinato de Carrero a la muerte de Franco* (Temas de Hoy, Madrid, 1995), y *La muerte de Franco jamás contada* (Planeta, Barcelona, 1985), de Javier Figuero y Luis Herrero.

Los numerosos volúmenes mencionados en esta breve reseña proporcionarán material suficiente al lector para que se forme su propia opinión acerca de Franco y sus logros. Sin embargo, se limitan a ser una selección de algunas de las obras más importantes. Lamentablemente, ha habido que omitir muchas otras obras excelentes.

FOTOGRAFÍAS

[f1] «El “Héroe del Rif”. Franco se propuso convertirse en el tipo de héroe galante de las películas de la Legión francesa, y se le dio de maravilla».

[Millán Astray y Franco en Marruecos, foto sin fecha]. < <

[f2] «Franco utilizará el cerco internacional a través de un montaje de propaganda en verdad inteligente, para crear e intensificar la idea de que él es el guardián indispensable de España».

[Toledo, 26 de octubre de 1945: homenaje en el 35 aniversario de su nombramiento como oficial del

Ejército]. < <

[f3] «Vicente Guarner, compañero africanista de Franco, recordaba un encuentro que tuvo con Ramón Franco en Barcelona. Le preguntó: "¿Qué piensa Paco del nuevo régimen republicano?", a lo cual Ramón contestó: "Mira, Guarner. Paco por ambición sería capaz de asesinar a nuestra madre y por presunción mataría a nuestro padre"».

[Con su hermano Ramón, con motivo del vuelo del *Plus Ultra*]. < <

[f4] «A los 42 años de edad, Franco se encontró con que los políticos volvían a agasajarle tanto como durante la Dictadura. El motivo era obvio: Franco era el general joven de ideas derechistas más famoso del Ejército, y nadie podía acusarle de haber colaborado con la República».

[Con Gil Robles en Asturias, julio de 1935, maniobras militares en Alto del Cordal]. < <

[f5] «Los valores derechistas a los que era fiel tenían como símbolo central la reconquista de España con la expulsión de los “moros”. Sin embargo, Franco no tuvo escrúpulos en embarcar mercenarios marroquíes para luchar en Asturias, única zona de España en la que no hubo dominación musulmana».

[Asturias, 1934, Consejo de Guerra contra cuatro revolucionarios]. < <

[f6] «Como jefe del Estado Mayor, Franco dedicó muchas horas a la que consideraba su principal tarea: corregir las reformas de Azaña. Recordaría su etapa como jefe del Estado Mayor con gran satisfacción, pues sus logros durante este período facilitarían el posterior esfuerzo de guerra de los nacionales».

[Zaragoza, Academia General Militar, locución a los cadetes, foto sin fecha]. < <

[f7] «Franco seguía guardando las distancias con los conspiradores. Al empeñarse en estar siempre en el lado ganador sin asumir riesgos excesivos, le fue muy difícil sobresalir como líder carismático».

[Tenerife, 16 de junio, 1936: comida de jefes y oficiales de las Guarniciones de Canarias bajo la presidencia de Franco]. < <

[f8] «La profesora de inglés de Franco escribiría más adelante: “La mañana después de que nos llegase la noticia sobre Calvo Sotelo, le encontré totalmente cambiado cuando vino a dar sus clases. Parecía diez años más viejo y era obvio que no había dormido en toda la noche”».

[Madrid, 1936. Calvo Sotelo en su despacho]. < <

[f9] «Cuando el corresponsal Allen replicó: “¿Significa eso que tendrá que fusilar a media España?”, un Franco

sonriente respondió: “He dicho a cualquier precio”».

[Cáceres, agosto de 1936]. < <

[f10] «Era un axioma indiscutido que el Ejército tenía el derecho a rebelarse contra cualquier gobierno civil que tolerase el desorden social o las actividades de movimientos regionalistas que ponían en peligro la unidad de la patria».

[Málaga, 8 de febrero de 1938: miembros del Estado Mayor, al mando de Queipo de Llano, oyen misa montados a caballo tras la toma de la ciudad]. < <

[f11] «Franco dirigió las primeras etapas de su campaña bélica contra la izquierda española como si fuera una guerra colonial contra un enemigo racialmente inferior».

[Sevilla, 17 de abril de 1939: fuerzas marroquíes de Infantería en el Gran Desfile de la Victoria]. < <

[f12] «Hasta la muerte del Generalísimo, el régimen de Franco mantuvo viva la memoria de la Guerra Civil y preservó la división entre vencedores y vencidos como un instrumento político».

[Valle de los Caídos, 20 de noviembre de 1969: 33 aniversario de la muerte de José Antonio Primo de Rivera]. < <

[f13] «Franco, que consideraba a José Antonio un diletante peligroso, no tenía ninguna intención de involucrarse en una conspiración con él, pero, como de costumbre, no lo dijo claramente».

[Primo de Rivera conversa con Ramiro Ledesma Ramos, foto sin fecha]. < <

[f14] «Para la jerarquía católica, la causa de Franco era la causa de Dios, por lo que le trataba como al enviado del Todopoderoso o, al menos, como a un santo».

[Zaragoza, Nuestra Señora del Pilar, 9 de abril de 1959]. < <

[f15] «Estaba por encima de las leyes y no podía ser enjuiciado, una inmunidad penal y política que se manifestaba en el lema que llevaban las monedas y que le proclamaba “Caudillo de España por la gracia de Dios”».

[Peseta de 1946, perteneciente a la primera serie acuñada con el perfil de Francisco Franco, que en 2004 se vendía a 2700 en Alcoi (Alicante)]. < <

[f16] «La pormenorizada reconstrucción de la represión ha sido uno de los aspectos más notables de la reciente explosión historiográfica española».

[23 de junio de 2007. Antiguos presos ante el monumento a las víctimas del franquismo en el Penal de Burgos]. < <

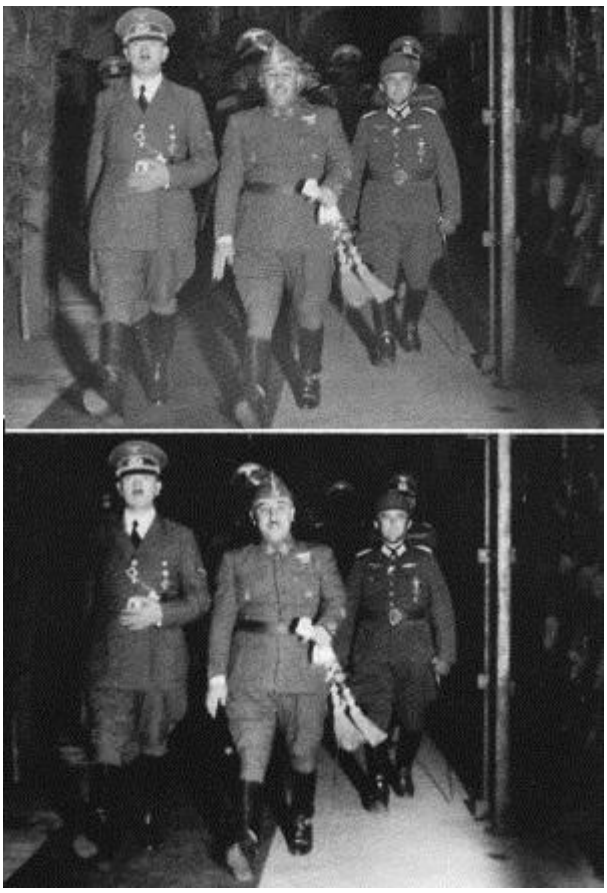
[f17] «El mayor símbolo de la explotación de los presos republicanos fue el capricho personal de Franco, la gigantesca basílica y la colosal cruz del Valle de los Caídos».

[Valle de los Caídos, 3 de abril de 1940, revisión de planos de las obras ante el arquitecto Pedro Muguruza]. < <

[f18] «La autarquía acarreó el desastre económico y social: la escasez causada por esta posición de España

respecto al resto del mundo provocó la aparición del estraperlo, que, a su vez, exacerbó las diferencias entre ricos y pobres».

[Gasógeno. Madrid, 28 de octubre]. < <



[f19] «Las abundantes pruebas fotográficas del encuentro permiten afirmar que Franco estaba encantado de entrevistarse con Hitler».

[En la foto obtenida del negativo (arriba), Franco aparece con los ojos cerrados, y en las que se difundió tiene los ojos abiertos, al haber pegado otra imagen de su rostro sobre el original]. < <

[f20] «Churchill escribió: “No sé si hay más libertad en la Rusia de Stalin que en la España de Franco. Y no tengo intención de pelearme con ninguno de ellos”».

[Winston Churchill, 1945]. < <

[f21] «El embajador alemán, el barón Eberhard von Stohrer, informó de que los madrileños se derrumbaban por la falta de alimentos».

[Reparto de comida en el Auxilio Social, Madrid, 28 de diciembre de 1940]. < <

[f22] «La rivalidad entre los militares y la Falange fue la causa principal de una crisis mucho más seria, relacionada con su ministro de la Guerra, el general José Enrique Varela».

[Madrid, 24 de octubre de 1941: el general Varela y Millán Astray asinten a misa en la Casa del Mutilado]. < <

[f23] «El tratado con Estados Unidos era un medio excelente para desviar el descontento que afloraba de nuevo en 1956, cuando, de improviso y en contra de las predicciones del propio Franco, España se vio obligada a conceder la independencia a su colonia de Marruecos».

[Madrid, 4 de abril de 1956: visita oficial de Mohamed V para firmar los acuerdos por los que España reconoce la independencia de Marruecos]. < <

[f24] «Con el tiempo la actitud siempre oportunista de Franco hacia la Falange dio lugar a un desprecio absoluto (…) En 1974, Franco dijo al doctor Vicente Gil: “Los falangistas, en definitiva, sois unos chulos de algarada”».

[Retrato con uniforme de Falange, foto sin fecha]. < <

[f25] «En la Asamblea General de Naciones Unidas celebrada en 1946, el Régimen de Franco fue una vez más denunciado como fascista, no representativo y moralmente repulsivo. Se reiteró también la exclusión de España de todos los organismos dependientes de la ONU. La réplica de Franco se tradujo en una gran manifestación de masas reunida en la plaza de Oriente».

[Madrid, 1 de octubre de 1946, saludo gorra en mano en la Plaza de Oriente]. < <

[f26] «“Es preciso liquidar los odios y pasiones de nuestra pasada guerra, pero no al estilo liberal, con sus monstruosas y suicidas amnistías, que encierran más de estafa que de perdón, sino por la redención de la pena por el trabajo, con el arrepentimiento y con la penitencia; quien otra cosa piense, o peca de inconsciencia o de traición”».

[Marbella, sin fecha, 1936/37: cadáver de José Almagro Romero, asesinado por los republicanos]. < <

[f27] «Franco, empeñado en neutralizar a don Juan, se tomó muchas molestias para concertar el famoso encuentro del yate *Azor* el 25 de agosto de 1948. Una vez a bordo, le aseguró a donjuán que él gozaba de excelente salud y esperaba gobernar España durante un mínimo de veinte años más. El verdadero propósito fue procurar que Juan Carlos, de diez años, se educara en España».

[Madrid, 27 de diciembre de 1963. El conde de Barcelona con Franco en el Palacio de la Zarzuela con motivo del bautizo de la infanta Elena]. < <

[f28] «El 16 de julio de 1951, el almirante Sherman y los oficiales de su Estado Mayor visitaron al Caudillo para entablar discusiones preliminares sobre el arrendamiento de bases en España. Franco exultaba. Ahora se veía cortejado por la nación más poderosa del mundo».

[Plaza de España de Madrid, 20 de diciembre de 1959: preparativos para la visita de Dwight D. Eisenhower]. < <

[f29] «Las fiestas nacionales en España, aparte de las religiosas, eran celebraciones de la victoria de Franco: el primero de abril, “Día de la Victoria”; el 17 de abril, “Día de la Unificación” (para conmemorar la incorporación forzada de todos los partidos políticos en el Movimiento); el primero de octubre, “Día del Caudillo”».

[Almería, 21 de abril de 1964, celebraciones con motivo del 25.º aniversario de la Guerra Civil]. < <

MARCA
DIARIO GRAFICO DE LOS DEPORTES
SALUDO A FRANCO
CON TERUEL EN UN SANATORIO
CINCO GESTOS DE OPTIMISMO
El Madrid, ante su encuentro con el Atlético bilbaino

[f30] «Dado que podía leer a diario, en la prensa del Movimiento, que era el salvador de España, amado por todos menos por los siniestros agentes de las fuerzas ocultas, no es de extrañar que Franco no se considerase un dictador».

[Madrid, 25 de noviembre de 1942. Primer número del diario deportivo *Marca*]. < <

[f31] «Mientras otros se encargaban de las complejas tareas diarias de gobierno, Franco dedicó el resto de su vida a cazar, pescar, ver cine, televisión y fútbol, hacer quinielas y trabajar en el gran proyecto político que le quedaba: la preparación del posfranquismo, una Monarquía franquista regida por un sucesor que él escogería».

[Madrid, marzo de 1964: montería anual en los montes de El Pardo]. < <

[f32] «Cuando Carrero Blanco fue asesinado, Franco no incluyó a don Juan Carlos entre los que contribuyeron a elegir al sucesor del presidente. El grupo de franquistas de extrema derecha que le rodeaba había conseguido convencer al Caudillo de que fiarse tanto de Carrero Blanco había sido ya error suficiente».

[Madrid, 21 de diciembre de 1973: Carlos Enhiesta Cano y José Antonio Girón de Velasco en las honras fúnebres por Luis Carrero Blanco]. < <

[f33] «En su último discurso, pronunciado el 1 de octubre de 1975 en la plaza de Oriente, declaraba, respecto a las críticas internacionales que habían levantado las recientes ejecuciones de militantes de ETA y FRAP: “Todo obedece a una conspiración masónico-izquierdista de la clase política en contubernio con la subversión terrorista-comunista en lo social”».

[Plaza de Oriente, Madrid, 1 de octubre de 1975]. < <

[f34] «El 20 de octubre, a las once de la noche, el dictador llamó a la enfermera Lina para quejarse de dolores torácicos, sudores fríos y vómitos. Aunque tenía las sábanas empapadas de sudor y manchadas de vómito, nadie sabía cómo acceder al cuarto de la ropa blanca para cambiarlas porque, según un miembro del servicio: “En cuarenta años, en esta casa nunca se ha molestado a nadie después del toque de retreta”».

[Madrid, 17 de julio de 1974: sesión fotográfica de Francisco Franco en la clínica sanitaria Francisco Franco]. < <

[f35] «Desde mediados de 1976, el nuevo Rey desempeñó un papel crucial en el complejo proceso de desmantelamiento del régimen franquista y en la creación de una legalidad democrática».

[Aeropuerto de Barajas, 7 de abril de 1976: el rey Juan Carlos y varios miembros del gabinete de Arias Navarro con el presidente de Costa Rica]. < <

Notas

[1] Paul Preston, *Franco «Caudillo de España»*, 2.ª edición, Barcelona, Grijalbo, 2002, pp. 385-386. < <

[2] Alfonso de Borbón Dampierre, *Las memorias de Alfonso de Borbón*, Barcelona, Ediciones B, 1990, p. 51. < <

[3] Juan Antonio Pérez Mateos, *Un Rey bajo el sol*, Barcelona, Plaza y Janés, 1998, p. 278. < <

[4] María Mérida, *Testigos de Franco: retablo íntimo de una dictadura*, Barcelona, Plaza y Janés, 1977, p. 36. < <

[5] Ian Gibson, *En busca de José Antonio*, Barcelona, Editorial Planeta, 1980, p. 36. < <

[6] *Arriba*, 8 de mayo; *ABC*, 8 de mayo de 1945. < <

[7] Mariano Navarro Rubio, «La batalla de la estabilización» en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n.º 53, 1976, pp. 196-199; Mariano Navarro Rubio, *Mis memorias: Testimonio de una vida política truncada por el Caso MATESA*, Barcelona, 1991, pp. 124-126. < <

[1] Franco a Varela, 27 de diciembre de 1930; Jesús Palacios, *Las cartas de Franco. La correspondencia desconocida que marcó el destino de España*, Madrid, La Esfera de Los Libros, 2005, pp. 44-45. <<

[2] Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 96-97. <<

[3] Ramón Serrano Súñer, *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 20. <<

[4] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 96-97; Francisco Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 450-452. <<

[5] Joaquín Arrarás, *Franco*, 7.ª edición, Valladolid, Librería Santarén, 1939, pp. 159-60. <<

[6] Pilar Franco, *Nosotros, los Franco*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 90. <<

[7] José María Gironella y Rafael Borras Betriu, *Cien españoles y Franco*, Barcelona, Planeta, 1979, p. 264. <<

[8] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 98-100. <<

[9] Francisco Franco Bahamonde, *Apuntes personales sobre la República y la guerra civil*, Madrid, Fundación Francisco Franco, 1987, pp. 7-9. <<

[10] F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, p. 88. <<

[11] Ramón Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, 4 vols., Madrid, 1973, pp. 7, 14 y 22-23; Santos Juliá, *Manuel Azaña: una biografía política, del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 98-106. <<

[12] Emilio Mola, *Obras completas*, Valladolid, Santarén, 1940, pp. 1056-1058; M. Alpert, *La reforma militar de Azaña (1931-1933)*, Madrid, Siglo XXI, 1982, pp. 133-150; M. Aguilar Olivencia, *El Ejército español durante la II República: claves de su actuación posterior*, Madrid, Econorte, 1986, pp. 65-75. <<

[13] M. Alpert, *La reforma militar*…, pp. 150-174. Existe un debate considerable sobre estas figuras: véase R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular*, I, pp. 8-13. <<

[14] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 101-102. <<

[15] E. Mola, *Obras*…, pp. 1062-1063; M. Aguilar Olivencia, *El Ejército*…, pp. 147-157. <<

[16] M. Alpert, *La reforma militar*…, pp. 216-228; Azaña, diario del 20 de julio de 1931, *Obras*, IV, p. 35. <<

[17] B. Crozier, *Franco, historia y biografía*, 2 vols., Madrid, Magisterio Español, 1984, p. 92. <<

[18] C. Díaz, *Mi vida con Ramón Franco*, Barcelona, 1981, p. 159; Arxiu Vidal i Barraquer, *Església i Estat durant la segona República espanyola 1931-1936*, 8 vols., Montserrat, 1971-1990, I, p. 85; R. Garriga, *Ramón Franco, el hermano maldito*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 232. <<

[19] F. Franco, *Apuntes personales*…, p. 4. <<

[20] R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular*, I, p. 19; A. Cordón, *Trayectoria (Memorias de un militar republicano)*, París, Ebro, 1971, pp. 192-193; J. Arrarás, *Franco*, pp. 166-167; E. Mola, *Obras*…, p. 1027; F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 104-106; P. Franco, *Nosotros*…, pp. 90-92. <<

[21] Manuel Azaña, diario del 20 de julio de 1931, *Obras*, IV, p. 35. <<

[22] «Discurso de despedida en el cierre de la Academia General Militar», *Revista de Historia Militar*, año XX, n.º 40, 1976, pp. 335-337. <<

[23] F. Franco Salgado-Araujo, 25 de mayo de 1964, *Mis conversaciones*…, p. 425; F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 122. <<

[24] M. Azaña, diario del 16 al 22 de julio de 1931, *Obras*, IV, pp. 33, 39. Véase también el del 9 de diciembre de 1932, J. Arrarás, *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, 1939, pp. 307-308. Los servicios de Franco están recogidos en *Hoja de servicios*, pp. 82-83. <<

[25] Franco al general Gómez Morato, V División, 24 de julio; Gómez Morato al ministro de la Guerra, 28 de

julio, Archivo Azaña, Ministerio de Asuntos Exteriores, RE. 131-1. < <

[26] Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor; Ramón Garriga, *La señora de El Pardo*, Barcelona, Planeta, 1979, p. 70. < <

[27] M. Azaña, diario del 22 de julio de 1931, *Obras*, IV, pp. 40-42; Joaquín Arrarás, *Historia de la segunda República española*, 4 vols., Madrid, 1956-1968, I, pp. 153-158. < <

[28] Véase M. Azaña, diario del 25 de julio, 15-16 de septiembre de 1931, *Obras*, IV, pp. 46, 129 y 131; Joaquín Arrarás, *Historia de la*…, I, p. 470. < <

[29] M. Azaña, 12, 13, 14 agosto de 1931, *Obras*, IV, pp. 79-80 y 83. < <

[30] Luis Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, 8 vols., Madrid, Fundación Nacional Francisco Franco, 1984, vol. I, pp. 232-237. < <

[31] *La Voz de Galicia*, 5, 28 de febrero de 1932. F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 107. < <

[32] F. Franco, *Apuntes personales*…, p. 9; F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 108; L. Suárez Fernández, *Franco*…, I, pp. 246-247. < <

[33] P. Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 325-326; Julián Lago, *Las contramemorias de Franco*, Barcelona, Zeta, 1976, pp. 137-138. < <

[34] Eugenio Vegas Latapie, *Memorias políticas*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 184. < <

[35] *Acción Española*, tomo XVIII, Burgos, marzo de 1937, pp. 17-19; E. Vegas Latapie, *Los caminos*…, Madrid, Tebas, 1987, p. 79. < <

[36] R. Baón, *La cara humana de un caudillo*, Madrid, San Martín, 1975, p. 110. < <

[37] J. A. Ansaldo, *¿Para qué…? Mémoires d'un monarchiste espagnol, 1931-1952*, Monaco, Éditions du Rocher, 1953, p. 51; Antonio Cacho Zabalza, *La Unión Militar Española*, Alicante, 1940, p. 14; Vicente Guarner, *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, 1975, pp. 64-66; Julio Busquets, «La Unión Militar Española, 1933-1936», *Historia 16*, «La guerra civil», 24 vols., Madrid, 1986, III, pp. 86-99. < <

[38] M. Azaña, diario del 8 de febrero de 1933, *Memorias íntimas*, p. 310; M. Alpert, *La reforma militar*…, pp. 223-228. < <

[39] F. Franco, *Apuntes personales*…, p. 9. < <

[40] M. Azaña, diario del 8 de febrero de 1933. *Memorias íntimas*…, p. 310. < <

[41] F. Franco, *Apuntes personales*…, *p. 9*. < <

[42] M. Azaña, diario del 1 de marzo de 1933. *Obras*, IV, p. 447. < <

[43] Diego Hidalgo Durán, *Un notario español en Rusia*, Madrid, 1929; Diego Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra? Diez meses de actuación ministerial*, Madrid, 1934, pp. 38 y 103-104; Concha Muñoz Tinoco, *Diego Hidalgo, un notario republicano*, Badajoz, 1986, pp. 19 y 87-89. < <

[44] D. Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado?*…, pp. 105-112; C. Muñoz Tinoco, *Diego Hidalgo*…, pp. 89-92; Elsa López, José Álvarez Junco, Manuel Espadas Burgos y Concha Muñoz Tinoco, *Diego Hidalgo: memoria de un tiempo difícil*, Madrid, Alianza, 1986, pp. 153-162; Gabriel Cardona, *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Madrid, Siglo XXI, 1983, pp. 197-198; Carlos Seco Serrano, *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1984, p. 408. < <

[45] *ABC*, 28-30 de marzo de 1934; F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 114. < <

[46] D. Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado?*…, pp. 77-79; entrevista con Hidalgo en *The Sunday Express*, 15 de mayo de 1938; F. Franco Salgado, *Mi vida*…, p. 114. < <

[47] Franco al secretario de la Entente, 16 de mayo de 1934, reproducido en Bureau Permanent de L'Entente Internationale Anticomuniste, *Dix-sept ans de lutte contre le bolchévisme 1924-1940*, Ginebra, 1940, p. 35; correspondencia adicional en *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco* I, Madrid, 1992, pp. 11-12. < <

[48] Herbert Southworth, manuscrito sobre la Entente; L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, I, pp. 268-269; G. Hills, *Franco: The Man and His Nation*, Nueva York, 1967, p. 207. <<

[49] Diego Hidalgo, *¿Por qué fui lanzado?*…, pp. 79-81; C. Muñoz Tinoco, *Diego Hidalgo*, p. 93; López et al., *Hidalgo*, pp. 171-172. <<

[50] Niceto Alcalá-Zamora, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977, p. 296; J. S. Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Barcelona, Grijalbo, 1978, pp. 290-291. <<

[51] Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza, 1983, pp. 371-372. <<

[52] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 114-116; J. Arrarás, *Franco*, p. 189. <<

[53] Claude Martin, *Franco, soldado y estadista*, Madrid, 1965, pp. 129-130. <<

[54] *Diario de las sesiones de Cortes*, 6 de noviembre de 1934; *ABC*, 6, 7, 10, 13, 12, 16 de octubre de 1934. <<

[55] Para las atrocidades cometidas por la Legión y los hombres de Doval, véase J. S. Vidarte, *El bienio negro*…, pp. 359-362. <<

[56] Joaquín Arrarás, *Historia de la Cruzada española*, 8 vols., 36 tomos, Madrid, 1939-1943, II, p. 277; José María Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, Ariel, 1968, pp. 141-148. <<

[57] F. Franco, *Apuntes personales*…, pp. 13-14; F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 122-124. En Sevilla, durante las primeras semanas de la guerra, Franco hablaba todavía sobre la descuidada preparación de la Sanjurjada, José María Pemán, *Mis encuentros con Franco*, Barcelona, Dopesa, 1976, p. 56. <<

[58] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 122; R. Garriga, *La señora*…, p. 83. <<

[59] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 234-243; Antonio López Fernández, *Defensa de Madrid*, México D. F., 1945, pp. 40-43. <<

[60] J. M. Iribarren, *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la guerra civil*, Zaragoza, 1937, p. 44; Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco: biografía histórica*, 6 vols., Barcelona, Planeta, 1982, vol. II, p. 162. <<

[61] F. Franco, *Apuntes personales*…, pp. 14-15. <<

[62] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 358-367; Armando Boaventura, *Madrid-Moscovo: da ditadura à República e à guerra civil de Espanha*, Lisboa, 1937, p. 192. <<

[63] Franco a Gil Robles, abril de 1937; citado por Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Madrid, 1970, pp. 228-229; *Documentos inéditos*, p. 28. <<

[64] Maximiano García Venero, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, París, Ruedo Ibérico, 1967, p. 66; Benito Gómez Oliveros, *General Moscardó*, Barcelona, AHR, 1956, p. 104; carta de Fernández Cuesta a Felipe Ximénez de Sandoval, 9 de febrero de 1942, reproducida en J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, p. 367, y Raimundo Fernández Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Madrid, 1985, pp. 52-53; Herbert R. Southworth, *Antifalange; estudio crítico de «Falange en la guerra de España» de Maximiano García Venero*, París, 1963, pp. 91-94. <<

[65] Manuel Portela Valladares, *Memorias: dentro del drama español*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 168-169. <<

[66] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 492-493; F. Franco, *Apuntes personales*…, pp. 25-28. J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, II, p. 439. <<

[67] M. Portela, *Memorias*…, pp. 183-184; N. Alcalá-Zamora, *Memorias*…, p. 347; F. Franco, *Apuntes personales*…, pp. 28-30. <<

[68] F. Franco, *Apuntes personales*…, p. 30; De la Cierva, *Historia de la guerra civil española*, vol. I, Madrid, Editorial San Martín, 1969, p. 640. <<

[69] F. Franco, *Apuntes personales*…, p. 30; J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, oII, p. 440; J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 194-195; M. Portela, *Memorias*…, p. 184; Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables: testimonio de un socialista español*, México D. F., Tezontle, 1973, p. 49. <<

[70] F. *Franco, Apuntes personales*…, pp. 28-30; Servicio Histórico Militar, *Historia de la guerra de liberación*, Madrid, 1945, I, p. 421; J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*…, p. 48. < <

[71] *El Sol*, 19 de febrero de 1936; M. Portela, *Memorias*…, pp. 184-185, 190; J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, II, p. 441; entrevista de Franco con A. Boaventura, *Madrid-Moscovo*…, pp. 207-208; B. Félix Maíz, *Alzamiento en España: de un diario de la conspiración*, 2.ª ed., Pamplona, 1952, p. 37. < <

[72] *El Socialista*, 19 de febrero de 1936; Manuel Goded, *Un «faccioso» den por cien*, Zaragoza, 1939, pp. 26-27; M. Azaña, diario del 19 de febrero de 1936, *Obras*, IV, p. 563; Diego Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1983, pp. 303-304; J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 497-498; J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables*…, pp. 40-42 y 48-49. < <

[73] J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, II, p. 443. < <

[74] M. Portela, *Memorias*…, pp. 192-193; J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 499-500. < <

[75] Ministerio de la Guerra, Estado Mayor Central, *Anuario Militar de España año 1936*, Madrid, 1936 p. 150. < <

[76] José María Iribarren, *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la guerra civil*, Zaragoza, 1937, p. 14; E Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 132. < <

[77] Existen confusiones sobre los participantes en el encuentro en la casa de Delgado, J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 719-720; J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, II, p. 467; F. Franco, *Apuntes personales*…, p. 33; B. Félix Maíz, *Alzamiento en España*…, pp. 50-51; J. M. Iribarren, *Mola. Datos para una biografía y para la historia del Alzamiento Nacional*, Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1938, pp. 45-46; J. M. Iribarren, *Con el general Mola*…, pp. 14-15; Felipe Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional*, Valladolid, 1939, p. 116; A. Kindelán, *Mis cuadernos de guerra*, Barcelona, Planeta, 1982, p. 81; A. Kindelán, «La aviación en nuestra guerra» en *La guerra de liberación nacional*, Zaragoza, 1961, pp. 354-355. < <

[78] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 136-137; G. Hills, *Franco*…, p. 220. < <

[79] *The Morning Post*, 20 de julio de 1937; J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, III, p. 56; F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 142. < <

[80] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 561-562; M. García Venero, *El general Fanjul: Madrid en el Alzamiento Nacional*, Madrid, Cid, 1967, pp. 208-212. < <

[81] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 563-564. < <

[82] Basilio Álvarez, *España en crisol*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1937, p. 69. < <

[83] J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, III, p. 61. G. Cabanellas, *Preludio a la guerra civil española: cuatro generales*, I, Barcelona, Planeta, 1977, p. 445, afirma que Franco escribió sólo tres cartas relacionadas con el levantamiento que parecen idénticas. < <

[84] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 139 y 145; Ramón Soriano, *La mano izquierda de Franco*, Planeta, Barcelona, 1981, p. 145. < <

[85] H. Edward Knoblaugh, *Correspondent in Spain*, Nueva York, 1937, p. 21; J. M. Pemán, *Mis encuentros*…, p. 56. < <

[86] R. Serrano Súñer, *Memorias*…, p. 52; véase J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, p. 782. < <

[87] R. Serrano Súñer, *Memorias*…, p. 53. < <

[88] La primera referencia publicada en las cartas fue en *The Times*, 7 de septiembre de 1936. Un texto completo fue publicado en Arrarás, *Franco*…, pp. 233-237. Curiosamente, existen algunas diferencias con el texto impreso en Galinsoga & Franco Salgado, *Centinela*, pp. 203-206. < <

[89] Franco a Gil Robles, 12 de abril de 1937. J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Madrid, Alfaguara, 1970, pp. 228-229; J. M. Iribarren, *Con el general Mola*…, pp. 16-17. < <

[90] J. M. Iribarren, *Con el general Mola*…, p. 17; Mola. *Datos para*…, p. 65. < <

[91] Testimonio de Ramón Serrano Súñer al autor. < <

[92] P. Sainz Rodríguez, *Testimonio*…, p. 247; J. A. Ansaldo, *¿Para qué…?*…, p. 121. <<

[93] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, p. 780; Ramón Garriga, *El general Yagüe*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 61-68. <<

[94] Los fondos necesarios para alquilar el Dragón Rapide G-ACYR por importe de 2000 libras esterlinas fueron aportados por Juan March a través de la sucursal de Fenchurch Street del Kleinwort's Bank. <<

[95] B. Félix Maíz, *Mola*…, pp. 217, 238 y 260; José Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos*, Barcelona, 1971, p. 162; Torcuato Luca de Tena, *Papeles para la pequeña y la gran historia: memorias de mi padre y mías*, Barcelona, 1991, pp. 204-210; Antonio González Betes, *Franco y el Dragón Rapide*, Madrid, 1987, pp. 83-94; Luis Bolín, *Spain: the Vital Years*, Filadelfia, 1967, pp. 10-15. <<

[96] Douglas Jerrold, *Georgian Adventure*, Londres, 1937, pp. 367-373; L. Bolín, *Spain*…, pp. 16-30; J. Arrarás, p. 98 <<

[97] A. Kindelán, «Prólogo», *Mis cuadernos*, 2.ª ed., p. 42. <<

[98] Alfredo Kindelán, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 173-174; Heleno Saña, *El franquismo sin mitos: conversaciones con Ramón Serrano Súñer*, Barcelona, Grijalbo, 1982, pp. 48-49; E. Vegas Latapie, *Memorias*…, p. 276; R. Serrano Súñer, *Memorias*…, pp. 120-121. <<

[99] J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*, III, p. 61. <<

[100] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 150; R. Serrano Súñer, *Memorias*…, p. 120; H. Saña, *El franquismo*…, p. 49; A. González Betes, *Franco y el Dragón*…, pp. 122-123. <<

[101] *The Morning Post*, 20 de julio de 1937. <<

[102] Franco volvería a mostrar en más ocasiones una determinación similar para seguir adelante, indiferente aparentemente a la tragedia de la que acababa de enterarse. La caída de Alfonso XIII en 1931, la muerte de Mola en abril de 1937 y la caída de Mussolini en 1943 produjeron en él respuestas idénticas. <<

[1] *Hitler's Table Talk*, edición de H. R. Trevor-Roper, Londres, 1953, p. 569. < <

[2] *Documents on German Foreign Policy*, serie D, vol. 3, «Germany and the Spanish Civil War», Londres, 1951, pp. 408-410. < <

[3] G. Ciano, *Ciano's Diary, 1937-1938*, Nueva York, 1953, p. 46. < <

[4] G. Ciano, *Ciano's*…, p. 148. < <

[5] Compárense las dos versiones de la obra de A. Kindelán: *Mis cuadernos de guerra*, Madrid, 1945, p. 86, y *Mis cuadernos de guerra*, Barcelona, 1982, pp. 9 y 127. Las referencias posteriores son de la segunda edición. < <

[6] J. Vigón, *Cuadernos de guerra y notas de paz*, Oviedo, 1970, pp. 149-150 y 212. < <

[7] Es sorprendente, por ejemplo, que Franco sea una figura casi ausente en la colección de 18 volúmenes titulada *Monografías de la guerra de España* publicada en Madrid por el Servicio Histórico Militar bajo la dirección del coronel J. M. Martínez Bande durante los años 1968-1985. Véanse igualmente los comentarios críticos a la dirección estratégica de Franco en la obra de los generales R. y J. Salas Larrazábal, *Historia general de la guerra de España*, Madrid, 1987. < <

[8] En conversación con el ministro de la Guerra, Manuel Azaña, 20 de julio de 1931. M. Azaña, *Memorias políticas*, Barcelona, 1978, p. 47. < <

[9] Para la relación entre vida personal e ideas políticas de Franco véase P. Preston, *Franco*…, pp. 19-28 y 100. < <

[10] Sobre el período de cadete en Toledo véase P. Preston, *Franco*…, pp. 26-31. < <

[11] Sobre la época de Franco en Zaragoza véase C. Blanco Escolá, *La Academia General Militar de Zaragoza, 1928-1931*, Barcelona, 1989, pp. 79-85. < <

[12] D. Hidalgo Durán, *¿Por qué fui lanzado…?*, pp. 79-81; M. Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional, 1812-1983*, Madrid, 1983, pp. 371-372; General López Ochoa, *Campaña militar de Asturias en octubre de 1934. Narración táctico-episódica*, Madrid, 1936, pp. 11-12 y 26-29; J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, Barcelona, 1968, pp. 140-141; C. Jalón, *Memorias políticas: periodista, ministro, presidiario*, Madrid, 1973, pp. 128-131; J. S. Vidarte, *El bienio negro*…, pp. 358-359. < <

[13] J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, pp. 80-82; F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 165; J. A. Vaca de Osma, *Paisajes con Franco al fondo*, Barcelona, 1978, pp. 35-36. < <

[14] El hijo de Kindelán afirma que ambas ideas, la del puente aéreo y la del convoy, fueron de su padre: Prólogo de A. Kindelán, *Mis cuadernos*…, p. 45. < <

[15] Sobre el papel de Franco al conseguir la ayuda exterior véanse: R. de Felice, *Mussolini il Duce: lo Stato Totalitario (1936-1940)*, Turín, 1981, p. 363; J. F. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Madrid, 1979, caps. 3 y 4; I. Saz Campos, *Mussolini contra la Segunda República: hostilidad, conspiraciones, intervención*, Valencia, 1986, pp. 181-185; A. Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, 1977, pp. 264-342. < <

[16] *The Times*, 26 de agosto de 1936. J. Whitaker, «Prelude to World War: A Witness from Spain», *Foreign Affairs*, XXI, 1 (octubre de 1942), pp. 105-106. M. R. de Madariaga, «Imagen del moro en la memoria colectiva del pueblo español y retorno del moro en la guerra civil de 1936», *Revista Internacional de Sociología*, XLVI, 4 (octubre de 1988), pp. 590-596. M. Koltsov, *Diario de la guerra de España*, París, 1963, pp. 88-89. < <

[17] J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1968, pp. 165-170. < <

[18] J. M. Martínez Bande, «Del alzamiento a la guerra civil. Verano de 1936: correspondencia Franco-Mola», *Historia y Vida*, XCIII, 1975, pp. 22-23. < <

[19] J. M. Martínez Bande, *La marcha*…, pp. 45-56. < <

[20] J. M. Martínez Bande, *La marcha*…, pp. 56-71. R. Garriga, *El general Juan Yagüe*, Barcelona, 1985, pp. 111-112. < <

[21] *Documents on Germán Foreign Policy*, p. 28. < <

[22] A. Boaventura, *Madrid-Moscovo*…, p. 212. <<

[23] Sobre las actividades para encumbrar políticamente a Franco véase P. Preston, *Franco*…, pp. 224-236. <<

[24] J. A. Vaca de Osma, *La larga guerra de Francisco Franco*, Madrid, 1991, p. 209. <<

[25] J. M. Martínez Bande, *La marcha*…, pp. 81-95. <<

[26] J. A. Vaca de Osma, *La larga guerra*…, pp. 233-234. G. Hills, *Franco: The Man and his Nation*, Nueva York, 1967, p. 263. <<

[27] V. Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, México, 1967, pp. 55-103; R. F. Colodny, *The Struggle for Madrid*, Nueva York, 1958, pp. 52-91; H. Thomas, *The Spanish Civil War*, 3.ª ed., Londres, Hamish Hamilton, 1977, p. 82. <<

[28] *Documents on Germán Foreign Policy*, p. 139. I. Saz y J. Tusell, eds., *Fascistas en España: la intervención italiana en la guerra civil a través de los telegramas de la «Missione Militare Italiana in Spagna»*, Madrid, 1981, p. 25. <<

[29] *Documents on Germán*…, p. 155. <<

[30] *Documents on Germán*…, pp. 159-162. <<

[31] J. M. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*, Madrid, 1968, p. 37. <<

[32] I. Saz y J. Tusell (eds.), *Fascistas en España*…, p. 79. <<

[33] C. de Arce, *Los generales de Franco*, Barcelona, 1984, p. 186. J. M. Martínez Bande, *La lucha*…, pp. 51-69. <<

[34] R. de Felice, *Mussolini*, pp. 389-390. <<

[35] Telegrama de Mussolini a Roatta, 18 de diciembre de 1936. En I. Saz y J. Tusell, *Fascistas*…, p. 69. <<

[36] Telegrama de Roatta a Roma, 8 de febrero de 1937. En I. Saz y J. Tusell, *Fascistas*…, p. 130. <<

[37] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 220. <<

[38] O. Conforti, *Guadalajara: laprima sconfitta del fascismo*, Milán, 1967, pp. 30-32; J. Coverdale, *La intervención fascista*, pp. 202-203. <<

[39] Despacho de Cantalupo para Ciano, 17 de febrero de 1937. Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri (Roma), Spagna. Fondo di Guerra (en adelante: ASMAE, SFG), b. 38, n.º 287/137. <<

[40] O. Conforti, *Guadalajara*, p. 33. <<

[41] Sobre la batalla de Guadalajara véanse: P. Preston, *Franco*…, pp. 290-298.1. Saz y J. Tusell, *Fascistas*…, pp. 161-183; E. Faldella, *Venti mesi di guerra in Spagna*, Florencia, 1939, pp. 255-266; O. Conforti, *Guadalajara*, pp. 51-178; J. M. Martínez Bande, *La lucha*…, pp. 133-166; A. Rovighi y F. Stefani, *Lapartecipazione italiana ala guerra civile spagnola*, 4 vols., Roma, 1993, vol. 1, pp. 232-233. <<

[42] A. Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 120-123. J. Vigón, *General Mola*, Barcelona, 1957, pp. 303-304. F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 225. <<

[43] W. Murray, *German Military Effectiveness*, Baltimore, 1992, pp. 104-105. <<

[44] Documents on German…, *pp. 125-126*. <<

[45] W. von Richtofen, «Spanien-Tagebuch», en K. A. Maier, *Guernica, 26-4-1937. Die Deutsche Intervention in Spanien und der Fall Guernica*, Friburgo, 1975, pp. 79 y 82 (entradas del diario del 24 y 28 de marzo de 1937). <<

[46] Despacho de Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937. ASMAE, SFG, b. 38, T. 709-345. R. Cantalupo, *Fu la Spagna. Ambasciatapresso Franco*, Milán, 1948, pp. 230-233. <<

[47] Para el proceso de unificación de los partidos derechistas véanse: M. García Venero, *Falange*…, París,

1967; H. R. Southworth, *Antifalange*…, P. Preston, *Franco*…, cap. 10. < <

[48] A. Kindelán, *Mis cuadernos*…, pp. 131-137. < <

[49] Sobre la batalla y su significación estratégica véanse: E. Faldella, op. cit., p. 357; V. Rojo, *España heroica: diez bocetos de la guerra española*, Barcelona, 1975, pp. 91-101; H. Thomas, *The Spanish*…, pp. 710-716. < <

[50] A. Kindelán, *Mis cuadernos*…, pp. 136-137; M. Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Madrid, 1940, p. 460; J. I. Luca de Tena, *Mis amigos muertos*, Barcelona, 1971, pp. 205-206; J. A. Vaca de Osma, *La larga guerra*…, pp. 294-297. < <

[51] V. Rojo, *España heroica*…, pp. 103-115; J. M. Martínez Bande, *La gran ofensiva sobre Zaragoza*, Madrid, 1973, pp. 78-167; M. Aznar, *Historia militar*…, pp. 499-516; H. Thomas, *The Spanish*…, pp. 722-728; F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 241-242. < <

[52] J. M. Martínez Bande, *La batalla de Teruel*, Madrid, 1980, pp. 16-26. < <

[53] V. Rojo, *España heroica…, pp*. 117-125. J. M. Martínez Bande, *La gran ofensiva…, pp*. 52-64. M. Aznar, *Historia militar*…, pp. 543-554. < <

[54] C. Martin, *Franco, soldado y estadista*, Madrid, 1965, p. 293. M. Aznar, *Historia militar*…, pp. 551 y 622. R. Garriga, *Yagüe, pp*. 139-140. < <

[55] Ciano, *Ciano's…, p*. 46. < <

[56] J. M. Martínez Bande, *Teruel*, pp. 165-209. L. M. de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España*, Barcelona, 1940, pp. 380-395; M. Aznar, *Historia militar*…, pp. 569-585; R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular*…, II, pp. 1672-1704. < <

[57] Documents on Germán…, *pp. 556-557; G. Howson*, Aircraft of the Spanish Civil War, *Londres, 1990, pp. 20-28*. < <

[58] *The Times*, 4 de marzo de 1938; *Documents on Germán*…, pp. 613-614; R. Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Madrid, 1947, pp. 60-64. < <

[59] A. Kindelán, *Mis cuadernos*…, pp. 157-163; *Documents on Germán Foreign Policy*, p. 628. < <

[60] J. Martínez Parrilla, *Las fuerzas armadas francesas ante la guerra civil española*, Madrid, 1987, pp. 184-192; D. W. Pike, *Les français et la guerre d'Espagne*, París, 1975, pp. 296-297; *Documents on Germán*…, pp. 620-622. < <

[61] J. M. Martínez Bande, *La ofensiva sobre Valencia*, Madrid, 1977, pp. 16-18; R. Garriga, *Yagüe*, pp. 145-146; V. Rojo, *¡Alerta a los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, Barcelona, 1974, pp. 40, 46-50 y 54-55. < <

[62] J. M. Martínez Bande, *La ofensiva*…, pp. 69-96. < <

[63] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 264; M. Aznar, *Historia militar*…, pp. 739-770. < <

[64] A. Kindelán, *Mis cuadernos*…, p. 173. < <

[65] M. Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, México, 1973, p. 230; J. M. Martínez Bande, *La batalla del Ebro*, Madrid, 1988, p. 168. < <

[66] Véase el capítulo «La venganza de Franco el Justiciero» en este libro. < <

[1] Felipe Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* Valladolid, Librería Santarén, 1939, p. 123. < <

[2] E. Mola, *Obras*… p. 1173. < <

[3] Juan de Iturralde, *La guerra de Franco, los vascos y la Iglesia*, 2 vols., San Sebastián, Publicaciones del Clero Vasco, 1978, 1, p. 433. Véase también H. Thomas, *The Spanish*…, p. 260. < <

[4] *Chicago Daily Tribune y* 28, 29 de julio de 1936. < <

[5] Olao Conforti, *Guadalajara: la prima sconfitta del fascismo*, Milán, Mursia, 1967, p. 33. < <

[6] Despacho de Cantalupo a Mussolini, 29 de marzo de 1937, Archivio Storico del Ministerio degli Affari Esteri, Spagna Fondo di Guerra, b. 38, T. 709/345; Roberto Cantalupo, *Fu la Spagna Ambasciata presso Franco*, Milán, Mondadori, 1948, pp. 230-233. < <

[7] Francisco Franco Bahamonde, *Palabras del Caudillo 19 abril 1937-7 diciembre 1942*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, p. 476. < <

[8] Paul Preston, *Botxins i repressors. Els crims de Franco i dels franquistes*, Barcelona, Editorial Base, 2006, pp. 101-113; Josep Cruanyes, *El papers de Salamanca. L'espoliació del patrimoni documental de Catalunya*, Barcelona, Edicions 62, 2003, pp. 16 y 34-35. < <

[9] Duilio Susmel, *Vita sbagliata di Galeazzo Ciano*, Milán, Aldo Palazzi Editore, 1962, p. 158. < <

[10] Joaquín Pérez Madrigal, *Tipos y sombras de la tragedia. Mártires y héroes. Bestias y farsantes*, Ávila, Imprenta Católica Sigirano Díaz, 1937, pp. 11-12. < <

[11] General José Millán Astray, *Franco, el Caudillo*, Salamanca, M. Quero y Simón Editor, 1939, pp. 61-62 y 214. < <

[12] Luis de Galinsoga & General Franco Salgado, *Centinela de Occidente (Semblanza biográfica de Francisco Franco)*, Barcelona, Editorial AHR, 1956, p. 302. < <

[13] H. R. Southworth, *Antifalange*…, p. 202; Ramón Garriga, *La España de Franco: las relaciones con Hitler*; 2.ª edición, Puebla, México, Editorial Cajica, 1970, pp. 7-8; Ramón Garriga, *Los validos de Franco*, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 42-43 y 72-73. < <

[14] Fernando González, *Liturgias para un Caudillo. Manual de dictadores*, Madrid, Editorial Cambio 16, 1977, p. 75; Philippe Nourry, *Francisco Franco, la conquête du pouvoir*, París, Éditions Denoël, 1975, p. 541. < <

[15] H. Thomas, *The Spanish*…, p. 514. < <

[16] Pedro Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 335. < <

[17] Testimonio de Franco al doctor Soriano, Ramón Soriano, *La mano izquierda de Franco*, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 146-147. < <

[18] R. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 243-252; H. Saña, *El franquismo*…, pp. 115-120; Ramón Garriga, *Franco-Serrano-Súñer: un drama político*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 57. < <

[19] Serrano Súñer, en una entrevista con el autor del presente libro en 1979; Ridruejo, citado en J. Lago, *Las contramemorias*…, p. 121. < <

[20] Joaquín Bardavío y Justino Sinova, *Todo Franco. Franquismo y antifranquismo de la A a la Z*, Barcelona, Plaza y Janés, 2000, pp. 574-575. < <

[21] José María Iribarren, *Con el general Mola: escenas y aspectos inéditos de la Guerra Civil*, Zaragoza, Librería General, 1937, pp. 210-211; M. García Venero, *Falange*…, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 232-233; G. Cabanellas, *La guerra de los mil días*…, II, pp. 849-850. < <

[22] «Declaraciones de S. E. a Manuel Aznar», 31 de diciembre de 1938, *Palabras del Caudillo 19 abril 1937-31 diciembre 1938*, Barcelona, Ediciones Fe, 1939, p. 314. < <

[23] José Carlos Mínguez Villar, «El miedo del recuerdo», Emilio Silva, Asunción Esteban, Javier Castán y

Pancho Salvador, coord., *La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista*, Valladolid, Ámbito Ediciones, 2004, pp. 97-101. < <

[24] *Mensaje del Caudillo a los españoles, discurso pronunciado por S. E. el Jefe del Estado la noche del 31 de diciembre de 1939*, Madrid, 1939, pp. 19-20. < <

[25] Francisco Espinosa Maestre, *La justicia de Queipo. (Violencia selectiva y terror fascista en la II División en 1936). Sevilla, Huelva, Cádiz, Córdoba, Málaga y Badajoz*, Sevilla, Centro Andaluz del Libro, 2000, pp. 13-23. < <

[26] Julián Casanova, Francisco Espinosa, Conxita Mir y Francisco Moreno Gómez, *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, pp. 5-17. < <

[27] Encontramos un estudio importante al respecto en Isaías Lafuente, *Esclavos por la patria. La explotación de los presos bajo el franquismo*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2002. < <

[28] Helen Graham y Jo Labanyi, eds., *Spanish Cultural Studies. An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 1995, p. 177. < <

[29] Conxita Mir, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Editorial Milenio, 2000. < <

[30] F. Franco Bahamonde, *Palabras del Caudillo 19 abril 1937-31 diciembre 1938*, Barcelona, Ediciones Fe, 1939, pp. 300-310. < <

[31] Daniel Sueiro. *El Valle de los Caídos: los secretos de la cripta franquista*, 2.ª edición, Barcelona, Argos-Vergara, 1983, pássim. < <

[32] I. Lafuente, *Esclavos por la patria*…, pp. 102-108, 173-98. < <

[33] Ricard Vinyes, Montse Armengou y Ricard Belis, *Los niños perdidos del franquismo*, Barcelona, Plaza y Janés, 2002, pp. 57-71 y 121-32; Ricard Vinyes, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 2002, pp. 88-9, 103-119; Ángela Cenarro, *La sonrisa de la Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*, Barcelona, Editorial Crítica, 2005, pp. 145-174. < <

[34] *Ya*, 30 de septiembre de 1975; Justino Sinova, recopilador, *Historia de la transición. 10 años que cambiaron España 1973-1983*, 2 vols., *Madrid, Información y Prensa, 1983-1984*, I, pp. 136-137. < <

[35] Vicente Pozuelo, *Los últimos 476 días de Franco*, Barcelona, Planeta, 1980, pp. 208-210; Pedro J. Ramírez, *El año que murió Franco*, Barcelona, Plaza y Janés, 1985, pp. 204-206. < <

[1] Véanse entre otros, José María Sánchez Silva y José Luis Sáenz de Heredia, *Franco… ese hombre*, Madrid, 1975, p. 139; José María de Areilza, *Embajadores sobre España*, Madrid, 1947, pássim; José María Doussinague, *España tenía razón*, Madrid, 1949, pássim; Brian Crozier, *Franco: A Biographical History*, Londres, 1967, pp. 313-315. < <

[2] R. Serrano Súñer, *Memorias*, Barcelona, 1977, p. 358. En una entrevista previa, Serrano Súñer admitió haber quedado impresionado por lo que había oído acerca de los proyectiles V-1 y V-2, así como del trabajo de los científicos nucleares alemanes. Entrevista con Charles Favrel, Public Record Office, Foreign Office Records, FO 371/496 (33 59802). < <

[3] *ABC*, 26 de abril; *Mundo*, 29 de abril de 1945. < <

[4] *Arriba*, 3, 5 y 10 de mayo; *ABC*, 3 y 11 de mayo; *Informaciones*, 3 y 7 de mayo de 1945. < <

[5] *The Times*, 11 de mayo de 1945. < <

[6] *Arriba*, 8 de mayo; *ABC*, 8 de mayo de 1945. < <

[7] Winston S. Churchill, *Complete Speeches*, Robert Rhodes James, ed., vol. VII, Londres, 1974, pp. 6934-6937. Samuel Lloare, *Ambassador on Spedal Mission*, Londres, 1946, p. 267. < <

[8] *ABC*, 25 y 26 de mayo; *Ya*, 26 y 30 de mayo; *Arriba*, 31 de mayo de 1945. Véase Hugh Dalton, *The Second World War Diary of Hugh Dalton*, 1940-1945, Ben Pimlott, ed., Londres, 1986, pp. 755-756. < <

[9] Churchill a Roosevelt, 4 de junio de 1944, *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondent*, Warren F. Kimball, ed., 3 vols., Princeton, 1984, III, pp. 162-163. < <

[10] Ramón Garriga, *La España de Franco: de la División Azul al pacto con Estados Unidos*, Puebla, 1970, pp. 249-250. < <

[11] *ABC*, 7 y 8 de noviembre; *Ya*, 7 de noviembre; *Arriba*, 8 de noviembre de 1944; *Franco ha dicho*…, Madrid, 1947, pp. 239-245. < <

[12] Véase Willard L. Beaulac, *Franco: Silent Ally in World War II*, Carbondale, 1986, pássim. Beaulac había sido un alto funcionario de la embajada norteamericana en Madrid durante la guerra. Sus opiniones en aquella época, recogidas en sus despachos y memorias, *Career Diplomat*, Nueva York, 1951, pp. 153-199, eran mucho menos complacientes. < <

[13] Franco a Hitler, 3 de junio de 1940, *Documents on Germán*…, Series D, vol. IX, Londres, 1956, pp. 509-510. En adelante se citará como *DGFP*. < <

[14] Acta de la conversación entre Von Ribbentrop y Serrano Súñer, 16 de septiembre de 1940, *DGFP*, Series D, vol. XI, pp. 83-87; Ramón Serrano Súñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, Madrid, 1947, pp. 165-171. < <

[15] Acta de la conversación entre Von Ribbentrop y Serrano Súñer, pp. 87-91. < <

[16] Franco a Serrano Súñer, 21 de septiembre de 1940, R. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 331-340; *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 183. < <

[17] Ramón Serrano Súñer, *De anteayer y de hoy*, Barcelona, 1981, p. 214. < <

[18] Franco a Serrano Súñer, 24 de septiembre de 1940; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 342-348. < <

[19] Acta de la conversación entre Hitler y Mussolini en el Brennero, 4 de octubre de 1940; *DGFP*, Series D, vol. XI, pp. 245-259. < <

[20] Mussolini a Hitler, 19 de octubre de 1940, *Documenti Diplomatici italiani*, 9a, V, Roma, 1965, pp. 720-722. < <

[21] Norman Rich, *Hitler's War Aims Ideology, the Nazi State, and the Course of Expansion*, 2 vols., Londres, 1973-1974, I, pp. 169-170. < <

[22] 142. Charles Burdick y Hans-Adolf Jacobsen, *The Haider War Diary, 1939-1942*, Londres, 1988, 11 de octubre de 1940, p. 262. < <

[23] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter: The Secret History of German Diplomacy, 1935-1945*, Londres, 1951, p. 193; José María Sánchez Silva y José Luis Sáenz de Heredia, *Franco… ese hombre*, p. 139; *La Vanguardia Española*, 24 de octubre de 1940; *The Memoirs of Field-Marshal Keitel*, Londres, 1965, p. 125; R. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 289-290. Conversación del autor con Serrano Súñer, 21 de noviembre de 1990. < <

[24] Testimonio de Serrano Súñer al autor, 21 de noviembre de 1990. < <

[25] *Hitler's Table-Talk, 1941-1944*, Londres, 1953, p. 569; testimonio de Serrano Súñer al autor, 21 de noviembre de 1990; R. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 299-300. < <

[26] 146. Silva y Sáenz de Heredia, *Franco… ese hombre*, p. 139. < <

[27] Encontramos un esforzado intento de reconstrucción de lo que se dijo en Ignacio Espinosa de los Monteros y Bermejillo, *Hendaya y la Segunda Guerra Mundial (vivencias y razones)*, manuscrito inédito y sin fecha, Madrid, pp. 72-108. Ramón Garriga, representante de EFE (agencia oficial española de noticias) en Berlín, ofrece un relato pro Serrano en su *España de Franco: las relaciones con Hitler*, 2.ª edición, Puebla, 1970, pp. 209-217. < <

[28] El acta incompleta fue impresa como documento n.º 8 en *The Spanish Government and the Axis: Official German Documents*, Washington, Department of State, 1946. En el PRO (FO 3/1/0332 59802) se conservan una versión algo más extensa y algunas páginas que al parecer fueron halladas posteriormente. Dicha versión es la recogida en *DGFP*, Series D, vol. XI, pp. 376-379. La versión de Schmidt aparece en su *Hitler's Interpreter*…, pp. 192-197. < <

[29] R. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 283-305. < <

[30] *150. ABC, La guerra mundial*, Madrid, 1989, pp. 146-151. < <

[31] De las Torres a Serrano Súñer, 21 de noviembre de 1972, en Serrano Súñer, *De anteayer*…, pp. 203-212. < <

[32] La sección importante de la carta de Torres a Serrano se reproduce en facsímil en *De anteayer*…, p. 203. A juzgar por las correcciones en el manuscrito, es evidente que Torres escribió originalmente lo que oyó decir a Hitler: *mit diesem Kerle*. Y que, tratando de enmendar el error gramatical, lo alteró primero a *mit diesem Kerl*, y luego a *mit diesen Kerlen*. Véase un análisis del error de Torres en Espinosa de los Monteros, Hendaya, pp. 82-84. < <

[33] *ABC*, 30 de julio; *Arriba*, 1 de agosto de 1940; Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Barcelona, 1976, p. 214; François Charles Roux, *Cinq mois tragiques aux affaires étrangères, 21 Mai-1 Novembre 1940*, París, 1949, pp. 194, 222-242. Lequio a Ciano, 8 septiembre 1940, Documenti Diplomatici Italiani, 9.ª, V, pp. 557-558. < <

[34] Sobre la destrucción de documentos posterior a 1945, véase H. Saña, *El franquismo*…, pp. 200-201. También Carlos Rojas, «En torno a la entrevista de Hendaya», *ABC*, 28 de febrero de 1976. < <

[35] P. Schmidt, *Hitler's Interpreter*, p. 196; *The Ribbentrop Memoirs*, Londres, 1954, p. 30; H. Saña, *El franquismo*…, pp. 190-193. < <

[36] *Arriba*, 24 de octubre; *La Vanguardia Española*, 24 de octubre de 1940. < <

[37] H. Saña, *El franquismo*…, p. 191. < <

[38] *Ciano's Diplomatie Papers*, Malcolm Muggeridge, ed., Londres, 1948, pp. 401-402. < <

[39] R. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 298. < <

[40] R. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 299. < <

[41] R. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 300-301; H. Saña, *El franquismo*…, pp. 195-198. Manuel Espadas Burgos, *Franquismo y política exterior*; Madrid, 1988, pp. 117-118. El texto del protocolo en *DGFP*, Series D, vol. XI, pp. 466-467. < <

[42] R. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 284. < <

[43] *The Goebbels Diaries*, Louis R Lochner, ed., Londres, 1948, 25 de octubre de 1940, p. 153. < <

[44] *Ciano's*…, p. 300. <<

[45] Ciano, *Papers*, p. 402. <<

[46] M. Keitel, *Memoirs*, p. 126. <<

[47] P. Schmidt, *Hitler's Interpreter*…, p. 197. <<

[48] *DGFP*, Series D, vol. XI, pp. 392-393. <<

[49] Haider, *Diary*, 1 de noviembre de 1940, p. 272. <<

[50] *DGFP*, Series D, vol., XI, p. 402. <<

[51] H. Saña, *El franquismo*…, pp. 192-193. <<

[52] David Jato, *Gibraltar decidió la guerra*, Barcelona, 1977, p. 53. <<

[53] P. Schmidt, *Hitler's Interpreter*…, pp. 193-194. <<

[54] Haider, *Diary*, 1 de noviembre de 1940, p. 273. <<

[55] *Foreign Relations of the United States 1940*, Washington, 1957, II, p. 824. <<

[56] Robert O. Paxton, *Vichy France: Old Guard and New Order 1940-1944*, Londres, 1972, pp. 74-75; MacGregor Knox, *Mussolini Unleashed, 1939-1941. Politics and Strategy in Fascist Italy's Last War*, Nueva York, 1982, pp. 226-230; DGFP, Series D, vol. XI, pp. 411-422. Ciano, *Papers*…, pp. 401-404; Ulrich von Hassell, *The Von Hassell Diaries*, 1938-1944, Londres, 1948, p. 147. <<

[57] N. Rich, *Hitler's War Aims*…, I, p. 171. <<

[58] Von Ribbentrop a Stohrer, 11 de noviembre de 1940; *DGFP*, Series D, vol. XI, pp. 513-514; Saña. *El franquismo*…, p. 203. <<

[59] *United Nations Security Council, Report of the Sub-Committee on the Spanish Question*, p. 12; *The Testament of Adolf Hitler. The Hitler-Bormann Documents*, Londres, 1961, pp. 47-49. <<

[1] Carlos Ruiz Ocaña, *Los ejércitos españoles; las Fuerzas Armadas en la defensa nacional*, Madrid, 1980, p. 113; Informe del Alto Mando Alemán, 10 de agosto de 1940, *Documents on German Foreign Policy*, de ahora en adelante DGFP, Serie D, vol. X, Londres, 1957, pp. 461-464; Stanley G. Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1967, p. 421. < <

[2] Julio Busquets y Gabriel Cardona, «Unas Fuerzas Armadas para el Movimiento» en Justino Sinova, compil., *Historia del franquismo*, 2 vols., Madrid, 1985, I, p. 162. < <

[3] *Boletín Oficial del Estado*, 4 de agosto de 1937, 17 de julio de 1942. < <

[4] Denis Smyth, *Diplomacy and Strategy of Survival: British Policy and Spain, 1940-1941*, Cambridge, 1986, pp. 35 y 36; Denis Smyth, «Les Chevaliers de Saint-George: la Grande-Bretagne et la corruption des généraux espagnols (1940-1942)», *Guerres mondiales et conflicts contemporaines* (París) n.º 162, abril de 1991; Carta de David Eccles a Roger Makins en el Foreign Office, 10 de noviembre de 1940, *By Safe Hand: Letters of Sybil and David Eccles, 1939-1942*, Londres, 1983, p. 197. < <

[5] Sobre Aranda, véase Antonio Marquina Barrio, «Conspiración contra Franco: El Ejército y la injerencia extranjera en España: el papel de Aranda, 1939-1945», *Historia 16*, n.º 72, abril de 1982, pp. 21-30; Ramón Serrano Súñer, *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias*, Barcelona, 1977, pp. 288, 329; Manuel Ros Agudo, *La guerra secreta de Franco*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, pp. 148-151. < <

[6] Klaus Jörg Ruhl, *Franco, Falange y III Reich*, Madrid, 1986, p. 68. < <

[7] José María Gil Robles, días 14 de febrero, 19 de diciembre de 1943, 31 de marzo, 24 de mayo de 1944 del diario, *La monarquía por la que yo luché (1941-1934)*, Madrid, 1976, pp. 28, 72, 77 y 85; Charles Foltz (hijo), *The Masquerade in Spain*, Boston, 1948, pp. 127-129; D. Smyth, *Diplomacy*…, p. 215. < <

[8] Alfredo Kindelán, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Barcelona, 1981, p. 118; Carlos Fernández, *Tensiones militares durante el franquismo*, Barcelona 1985, p. 12; J. M. Gil Robles, día de 15 de enero de 1943 del diario *La monarquía*…, p. 27; Guillermo Cabanellas, *Cuatro generales*, 2 vols., Barcelona, 1977, II, p. 440; Jesús Salas Larrazábal, *La guerra de España desde el aire*, 2.ª ed., Barcelona, Ariel, 1972, p. 429. < <

[9] Informe del coronel Krämer, 5 de junio de 1939, *Documents secrets du Ministère des Affaires Etrangères d'Allemagne*, 3 vols., París 1946, III, *Espagne*, pp. 61-68; A. Marquina Barrio, «Aranda»…, p. 23. < <

[10] F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, p. 327; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 215 y 216; G. Cabanellas, *Cuatro generales*, pp. 439 y 443; P. Sainz Rodríguez, *Testimonio*…, pp. 272-274; Ana Quevedo y Queipo de Llano, *Queipo de Llano. Gloria e infortunio de un general*, Barcelona, 2001, pp. 393-394, 467. < <

[11] G. Cabanellas, *Cuatro generales*, pp. 438-439; Malcolm Muggeridge, ed. de *Ciano's Diary 1939-1945*, Londres, 1947, pp. 117, 119, 294 y 295; Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini, la política española durante la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 1985, pp. 41 y 42; Ramón Garriga, *La España de Franco: las relaciones secretas con Hitler*, 2.ª ed., Puebla, México, 1970, pp. 64 y 65; Ian Gibson, *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Barcelona, 1986, pp. 124 y 125; Quevedo y Queipo de Llano, *Queipo de Llano*, pp. 466-469 y 486-487. < <

[12] *DGFP*, Serie D, vol. IX, Londres, 1956, pp. 240-243. < <

[13] L. Suárez Fernández, *Francisco Franco y su tiempo*, 8 vols., Madrid, 1984, III, pp. 144-148; Ramón Garriga, *El general Juan Yagüe*, Barcelona, 1985, pp. 181-184; *DGFP*, Serie D, vol. X, Stohrer a Wilhelmstrasse, 2 de julio de 1940, Documento núm. 87, pp. 97-99; Manuel Espadas Burgos, *Franquismo y política exterior*, Madrid, 1986, pp. 106 y 107; *Sir* Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission*, Londres, 1946, pp. 52-53; Stanley G. Payne, *Falange: A History of Spanish Fascism*, Stanford, 1961, pp. 213-215; K. J. Ruhl, *Franco, Falange*…, pp. 61 y 317; D. Smyth, *Diplomacy*…, pp. 33-36. < <

[14] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 90-99. < <

[15] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 116-118. < <

[16] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 30-32. < <

[17] Véase la carta sin fechar de Kindelán a Varela, A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 118 y 119; J. Tusell, *Franco y Mussolini*, pp. 79 y 97-102. < <

[18] Hoare a Edén, 3, 14 de diciembre de 1940, Public Record Office, FO371/24059, C13128/40/41 &

C13541/40/41; *Arriba*, 10 de diciembre de 1940. < <

[19] *DGFP*, Serie D, vol. IX, pp. 824-825. < <

[20] *DGFP*, Serie D, vol. XII, pp. 51-53 y 78-80. < <

[21] A. Kindelán, *La verdad*…, p. 51. Por desgracia, Kindelán no proporciona la fecha concreta. < <

[22] *DGFP*, Serie D, vol. XII, Londres, 1962, pp. 36-37 y 613-614. Véase K. J. Ruhl, *Franco, Falange*…, p. 66; A. Marquina Barrio, «Conspiración… Aranda»…, p. 24. < <

[23] Para una descripción completa de la crisis, véase Paul Preston, *Franco: A Biography*, Londres, 1993, pp. 431-436; Stanley G. Payne, *The Franco Regime 1936-1975*, Madison, 1987, pp. 286-289; Javier Tusell, *Franco y Mussolini*, pp. 131 y 132. < <

[24] K. J. Ruhl, *Franco, Falange*…, pp. 22-26; Gerald R. Kleinfeld y Lewis A Tambs, *Hitler's Spanish Legión: The Blue División in Russia*, Carbondale, 1979, pp. 1-17. < <

[25] Despachos de *Sir* Samuel Hoare, 5, 13 de agosto de 1941, PRO FO, 371, 26891/C8744 & 26891/C9154; Kindelán, *La verdad*, p. 51; J. M. Gil Robles, día 10 de junio de 1941 del diario, *La monarquía*…, p. 17; Hartmut Heine, *La oposición política al franquismo*, Barcelona, 1983, pp. 253 y 254; D. Smyth, *Diplomacy*…, p. 210. < <

[26] *DGFP*, Serie D, vol. XIII, pp. 441-443. < <

[27] *DGFP*, Serie D, vol. XIII, pp. 630-632. < <

[28] H. Heine, *La oposición*…, pp. 255 y 256. < <

[29] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 47-49; K. J. Ruhl, *Franco, Falange*…, p. 95; L. Suárez Fernández, *Franco*…, III, p. 323. < <

[30] Para el texto del discurso, véase A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 120-122. < <

[31] Véase el despacho de Hoare, 20 de abril de 1942, PRO FO, 371 31235/C4198; H. Heine, *La oposición*…, p. 257; Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*, Barcelona, 1981, p. 147. < <

[32] Documents secrets, *pp. 96-101*. < <

[33] Von Stohrer a Wilhelmstrasse, 29 de mayo, 11 de junio de 1942, *Documents secrets*, pp. 101-103, 105 y 106. < <

[34] Por lo que respecta a versiones más o menos falangistas del asunto de Begoña, véase Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 364-367; H. Saña, *El franquismo*…, pp. 263-265; S. G. Payne, *Falange*…, pp. 216, 219-220 y 234-236. Para una versión franquista, que responsabiliza a los alemanes, véase José M. Doussinague, *España tenía razón (1939-1945)*, Madrid, 1949. Para una transcripción de la conversación telefónica de Franco con Varela, véase Laureano López Rodó, *La larga marcha hacia la monarquía*, Barcelona, 1977, pp. 503-507. Véase también Antonio Marquina Barrio «El atentado de Begoña», *Historia 16*, número 76, agosto de 1982, pp. 11-19. < <

[35] K. J. Ruhl, *Franco, Falange*…, pp. 118-119. < <

[36] López Rodó, *La larga marcha*, pp. 28-30; H. Saña, *El franquismo sin mitos*…, pp. 267, 271-273; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 370-372. < <

[37] Gil Robles, día 1 de octubre de 1942 del diario *La monarquía*…, p. 19. < <

[38] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 32-36. < <

[39] K. J. Ruhl *Franco, Falange* pp. 178-182. < <

[40] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 55-56; Heine, *La oposición*, p. 26. < <

[41] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 125-127. Por desgracia, las notas no llevan fecha. < <

[42] Véase la carta de Kindelán a Franco, 25 de diciembre de 1943, A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 58 y 59. < <

[43] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 50-55. < <

[44] C. Fernández, *Tensiones militares*…, p. 91; Ricardo de la Cierva, *Historia del franquismo: I, Orígenes y configuración (1939-1945)*, Barcelona, 1975, p. 264. < <

[45] L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, III, p. 409. < <

[46] L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 36-38; L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, III, p. 403. < <

[47] L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 39-41. < <

[48] Gil Robles, días 6, 11 de agosto de 1943 del diario, *La monarquía*…, pp. 51 y 53. < <

[49] L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 515-519; Gil Robles en el día 25 de agosto de su diario se refiere a la «impertinente negativa» de Franco, J. M. Gil Robles, *La monarquía*…, p. 55. < <

[50] Gil Robles, día 23 de agosto de 1943 del diario, *La monarquía*…, p. 55; R Sainz Rodríguez, *Un reinado*…, p. 161. < <

[51] R. de la Cierva, *Historia del franquismo: I*, pp. 265-270. < <

[52] Para el texto completo, véase L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 43 y 44. Para el comentario de Gil Robles, día 18 de septiembre de 1943 del diario de Gil Robles *La monarquía*…, p. 60. < <

[53] José Fortes y Restituto Valero, *Qué son las Fuerzas Armadas*, Barcelona, 1977, p. 45. < <

[54] J. M. Gil Robles, días 26 de septiembre y 31 de octubre de 1943, *La monarquía*, pp. 61 y 67. < <

[55] *Sir* Llewellyn Woodward, *British Foreign Policy in the Second World War*, 5 vols., Londres, 1970-1976, II, pp. 353-356, IV, pp. 8-17; L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, III, p. 433; Gil Robles, día 11 de agosto de 1943 del diario, *La monarquía*…, p. 53. < <

[56] L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, III, pp. 431-432; Gil Robles, días 3 de octubre y 17 de noviembre de 1943, *La monarquía*…, pp. 62, 68; S. G. Payne, *Military*…, p. 434; H. Heine, *La oposición*…, p. 261. < <

[57] Gil Robles, días 25 de agosto y 31 de octubre de 1943 del diario, y carta al general Asensio, 28 de septiembre de 1943; J. M. Gil Robles, *La monarquía*…, pp. 55, 67 y 360-366; L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, III, p. 432. < <

[58] G. Cardona, *El poder militar*…, p. 32. < <

[59] Dionisio Ridruejo, *Escrito en España*, 2.ª ed., Buenos Aires, 1964, p. 104; C. Fernández, *Tensiones militares*…, pp. 77-85; Enrique Tierno Galván, *Cabos sueltos*, Barcelona, 1981, pp. 106 y 107. Sobre la conspiración militar, véase R. Garriga, *La España de Franco*…, I, pp. 287 y 288. < <

[60] L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, III, p. 432. < <

[61] Véanse los comentarios tanto de su cuñado como de su primo y ayudante de campo, Serrano Súñer, *Memorias*, p. 230; F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, pp. 19, 37, 56-58, 83 y 178. < <

[62] L. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 48-50; L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, IV, pp. 18 y 19. < <

[63] A. Kindelán, *La verdad*…, p. 89. < <

[64] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 229-236. < <

[65] L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, IV, pp. 24 y 25; Ricardo de la Cierva, *Francisco Franco: un siglo de España*, 2 vols., Madrid, 1973, II, p. 406. < <

[66] Antonio Marquina, «La permanencia del franquismo después de la Segunda Guerra Mundial», en *El País*, 25 de mayo de 1980. < <

[67] L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, IV, p. 21; R. de la Cierva, *Historia del franquismo*, I, p. 294. < <

[68] Para la carta, véase L. López Rodó, *La larga marcha*, pp. 51-54; para los generales, A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 236 238. < <

[69] A. Kindelán, *La verdad*…, p. 118; Gil Robles, día 15 de enero de 1943 del diario *La monarquía*, p. 27. <<

[70] Carlos Blanco Escolá, *La Academia General Militar de Zaragoza (1928-1931)*, Barcelona, 1989, pp. 70-106; M. Aguilar Olivencia, *El Ejército español durante*…, pp. 119-129. <<

[71] Gabriel Cardona, *El gigante descalzo. El Ejército de Franco*, Madrid, Aguilar, 2003, pp. 152-62; Carlos Iniesta Cano, *Memorias y recuerdos*, Barcelona, 1984, pp. 141 y 142; J. Busquéis, *El militar*…, pp. 107-108, 263 da cifras ligeramente diferentes. <<

[72] G. Cardona, *El gigante descalzo*, pp. 171-173 y 187-190; Manuel Gutiérrez Mellado, *Un soldado de España*, Barcelona, 1983, pp. 55 y 56; Stanley G. Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1967, p. 532. <<

[73] Ángel Viñas, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Barcelona, Editorial Crítica, 2003, pp. 110-116; Juan Carlos Losada Álvarez, *Ideología del Ejército franquista 1939-1959*, Madrid, 1990, pp. 188 y 189; Ángel Viñas, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos*, Barcelona, 1981, pp. 88 y 89; Ricardo de la Cierva, *Historia del franquismo, II, Aislamiento, transformación, agonía (1945-1975)*, Barcelona, 1978, pp. 92 y 93; Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué…? De Alfonso XIII a Juan III*, Buenos Aires, Editorial Vasca-Ekin, 1951, pp. 523-525. <<

[74] G. Cardona, *El gigante descalzo*, pp. 234-237; J. C. Losada Álvarez, *Ideología*…, pp. 55-66; J. Busquets, *El militar*, p. 253; M. Gutiérrez Mellado, *Un soldado*…, p. 56. <<

[75] Miguel Martín, *El colonialismo español en Marruecos (1860-1956)*, París, 1973, pp. 219-223. <<

[76] L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, V, pp. 176-180, 183-185 y 192-207; F. Franco Salgado-Araujo, días 17 de marzo de 1956 y 27 de diciembre de 1957 del diario *Mis conversaciones*…, pp. 168 y 223. <<

[77] M. Martín, *El colonialismo*…, pp. 227-239; Arthur P. Whitaker, *Spain and Defense of the West: Ally and Liability*, Nueva York, 1961, pp. 328 y 329; R. de la Cierva, *Historia del franquismo*, II, pp. 138, 146. <<

[78] S. G. Payne, *Military*…, pp. 443 y 444. <<

[79] Francisco Franco, *Discursos y mensajes del Jefe del Estado (1955-1959)*, Madrid, 1960, pp. 172-177. <<

[80] S. G. Payne, *Military*…, p. 443; Suárez Fernández, *Franco*, V, p. 256; F. Franco Salgado-Araujo, día 11 de febrero de 1956 del diario, *Mis conversaciones*…, p. 164. <<

[81] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 82, 89. <<

[82] P. Sainz Rodríguez, *Un reinado*…, p. 163; L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, V, pp. 153 y 266. <<

[83] S. G. Payne, *Military*…, pp. 443, 534; A. P. Whitaker, *Spain*…, pp. 141-142. <<

[84] F. Franco, *Discursos (1955-1959)*, p. 187. <<

[85] F. Franco Salgado-Araujo, días 12 de agosto de 1956, 30 de enero de 1957, *Mis conversaciones*…, pp. 176, 195-198; L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, V, pp. 269, 319; L. López Rodó, *La larga marcha*…, p. 124; Sainz Rodríguez, *Un reinado*…, p. 166. <<

[86] R. Calvo Serer, *Francisco Franco*, p. 37; R. de la Cierva, *Historia del franquismo*, II, p. 155; F. Franco Salgado-Araujo, día 6 de abril de 1957, del diario *Mis conversaciones*…, p. 209; Ramírez, p. 117; J. Busquéis, *Pronunciamientos*, pp. 140 y 141; véase Serrano Súñer, *Memorias*, p. 238. <<

[87] L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, VII, pp. 90-91, 319 y 390-397; F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, pp. 389, 413, 416, 473; Manuel Fraga Iribarne, *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, 1980, pp. 103, 107, 175 y 205-206; Alfonso Armada, *Al servicio de la Corona*, Barcelona, 1983, p. 75; Rafael Calvo Serer, *La dictadura de los franquistas: el «affaire» del «Madrid» y el futuro*, París, 1973, pp. 92 y 382; Sainz Rodríguez, *Un reinado*…, pp. 415 y 416: Carlos Fernández Santander, *Tensiones militares durante el franquismo*, Barcelona, 1985, p. 168; L. López Rodó, *La larga marcha*…, p. 238, 263 y 264; R. de la Cierva, *Historia del franquismo*…, II, pp. 250 y 251. <<

[1] Sobre el papel de la Falange en la represión, véase M. García Venero, *Falange en la guerra*…, pp. 227-237; H. R. Southworth, *Antifalange; estudio crítico*…, pp. 3-4; D. Ridruejo, *Escrito en España*, p. 83; Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *Un año con Queipo*, Barcelona, Ediciones Españolas, n. d., 1938, pp. 89-136. < <

[2] Antonio Garrigues y Díaz Cañabate, *Diálogos conmigo mismo*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 58-59. < <

[3] Vicente Gil, *Cuarenta años junto a Franco*, Barcelona, Planeta, 1981, p. 93. < <

[4] José María Amado, *Vía crucis*, Málaga, Dardo, 1938. < <

[5] J. M. Pemán, *Mis encuentros*…, pp. 14-16; R. Garriga, *La Señora*…, pp. 57-59; R. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 54-56. < <

[6] José Antonio Primo de Rivera, *Textos de doctrina política*, 4.ª ed., Madrid, Delegación Nacional de la Sección Femenina, 1966, pp. 297-300; F. Franco Bahamonde, *Apuntes personales*…, p. 9. < <

[7] Entrevista del autor a Serrano Súñer, Madrid, 1993. Véase también Ramón Serrano Súñer, *Política de España 1936-1975*, Madrid, Editorial Complutense, 1995, p. 34; Manuel Suárez Cortina, *El fascismo en Asturias (1931-1937)*, Gijón, Silverio Cañada, 1981, pp. 156-157. < <

[8] Francisco Bravo Martínez, *José Antonio. El hombre, el jefe, el camarada*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939, pp. 100-102. < <

[9] F. Bravo, *José Antonio*…, pp. 159-165; Alejandro Corniero Suárez, *Diario de un rebelde*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 1991, p. 120; Raimundo Fernández Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Madrid, Ediciones Dyrsa, 1985, pp. 51-52; Gumersindo Montes Agudo, *Pepe Sainz: una vida en la Falange*, Barcelona, Ediciones Pallas de Horta, 1939, pp. 56-57; M. García Venero, *Falange en la guerra*…, p. 66; Rafael Ibáñez Hernández, *Estudio y acción: la Falange fundacional a la luz del Diario de Alejandro Salazar (1934-1936)*, Madrid, Ediciones Barbarroja, 1993, pp. 98-101; J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, II, pp. 358-359; Ian Gibson, *En busca de José Antonio*, Barcelona, Planeta, 1980, pp. 130-134. < <

[10] Las versiones de todos los protagonistas coinciden en líneas generales pero difieren en los detalles. Para los relatos de Moscardó, véase M. García Venero, *Falange en la guerra*…, p. 66, y B. Gómez Oliveros, *General Moscardó*, p. 104. La versión de Fernández Cuesta aparece en una carta a Felipe Ximénez de Sandoval, 9 de febrero de 1942, en F. Ximénez de Sandoval, *José Antonio*…, pp. 209-210, y R. Fernández Cuesta, *Testimonio*…, pp. 52-53. Véase también Montes Agudo, *Pepe Sainz*, pp. 57-62. Existen relatos excelentes en H. R. Southworth, *Antifalange*…, pp. 91-94, y Gibson, *En busca de José Antonio*, pp. 136-141, que incluyen testimonios tanto de Alfaro como de Fernández Cuesta. < <

[11] F. Franco, *Apuntes personales*…, pp. 21-22. < <

[12] R. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 56. Como parte de la operación política que se llevó a cabo en 1937 para relacionar los nombres de Franco y José Antonio, Arrarás ofrece una versión de esta entrevista, que sitúa a principios de marzo y describe a los dos protagonistas como colaboradores decisivos en los preparativos del alzamiento; Joaquín Arrarás, *Franco*, 7.ª edición, Valladolid, Librería Santarén, 1939, p. 228. < <

[13] Entrevista a Ramón Serrano Súñer en *Dolor y memoria de España en el II aniversario de la muerte de José Antonio*, Barcelona, Ediciones Jerarquía, 1939, p. 204; B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, Barcelona, Planeta, 1976, pp. 206-207 y 238. < <

[14] J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*, II, p. 511; B. F. Maíz, *Mola*…, p. 158; M. García Venero, *Falange en la guerra*…, pp. 197-198. < <

[15] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 561-562; M. García Venero, *El general Fanjul: Madrid en el alzamiento nacional*, Madrid, Ediciones Cid, 1967, pp. 208-212. < <

[16] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 563-572; M. García Venero, *Fanjul*, pp. 226-228; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 56-58. < <

[17] F. Franco, *Apuntes personales*…, pp. 34-35. < <

[18] Primo de Rivera, *Textos*, pp. 925-929; M. García Venero, *Falange en la guerra*…, p. 49; H. R. Southworth, *Antifalange*…, p. 76. < <

[19] J. A. Ansaldo, *¿Para qué?*…, p. 121. <<

[20] Primo de Rivera, *Textos*, pp. 941-948. <<

[21] F. Bravo, *José Antonio*…, p. 104. <<

[22] Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, 2 vols., París, Librería Española, 1968, I, pp. 176-177; M. García Venero, *Falange en la guerra*…, pp. 200-201; Julio Gil Pecharromán, *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 506-507. <<

[23] F. Ximénez de Sandoval, *José Antonio*…, pp. 784-785; Ángel Viñas, *Guerra, dinero, dictadura: ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Barcelona, Editorial Crítica, 1984, pp. 69-97; testimonio grabado de Hans Joachim von Knobloch a Sheelagh Ellwood; M. García Venero, *Falange en la guerra*…, pp. 200-207. <<

[24] *The Chicago Daily Tribune*, 9 de octubre de 1936; I. Gibson, *En busca*…, pp. 161-170; H. R. Southworth, *Antifalange*…, pp. 144-148. <<

[25] M. García Venero, *Falange en la guerra*…, p. 255. <<

[26] H. R. Southworth, *Antifalange*…, pp. 164-165. <<

[27] H. R. Southworth, *Antifalange*…, pp. 36-37. <<

[28] Primo de Rivera, *Textos*, p. 955. <<

[29] Facsímil de una carta de José Antonio Primo de Rivera a Serrano Súñer y Fernández Cuesta, 19 de noviembre de 1936, Ángel Alcázar de Velasco, *Serrano Súñer en la Falange*, Madrid/Barcelona, Patria, 1941, pp. 166-167; J. Zugazagoitia, *Guerra*…, I, pp. 256-264; Prieto, *Convulsiones de España*, I, pp. 130-153; H. R. Southworth, *Antifalange*…, p. 203; Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 483-484; Primo de Rivera, *Papeles póstumos*, p. 143. <<

[30] *News Chronicle*, 24 de octubre de 1936. <<

[31] Serrano Súñer, *Memorias*, p. 169; véanse los comentarios de Dionisio Ridruejo en Ronald Fraser, *Blood of Spain: The Experience of Civil War 1936-1939*, Londres, 1979, p. 316. <<

[32] Serrano Súñer, *Política*, p. 34. <<

[33] Véase la declaración jurada de un miembro del pelotón de fusilamiento reproducida en H. R. Southworth, *Antifalange*…, pp. 162-163. <<

[34] Serrano Súñer, *Política*, pp. 35-36. <<

[35] Amando de Miguel, *Sociología del franquismo: análisis ideológico de los ministros del régimen*, Barcelona, Editorial Euros, 1976, pp. 43-48. <<

[36] Pereira a Salazar, 1 de mayo de 1941, *Correspondencia de Pedro Teotónio Pereira para Oliveira Salazar*, II (1940-1941), Lisboa, Presidencia do Conselho de Ministros, 1989, pp. 286-287. <<

[37] D. Smyth, «Les Chevaliers de Saint-George»…, pp. 29-54; Anthony Cave Brown, *The Last Hero: Wild Bill Donovan*, Londres, 1982, pp. 225-226. <<

[38] Memorándum de la conversación entre Serrano Súñer y Bernard Malley, otoño de 1945, sin fecha, PRO F0371/49663, Z13272/ 11696/41. Para el decreto, véase *Boletín Oficial del Estado*, 4 de mayo de 1941. <<

[39] *Arriba*, 3 de mayo de 1941. <<

[40] P. Preston, *Franco*…, 2.ª ed., pp. 474-477. Dos de las cartas de dimisión, de Miguel Primo de Rivera y Pilar Primo de Rivera, aparecen reproducidas en Jesús Palacios, *Las cartas de Franco. La correspondencia desconocida que marcó el destino de España*, Madrid, La Esfera de Los Libros, 2005, pp. 164-169. <<

[41] Serrano Súñer, *Memorias*, p. 193. <<

[42] Arrese a Franco, 2 febrero de 1942, en J. Palacios, *Las cartas de Franco*…, pp. 183-187. <<

[43] P. Preston, *Franco*…, pp. 510-515; L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 503-507; Joan María Thomàs, *La Falange de Franco. Fascismo y fascistización en el régimen franquista (1937-1945)*, Barcelona, Plaza y Janés,

2001, pp. 313 y ss. <<

[44] J. M. Thomàs, *La Falange de Franco*…, pp. 339-340. <<

[45] A. Sáez Alba, *La otra «Cosa Nostra», la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y el caso de «El Correo» de Andalucía*, París, Ruedo Ibérico, 1974, pp. XXXIII-XXXV. <<

[46] Javier Tusell, *Franco y los católicos: la política interior española entre 1945 y 1957*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 24. <<

[47] Stanley G. Payne, *The Franco Regime*, Madison, University of Wisconsin Press, 1986, pp. 350-351; Tusell, *Franco y los católicos*, pp. 52-79. <<

[48] Ricardo L. Chueca, «FET y de las JONS: la paradójica victoria de un fascismo fracasado» en Josep Fontana, ed., *España bajo el franquismo*, Barcelona, 1986, pp. 60-77. <<

[49] 413 H. C. DEB., 5s, col. 296; Alan Bullock, *Ernest Bevin: Foreign Secretary 1945-1951*, Londres, 1983, pp. 71-72. <<

[50] Serrano Súñer a Franco, 3 de septiembre de 1945, en J. Palacios, *Las cartas de Franco*…, pp. 229-236. <<

[51] J. Tusell, *Franco y los católicos*…, pp. 111-112. <<

[52] Francisco Javier Conde, *Contribución a la doctrina del Caudillaje*, Madrid, Talleres de Artes Gráficas, 1942. <<

[53] R. Calvo Serer, *Franco frente al Rey: el proceso del régimen*, París, Autor/Ruedo Ibérico, 1972, p. 14. <<

[54] José Luis de Arrese, *Un etapa constituyente*, Barcelona, Planeta, 1982, pássim; R. Fernández Cuesta, *Testimonio*…, pp. 243-245; P. Preston, *Franco*…, pp. 705-718; Sheelagh Ellwood, *Spanish Fascism*, pp. 118-121. <<

[1] P. Franco, *Nosotros los Franco*, p. 54; Ramón Garriga, *Nicolás Franco, el hermano brujo*, Barcelona, 1980, pp. 128-130. Sobre Hammaralt y sus actividades en los laboratorios, véase también Ángel Alcázar de Velasco, *Siete días de Salamanca*, Madrid, 1976, pp. 120-121. < <

[2] *La Vanguardia Española*, 8 de febrero de 1940; Charles Foltz, Jr., *The Masquerade in Spain*, Boston, 1948, pp. 258-260. < <

[3] Carlos Fernández, *El general Franco*, Barcelona, 1983, pp. 311-320. < <

[4] *La Gaceta Regional* (Salamanca), 25 de abril de 1937, citado por Carlos Fernández Santander, *Antología de 40 años (1936-1975)*, Sada-A Coruña, Ediciós do Castro, 1983, p. 38. Véase también Andrés Trapiello, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Barcelona, Planeta, 1994, p. 52. < <

[5] Giménez Caballero a Franco, 5 de diciembre de 1947, recopilada en J. Palacios, *Las cartas de Franco*…, 2005 < <

[6] Pilar Jaraiz Franco, *Historia de una disidencia*, Barcelona, 1981, pp. 58-60. < <

[7] Jakim Boor (seudónimo de Francisco Franco), *Masonería*, Madrid, 1952, p. 10. < <

[8] José Antonio Ferrer Benimeli, *Masonería española contemporánea*, 2 vols., Madrid, 1980, t. II, pp. 168-170; id., «Franco contra la masonería», en *Historia 16*, año II, n.º 15, julio de 1977, pp. 37-51; Manuel de Paz, «Masonería y militarismo en el norte de África», Universidad Complutense, Cursos de verano, El Escorial, 1988; *La masonería y su impacto internacional*, Madrid, 1989, pp. 114-117; F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, p. 152; R. Soriano, *La mano*…, p. 128. < <

[9] Discurso en Lugo, 21 de agosto de 1942, *Palabras del Caudillo, 1937-1942*, Madrid, 1943, p. 273; Fernando Valls, *La enseñanza de la literatura en el franquismo, 1936-1951*, Barcelona, 1983, p. 67. < <

[10] P. Jaraíz Franco, *Historia*…, pp. 156, 162-163, 174 y 205. < <

[11] Antonio Montero Moreno, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, 1961, pp. 688-708; María Luisa Rodríguez Aisa, El cardenal Goma y la guerra de España: aspectos de la gestión pública del Primado, 1936-1939, Madrid, 1981, pp. 109-125. < <

[12] Ramón Garriga, *La Señora*…, p. 182. Tusquets publicó *Orígenes de la revolución española*, Barcelona, 1932; *La Francmasonería, crimen de lesa patria*, Burgos, n. d., 1937; *Masonería y separatismo*, Burgos, 1937. Sobre su vida y su relación con Franco, véase «Una contribució catalana al mite del contuberni judeo-masónic-bolxevic: El Pare Joan Tusquets» en Paul Preston, *Botxins i repressors. Els crims de Franco i deis franquistes*, Barcelona, Editorial Base, 2006, pp. 101-113. < <

[13] J. A. Ferrer Benimeli, «Franco contra la masonería», pp. 37-51; L. Suárez Fernández, *Francisco Franco*…, III, pp. 92-100; J. Boor, *Masonería*, Madrid 1952. < <

[14] H. Saña, *El franquismo sin mitos*…, pp. 142-143. < <

[15] *The Times*, 17, 18 y 25 de abril, 4 y 19 de mayo de 1939. < <

[16] *ABC*, 21 de mayo de 1939; *The Times*, 21 y 22 de mayo de 1939. < <

[17] *ABC*, 19 de octubre de 1939. < <

[18] *The Times*, 6 de junio de 1939; *Palabras del Caudillo, abril 1937-diciembre 1942*, pp. 135-145. < <

[19] Pereira a Salazar, 19 de febrero de 1944, *Correspondencia de Pedro Teotónio Pereira*…, IV (1987-1991), p. 432. < <

[20] L. Suárez Fernández, *Franco*…, III, pp. 543-544. < <

[21] Attlee al Ministerio de la Guerra, 4 de noviembre de 1944, PRO PREM B/106. < <

[22] Cordell Hull, *Memoirs*, 2 vols., Londres, 1949, II, pp. 1334-1335. < <

[23] Churchill a Edén, 10 de noviembre de 1944, PRO PREM 8/106. Sobre las relación entre Franco y Churchill, hay dos estudios recientes de gran valor. Véase Enrique Moradiellos, *Franco frente a Churchill.*

España y Gran Bretaña en la segunda guerra mundial, Barcelona, Ediciones Península, 2005, y Richard Wigg, *Churchill and Spain. The Survival of the Franco Regime, 1940-45*, Londres, Routledge/Cañada Blanch Studies, 2005. < <

[24] Florentino Portero, *Franco aislado: la cuestión española (1945-1950)*, Madrid, 1989, pp. 75-76. < <

[25] Bowker a Edén, 26 de enero de 1945, F037/49581, Z1559/ 118/41. < <

[26] J. Tusell, *Franco y los católicos*…, pp. 56-58. < <

[27] Max Gallo, *Spain Under Franco: A History*, Londres, 1973, pp. 153-159. < <

[28] R. Garriga, *Nicolás Franco*…, p. 266. < <

[29] *La Vanguardia Española*, 18 de julio de 1945; *The Times*, 18 de julio de 1945; Francisco Franco Bahamonde, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950*, Madrid, 1951, pp. 15-25. < <

[30] Alberto J. Lleonart y Anselem y Fernando María Castiella y Maíz, *España y ONU I (1945-46)*, Madrid, 1978, pp. 30-33. < <

[31] J. Tusell, *Franco y los católicos*…, pp. 84-94, 118; F. Portero, *Franco aislado*…, pp. 106-110. < <

[32] *Foreign Relations of the United States 1945*, en adelante citado como FRUS, vol. II, Washington 1967, pp. 1499, 1509. < <

[33] L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 57-59; J. Tusell, *Franco y los católicos*…, pp. 99-100. < <

[34] J. Tusell, *Franco y los católicos*…, p. 100. < <

[35] F. Portero, *Franco aislado*…, pp. 133-138; Randolph Bernard Jones, *The Spanish Question and the Coid War 1944-1953* (tesis doctoral no publicada, Universidad de Londres, 1987), pp. 49-51. < <

[36] J. Tusell, *Franco y los católicos*…, pp. 102-106; *ABC*, 12 de octubre de 1945. < <

[37] *ABC*, 27 de octubre de 1945; *Arriba*, 27 de octubre de 1945; J. W. D. Trythall, *Franco*, Londres, 1970, pp. 203-204. El texto integral del discurso no se publicó hasta 1960, F. Franco, *Discursos*…, pp. 739-753. < <

[38] L. Suárez Fernández, *Franco*…, IV, p. 102. < <

[39] J. Tusell, *Franco y los católicos*…, pp. 111-112. < <

[40] F. Franco, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950*, pp. 334-335. < <

[41] George F. Kennan (encargado de negocios de Estados Unidos en Moscú) a Byrnes, 4 de febrero y 1 de marzo de 1946; Butterworth a Byrnes, 15 de febrero de 1946, *FRUS1946*, V, 1033-1036, 1038-1042, 1044-1045. < <

[42] *The Times*, 5 de marzo de 1946; Arthur P. Whitaker, *Spain and the Defence of the West; Ally and Liability*, Nueva York, 1961, pp. 25-27; J. Portero, *Franco aislado*…, pp. 151-155. < <

[43] J. Tusell, *Franco y los católicos*, p. 115. < <

[44] J. Boor, *Masonería*. Franco se lo aseguró a su ministro de Hacienda, José Espinosa San Martín, en junio de 1969. Véase Ángel Bayod, *Franco visto por sus ministros*, Barcelona, 1981, p. 158. < <

[45] J. Portero, *Franco aislado*…, p. 182. < <

[46] *Arriba*, 9 y 10 de junio de 1946; *ABC*, 10 de junio de 1946; *The Times*, 9 de junio de 1946; *Observer*, 13 de junio de 1947; R. Garriga, *La Señora*…, pp. 211-212. < <

[47] *Arriba*, 24 de junio de 1947; *ABC*, 27 de junio de 1947. < <

[48] José Antonio Vaca de Osma, *Paisajes con Franco al fondo*, Barcelona, 1987, pp. 133-136; L. Suárez Fernández, *Franco*, IV, pp. 188-189. < <

[49] Allen (embajada británica) a Reber, 28 de julio de 1947, *FRUS 1947*, III, pp. 1087-1088. < <

[50] Kennan a Marshall y Acheson, 24 de octubre de 1947, *FRUS 1947*, III, pp. 1091-1095; Walter Millis, ed., *The Forrestal Diaries*, Nueva York, Viking Press, 1951, p. 328; Walter La Feber, *America, Russia and the Cold War 1945-1975*, 3.ª ed., Nueva York, 1976, pp. 66-67. < <

[51] Lovett a Culbertson, 18 de diciembre de 1947, *FRUS 1947*, III, pp. 1096-1097; A. J. Lleonart y Anselem, *España y ONU II (1947)*, Madrid, 1986, pp. 230-313; L. Suárez Fernández, *Franco*…, IV, pp. 212-214. < <

[52] María Jesús Cava Mesa, *Los diplomáticos de Franco: J. F. De Lequerica, temple y tenacidad (1890-1963)*, Bilbao, 1989, pp. 265-310; Theodore J. Lowi, «Bases in Spain», en Harold Stein (ed), *American Civil-Military Decisions: A Book of Case Studies*, Birmingham, Alabama, 1963, pp. 675-676; R. Richard Rubottom y J. Carter Murphy, *Spain and the United States since World War II*, Nueva York, 1984, pp. 10-11; Á. Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*…, pp. 284-287; A. P. Whitaker, *Spain*…, pp. 32-34. < <

[53] Dean Acheson, *Present at the Creation: My Years in the State Department*, Nueva York, 1969, p. 151. < <

[54] *The Times*, 22 de julio de 1949. < <

[55] L. Suárez Fernández, *Franco*…, IV, p. 365. < <

[56] Culbertson a Acheson, 3 de octubre de 1949, *FRUS1949*, IV, p. 761. < <

[57] M. J. Cava Mesa, *Los diplomáticos: J. F. De Lequerica*…, pp. 310-312; T. J. Lowi, «Bases»…, pp. 677-680; A. P. Whitaker, *Spain*…, pp. 23, 36-37; Ángel Viñas, *Los pactos secretos de Franco con Estados Unidos: bases, ayuda económica, recortes de soberanía*, Barcelona, 1981, pp. 43-44; L. Suárez Fernández, *Franco*…, IV, pp. 366-367; Ramón Garriga, *España de Franco: de la División Azul al pacto con Estados Unidos (1943 a 1951)*, Puebla, México, 1971, pp. 548-549 y 563-567. < <

[58] T. J. Lowi, «Bases»…, p. 683. < <

[59] J. Boor, *Masonería*, pp. 137-141. < <

[60] A. Viñas, *Los pactos*…, p. 59. < <

[61] J. Boor, *Masonería*, pp. 121-129; L. Suárez Fernández, *Franco*…, pp. 431-433. < <

[62] Memorándum del presidente de los jefes de Estado Mayor al secretario de Defensa, 3 de mayo de 1950; Truman a Acheson, 16 de junio de 1950, *FRUS 1950*, III, pp. 1560-1562. < <

[63] A. J. Lleonart y Anselem, *España y ONU IV (1950): La «cuestión española»*, Madrid 1991, pp. 269-310; Qasim Bin Ahmad, *Britain, Franco Spain, and the Coid War, 1945-1950*, Nueva York, 1992, pp. 102-107. < <

[64] *Arriba*, 5 de noviembre de 1950. < <

[65] *ABC*, 7 de noviembre de 1950. < <

[66] F. O. a Washington, 7 de julio de 1951, Francks a F. O., 12 de julio de 1951, F0371/96185, WS107/69G y WS1071/71. < <

[67] *ABC*, 17 de julio de 1951; *The Times*, 19 de julio de 1951. < <

[68] Á. Viñas, *Los pactos*…, pp. 95-102; Stanton Griffis, *Lying in State*, Nueva York, 1952, pp. 294-295; Antonio Marquina Barrio, *España en la política de seguridad occidental 1939-1986*, Madrid, 1986, pp. 422-424; T. J. Lowi, «Bases»…, pp. 692-695; M. J. Cava Mesa, *Los diplomáticos: J. F. De Lequerica*, pp. 323-325. < <

[69] Á. Viñas, *Los pactos*…, pp. 165-169, 183-193 y 252; A. Marquina, *España*, pp. 498-554. < <

[70] José María de Areilza, *Diario de un ministro de la Monarquía*, Barcelona, 1977, p. 45. < <

[71] *ABC*, 27, 28 y 30 de septiembre de 1953; *Arriba*, 27, 29 y 30 de septiembre de 1953. < <

[72] Acta de Hood, 5 de noviembre de 1953, FO371/107686, WS1072/43; Á. Viñas, *Los pactos*…, pp. 195-202 y 313-314. < <

[73] Á. Viñas, *Los pactos*…, pp. 181-182, 203-250 y 292; T. J. Lowi, «Bases»…, pp. 697-698. < <

[74] R. Soriano, *La mano*…, p. 70. < <

[1] *La Vanguardia Española*, 18 de julio de 1941. < <

[2] *Estampa*, 29 de mayo de 1928. < <

[3] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 93. < <

[4] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, pp. 96-97. < <

[5] F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, pp. 450-452. < <

[6] Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días. Nacimiento, vida y muerte de la II República española*, 2 vols., Buenos Aires, Grijalbo, 1973,1, pp. 652. < <

[7] Rafael Martínez Nadal, *Antonio Torres y la política española del Foreign Office (1940-1944)*, Madrid, Editorial Casariego, 1989, p. 231. < <

[8] P. Preston, *Franco*…, 2.ª ed., pp. 219-220; Julián Casanova, *La Iglesia de Franco*, 2.ª ed., Barcelona, Editorial Crítica, 2005, pp. 87-89. < <

[9] *ABC*, Sevilla, 18 de julio de 1937. (*Palabras de Franco I año triunfal*, Bilbao, Editora Nacional, 1937, p. 57). < <

[10] E. Vegas Latapie, *Los caminos*…, pp. 515-516. < <

[11] Francisco Franco Bahamonde, *Textos de doctrina política: palabras y escritos de 1945 a 1950*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1951, pp. 40-41. < <

[12] *ABC*, Sevilla, 18 de julio de 1937. (*Palabras de Franco I año triunfal*, p. 56). < <

[13] John T. Whitaker, *We Cannot Escape History*, Nueva York, MacMillan, 1943, p. 106. < <

[14] P. Preston, *Franco*, pp. 366-367; Gonzalo Redondo, *Historia de la Iglesia en España 1931-1939, II. La guerra civil (1936-1939)*, Madrid, Ediciones Rialp, 1993, pp. 623-628; Giuliana Di Febo, *Ritos de guerra y de victoria en la España franquista*, Bilbao, Editorial Desclée de Brouwer, 2002, pp. 161-173; R. Serrano Súñer, *Memorias*, p. 272. < <

[15] Cardenal Goma, *Por Dios y por España, 1936-1939*, Barcelona, Editorial Casulleras, 1940, pp. 537-544. < <

[16] R. Garriga, *La Señora*…, pp. 126-128 y 145; Abel Plenn, *Wind in the Olive Trees. Spain from the Inside*, Nueva York, Boni & Gaer, 1946, pp. 74-75. < <

[17] L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 39-41. < <

[18] Pedro Sainz Rodríguez, *Un reinado en la sombra*, Barcelona, Planeta, 1981, p. 258. < <

[19] Ricardo de la Cierva, *Don Juan de Borbón: por fin toda la verdad*, Madrid, Editorial Fénix, 1997, pp. 320-324 y 529-532; Jesús Ynfante, *El santo fundador del Opus Dei. Biografía completa de Josemaría Escrivá de Balaguer*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, pp. 167-169 y 247. < <

[20] P. Sainz Rodríguez, *Un reinado*…, pp. 359-362. < <

[21] Javier Tusell, *Juan Carlos I. La restauración de la monarquía*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, pp. 103-107; Luis María Anson, *Don Juan*, Barcelona, Plaza y Janés, 1994, pp. 222-226; *ABC*, 6 de abril de 1945; L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 48-54; A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 229-236. < <

[22] J. Tusell, *Franco y los católicos*…, p. 60. < <

[23] Manuel Vázquez Montalbán, *Los demonios familiares de Franco*, Barcelona, Dopesa, 1978, p. 105. < <

[24] J. Tusell, *Franco y los católicos*…, pp. 56-59. < <

[25] A. Kindelán, *La verdad*…, p. 287. < <

[26] A. Kindelán, *La verdad*…, pp. 128-130 y 254; Tusell, *Franco y los católicos*…, pp. 150-151. < <

[27] L. López Rodó, *La larga marcha*…, p. 543. < <

[28] L. López Rodó, *La larga marcha*…, p. 80. < <

[29] José María Gil Robles, *La monarquía por la que yo luché: páginas de un diario (1941-1954)*, Madrid, 1976, pp. 265-273; Sainz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 220-222; L. M. Anson, *Don Juan*, pp. 276-279; Ramón de Alderete,… *y estos borbones nos quieren gobernar*, París, Edición del Autor, 1974, pp. 56-58; *The Times*, 28 de agosto; *ABC*, 29 de agosto de 1948. < <

[30] Gil Robles, apuntes en su diario de los días 8, 10, 11 y 27 de octubre de 1948, en *La monarquía*…, pp. 276-281. < <

[31] Javier González de Vega, *Yo, María de Borbón*, Madrid, El País-Aguilar, 1995, pp. 107-108, 147; entrevista con la profesora de francés en Miramar, Aurora Gómez Delgado, *Ya*, 14 de junio de 1981; Gil Robles, apuntes en el diario de los días 5, 11 y 13 de noviembre de 1949, en *La monarquía*, pp. 313-314; Pérez Mateos, *El Rey que vino*, pp. 125-127. < <

[32] L. López Rodó, *La larga marcha*…, pp. 112-113 y 550-554; Sainz Rodríguez, *Un reinado*, pp. 370-378. < <

[33] Gil Robles, *La monarquía*…, pp. 315-316; Jesús Palacios, *Los papeles secretos de Franco. De las relaciones con Juan Carlos y Don Juan al protagonismo del Opus*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1996, pp. 61-66; José María Zavala, *Don Jaime el trágico Borbón. La maldición del hijo sordomudo de Alfonso XIII*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2006, pp. 196-197. < <

[34] R. de Alderete, …*y estos borbones*…, pp. 44-45 y 89-91; Juan Balansó, *La familia Real y la familia irreal*, Barcelona, Editorial Planeta, 1992, pp. 144-146; apunte en el diario del 18 de abril 1953, J. M. Gil Robles, *La monarquía*…, p. 321; A. de Borbón Dampierre, *Las memorias*…, pp. 45-46; Zavala, *Don Jaime*, pp. 199-206. < <

[35] F. Franco-Araujo, apuntes en su diario del 9 y 15 de diciembre de 1954, 3 de enero de 1955, *Mis conversaciones*…, pp. 46, 48 y 65. < <

[36] P. Sainz Rodríguez, *Un reinado*…, p. 382. < <

[37] F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, pp. 46, 48 y 65. < <

[38] *Arriba*, 23 y 27 de enero de 1955; *ABC*, 1 de marzo de 1955. < <

[39] F. Franco Salgado-Araujo, anotación en su diario del 4 febrero de 1963, en *Mis conversaciones*…, p. 369. < <

[40] *Pueblo*, 7 de enero de 1969. < <

[41] José Luis de Vilallonga, *El Rey*, Barcelona, Plaza y Janés, 1993, pp. 79-81. < <

[42] José Utrera Molina, *Sin cambiar de bandera*, Barcelona, Planeta, 1989, p. 163. < <

[43] F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones*…, pp. 549-552. < <

[44] J. Utrera, *Sin cambiar*…, pp. 183-191. < <

[45] *Arriba*, 2 de octubre de 1975. < <

[1] General José Millán Astray, *Franco, el Caudillo*, Salamanca, M. Quero y Simón Editor, 1939, pp. 42-43. < <

[2] J. Arrarás, *Franco*, pp. 25 y 28; Carlos Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 87-88. < <

[3] J. Arrarás, *Franco*, p. 29. < <

[4] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*…, p. 345. < <

[5] Jaime de Andrade, *Raza. Anecdotario para el guión de una película*, Madrid, Ediciones Numancia, 1942. < <

[6] José María Gárate Córdoba, «*Raza*, un guión de cine», *Revista de Historia Militar*, n.º 40, 1976, pp. 59-73; Román Gubern, *Raza (Un ensueño del General Franco)*, Madrid, Ediciones 99,1977, pp. 10-11 y 124-125; Rogelio Baón, *La cara humana de un Caudillo*, Madrid, Editorial San Martín, 1975, p. 89. < <

[7] Comandante Franco, *Diario de una bandera*, Madrid, Editorial Pueyo, 1922, p. 21. < <

[8] J. M. Gárate Córdoba, *Raza*…, p. 61. < <

[9] S. G. Payne, *The Franco Regime*…, p. 72; Julián Fernández Piñero, *Memorias del legionario Juan Ferragut (novela)*, Madrid, Editorial Mundo Latino, s. f. [1922]. < <

[10] Francisco Franco Bahamonde, *Hoja de servicios del Caudillo de España, Excmo. Sr. Don Francisco Franco Bahamonde y su genealogía*, Esteban Carvallo de Cora, ed., Madrid, Editora Nacional, 1967, pp. 37-38 y 93-97; J. Arrarás, *Franco*, pp. 31-32; C. Blanco Escolá, *La incompetencia militar*…, pp. 95-103. < <

[11] P. Sainz Rodríguez, *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, p. 324. < <

[12] *El Correo Gallego*, 20 de abril de 1922. < <

[13] *El Correo Gallego*, 19 de octubre de 1921. < <

[14] *El Carbayón*, 23 de febrero de 1922. < <

[15] *Nuevo Mundo*, 26 de enero de 1923. < <

[16] *La Voz de Asturias*, 10 de junio de 1923. < <

[17] J. Lago, *Las contramemorias*…, p. 145. < <

[18] A. Reig Tapia, *Franco: El César*…, pp. 371-372; Alberto Reig Tapia, «Historia y memoria del franquismo», en *Tuñón de Lara y la historiografía española*, José Luis de la Granja, Alberto Reig Tapia y Ricardo Miralles, eds., Madrid, Siglo XXI, 1999, p. 196. < <

[19] *Estampa*, 29 de mayo de 1928. < <

[20] *ABC*, 18 y 21 de abril de 1931. < <

[21] J. M. Gil Robles, *No fue posible la paz*…, pp. 563-567; M. García Venero, *El general Fanjul*…, pp. 226-228; R. Serrano Súñer, *Memorias*, pp. 56-58. < <

[22] Indalecio Prieto, *Discursos fundamentales*, Madrid, Ediciones Turner, 1975, pp. 255-273; Indalecio Prieto, *Cartas a un escultor*, Buenos Aires, Losada, 1961, pp. 92-110. < <

[23] J. M. Gil Robles, *No fue posible*…, pp. 563-564; Basilio Álvarez, *España en crisol*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1937, p. 69. < <

[24] J. Arrarás, *Franco*, p. 231. < <

[25] J. Arrarás, *Historia de la Cruzada*…, II, p. 488. < <

[26] F. Franco Bahamonde, *Textos de doctrina*…, p. 109. < <

[27] F. Franco Bahamonde, *Apuntes personales*…, pp. 34-35. < <

[28] J. Arrarás, *Historia de la segunda República*…, IV, pp. 165-166. < <

[29] Ismael Saz Campos, *Mussolini contra la II República: hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1986, pp. 191-193; F. Franco, *Apuntes personales*…, p. 39; Ángel Viñas, *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil. Antecedentes y consecuencias*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, pp. 343-353. < <

[30] *Dez anos de política externa (1936-1947) a naçaõ portuguesa e a segunda guerra mundial* III, Lisboa, 1964, p. 156; *The Times*, 11 y 17 de agosto de 1936. < <

[31] De Rossi to Ciano, *I Documenti Diplomatici Italiani, 8.ª serie, vol. IV (10 maggio-31 agosto 1936)*, Roma, Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato/Libreria dello Stato, 1993, pp. 690-691. < <

[32] Nota sin fecha de Allen a Carlos Baker, archivo de Jay Allen. < <

[33] Carlos Fernández Santander, *Antología de 40 años (1936-1975)*, Sada-A Coruña, Ediciós do Castro, 1983, pp. 65, 136, 175. < <

[34] Pilar Primo de Rivera, *Discursos, Circulares, Escritos*, Madrid, Sección Femenina de FET y de las JONS, s. f., p. 62. < <

[35] F. Franco Bahamonde, *Hoja de servidos*…, pp. 123-124. < <

[36] Rafael R. Tranche, «La imagen de Franco "Caudillo" en la primera propaganda cinematográfica del Régimen», en Vicente Sánchez Biosca, coord., *Materiales para una iconografía de Francisco Franco*, 2 vols., Madrid, Archivos de la Filmoteca, Nos. 42-43 (octubre de 2002-febrero de 2003), pp. 77-95. < <

[37] P. Preston, *Franco*…, pp. 546, 624, 634, 643. < <

[38] *Arriba*, 8 de mayo; *ABC*, 8 de mayo de 1945. < <

[39] *The Times*, 18 de junio de 1945. < <

[40] R. Soriano, *La mano*…, p. 159; entrevista con Borrell, María Mérida, *Testigos de Franco. Retablo íntimo de una dictadura*, Barcelona, Plaza y Janés, 1977, p. 225. < <

[41] *Arriba*, 8 de marzo de 1946; *ABC*, 8 de marzo de 1946. < <

[42] R. R. Tranche, «La imagen de Franco»…, pp. 92-93. < <

[43] *La Vanguardia Española*, 18 de julio; *The Times*, 18 de julio de 1945; Franco, *Textos 1945-1950*, pp. 15-25. < <

[44] *ABC*, 1 de abril de 1964. < <

[45] José María Sánchez Silva y José Luis Sáenz de Heredia, *Franco… ese hombre*, Madrid, Difusión Librera, 1965, pp. 14,139. < <

[46] J. M. Gárate Córdoba, «*Raza*»…, p. 60; José María Sánchez Silva y J. L. Sáenz de Heredia, *Franco… ese hombre*, Madrid, Difusión Librera, 1975. < <

[47] Franco, *Textos 1945-1950*, p. 229; Francisco Franco, *Discursos y mensajes*…, pp. 496-497. < <

[1] José Luis Palma Gámiz, *El paciente de El Pardo*, Madrid, Rey Lear, 2004, p. 64. < <

[2] Dr. Vicente Pozuelo, *Los 476 últimos días de Franco*, Barcelona, Planeta, 1980. < <

[3] Dr. Vicente Gil, *Cuarenta años junto a Franco*, Barcelona, Planeta, 1981. < <

[4] Manuel Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué operé a Franco*, Madrid, Garsi, 1976. < <

[5] J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, p. 44. < <

[6] J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, p. 55. < <

[7] J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, pp. 19, 59-60, 68-78. < <

[8] J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, pp. 108-121, 135-136. < <

[9] J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, pp. 124-130; Dr. Vicente Pozuelo, *Los 476 últimos días*…, pp. 227-229; Julio González Iglesias, *Los dientes de Franco*, Madrid, Editorial Fénix, 1996, p. 393. < <

[10] J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, p. 31. < <

[11] González Iglesias, *Los dientes*, pp. 366-369. < <

[12] *Arriba*, 14, 18 de noviembre de 1975; Javier Figuero & Luis Herrero, *La muerte de Franco jamás contada*, Barcelona, Planeta, 1985, pp. 35-66 y 50-51. < <

[13] Manuel Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué*…, pp. 19-24; V. Pozuelo, *Los 476 últimos días*…, pp. 231-234. < <

[14] J. González Iglesias, *Los dientes*…, p. 366; Palma Gámiz, *El paciente*, p. 146-148. < <

[15] V. Pozuelo, Los *476 últimos días*, pp. 234-236; M. Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué*…, pp. 26-24; J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, pp. 149-168. < <

[16] M. Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué*…, pp. 48-55; J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, pp. 171-175. < <

[17] Dr. V. Gil, *Cuarenta años*…, p. 212; J. L. Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué*…, pp. 55-58; J. L. Palma Gámiz, *El paciente*, pp. 176-181. < <

[18] M. Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué*…, pp. 59-68; V. Pozuelo, *Los 476 últimos días*…, pp. 238-241; J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, pp. 182-185. < <

[19] Según Jaime Peñafiel, *El General y su tropa*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1992, pp. 29-35; Pedro J. Ramírez, *El año que murió Franco*, Barcelona, Plaza y Janés, 1985, p. 255; J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, pp. 187-192. < <

[20] *Arriba*, 20 de noviembre de 1975; *Ya*, 20 de noviembre de 1975; V. Pozuelo, *Los 476 últimos días*…, pp. 224-241; M. Hidalgo Huerta, *Cómo y por qué*…, pp. 68-70; Figuero & Herrero, *La muerte*…, pp. 102-112; Luis Herrero, *El ocaso del régimen. Del asesinato de Carrero a la muerte de Franco*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1995, pp. 274-280; Pilar Cernuda, *30 días de noviembre. El mes que cambió la historia de España*, Barcelona, Planeta, 2000, pp. 133-140; J. L. Palma Gámiz, *El paciente*…, pp. 205-212. < <

[1] A. Reig Tapia, *Franco*…, p. 370. < <

[2] Manuel Fraga Iribarne, *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona, Planeta, 1980, p. 215. < <

[3] Rafael Calvo Serer, *La solución presidencialista* (Barcelona, 1979), p. 39. < <

[4] Salvador de Madariaga, *General, márchese usted* (Nueva York, 1959) p. 11. < <

[5] J. Utrera Molina, *Sin cambiar*…, p. 83; Luis Herrero, *El ocaso*…, pp. 27-28. < <

[6] L. M. Anson, *Don Juan*, p. 385. Véase también el brillante análisis de Herrero, *El ocaso*…, pp. 22-25. < <

[7] J. Utrera Molina, *Sin cambiar*…, p. 163; Javier Tusell & Genoveva García Queipo de Llano, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la transición (1973-1976)*, Barcelona, Editorial Crítica, 2003, p. 125 < <

[8] L. López Rodó, *La larga marcha*, p. 462; Tusell & García Queipo de Llano, *Tiempo de*…, pp. 117-121. < <

[9] Paul Preston, *Juan Carlos. El Rey de un pueblo*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003, pp. 353-354. < <

[10] *Arriba*, 2 de octubre de 1975. < <

[11] Alberto Reig Tapia, *Anti Moa. La subversión neofranquista de la Historia de España*, Barcelona, Ediciones B, 2006. < <

[12] Gabriel Cardona, *Historia militar de una guerra civil. Estrategias y tácticas de la guerra de España*, Barcelona, Flor del Viento, 2006, p. 19. < <